TERTULIA LITERARIA.

COLECCION
DE
POESIAS SELECTAS

LEIDAS EN LAS REUNIONES SEMANALES
CELEBRADAS EN CASA
DE
DON JUAN JOSÉ BUENO.

Entrega 13 y 14

SEVILLA.
Imprenta de El Porvenir, calle de las Sierpes núm, 43.



TERTULIA LITERARIA.



TERTULIA LITERARIA.



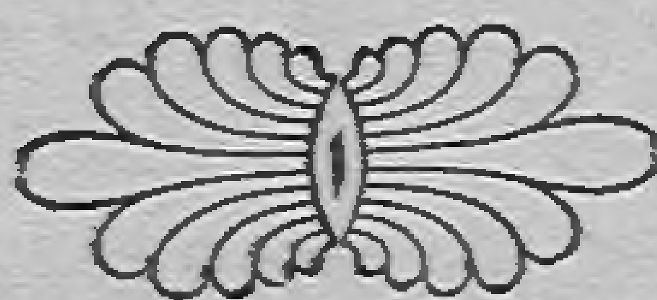
COLECCION

DE

POESÍAS SELECTAS

LEIDAS EN LAS REUNIONES SEMANALES
CELEBRADAS EN CASA
DE
DON JUAN JOSÉ BUENO.





SEVILLA.=1861.
IMPRENTA DE EL PORVENIR CALLE DE LAS SIERPES NUM. 4 3.°

PRÓLOGO.

Aunque con el modesto nombre de *Tertulia Literaria*, las reuniones del señor Bueno han tenido la importancia de las Academias y Ateneos dedicados á fomentar el cultivo de las Artes, con la sola diferencia, orígen sin duda de sus más plausibles resultados, de que á las enojosas formalidades propias de aquellas Corporaciones, han sustituido en casa del poeta sevillano la cordial intimidad y la discreta franqueza que por sí solas han sido muchas veces incentivo á los vuelos del genio.

Fraternizando así los escritores de esta Capital con otros forasteros y extrangeros, la noble emulacion que naturalmente debía despertarse entre personas tan ilustradas, muchas ya célebres entre los escritores modernos, ha convertido las *Tertulias* en verdaderos certámenes literarios, en los cuales todos han presentado á generosa porfía obras notabilísimas, comparables algunas con los mejores modelos castellanos.

El público, sin embargo, no conocía estos trabajos más que por las reseñas que los periódicos de la Capital y de la Córte hacían de cada una de las *tertulias*, y como era consiguiente, estas noticias, limitadas solo á mencionar los títulos de las composiciones, han aumentado, más bien que satisfecho, la curiosidad de leer unas obras, que han merecido tan justos elogios dentro y fuera de España.

Este deseo manifestado por muchas personas, ha movido al editor á pedir al señor Bueno y á sus tertulios el permiso, que galantemente le han otorgado, para dar á la estampa en un solo volúmen las poesías selectas de casi todos los escritores sevillanos, y transmitir de este modo á la posteridad unas obras que, siendo verdaderas joyas literarias, estarian quizas condenadas por la modestia de sus autores á perecer con sus contemporáneos, como otras muchas, cuya sensible pérdida lamenta hoy la Escuela Sevillana.

Con el propósito de que el público conozca mejor la índole de la Tertulia literaria, hemos creido conveniente traducir el precioso artículo que en forma de carta ha publicado en un periódico frances de los mas autorizados el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, é insertarlo á la cabeza de la coleccion, tanto porque su autor es ya muy ventajosamente conocido en la república literaria, cuanto porque siendo extrangero describe estas reuniones con suma imparcialidad y competencia, despertando al mismo tiempo el más vivo interes la amenidad del estilo y la viveza de los conceptos.

UNA TERTULIA LITERARIA

EN SEVILLA.

CARTA Á MR. XAVIER MARMIER.

¿Os acordais, amigo mio, de nuestras antiguas reuniones literarias en vuestra casita de la calle del Odeon, en el año de gracia de 1838? Esta es una de las fechas más gratas de vuestra juventud y de la mia. En aquella época Brizeux, que era ya el gran poeta que Francia ha admirado despues, al dia siguiente de una muerte prematura nos recitaba con aquel acento hondamente conmovido, un poco gutural, y con aquella voz en la que parece escucharse el lejano estruendo de las olas al romperse contra sus costas de Bretaña, alguna nueva página de su

Idilio de *María* ó un fragmento de su rústica epopeya, todavía inédita, de los *Bretones*. Sainte-Beuve, que aun no era indivíduo de la Academia, pero que ya merecía serlo, sacaba de su bolsillo ó confiaba á su memoria aquel trozo, de tan elevada entonacion, á una *Cazadora* y otras poesías no ménos bellas que aun conservaba en sus recuerdos. Vos, cuando los demás callaban, sacábais de algun cajon de vuestro bufete una elegía fielmente traducida del Obispo Tegner ó una candorosa cancion traida de Finlandia ó de Noruega, paises que ha sido y aun es de moda descubrir despues de haberlo hecho vos.

Entre doce y una de la madrugada iban retirándose los concurrentes uno á uno ó dos á dos, y yo me quedaba todavía algunos momentos á vuestro lado para saborear juntos las bellas composiciones que acabábamos de oir. Separábamonos siempre con disgusto, aunque llevábamos al hacerlo la esperanza de volver á reunirnos el Juéves siguiente. Pero llegó un dia en que el grupo dispersado no volvió á reunirse. Habíais partido para uno de esos largos viajes de los cuales tornábais á nosotros con el corazon lleno de otros ensueños, los ojos deslumbrados con nuevas imágenes, las manos cargadas de gratas narraciones.

Todos estos recuerdos que conservo religiosamente, se agolpaban dias pasados á mi imaginacion con motivo de una carta, por medio de la cual uno de mis amigos de España me invitaba á reuniones del mismo género que iban á establecerse, ó mejor dicho renovarse, en Sevilla.

Paréceme, pues, oportuno que sea á vos á quien yo refiera lo que he visto, escuchado y sentido en estas *Tertulias* que más de una vez me han transportado, en cierta manera, á las deliciosas horas de nuestra juventud. No obstante vuestra predileccion por el Norte y el génio de sus

poetas, cónstame que no teneis prevencion alguna contra el Mediodía y que amáis á España aunque solo la hayáis entrevisto costeándola. Dejadme, pues, hablaros de este país, como vos me hablabáis en otro tiempo de las regiones septentrionales.

Las Tertulias literarias eran en otras épocas muy comunes en España. Apénas habia ciudad un tanto amiga de las Letras que no tuviera la suya. Cada dia han ido haciéndose más raras, pero aun existen, no hay para qué decirlo, en Madrid. Desde el momento en que España, procediendo en contradiccion con sus antiguos hábitos y su génio especial, persistió en querer darse una sola Capital, fué consecuencia precisa que su vida intelectual afluyese á aquel centro, algo artificial, del pais. Encontraréis, por tanto, en Madrid, al lado de las Academias oficiales, salones á que se acude para oir y leer versos, tales, entre otros, como el del Duque de Rivas, poeta eminente; el del Marqués de Molins, literato distinguido; el estudio del señor Piquer, escultor de mérito, y el gabinete de D. Aureliano Fernandez-Guerra, erudito y verdadero maestro en el arte de escribir. No he tenido yo ocasion de asistir á estas reuniones; pero en España no ha triunfado aún de tal manera la causa de la centralizacion que Madrid sea la nacion entera, ni puede todavía decirse con verdad que el Arte no tenga en ella más que una Capital, y así como los actores más laureados del público se encuentran tan pronto en Barcelona como en Sevilla, hoy en Valencia y mañana en Málaga ó Cádiz, los primeros poetas, los mejores prosistas de España pueden encontrarse del mismo modo en tal ó cual de sus ciudades. Debo advertir, sin embargo, que sinó se está muy alerta, no seguirá sucediendo mucho tiempo así. Aquellos, pues, que en este ó el otro punto de España se afanan en crear ó conservar

dia docena de cigarros. Un gabinete de mediano tamaño, cuyos muros se hallan cubiertos de antiguas estampas, de bustos de yeso escogidos con gusto, de retratos, entre los cuales distinguí el de Espronceda; una lámpara sobre la mesa y dos candelabros con bugías sobre el mármol de la chimenea, un buen fuego, un mullido canapé y excelentes sillones constituyen la habitacion y su menage, en el cual nada falta por tanto de cuanto contribuye al agrado del hogar doméstico. Algunas de estas comodidades hubieran parecido extrañas en Sevilla hace doce años, sobre todo en casa de un literato. Hoy á nadie causan aquí sorpresa, y dos palabras os harán comprender el milagro. Sevilla está habitada por un Príncipe francés, y á los dos extremos de la ciudad dos caminos de hierro cambian alegremente los silvidos de sus locomotoras.

El señor Bueno tuvo la bondad de presentarme las personas que me habian precedido. Eran literatos, pintores, escultores, catedráticos, académicos, periodistas, jóvenes oficiales cuya diestra sabe manejar la pluma como la espada.

El dueño de la casa abrió por sí mismo la sesion leyendo una epístola familiar dirigida á sus invitados. Despues de algunos versos, en que expresaba su gratitud, convidábalos el poeta al estudio de la antigua literatura pátria, proporcionándosele de este modo ocasion de pasar revista á todos los clásicos españoles. Permitid, pues, que os transcriba los siguientes pasages de esta viva y rápida enumeracion (1):

---

(1) Así en este como en los demas casos en qne el docto crítico traduce el todo ó parte de las composiciones que cita, tomamos del original los versos que vierte á su idioma (*Nota del Editor*).

«Aplaudamos la *vis cómica*
De Moreto, los arranques
De Rojas, la sencillez
De Ruiz de Alarcon, las sales
Con que el picaresco Tirso
Dice malignas verdades,
Y recordemos á Mescua,
A Vélez y á Cañizáres.
La facilidad de Ercilla
Que, testigo de salvages
Encuentros y salpicado
Tal vez de araucana sangre,
Supo historiar de los Indios
Los intrépidos combates,
Manejando ora la pluma,
Ora la espada tajante,
Como poeta y guerrero
Láuros ciñéndose iguales.»

. . . .
. . . .

«De los prosistas mejores
Lëamos tambien las frases:
Nos encantan del Rey Sábio
El candoroso lenguaje,
Del autor de *Celestina*
Los modismos familiares,
La gravedad de Mariana,
La erudicion de Morales,
La energía de Mendoza,
De Quevedo los donaires,
La cultura de Solís,
La pureza de Cascales,
De Melo y Luis de Granada,

Del Padre Malon de Chaide,
De Fray José de Sigüenza,
Y de Argensola y de Márquez.
¡Oh tú de Ingenios el Príncipe,
Blason de Alcalá de Henares,
Muéstranos la senda oculta
Por dó á la fama llegaste,
Y entre horribles cautiverios,
Y persecuciones y hambres
Conseguiste que tu péñola
Siglos y siglos acaten!
¡Gloria al Soldado valiente
Que, si en batallas navales
Perdió por su mal un brazo,
Con el otro supo alzarse
Escribiendo, á la alta cumbre
Do ninguno llegó ántes
Ni despues, para grabar
Su nombre en eterno jaspe,
Que no romperán los tiempos
Ni la envidia miserable.
Humillemos nuestras frentes,
Rindamos puro homenage,
Al Mäestro de la Lengua,
Al gran MIGUEL DE CERVANTES.»

Hay alguna redundancia en su última parte, ¿no es cierto? Pero no olvidemos que se trata de Cervantes, y que no somos nosotros más concisos cuando hablamos de Moliére.

Y para dar ejemplo del culto que desea que se rinda á los Semidioses del Parnaso Español, tomó el señor Bueno de entre sus libros un manuscrito, de que en otra

parte he hablado, y leyó en él, escrita por un contemporáneo y amigo del *Divino* Herrera, una noticia de este gran poeta, Píndaro de España y cantor inmortal de Lepanto y de la muerte del Rey Don Sebastian. Este manuscrito es copia de otro harto más precioso, en que un pintor del siglo XVI, Francisco Pacheco, dibujó los retratos de todos los hombres ilustres de su tiempo, amigos suyos en su mayor parte, uniendo á cada imágen la biografía del sugeto, segundo retrato no ménos parecido que el primero y dibujado con diestra no ménos firme.

Esta lectura era para mí una revelacion, no del manucristo que ya conocía, sino de la indestructible unidad del génio español. No cesaba mi sorpresa al ver en el aire de satisfaccion de las fisonomías y en la risueña atencion de cuantos escuchaban cómo aun hoy todo Español, cualesquiera que sean su carrera y el giro particular de su entendimiento, entra con paso firme, por decirlo así, en la inteligencia de la antigua España. La España literaria ha tenido, como la política, sus guerras civiles: testigos Góngora y su escuela, Huerta con sus reformas y tantos otros episodios que han dejado señalada su huella; pero en todas estas luchas el génio español ha permanecido siempre inalterable y de todas ellas ha salido siempre más incontaminado que ántes, si posible era. En literatura, sobre todo, ha conservado intacta toda la religion de su pasado. ¿Acontece lo propio entre nosotros? ¿Cuál de nuestros grandes escritores no ha perdido ninguno de sus apasionados?

Pero el señor Bueno no había reunido únicamente á sus amigos para cantar con ellos en coro las antiguas glorias de España. Despues de esta doble introduccion, dirigió un llamamiento directo á los poetas que allí se encontraban, y como siempre y en todas partes, todos ri-

valizaron en no querer sacar del bolsillo el manuscrito que cada uno llevaba.

Durante esta lucha entre la buena voluntad y la modestia, prestaba yo oido, como viagero curioso y atento á cuanto vé y escucha, á una voz al propio tiempo grave, penetrante y dulce, que al lado mio recitaba un soneto en medio de un grupo. He podido procurarme este soneto y hélo aquí; pero hay en el original tal expresion de dolor y desencanto que desespero de poder darla á conocer (1):

«¡Cuán bella sale la naciente Aurora
Del fresco seno de los claros mares!
¡Cuán bello el Sol se inclina en los altares
De la noche feliz que le enamora!

»¡Cuán bella es la vespertina hora,
Cuando al son de los rústicos cantares,
Vuelve el pastor á sus agrestes lares
Y lágrimas de amor la Luna llora!

»¡Cuán bello el Cielo azul baña en reposo
A la luz de sus astros nuestra vida!
Mas ¿qué verá que le parezca hermoso

»El que guarda en el alma dolorida
Que halló féo, y vacío, y mentiroso
El corazon de una muger querida?»

El autor de estos versos es D. Miguel de los Santos Alvarez, uno de los últimos Enviados de España en Méji-

(1) No se olvide lo advertido en la nota que antecede. (*Nota del Editor*).

co; un diplomático. (¿Por qué dudarlo? Martinez de la Rosa y el Duque de Rivas no eran todavía ayer Embajadores,? y habéis olvidado acaso la época en que Lamartine se afanaba en demostrarnos que su carácter era el más al propósito para el desempeño de un cargo diplomático?)

¿Pero quién recitaba á media voz el melancólico soneto? Cuanto más lo miraba, más me parecía haber visto ya en alguna otra parte aquel expresivo rostro, haber oido mas de una vez en otro parage aquella voz apasionada. Y no me equivocaba: era Romea, uno de los primeros, el primero acaso de los cómicos españoles. Atraida poco á poco la atencion general por el murmullo de los hermosos versos que he copiado, dijo el señor Bueno dirijiéndose al gran actor; «á vos mismo es á quien queremos oir; repasad de nuevo vuestra memoria y encontraréis indudablemente algo vuestro.» Y Julian Romea recibió esta peticion, apoyada por todos, con una amabilidad llena de sencillez y con la confianza del artista que, acostumbrado á un público más temible, sabe que puede contar con una atencion agradecida por parte de un auditorio, que no ha pagado esta vez el derecho de escucharle y aplaudirle.

Romea, ya yo lo sabía, es un verdadero poeta, y hace largo tiempo que publicó con éxito una coleccion de sus versos, la cual se está ahora reimprimiendo. Mas, no obstante, no fué escasa mi sorpresa cuando despues de haber reunido algunas páginas llenas de correcciones (¿era melindre en un hombre que por su profesion recita tan magistralmente?) leyó su título: *La muerte de Jesus*. Parecióme que mi sorpresa se comunicaba á los asistentes, pero causábasela un motivo diverso. Un poeta famoso, un gran catedrático de la Universidad de Sevilla,

Don Alberto Lista, fallecido hace catorce años, compuso una oda á la muerte de Jesus, á la que debe en gran parte su reputacion poética, y he aquí porqué los que me rodeaban estaban inquietos, violentos, tal vez algo escandalizados al oir leer una oda sobre el mismo asunto, en Sevilla, en la patria de Lista y delante de algunos de sus discípulos, aun bajo el encanto de su enseñanza y de sus versos. Algo de esta sorpresa debió retratarse en el semblante del primero que leyó el cartel de anuncios del Teatro Francés el dia en que Voltaire, despues de Corneille, hizo poner en él su Edipo, ó despues de Crébillon su Semíramis. Sin embargo, la curiosidad no tardó en triunfar, y solo se sintió ya admiracion hácia el audaz cuando despues de haber mostrado á la grosera soldadesca despojando á Cristo, Romea continuó:

«¡Desnudo tú, Dios mio,
y por las manos de tu propia hechura!
¡Desnudo ante el impío,
tú, que al leon le diste la bravura,
su empuje al mar, su movimiento al rio!

»¡Y al dia sus albores,
y al limpio cielo su riqueza suma,
y al sol sus resplandores,
piel á los brutos y á las aves pluma,
al monte encinas y á los prados flores!

»Y tu rostro escupieron,
y tu cuerpo santísimo azotaron,
y bárbaros te hirieron,
y tu frente de espinas coronaron,
y el manto de sus culpas te vistieron!

»¡Llorad, llorad sin duelo,
oh de Jerusalen hijas hermosas:
llorad: el Dios del cielo
es ese que entre angustias horrorosas
marcha regando con su sangre el suelo!

»Ese que hoy afrentado
va entre esos hombres, por su mal valientes,
abrió á su pueblo amado
entre las olas de la mar rugientes
fácil camino á Faraon cerrado.

»Y vosotras le vísteis,
oh gentes de Israel, y le negásteis;
y su palabra oísteis,
y vuestros ojos á la luz cerrásteis;
predicó la verdad y no creísteis.»

Acababa yo de leer la oda de Lista, y no sin rendir usto homenage al vigoroso talento de Romea, parecióme que no se habia este elevado á tanta altura.

—«Lo que me sorprende aquí, dije al señor Bueno, no son los hermosos versos que Romea con la inspiracion que le es propia y viviendo en la intimidad de vuestros grandes poetas ha aprendido de ellos á escribir. Nada más natural. Lo que causa mi sorpresa es ver en casa de un demócrata á un actor recitando versos compuestos por él sobre la muerte de Jesus.»

—«Y delante del Director de *La Cruz,*» me dijo, al pasar por detras de mí, un hombre calvo y de pequeña estatura, cuya mano habia yo estrechado al entrar y que me recuerda mucho á Sainte-Beuve.

Hizo sonreir á Bueno mi observacion tan chisto-

completada por D. Leon Carbonero y Sol, y un jóven periodista añadió:

—«Aquí estamos en terreno neutral.»

—«Decid más bien, le repliqué, que estamos en España, pais de los contrastes, en que todo existe sin confundirse y todo se une sin mezclarse.»

—«Es exacto, repuso Romea, venid á Madrid, y allí veréis lo mismo, y en los salones del Duque de Rivas ó en casa del Marqués de Molins, Alcalá Galiano, moderado como el que más, tenderá la mano á Hartzenbusch, el más progresista de nuestros poetas.»

Entre tanto el periodista de que he hablado se habia acercado á la mesa y empezaba la lectura de una Memoria. Don Francisco Tubino es un jóven instruido y que no olvida, fácil sería conocerlo sino lo dijese, que siguió en la Sorbona los cursos de nuestro amigo Saint-Marc Girardin. Acompañante el año último en Marruecos del infortunado General Rios, y habiendo traido de Tetuan varios manuscritos árabes, referíanos cómo los habia adquirido en la Ciudad Santa y cuál era su contenido: eran, en su mayor parte, tratados de Medicina, de Historia Natural, de Filosofía, y nadie escuchaba esta narracion y sobre todo este análisis con más inteligente atencion, con benevolencia más competente que D. Leon Carbonero y Sol; como que no solo es este el elocuente redactor y el hábil propagador de la Revista religiosa titulada *La Cruz*, sino el docto catedrático de árabe de la Universidad de Sevilla. ¿Pero prescindiendo del árabe, me diréis, vuestro Carbonero y Sol no se asemeja algo á nuestro Luis Veuillot? Tiene, en efecto, os contestaré, su impetuosa fé y su inquieto ardor, pero carece de la hiel que en el Tribuno católico malogra con sobrada frecuencia los dones singulares de su naturaleza enérgica y llena de sávia.

La Memoria de Tubino habia apartado de la poesía la atencion. Volvióse á consagrársela, pero dando un rodeo. Mientras que los poetas se decidian á recobrar la palabra, hacía el dueño de la casa circular dibujos, bocetos, modelos de estátuas ó de bajos relieves. Pintores y Escultores lograban de esta suave manera que tocase de nuevo el turno á la Poesía.

Don Juan Nepomuceno Justiniano habia tomado su partido. Es un jóven Capitan de Húsares, autor de una Epopeya que lleva por título el nombre de *Roger de Flor*, célebre capitan de aventureros que al comenzar el siglo XIV, condujo un Ejército de Catalanes y Aragoneses en socorro del Emperador de Constantinopla, casóse con una sobrina de Andrónico, y si la traicion no le hubiera atajado los pasos hubiérase apoderado del Imperio de Oriente. Soldado y poeta como Alonso de Ercilla, Justiniano participa de la maravillosa fluidez de su predecesor, guardaréme bien de decir de su modelo, y, á creer á sus amigos (la ilusion es permitida á la amistad), tiene, con más elegancia una imaginacion más fecunda. Pero la comparacion entre las Epopeyas de ambos será siempre inexacta bajo cierto aspecto: Ercilla peleó en los combates cantados por él.

Lo que Justiniano recitaba en esta ocasion era una oda al Poeta. Dice sus versos como un inspirado. Su voz, su acento, su actitud, su mirada, todo está en armonía con aquellos, y hasta se creería que el autor los vá improvisando, de tal manera vuelve á sentir al recitarlos lo que experimentaba al componerlos. Nada transcribo de esta composicion, porque sería forzoso traducirla entera, y parecería sin duda alguna que queria yo hacer alarde de la dedicatoria que me está consagrada. Por otra parte, un fragmento no daria de ella sino muy escasa idea. Figuráos

que introducís una copa en un rio ¿el agua que aprisionéis os dará á conocer el ímpetu de su corriente?

En cada reunion aparecian nuevos semblantes y nuevos lectores, y cada una daba lugar á alguna circunstancia que despertaba la atencion y ponia alas al pensamiento. Un dia, por ejemplo, D. Francisco Astorga, hábil escultor, presentó un Niño Jesus esculpido en madera y pintado despues. Es este un género de escultura peculiar á España é Italia, y en que ambas eran maestras; pero en la primera, al ménos, este arte se pierde, y se vá convirtiendo en oficio, no obstante haber producido obras duraderas y, entre otros varios, dos célebres artistas: el enérgico Montañés y el noble Roldan, de quien no debe separarse á su hija la Roldana, así llamada con graciosa familiaridad, y la cual recibía los Santos Sacramentos cada vez que tomaba el cincel para comenzar una imágen de Jesucristo ó de su Santa Madre. ¡Ah! ¡Qué buenos tiempos aquellos en que los artistas tenian tal fé en su arte y ¿por qué no decirlo? tal fé en su propia fé! En España, consignémoslo, se conserva aun algo de esto. La noche en que Astorga expuso su *Niño Dios*, leyónos el señor Bueno unas estancias que acababa de improvisar, y de las cuales no podria decirse si se dirigian á Dios ó á su imágen, tal era la religiosa emocion que se notaba en la voz del autor, y de tal modo, á medida que su ternura iba en aumento al proseguir leyendo, sentia que por un impulso involuntario, sus rodillas iban buscando por sí mismas la tierra para postrarse.

El poeta de que ahora voy á hablar no nos alejará mucho de los artistas, supuesto que ha cantado á Murillo. Don José Fernandez-Espino es uno de los más doctos Catedráticos de la Universidad de Sevilla y el erudito Director de la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, que

contribuye desde hace algunos años á mantener en ella el movimiento intelectual; de la cual son colaboradores casi todos los ingenios que os cito en la presente carta; y entre los que, como muestra de la fraternidad que desde los tiempos de Fernando de Herrera y Pablo de Céspedes ha reinado siempre entre los escritores de Sevilla y Córdoba, os nombraré ahora al Marqués de Cabriñana, distinguido vate de la última de dichas ciudades que acaba de fijar su residencia en la primera. Crítico excelente y poeta de muy variado talento, el señor Fernandez-Espino oculta bajo un aspecto naturalmente grave, un entendimiento que seduce y encanta, vasto saber y una amenidad rara. Su oda á Murillo es una composicion tan bella como elevada, escrita para formar parte de una Corona Poética que se prepara en honra del gran Pintor. ¿Queréis saber qué cosa es una Corona Poética? No vayais á creer que se asemeja en algo á lo que en Italia se llama á veces una medalla, una inscripcion. Fúndense muchas de aquellas, grábanse muchas de estas, pero en su mayor parte son un simple homenage, un pensamiento, una fecha, condenados á esperar eternamente su estátua, su columna, su monumento, y que, á no estar advertidos, podrían hacer la desesperacion de los Numismáticos y de los Colectores de epígrafes. La Corona Poética es una cosa más real, porque al cabo son versos, y si los versos son buenos sobreviven á la circunstancia que los produjo. ¡Cuántas composiciones han debido un lugar en colecciones clásicas, á haber sido escritas para una Corona Poética! El tiempo ha arrebatado las demas, y ellas han conservado su eco en la memoria de los hombres. No hay acontecimiento algo ruidoso, ya sea literario, ya político y aún privado, que no dé orígen á una Corona. La muerte de un escritor eminente es una ocasion que casi nunca

se deja escapar. Cuando murió Lista dedicóse una Corona á su memoria, y de todos los ángulos de España acudieron poesías que sus antiguos discípulos le consagraron para rendirle este último homenage. Ni aun la desgracia se exime de él. Una tarde el mar que baña la costa en que se eleva el naciente pueblecito de Zaráuz, sumerjió á una niña del célebre Diputado á Córtes D. Pascual Madoz, y sin que ni por un momento imaginasen los amigos de la familia desolada que pudiera motejárseles de haber hecho un alarde de talento de una catástrofe, ofrecióse por ellos una Corona al inconsolable dolor de los infortunados padres. *Manibus date lilia plenis.*

Donde una Corona se encuentra sobre todo en su lugar es al tratarse de algun recuerdo enlazado á la historia patria. Cuando una mano real salvó hace algunos años de la última ruina el Convento de la Rábida en que Cristobal Colom, desconocido todavía, encontró al fin á su ángel tutelar, al Prior Fray Juan Perez de Marchena, solemnizó una Corona Poética esta restauracion, que hubiera debido ser obra de España toda.

Obsérvase un nuevo ejemplo en Sevilla, que al cabo de dos siglos echa de ver que se ha olvidado de elevar un monumento á la gloria de Murillo. Miéntras las listas de suscricion circulan por España; miéntras que el escultor prepara el modelo, el fundidor el bronce y el arquitecto los cimientos del pedestal, los poetas ponen tambien manos á la obra y Murillo tendrá su Corona Poética al mismo tiempo que su estátua. De la oda del señor Fernandez-Espino tomo la descripcion que sigue de una de las obras maestras del Pintor; los que solo han podido adivinar en la oscura capilla de la Catedral en que la velan las tinieblas la admirable vision de San Antonio de Pádua, la contemplarán á más clara luz en los siguientes versos:

«Por el ambiente puro,
Niño en las formas, apacible, esbelto,
Desciende Dios del *inmortal seguro*
Con blando giro reposado y suelto.
Y si en su faz de angélica hermosura
Ostenta amor ardiente
Tambien la eterna magestad fulgura
Del que la luz, el mar, la excelsa altura
Creára á un soplo de su sér potente.

»Circúndale amorosa
Falange de Querubes,
Con solo contemplarle venturosa:
Envueltas otras en brillantes nubes
Respiran en su rostro peregrino,
Libre tan solo del celeste velo,
El dulce fuego de su amor divino,
Que en él está la beatitud del Cielo.

»Como fragancia y alegría y flores
Dá el sol al prado con sus rayos de oro,
Reviste en rutilantes resplandores
La luz que anima al extasiado coro;
Y la pobre morada,
Donde el Paduano de rodillas ruega,
Vése en no usado resplandor bañada,
Que allí la gloria del Eterno llega.
A la vision divina,
La faz del justo absorta
En seráfica lumbre se ilumina;
Y en éxtasis profundo,
Las manos levantadas, se transporta,
Presto á dejar el miserable mundo.»

Yo no he comprendido exactamente el carácter que distingue en la Literatura Española á la Poesía Lírica sino despues de haber oido á los mismos poetas recitar sus propios versos. La música de la palabra realza la expresion del pensamiento y á veces hasta ocupa algun tanto el lugar del mismo pensamiento. Estos rapsodas de su propia Musa tienen un ardor en el acento y un fuego en la mirada que vivifican los versos, y bajo este aspecto existe en España singular analogía entre el Poeta Lírico y el Predicador. Este último no es, como entre nosotros, un infatigable escrutador de la conciencia humana, un paciente investigador del corazon del hombre. No lleva su antorcha hasta el último seno de nuestra alma donde la inflexible mano de un Bourdaloue va á apoderarse del enemigo oculto para conducirlo á la claridad del dia y marcarlo en la frente con su verdadero nombre. El Predicador español se dirije más gustoso á la imaginacion, á la sensibilidad, ¿cómo diré?, á los nervios de su auditorio. Él le habla de las penas y recompensas de la vida futura, le presenta los sufrimientos de Jesucristo y su triunfante resurreccion, lo embriaga, en una palabra, con sentencias y con imágenes. Tales sermones no deben leerse, sino escucharse, y escucharse entre las sombras de las Catedrales ó bajo el reflejo de los mil cirios que prestan aun más vivo esplendor al oro prodigado en los altares y tabernáculos. Entrad en una de nuestras Iglesias cuando se está predicando, y ¿qué veréis? Un auditorio lleno de recogimiento, sentado tranquilamente y siguiendo sin esfuerzo de espíritu, pues el cuerpo nada tiene que hacer, el pensamiento del predicador. El aspecto que en semejante caso ofrece una Iglesia española es sin duda alguna más pintoresco. Algunos hombres de pié, y por esta misma razon inclinados á cambiar de sitio y de

actitud á cada momento; grupos de mugeres, todas vestidas de negro y sentadas sobre sus talones, tal como las hemos visto en las Mezquitas del Cairo ó de Constantinopla. Para inmovilizar á los unos, para mantener á las otras despiertas y atentas, ¿bastaría una firme demostracion de los dogmas de la Fé, una luminosa exposicion de la Moral Cristiana? No; es preciso ante todo, agitar, sacudir las almas, empaparlas en la leyenda, arrebatarlas al Cielo ó atemorizarlas con el Infierno. Así ¡cuántas veces he oido profundos suspiros responder á la voz que descendía del púlpito, y estallar repentinos sollozos por poco que esta voz fuese vibrante y sonora! Con un auditorio más candoroso y que estuviera ménos alerta, la Poesía Lírica obtendría aquí no pocas veces algo de este triunfo.

«Sí; decíame una noche en casa del señor Bueno un »sugeto sentado junto á mí. Lo que falta á nuestra Poe»sía Lírica (y hubiera podido decir á la Poesía Lírica de »todos los pueblos) no es pasion ni movimiento, sino á »veces pensamiento; ese pensamiento que dá por resul»tado que aun traducidos los versos á otra lengua sigan »siendo poesía y no se evaporen al perder el ritmo.»

El que me hablaba de este modo era un jóven de elevada estatura y fisonomía distinguida. Solo en la manera de escuchar los versos, se hubiera adivinado en él al poeta, y la expresiva palidez de su semblante daba cierto encanto á esta conjetura. Era el Marqués de Auñon, hijo mayor del Duque de Rivas. Algunos años há que el talento de este heredero del nombre y la lira de un poeta se ha revelado á España por medio de composiciones, poco numerosas todavía, pero escritas con gran correccion y mucha elegancia y delicadeza. Sino fuera necesario para traducir con acierto más que una admira-

racion sincera, estaría seguro de hacer brillar en la traduccion de la elegía que oí leer al Marqués de Auñon las raras cualidades que la distinguen (1):

«Árbol, ¿por qué del campo en la llanura
Siempre mis pasos á buscarte van,
Y al contemplar tu pompa y galanura
Siento en el alma inextinguible afan?

»¿Por qué si el viento, en incesante giro,
Tu ramaje columpia con furor,
Dentro del alma á mi pesar suspiro
Por cada hoja perdida y cada flor?

»Acaso, acaso en tu lozana vida
Algun misterio el corazon leerá:
Tal vez mi suerte á tu existencia unida
Por impalpable vínculo estará.

»¿Quién sabe si darás á mis amores
Fresca sombra en tu verde pabellon;
Si sentiré, cubierto con tus flores,
De un ángel palpitar el corazon?

»Tal vez robusta y ponderosa lanza
Tus vástagos gigantes me darán:
Tal vez cuando se logre mi esperanza
Ramos tuyos mi sien coronarán.

»¿Quién sabe si al cruzar los anchos mares

(1) Recordamos al lector lo expresado en nuestras notas anteriores. (*Nota del Editor*).

Tú serás el timon de mi bagel,
Ó de triste naufragio en los azares
La pobre tabla que me salve en él?

«Mas si de amor la tienda encantadora
No has de ser, ni la lanza ni el timon,
Ni la flotante tabla bienhechora
Que me libre del mar y el aquilon,—

»Cuando la muerte mi destino amanse,
Árbol, ¿quién sabe si caerás tambien?
¡Si el féretro serás donde descanse
Mi helado cuerpo, mi marchita sien!»

Encuentro en estos versos, con más elevacion, así como la tiene su autor, no sé qué conmovedora analogía con el talento y la fisonomía de Millevoye. *Dii prohibite.....*

Forzoso es sin embargo, buscar un contraste á esta última composicion. La poesía está léjos en España de tener en todas ocasiones este aire de seriedad, este acento grave, este giro apasionado. La patria de Quevedo y de Baltasar del Alcázar es tambien un pais de buen humor y de picaresca fantasía. Las agudezas abundan en él como los rasgos sublimes, y el chiste tiene tambien aquí su Musa. La Poesía Española no ha renunciado en nuestros dias á ninguna de las formas con que cantaba ya en los siglos XV y XVI. Don José Velazquez y Sanchez es buena prueba de ello. Es este un jóven poeta que encargado recientemente de ordenar el Archivo de Sevilla ha sabido hacerlo con honra suya y de la Capital de Andalucía, que cada dia vé reaparecer nuevos y escondidos comprobantes de su antigua gloria. Este trabajo, lleno de tantas emociones imprevistas, no era á propósito para ha-

cer olvidar al ilustrado Archivero que el nombre de Velazquez, que fué el de un gran pintor, podia tambien ser el de un poeta. A fuerza de examinar antiguos pergaminos, por entre los cuales le era fácil seguir todas las transformaciones sucesivas de las costumbres y el idioma de su pais, ocurrió la idea á D. José Velazquez de pintar en una série de pequeñas composiciones cómo se ha expresado en España el amor en los cinco últimos siglos; y la diversidad de épocas se revela en ellas á la par en el sentimiento y en el lenguaje. Es un curioso y hábil estudio que la traduccion no lograría hacer comprender del todo, al ménos en lo que concierne á los tiempos antiguos. Permitidme, pues, que al llegar al nuestro os copie solo el siguiente pasage en que el poeta lo describe. En España como en Francia todo el mundo pondría en él nombres propios!

«Uraño Simuel Leví,
Reserva ese Pagaré
Que fulminas contra mí,
Pues que cuanto poseí
Entre tus garras dejé.

»Estoy en trato nupcial
Con la nieta de un Banquero
De fortuna colosal,
Que asocia en marcha triunfal
Mi cuna con su dinero.

»Presta mi claro blason
A su opulencia el esmalte
Que procura su ambicion
Y él me brinda un escalon

Que al Capitolio me exalte.

»Honra me ofrece y provecho
Salir restaurado á luz,
Y en pago de lo que has hecho
He de poner en tu pecho
La deslumbrante Gran Cruz.

»Tén en mi táctica fé,
Sigue el rumbo tras de mí
Y donde yo vaya vé,
Reservando el Pagaré
Que fulminas contra mí.»

Es cosa digna de observarse el encontrar aquí tan populares como en sus primeros dias todos los géneros poéticos, Soneto, Oda, Elegía, Cancion, Romance, Letrilla, Epístola moral ó burlesca, Poema épico, que cultivaron Lope de Vega, Rioja, Quevedo, Arguijo, Ercilla y que se cultivan hoy sino con idéntica superioridad con la certeza al ménos de no sorprender á nadie y de agradar por el contrario á todos. Complázcome en hacer notar siempre que la encuentro esta afinidad existente entre la antigua y la moderna España, que en nada se opone, por otra parte, al progreso natural de los tiempos y las ideas.

Nuevamente tuve ocasion de observar esta unidad de raza, de génio y de idioma en la persona y los versos de dos jóvenes Chilenos que el viento de las revoluciones ha arrojado á Europa y que despues de haber recorrido y estudiado el Norte han venido á buscar en Andalucía algo del cielo de su patria. Hijos de un pais conquistado por los héroes en cuyos tercios combatió y cantó Ercilla,

la inspiracion de Lira y de Matta no tiene, sin embargo, el aliento épico. Sus composiciones delicadas, meditabundas, pero breves, me recordaban más bien esos fragmentos melancólicos que algunos viajeros han recojido en América y que ya cita Montaigne; así como sus facciones y el color de su tez, en uno sobre todo, llamaban mi atencion por su analogía aunque vaga y lejana, con el tipo de las Tribus Indias.

Á este pequeño grupo americano gustaba yo de oponer como vivo contraste y como uno de tantos caprichos del azar que hace cada dia ménos raros y singulares la nueva facilidad de comunicaciones, una fisonomía completamente germánica, la del Doctor Hösaeus. Hombre de gran saber y simpático al bien bajo todas sus formas, el Doctor sigue siendo Aleman sin perjuicio de su afecto á España, y crée poder acordarse amorosamente del Rhin sin lanzar por ello sobre el Guadalquivir el epigrama del hombre del Norte.

Una de las cosas más gratas para los que únicamente somos Españoles de corazon y de simpatías es el encontrar en casa del señor Bueno no solo á los que hoy pulsan acordadamente la Lira sino á aquellos que desde hace siglos reposan bajo las bóvedas de las Iglesias ó los Conventos. Voy á explicarme. No era la Mágia lo que evocaba en medio de nosotros á los génios de otras edades. No hay en España poeta, por grande que sea, cuyas obras hayan sido publicadas por completo, y cada dia se tiene la grata sorpresa de ver aparecer una página olvidada de alguno de ellos. En Francia son poco comunes estos goces, pero aun más vivos por esta misma circunstancia. ¿Os acordáis del estrépito que hace algunos años se movió á causa de una traduccion en prosa de Juvenal atribuida á Boileau, y poco despues con motivo de cierta imi-

tacion ó falsificacion que se quería hacer pasar por el bosquejo de una comedia de Moliére? Muy en breve no se encontrará ya entre nosotros cosa alguna en la cartera de los aficionados, tanto es el empeño con que cada uno revindica para sí el cuidado de coleccionar é imprimir sus propias obras. Si por acaso sorprende la muerte á un escritor célebre ántes de que haya publicado su última página, no falta un amigo que la recoja, y si algo es apartado por su mano, leal y discreta á un tiempo, no dejará de haber quien lo encuentre, y cuando llegue su dia, la página retenida irá á unirse á las demás completando la coleccion. El poeta en España no se cuida apénas de sus versos, y arroja gustoso al viento las páginas de la Sibila. A la posteridad toca recogerlos. Ejécutalo esta, pero sin apresurarse, y por más que amontone volúmen sobre volúmen, nunca consigue reunirlo todo. Dos causas hay para esto: la primera que los poetas producen mucho; la segunda que los libreros venden poco, pero se copia con gusto. En uno de sus encantadores Diálogos lée D. Antonio Cavanilles á su interlocutor un hermoso Soneto de Lista. «¡Es magnífico!» exclama el que lo ha escuchado. «Copiadle, le dice Cavanilles, es inédito.» El señor Bueno posée muchos de estos originales y de estas copias, y gusta de abrir á sus contertulios estos tesoros de su gabinete. Cada uno de ellos es saboreado como una novedad, y yo gozo por mi parte como con una confianza de sus gloriosos autores. Por una extraña inversion de las cosas, poetas que datan de tantos siglos se convierten así en contemporáneos nuestros.

Mas llega una hora en la que abandonando nuestro siglo hacémonos los suyos. Al fin de cada reunion uno de los más autorizados concurrentes toma en su mano una de las obras clásicas de España y lée varias de sus páginas. Así, ya os lo he dicho, comenzó la primera reunion;

así terminó y así terminan igualmente todas. En una, pues, de ellas, D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, despues de haber pagado su tributo personal, recitando una Oda elocuente dirijida á un amigo suyo, el Coronel D. Tomás de Reina, que marchaba á América, leyó con gran satisfaccion de cuantos le escuchaban un capítulo del *Quijote*. En la citada Oda el poeta evoca con viva imaginacion los grandes recuerdos, las grandes sombras que su amigo verá levantarse ante sus ojos en los mares que vá á surcar, Cristóbal Colom, Hernan Cortés, Francisco Pizarro; y en sus últimos versos hácenos palpablemente ver al jóven Coronel al apostrofarlo en estos términos:

«Tú entre el estruendo del cañon y el humo,
Del clarin á la bélica armonía,
Al rudo son del redoblado parche,
La salvadora espada en sangre tinta,
Cantar sabrás las glorias de la Pátria,
Émulo digno del egregio Ercilla.»

Esta Oda me recuerda otra, no ménos bella y aun más completa, en que el mismo poeta enumera con justo orgullo todos los nobles guerreros que en España han sido al propio tiempo gloriosos vates. Don Fernando de Gabriel es un jóven Capitan de Artillería que lleva dignamente la espada y el Hábito de Alcántara de sus antepasados, que une al más simpático carácter conocimientos literarios muy extensos y que cuando sus deberes militares le dejan tiempo para ello sabe ser, como acabo de probarlo, un notable escritor.

Volviendo al *Quijote*, no me cansaré de repetir que la obra inmortal de Cervántes no es solo el libro de Es-

paña por excelencia, sino que es la misma España, así en la heróica elevacion de sus sentimientos como en la sencillez de sus costumbres, así en el desmesurado vuelo de su génio como en la espansion candorosa de su buen juicio. Todos reclamamos por tanto con preferencia la lectura del *Quijote*, y cada noche alegra y ensancha uno de sus Capítulos los corazones y los semblantes de todos, ya sea leido por D. Fernando de Gabriel, ya por D. Jorge Díez, sabio Sacerdote, que me hace pensar en el Cura quemando los Libros de Caballerías; ya por Romea, que al leer pone todo su empeño en que aparezca lo ménos posible su raro talento de actor.

Al retirarme por las ya desiertas calles de Sevilla, en que solo se escucha á aquella hora la voz monótona del Sereno, cuyo canto comienza invariablemente por una invocacion á María, sucédeme con frecuencia no poder distinguir lo presente de lo pasado, y confundir lo que acabo de oir leer en un libro antiguo con los versos que acaba de recitar ante mí el mismo que los ha compuesto, á punto de que si alguien me preguntára de dónde salía, acaso le contestase: «Del taller de Francisco Pacheco.»

Sevilla.—Mayo de 1861.

Antonio de Latour.

NOTA.

Para la colocacion de las Poesías se ha seguido este método: primero las de la señora Doña Antonia Diaz de Lamarque; despues las de los extrangeros y forasteros, y últimamente las de los escritores domiciliados en esta Capital, todos en cada clase por rigoroso órden alfabético de apellidos.

POESIAS

DE LA SEÑORA

D.ª ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

LA VUELTA DE LA PRIMAVERA.

Ya se escucha el sonoro
Himno que entona la creacion entera;
Que pródiga esparciendo su tesoro,
Ya sus alas de oro
Apacible tendió la primavera.

La lóbrega techumbre
De nubes que el espacio oscurecía
Fugaz huyó, y en la celeste cumbre
Vierte su clara lumbre
Con mas grandeza el luminar del dia.

Del céfiro al arrullo
Despiértanse las selvas adormidas,
Deja la mariposa su capullo,
Volando con orgullo
Por las anchas praderas extendidas.

Puéblase el bosque umbrío
De alhondras y canoros ruiseñores,
Sigue su curso sosegado el rio
Sin que el encono impío
Le enturbie de los vientos bramadores.

¡Oh mágica belleza!
¡Oh encantada estacion! ¡oh sol fulgente!
Mostrad, campos, mostrad vuestra grandeza,

Y ostentaréis la alteza
Del soberano Autor omnipotente.

Parad, aves, el vuelo
Y el canto levantad *nunca aprendido;*
Extiende, aurora, por el claro cielo
Tu purpurino velo
De perlas y topacios guarnecido.

Prados encantadores,
Ostentad vuestras plácidas guirnaldas;
Y ricas de perfumes y colores,
Embalsamadas flores,
Lucid entre las hojas de esmeraldas.

Valles, selvas, collados,
Pomposas arboledas, bosque umbrío,
Anchas vegas, vergeles dilatados,
Brillad engalanados
Publicando de Dios el poderío.

Palomas inocentes,
Alzad vuestros arrullos lisongeros,
Risueñas murmurad, sonoras fuentes,
Mugid, toros ardientes,
Apacibles balad, mansos corderos.

Al Grande, al Increado,
Unidos ensalzad en dulce coro;
Y á su pesar exclamará humillado
El incrédulo osado:
¡Autor del universo, yo te adoro!

A MI QUERIDA AMIGA

LA INSPIRADA POETISA Y DISTINGUIDA LITERATA

DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO,

con motivo de estar escribiendo una obra
para el príncipe de Asturias, titulada
EL CETRO DE FLORES.

SONETO.

Hoy que brillantes páginas de oro
Anhelante preparas, oh Maria,
Para el vástago tierno que algun dia
Será sosten del español decoro;

Suene tu voz como raudal sonoro
Y enaltezca con plácida armonía,
Al par que la inmortal sabiduría
De la virtud el celestial tesoro.

¡Oh! reina entre las musas españolas,
Y aparezcan cual astros rutilantes
Los bellos cuadros que tu mente crea:

Ciñan tu sien fulgentes aureolas,
Y la fecunda pluma de Cervantes
Cetro de flores en tu mano sea.

LA RESIGNACION.

Es grato contemplar la esplendorosa
Luz que derrama el sol en occidente,
Y grato respirar el manso ambiente
De la apacible tarde silenciosa.

Grato es al alma que feliz olvida
La amarga realidad de la existencia,
Del Eterno admirar la omnipotencia
Y bendecir sus obras sin medida.

Esos que el astro moribundo envía
Templados rayos de dorada lumbre,
Esa grandiosa y elevada cumbre
Donde se vuelve la mirada mia,

Esas brillantes nubes de topacio
Que lucen extendidas en la esfera
Con esmalte divino, esa ligera
Ave que cruza el anchuroso espacio;

Del manso rio que á mis piés ondea
El apacible y lánguido murmullo,

Ese risueño y armonioso arrullo
Del álamo que el céfiro cimbrea;

El aire leve que anhelante aspiro
De rosas y azahares perfumado
Y ese que el corazon enagenado
Exhala á su pesar mudo suspiro;

Alivio dulce y celestial ofrecen
Al alma inquieta si angustiada gime,
Y el dolor se disipa que la oprime
Y bellos pensamientos la adormecen.

¡Ah! si el que sufre mísero no alcanza
En el mundo infeliz algun consuelo,
En grata soledad puede en el cielo
La estrella contemplar de la esperanza.

Esperanza divina, lumbre pura,
Por tí el olvido nuestras penas lleva,
Por tí dichoso el corazon se eleva
A la morada de eternal ventura.

Tú das resignacion..... ¡Feliz, Dios santo,
Quien resignado sus pesares mira,
Y elevándose á ti cuando suspira
Enjuga en alas de la Fé su llanto!

Resignacion, tu antorcha resplandece
Y plácida renace la alegría,
Veloz se ahuyenta la inquietud impía
Y todo encanto celestial ofrece.

A tu poder de las lozanas flores
Son más puros los hálitos suaves,
Más sonoros los cantos de las aves,
Más brillantes del sol los resplandores.

Resignacion, emanacion divina
De las leyes del Dios omuipotente,
Santo consuelo, antorcha refulgente,
Dichoso aquel que á tu esplendor camina!

Feliz el que del mundo la grandeza
Y falsas glorias con desprecio mira,
Y la creacion entusiasmado admira,
Mágica fuente de inmortal belleza.

Campos risueños, deliciosa calma,
Ultimo rayo de la luz del dia,
Vosotros la tenaz melancolía
Podeis tan solo mitigar del alma.

Sí; que aqui vuelve con celeste anhelo
A la mansion etérea su mirada,
Fiel repitiendo: «aquella es la morada
Adonde libre tenderé mi vuelo.»

Míseras son las dichas de la tierra,
Allí es tan solo donde el bien se alcanza....
¿Quién al brillo de célica esperanza
La esperanza mundana no destierra?

LA GENEROSIDAD.

A UN JAZMIN.

Feliz jazminero, ya cubren el muro
Los verdes renuevos que plácido ostentas,
Y ya al blando soplo del céfiro puro
Frondosas guirnaldas erguido presentas.

Y grato parece que próvido alzando
Los tallos flexibles que inquieto cimbreas,
Y sombra y frescura risueño brindando,
El bien de otras plantas amante deseas.

Ya tierno á la yedra que lánguida pudo
Rendirse marchita sostienen tus brazos;
O ya compasivo, del árbol desnudo
Las ramas encubres con móviles lazos.

Y apenas tranquila se eleva la aurora,
Tus flores que lucen cual blancas estrellas,
Ofreces al astro de luz bienhechora
Y das al espacio perfumes con ellas.

Y al ver á la yerba que al pié de tí crece
Tus galas vistosas ansiar con anhelo,
Los albos jazmines que el éuro estremece
Cual lluvia de plata descienden al suelo.

Asi tú que nunca te muestras esquivo
Y dones otorgas benigno y clemente,
Por cada flor pura que das compasivo
Cien otras de nuevo tendrás en tu frente.

Y ufano prosperas: los fieros rigores
Rendirte no pueden de cáncer impío;
Y al par que agostadas se ven otras flores
Tus frescas guirnaldas respeta el estío.

A MI AMIGA TERESA,

EN SUS BODAS.

Ya próspera lució sobre tu frente
La corona nupcial, mi dulce amiga;
Del Hacedor la mano omnipotente
Tu venturosa union grata bendiga.

¡Oh! bendígala, sí: que sea eterno
El amor noble y puro que atesora
Ese esposo feliz, á quien tu tierno
Y entusiasmado corazon adora.

¡Bendígala el Señor! Que resplandezca
La dicha para tí: que la esperanza
Siempre á tus ojos apacible ofrezca
Un porvenir de eterna bienandanza.

Tú eres la flor mas pura y mas galana
Que admira el Bétis en su hermosa orilla,
Y el lucero mas fúlgido que ufana
Muestra en su cielo la oriental Sevilla.

¡Oh! no hay ninguna que feliz ostente
Labios mas puros que tus labios rojos,
Frente mas tersa que tu tersa frente,
Ojos mas bellos que tus bellos ojos.

No hay cual la tuya celestial mirada,
Ni quien graciosa como tú sonria;
Tú eres bella entre bellas admirada;
Tú eres ángel de amor, Teresa mia.

Mas ¡ah! que no es tan solo la belleza,
Frágil encanto que extinguirse puede,
El alto don que en su eternal grandeza
La mano del Inmenso te concede.

No es tan solo ese don, que su clemencia,
Porque en todo llevar puedas la palma,
Dió á tu sensible pecho la inocencia,
Y de virtudes coronó tu alma.

¡Oh! siempre el mundo por tu bien te vea
Cercada del encanto peregrino
De la santa virtud; la virtud sea
El sol que resplandezca en tu camino.

Serálo, y ante el pueblo que te admira
De esposas brillarás claro modelo,
Y ese que tierno por tu amor suspira
Verá la tierra convertida en cielo.

¡Oh! que la paz te arrulle lisongera,
Que la horrible y funesta desventura
No pueda nunca despiadada y fiera

Grabar sus huellas en tu frente pura.

Jamas tus labios con pesar suspiren,
Huyan de tí la angustia y los dolores,
Y la futura edad tus ojos miren
Siempre ceñida de aromosas flores.



LA DESTRUCCION DE NUMANCIA.

ODA.

Cuando sus negras alas
Tiende la tempestad sobre la tierra
Amenazando arrebatar sus galas;
Cuando retumba en la elevada sierra
Del aquilon el áspero silvido,
Y el fúlgido relámpago aparece,
Y escúchase del trueno el estampido
Y á torrentes la lluvia se desploma;
La hermosura del campo desparece,
Pierden las flores su encantado aroma:
Dan al viento sus hojas esmaltadas.
Su débil tallo lánguido se inclina
Y en el lodo confúndense humilladas.

Erguida en tanto la robusta encina
Ante el poder que horrible se desata
Alza su frente noble y altanera:
Temblar el monte puede, mas sereno
Su tronco no vacila; no arrebata
El vendabal su agreste cabellera,
No la estremece el retumbar del trueno;

Parece que sus ecos mugidores
Son para ella celestial arrullo,
Parece que á los vivos resplandores
Del pálido relámpago, su orgullo
Acrece y su belleza,
Le da encantos la lluvia, y el bramido
Del huracan aumenta su braveza.

Es grande, poderosa, y si rendida
Habrá de sucumbir, no cual las flores
Débil y muda perderá la vida;
La tempestad sus golpes destructores
Para rendirla fragorosa aumenta,
Sobre su altiva frente
Escúchase el rugir de la tormenta,
Hiéndela al fin el rayo, y el torrente
Que entre sus ráudas ondas precipita
Sus destrozados restos á los mares,
Exhala al par que rápido se ajita
De muerte y destruccion rudos cantares.

Cual este grande y fuerte
Arbol, Iberia contemplara un dia
Un pueblo que las iras de la muerte
Firme arrostró. Triunfante aparecía
La señora del mundo, sus legiones
Enarbolado el pabellon de guerra
Extendían los férreos eslabones
De la cadena que oprimió á la tierra;
Y los pueblos que tristes inclinaban
Ante el poder del vencedor el cuello,
En las rendidas frentes ostentaban
De humillacion y esclavitud el sello.

Mas Numancia se alzó; firme, guerrera,
Muéstrase á los soberbios invasores....
¿Quién su frente altanera
Supremo rendirá? Tristes clamores
Escucha en derredor; humildes mira
Cien y cien pueblos que arrogantes fueron
Y ante la injusta ira
Del coloso triunfante sucumbieron....
Ella no siente su valor extinto
De las romanas huestes al amago,
Y á los suspiros tristes de Corinto,
Y á los roncos gemidos de Cartago,
Y de Iberia á los ayes, y del mundo
Al unido clamor, la ardiente llama
De su indomable furia se acrecienta
Y poderosa y libre,
Grita cediendo al fuego que la inflama:
«Yo vengaré, naciones, vuestra afrenta.»

Tú grande entonces la miraste, oh Tibre,
¡Cuántas veces tus ínclitos guerreros
En abatirla su ambicion cifraron,
Y cuántas por sus hijos altaneros
Vencidos á tu orilla se tornaron!
¡Oh, cuántas veces con rencor profundo
A tu pesar sus glorias admiraste,
Y cuántas iracundo
El terror de tus armas la llamaste!

En tanto firme la severa mano
Del Destino inflexible, señalaba
Nuevas conquistas al poder romano;
Tú, Numancia infeliz, no fuiste esclava,

Tu nombre, sí, del libro de la vida
Borrado se miró; que altiva, fuerte,
Mas bien quisiste que vivir rendida
Libre dormir en brazos de la muerte.
Página grande de la hispana historia,
Eterno monumento,
Inmarcesible palma de victoria,
Es el recuerdo del postrero dia
Que para tí lució. ¿Quién tu ardimiento,
Quién tu heroismo sin igual sabría
Dignamente cantar, oh tú que ofreces
Entusiasmo á los nobles corazones,
Y en los fastos del mundo resplandeces
Para ejemplo inmortal de las naciones?

Verte imagino en las terribles horas
Que cien y cien legiones aguerridas
A tu lado de muerte dan el grito:
Circúndante las huestes destructoras
Mas tú no te intimidas:
No al contemplar su número infinito
Indecisa un momento retrocedes,
Ni ante el gran nombre de Scipion te espantas,
Ni ante los rayos de su gloria cedes.....
Soberbia y poderosa te levantas,
La firmeza, el valor, se alzan contigo,
Síguete la suprema independencia,
Y trémulo un momento el enemigo
A su pesar se inclina á tu presencia.

Mas ¡ay! que denodado el Africano
Con su ejemplo y su voz de nuevo enciende
El indomable espíritu romano!

¡Ay, que su inmenso ejército se extiende
Con sus alas cubriendo tus llanuras
Y del sol á los vívidos reflejos
Cual ancho mar contémplanse á lo lejos
Sus tersas y brillantes armaduras!

Qué es, Numancia, de tí? tu ardiente brío
De qué sirve, si Roma por vencerte
Desplegó su grandioso poderío?
¿Qué importa tu valor, si de tu suerte
Árbitra quiere ser, y en la esperanza
De humillarte cruel entre cadenas
A tí sus rayos invencibles lanza?

Qué es, Numancia, de tí?..... cual las arenas
Innumerables son los escuadrones
Que con orgullo fiero
En derredor de tí vénse agrupados
Cual refulgente ceñidor de acero;
Ansiosos de rendirte se enajenan
Esos valientes que á tu lado claman,
Y cuando sus briosos campeones
Con voz de guerra los espacios llenan,
Más su soberbia inflaman,
Y ciegos á lidiar se precipitan
Con ímpetu mas firme y arrogante,
Como al poder del aquilon se ajitan
Las altas olas del soberbio Atlante.

Tal vez un punto tu firmeza vieran
De la impaciencia en las inquietas alas
Los guerreros de Roma y suspiraron:
En tu frente mirar tal vez creyeran

La egida firme de la ardiente Palas
Y mudos en su arrojo desmayaron;
Quizas por un momento acallarían
Su férvida arrogancia,
Que inquietos contemplando tu constancia
En su afan invencible te creían.

De improviso en el ancho campamento
Pálida, la rojiza cabellera
Crespa flotando á la merced del viento
Menos veloz que su fatal carrera,
Cubierta apenas con horrible manto,
Ostentando en su sien férrea corona,
Escoltada del duelo, del espanto
Y de la muerte, apareció Belona.
Llega, y al grito que sus labios lanzan,
Sus briosos caballos jadeantes
Con mas furor y rapidez avanzan:
Al eco de las ruedas rechinantes
De su funesto carro retemblaron,
Numancia, tus cimientos, y en la sierra
Dolientes resonaron
Cien alaridos lúgubres de guerra.

Tiende la diosa sobre tí sus ojos,
Y al contemplar tu indómita pujanza,
Alza su frente destellando enojos,
Ruje y ajita su gigante lanza:
A sus acentos rudos
El hambre, el luto y la orfandad se alzaron,
Y sobre tí funestos y sañudos
Sus alas tenebrosas desplegaron.

¡Ay, Numancia infeliz, que ya se escuchan
Los lúgubres quejidos
Que exhalan espirantes tus guerreros!
¡Ay! ciegos ya sin esperanza luchan
Que los que nunca el hombre vió rendidos
El peso humilla de los hados fieros.
Ya en sorda confusion, sin órden, gira
La desalada multitud, y gime
Con delirante afan: aquí suspira
Y entre sus brazos trémulos oprime
Al hijo de su amor, madre doliente:
Allí se arrastra lánguido el anciano,
La tímida doncella, el inocente
Y tierno infante, con temor insano
Mudos y errantes vagan,
Y es todo llanto, confusion, clamores ...
Diosa funesta de la guerra impía,
Si es tu gloria esparcir negros horrores,
Inmensa fué tu gloria en ese dia.

¿Y adónde, cual espectros palpitantes,
Tus hijos se encaminan?
Con extraña esperanza se iluminan
Sus lívidos semblantes,
Funesto brillo sus miradas lanzan,
Muda su voz espira,
Y en confuso tropel ciegos avanzan
Sin saber dónde van..... Cual por encanto
En un círculo inmenso, de repente
Mírase alzada gigantesca pira,
Y con ímpetu ciego
Allí la multitud llega impaciente
Que allí tan solo su esperanza mira.

¡Ay! pronto brilla devorante fuego,
Alza feroz la muerte su guadaña....
Un grito entonces espantoso suena,
Un grito que la España
Escucha con pavura,
Que de espanto y terror el orbe llena,
Y que en la edad futura
Horror ha de infundir.... Orgullecidos
Los hijos de Mavorte lo escucharon,
Y sus ecos perdidos
Hasta en la altiva Roma retumbaron.

Entre tanto ¿qué espera
El soberbio Scipion? el fuerte muro
Que tan alto respeto le impusiera
Los pechos solo de tus hijos fueron;
Ya tus calles hollar puede seguro
¡Ay! que tus hijos yá desparecieron.

Huéllalas: sí: cual rápido torrente
Por diques poderosos detenido,
Que al verse libre de ellos, de repente
Furioso se dilata
Y en su ráuda carrera
Las flores de los valles arrebata,
Así con saña fiera
El formidable ejército romano
Sin diques á inundarte se encamina,
Y en tí, triunfante su ominosa mano,
Siembra la destruccion y la ruina.
Ciegos buscan esclavos, buscan oro,
Ni oro ni esclavos miran;
Numancia está desierta,

Y horror su calma y su silencio inspiran.

¿Cómo su planta incierta
Detienen los sangrientos invasores?
¿Temen acaso proseguir en vano?
En tan funesta guerra
¿No se levantan ellos vencedores?

Tan solo el corazon del Africano
Ni duda ni se aterra;
Mas con afan palpita,
Y presa de fatal presentimiento
Por un instante á su pesar se agita.

De improviso á su ardiente pensamiento
Negras sombras asaltan:
No sabe dónde está, la luz, la vida
Un momento le faltan:
Y arrebatado en éxtasis profundo
Recorren sus miradas
Anchas regiones de encantado mundo.
Allí con ricas galas adornadas
Dos matronas admira
Que se contemplan con igual encono:
Hermosa la una es; mas su belleza
Terror al par que admiracion inspira:
En su frente destella la fiereza,
Por donde quiera su mirada espanta;
Y al par un sello de eternal grandeza
Grabado deja su funesta planta.

La otra doliente, pálida, sus ojos
Ora dirige con afan al suelo,

Ora los vuelve destellando enojos
A su eterna enemiga: el desconsuelo,
El ínclito valor y la firmeza,
En su semblante brillan
A través de sus sombras de tristeza.
De sus brillantes galas se despoja
Un gemido exhalando de amargura,
Y al par que al suelo arroja
Su rico manto, con desden murmura:
«Roma cruel, venciste. Tus legiones
«Ya al viento dán el grito de victoria:
«Terror de las naciones,
«Esta página más graba en tu historia.
«Y ya que tú con férvida arrogancia
«Humillar á tus piés sabes el mundo,
«A sucumbir aprende de Numancia:
«Largas horas vendrán de espanto llenas
»En que cual lloro desolada llores,
«Mas no sabrás morir, y las cadenas
«Lánguida besarás con que tu frente
«Opriman los horribles vencedores.
«El Norte arrojará su osada gente
«A conquistar tu altivo Capitolio,
«Y tú débil, humilde, envilecida,
«A la barbarie ofrecerás un solio.
«Tú por el hado fiero
«Cual yo serás rendida
«Y esclava vivirás; yo libre muero.»

Dijo: y una sonrisa de despecho
En sus labios asoma,
Penetrante puñal clava en su pecho
Y exánime á los piés cayó de Roma.

Cayó Numancia: la brillante cuna
Del mas alto valor que vió la tierra
En tumba de cien héroes sin fortuna
Miróse convertida; mas su nombre
No morirá jamás, que en él se encierra
Cuanto mas grande el pensamiento inflama,
Y para siempre de esplendor ceñido
En el glorioso templo de la fama
Entre ígneas palmas brillará esculpido.

No morirá jamás: el pueblo hispano
En sus fastos altivo lo presenta,
Y si la injusta mano
De extrangera invasion su frente oprime,
Invócala anhelante y se acrecienta
Su firmeza y valor ante el sublime
Ejemplo, que iracundo
Ese pueblo inmortal diérale al mundo.

Patria del Cid y de Guzman, murieron
De Numancia los ínclitos varones;
Mas no en tí se extinguieron
El amor á la noble independencia,
La indomable firmeza y la osadía
Que plugo al Ser Supremo concederte
Para asombro eternal de las naciones.
No se extinguieron, no. Si grande y fuerte
Contra los hijos de Ismaél te alzaste
Cuando tu heróico suelo conquistaron,
Y en lucha desigual, horrible, eterna,
Al fin de ellos triunfaste
Y al Africa vencidos se tornaron;
Y si en la edad moderna

Cuando la Europa con pavor gemía
A la voz del guerrero armipotente
Que altivo la oprimía,
Tú elevaste la frente
De santo ardor y de entusiasmo llena;
Y con segura planta al fin pudiste
Hollar los lauros de Austerlitz y Jena,
Ese valor insigne, esa arrogancia
De que á la faz del mundo haces alarde,
Es que en el alma de tus hijos arde
El fuego de los hijos de Numancia.

POESIAS

DEL SEÑOR ANDRES BELLO.

SILVA AMERICANA

A LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA,

POR EL POETA VENEZOLANO

SEÑOR ANDRES BELLO.

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso y cuanto ser anima
en cada vario clima,
acariciado de su luz concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das á la hirviente cuba:
no de purpúrea fruta, ó roja ó gualda
á tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte
de inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales:
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa:
bulle carmin viviente en tus nopales
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
y de tu añil la tinta generosa,
émula es de la lumbre del zafiró;
el vino es tuyo, que la herida agave
para los hijos vierte
del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
que cuando de suave
humo en espiras vagorosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.

Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo,
y el perfume le das, que en los festines
la fiebre insana templará á Lieo.
Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía:
su blanco pan la yuca
sus rubias pomas la patata educa,
y el algodon despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellon de nieve.
Tendida para tí la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores;
y para tí el maiz jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;

y para tí el banano
desmaya al peso de su dulce carga;
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia á las gentes
del Ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo:
no es á la podadera, no al arado
deudor de su racimo:
escasa industria bástale, cual puede
hurtar á sus fatigas mano esclava;
crece veloz y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

Mas oh! si cual no cede
el tuyo, fértil zona, á suelo alguno,
y como de natura esmero ha sido
de tu indolente habitador lo fuera!
oh! si al falaz ruido
la dicha al fin supiese verdadera
anteponer, que del umbral le llama
del labrador sencillo,
lejos del necio y vano
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!
¿por qué ilusion funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia
al cuidado abandonan
y á la fé mercenaria,
las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan

de míseras ciudades,
do la ambicion proterva
sopla la llama de civiles bandos,
ó al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
se endurece el mancebo en la fatiga;
ya la salud estraga en el abrazo
de pérfida hermosura
que pone en almoneda los favores;
ya pasatiempo estima
prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
ó embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.
En tanto á la lisonja seductora
del asiduo amador, fácil oido
da la consorte: crece
en la proterva escuela
de la disipacion y el galanteo
la tierna vírgen, y al delito espuela
es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de ese modo
los ánimos heróicos, denodados
que fundan y sustentan los Estados?
¿De la algazara del festin beodo
ó de los coros de liviana danza,
la dura juventud saldrá modesta,
orgullo de la patria y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
de la severa ley regir el freno;

brillar en torno aceros homicidas
en la dudosa lid verá sereno;
ó animoso hará frente al genio altivo
del engreido mando en la tribuna,
aquel que ya en la cuna
durmió al arrullo del cantar lascivo,
que riza el pelo, y se unge, y se atavía
con femenil esmero,
y en indolente ociosidad el dia,
ó en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
las artes de la paz y de la guerra,
antes fió las riendas del Estado
á la mano robusta
que tostó el sol y encalleció el arado,
y bajo el techo humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino.

¡Oh, los que afortunados poseedores
habeis nacido de la tierra hermosa
en que reseña hacer de sus favores,
como para ganaros y atraeros,
quiso naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros;
el vulgo de las artes laborioso,
el mercader que necesario al lujo
al lujo necesita,
los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo y del honor ruidoso,
la grey de aduladores parasita,
gustosos pueblen ese infecto caos;

el campo es vuestra herencia: en él gozáos.
¡Amais la libertad! el campo habita;
no allá donde el magnate
entre armados satélites se mueve,
donde va de la moda seductora
al triunfal carro la razon atada,
y á la fortuna la insensata plebe,
y el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amais? ¡Ah, que el retiro,
la solitaria calma,
en que juez de sí misma para el alma
á las acciones muestra,
es de la vida la mejor maestra!
¿Buscais durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
y á su terreno asiento, en que vecina
está la risa al llanto, y siempre, ah! siempre,
donde halaga la flor punza la espina?
Id á gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran:
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
y el sabor de los fáciles manjares
que dispendiosa gula no le aceda;
y el asilo seguro
de sus patrios hogares
que á la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso
el perdido vigor, que á la enojosa
vejez retarda el paso,
y el rostro á la beldad tiñe de rosa.

¿Es allí menos blanda por ventura
de amor la llama, que templó el recato,
ó menos oficiosa la hermosura
que de extrangero ornato
y afeites impostores no se cura?
¿O el corazon escucha indiferente
el lenguaje inocente
que los afectos sin disfraz expresa,
y á la intencion ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
la risa se compone, el paso, el gesto,
ni falta allí carmin al rostro honesto
que la modestia y la salud colora;
ni la mirada que lanzó al soslayo
tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
mas venturosos lazos himeneo,
do el interes barata,
tirano del deseo,
ajena mano y fe, por nombre ó plata,
que do conforme gusto, edad conforme,
y eleccion libre y mútuo ardor los ata?

Allí tambien deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad, las hondas
heridas de la guerra; el fértil suelo,
áspero ahora y bravo
al desacostumbrado yugo torne
del arte humana y le tribute esclavo;
del obstruido estanque y del molino
recuerden ya las aguas el camino:
el intrincado bosque el hacha rompa,
consuma el fuego: abrid en luengas calles

la oscuridad de su infructuosa pompa,
abrigo den los valles
á la sedienta caña:
la manzana y la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España:
adorne la ladera
el cafetal: ampare
á la tierna teobroma en la ribera
la sombra maternal de su bucare.
Aquí el verjel, allá la huerta ría....
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil á tu voz, agricultura,
nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces:
mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca: oigo las voces,
siento el rumor confuso: el hierro suena,
los golpes el lejano
eco redobla: gime el ceibo anciano,
que á numerosa tropa
largo tiempo fatiga:
batido de cien hachas, se estremece,
estalla al fin, y rinde el ancha copa;
huyó la fiera: deja el caro nido,
deja la prole implume
el ave, y otro bosque no sabido
de los humanos va á buscar doliente.....
¿Qué miro? alto torrente
de sonorosa llama
corre, y sobre las áridas ruinas
de la postrada selva se derrama:
el raudo incendio á gran distancia brama;

y el humo en negro remolino sube,
aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
verdor hermoso y fresca lozanía,
solo difuntos troncos,
solo cenizas quedan, monumento
de la dicha mortal, burla del viento;
mas al vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo á ramo alcanza,
ya los rollizos tallos hurta el dia:
ya la primera flor desvuelve el seno,
bello á la vista, alegre á la esperanza:
á la esperanza, que riendo enjuga
del fatigado agricultor la frente,
y allá á lo lejos el opimo fruto,
y la cosecha apañadora pinta,
que lleva de los campos el tributo,
colmado el cesto, y con la falda en cinta:
y bajo el peso de los largos bienes
con que al colono acude,
hace crugir los vastos almacenes.
¡Buen Dios! no en vano sude,
mas á merced y á compasion te mueva
la gente agricultora
del Ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora,
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
tantos años de fiera
devastacion y militar insulto,
aun mas que tu clemencia antigua implora.

Su rústica piedad, pero sincera,
halle á tus ojos gracia: no el risueño
porvenir que las penas le aligera,
cual de dorado sueño
vision falaz, desvanecido llore:
intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrion: el diente impío
de insecto roedor no lo devore,
sañudo vendaval no lo arrebate
ni agote al árbol el materno jugo
la calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
árbitro de la suerte soberano,
que suelto el cuello de extrangero yugo
irguiese al cielo el hombre americano,
bendecida de tí se arraigue y medre
su libertad: en el mas hondo encierra
de los abismos la malvada guerra,
y el miedo de la espada asoladora
al suspicaz cultivador no arredre
del arte bienhechora
que las familias nutre y los Estados:
la azorada inquietud deje las almas,
deje la triste herrumbre los arados:
asaz de nuestros padres malhadados
expiamos la bárbara conquista.
¿Cuántas do quier la vista
no asombran erizadas soledades,
do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones
suplicios, horfandades,
¿quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera

las sombras de Atahualpa y Motezuma.
Ah! desde el alto asiento,
en que escabel te son alados coros
que velan en pasmado acatamiento
la faz, ante la lumbre de tu frente
(si merece por dicha una mirada
tuya la sin ventura humana gente)
el ángel nos envía
el ángel de la paz, *que al crudo ibero*
haga olvidar la antigua tiranía,
y acatar reverente al que á los hombres
sagrado diste, imprescriptible fuero:
que alargar le haga al injuriado hermano
(ensangrentóla asaz!) la diestra inerme:
y si la innata mansedumbre duerme,
la despierte en el pecho americano.
El corazon lozano
que una feliz oscuridad desdeña,
que en el azar sangriento del combate
alborozado late
y codicioso de poder ó fama,
nobles peligros ama;
baldon estime solo y vituperio
el prez que de la patria no reciba
la libertad más dulce que el imperio,
y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea:
el ramo de victoria
colgado al ara de la patria sea;
que sola adorne al mérito la gloria.
Y de su triunfo entonces, patria mia,
verá la paz el suspirado dia;

la paz, á cuya vista el mundo llena
alma serenidad y regocijo,
vuelve alentado el hombre á la faena,
alza el ancla la nave á las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
y no basta la hoz á las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzais sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador y su frugal llaneza.
Asi tendrán en vos perpétuamente
la libertad morada,
y freno la ambicion, y la ley templo.
Las gentes á la senda
de la inmortalidad, árdua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad, y nuevos nombres
añadiendo la fama
á los que ahora aclama:
«hijos son estos, hijos,
(pregonará á los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima:
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipó, y en Junin, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
rendir supieron al leon de España.»

LA ORACION POR TODOS.

(IMITACION DE VICTOR HUGO).

Vé á rezar, hija mia! Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo:
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra vá á colgar su pabellon.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto
Manto de la sutil neblina, envuelto,
Se vé temblar el viejo torreon

Míra! su ruedo de cambiante nácar
El occidente más y más angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal:
Para la pobre cena, aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante,
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra, el monte, el valle,
Y la iglesia y la choza y la alquería,
Y á los destellos últimos del dia
Se orienta en el desierto el viajador!

Naturaleza toda gime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz:
El dia es para el mal y los afanes;
Hé aquí la noche plácida y serena:
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oracion y paz!

Sonó en la torre la señal! Los niños
Conversan con Espíritus alados;
Y los brazos al Cielo levantados
Invocan de rodillas al Señor:
Las manos juntas y los piés desnudos,
Fé en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante
Al Padre universal piden amor.

Y luego dormirán! y en leda tropa
Sobre su cama volarán ensueños:
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel!
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las bermejas

Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oracion sencilla
Adormece su mente virjinal!
Oh! dulce devocion que reza y rie!
De natural piedad primer aviso,
Fragancia de la flor del paraiso.
Preludio del concierto celestial!

Vé á rezar, hija mia! Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre, por aquella
Que te dió el ser, y la mitad mas bella
De su existencia ha derramado en él:
Que en su seno hospedó tu jóven alma
De una llama celeste desprendida,
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega despues por mí: más que tu madre
Lo necesito yo; sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasion, á nadie envidia
La ví tener en su fortuna escasa;
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos, ¡ni lo sean
A tí jamás! los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares

Ceñudos, que anticipan la vejez:
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez!

Mas yo la vida, por mi mal, conozco,
Conozco al mundo y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oirás un dia
Lo que valen las dichas que nos da:
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder la urna aleatoria;
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria vá.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva,
Con rápido descenso, al atahud.
La tentacion seduce, el juicio engaña,
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual, la oveja
Su blanda lana, el hombre su virtud.

Todo tiende á su fin; á la luz pura
Del sol la planta; el cervatillo atado
A la libre montaña; el desterrado
Al caro suelo que le vió nacer;
Y la abejilla en el frondoso valle
De los nuevos tomillos al aroma,
Y la oracion en alas de paloma
A la morada del Supremo Ser.

Vé, hija mia, á rezar por mí! Y al Cielo
Pocas palabras dirijir te baste:
«Piedad, Señor, al hombre que criaste,
Eres grandeza, eres bondad ¡perdon!»
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oracion.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino
Que su carga á la orilla del camino
Deposita, y se sienta á respirar!
Porque de tu plegaria el dulce encanto
Alivia el peso á mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga
Que me agovia de culpa y de pesar!

Ruega por mí y alcánzame que vea
En esta noche de pavor el vuelo
De un Angel compasivo, que del Cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz.
Y pura, finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada dia,
Arda en sagrado fuego el alma mia,
Como arde el incensario ante la Cruz!

Ruega, hija, por tus hermanos
Los que contigo crecieron
Y un mismo seno exprimieron
Y un mismo techo abrigó;
Ni por los que te ámen solo
El favor del Cielo implores:

Por justos y pecadores
Cristo en la Cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea
Y en su dorada librea
Funda insensata altivez:
Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino
Porque le dejen la hez.

Por el que, de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace ahullar el canto obsceno
De nocturna bacanal;
Y por la velada vírgen
Que en su solitario lecho
Con la mano hiriendo el pecho
Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la afliccion.
Que no da sustento al hambre,
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caido,
Ni da á la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo

O la venganza cruel;
Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel:

Por el que surca animoso
La mar de peligros llena;
Por el que arrastra cadena
Y por su duro señor:
Por la razon que, leyendo
En el gran libro, vigila,
Por la razon que vacila,
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan,
De todos los que viajan
Por esta vida mortal:
Acuérdate aun del malvado
Que á Dios, blasfemando, irrita:
¡La oracion es infinita!
¡Nada agota su caudal!

Hija! Reza tambien por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil;
Abismo en que se mezcla polvo á polvo
Y pueblo á pueblo, cual se ve á la hója
De que al añoso bosque abril despoja,
Mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola
Coronada de angélica aureola,
Do helado duerme cuanto fué mortal:
Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren á su ser primero
Y purgan las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija! cuando tú duermes te sonríes
Y cien apariciones peregrinas
Sacuden, retozando, tus cortinas,
Travieso enjambre, alegre, volador;
Y otra vez á la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre tambien sus párpados de rosa
Y da á la tierra el deseado albor.

Pero esas pobres almas ¡Si supieras
Qué sueño duermen! Su almöhada es fría,
Duro su lecho: angélica armonía
No regocija nunca su prision!
No es reposo el sopor que las abruma,
Para su noche no hay albor temprano,
Y la conciencia, velador gusano,
Les röe inexorable el corazon.

Una plegaria, un solo acento tuyo
Harán que gocen pasagero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio
Logre á su oscura estancia penetrar:
Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,

Y del aura y del ave y la arboleda
Oigan el apacible susurrar.

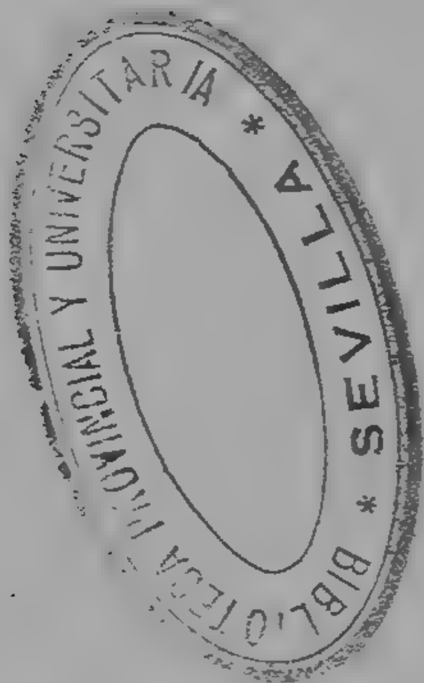
Cuando en el campo con pavor secreto
La sombra ves, que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja
Y del ocaso el tinte carmesí,
En las quejas del aura y de la fuente,
¿No te parece que una voz retiña,
Una doliente voz que dice: «Niña,
Cuando tú reces, rezarás por mí?»

Es la voz de las almas! A los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El rebelado Arcángel, y florece
Sobre su tumba perenal tapiz;
Mas ¡ay! á los que yacen olvidados
Cubre perpétuo horror, yerbas extrañas
Ciegan su sepultura, á sus entrañas
Arbol funesto enreda la raiz.

Y yo tambien, no dista mucho el dia,
Huésped seré de la morada oscura,
Y el ruego invocaré de un alma pura
Que á mi largo penar consuelo dé;
Y dulce entonces me será que vengas
Y para mí la eterna paz implores,
Y en la desnuda losa esparzas flores,
Simple tributo de amorosa fé.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella
Si disipadas fueron una á una
Las que mecieron tu mullida cuna

Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, la perdonarás: y mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro
Y haga mi helado polvo rebullir!



POESIAS

DE DON PEDRO L. GALLO.

A JUAN DE PADILLA.

SONETO.

¡Cuánto valor necesitaste, y cuánta
Virtud sublime, el claro eterno dia
Que hiciste vacilar la tiranía
Que aun de los siglos al través espanta!

España, entonces tímida, la planta
Besaba de un señor, mas tu energía
Le dió viril aliento y osadía,
Y devora impaciente mengua tanta.

La hora sonó: tu brazo la bandera
Alza de libertad, do la corriente
Del Tajo viejos muros cerca y baña.

¡Cierto es el triunfo! No, traicion mañera
Te vende en Villalar, huye tu gente,
Cäes, y pierde su alto honor España.

POESIAS

DE DON MARTIN JOSÉ LIRA.

A UNA AVE HERIDA.

Herida! Pobre avecilla!
Dónde? Qué mano traidora
Tronchó tus lijeras alas
De tu volar envidiosa?

Y herida así, y moribunda
Te abandonó triste y sola!
Ni tuvo piedad siquiera
Para darte muerte pronta!

Mas tú ni un suspiro exhalas
Ni una queja rencorosa,
¡Dulce y cándida inocencia,
Cuanto no es amar tú ignoras!

Hombre que tan alto miras,
Y que de creador blasonas,
Ven á contemplar! La muerte,
Solo la muerte es tu obra!

Matas la naturaleza
Y soberbio el arte invocas;

Y para adornar tu frente
al laurel sus ramas cortas;

Sin advertir en tu orgullo
Que marchitando esas hojas
A tu soñada grandeza
Consagras yertas coronas!

Ven, avecilla, ven, y entre mis manos
Tu último aliento de dolor exhala:
Quiero aprender de tí cómo se muere;
Tus ojos quiero ver cómo se apagan.

Tus lánguidas pupilas en el cielo
Por la postrera vez humilde clavas,
Anúblanse despues, el cuello inclinas,
¿Y mueres? No lo sé; mas ya no cantas.

No lo sé! Vida y muerte de pureza
Solo inocente las comprende el alma:
Ay! Para penetrar tan alta ciencia,
¿Quién á ser inocente me enseñara?

Quédate, pobre avecilla,
Suspendida en esta rama,
Oculta, como en el sueño,
Tu cabeza bajo el ala.

Así dormida te crean
Tus inocentes hermanas;
Y ni con pavor te huyan;
Y ni te olviden ingratas.

Mas antes vengan en coro
Una tras otra mañana;
Y al verte siempre dormida
Arrúllente con sus cántigas!

No el llanto; dulces concentos
Pueblen tu última morada:
¡Solo el hombre rey, el grande,
Mendiga en su tumba lágrimas.



A UN RIZO DE PELO DE MI MADRE.

Cabellos de mi madre idolatrada,
¿Por qué triste en mis manos os contemplo?
Por qué cual otro dia en suaves ondas
No os ajita amoroso el manso viento?

¿Por qué yaceis aquí desordenados?
Por qué así os abandona vuestro dueño?
O acaso os dejó libres una noche
Al entregarse fatigada al sueño?

Ah!, sí, una noche que amorosa y tierna
Con débil voz llamóme ante su lecho
Y me tendió muy triste aquella mano
Que me mostró al nacer la luz del cielo.

La mano que en las horas de mi infancia
Me guió de la vida en el sendero:
Mano que ahora busco en mi camino,
Pero que nunca en mi camino encuentro.

De mi existencia solo los albores
Iluminó, cual matinal lucero

Que solo alumbra la niñez del dia
En los pañales de la aurora envuelto.

Tal vez previó muy corta mi existencia,
Y, al contemplarme próximo á su término,
Ofreció á Dios la suya en sacrificio
Y el Crïador la recibió en su seno.

De su vida tan rápida en memoria,
Prenda de amor, conservo estos cabellos;
Cuando anegado en lágrimas los miro
Y su primera lucidez contemplo;

Me digo alucinado: aun es muy jóven;
La tarde de su vida está muy lejos:
El blanquecino tinte de las canas
No anuncia aun sus pálidos reflejos;

Mas al volver de mi delirio amante
Desengañado mi ilusion advierto.
Ah! es el pelo la fresca siempreviva
Que brota de las tumbas de los muertos!

Cual conserva este rizo idolatrado
Su primitivo lustre, así en mi pecho
Brilla por siempre puro, madre mia,
De tus fugaces años el recuerdo.

El es la única flor que he consagrado
Para adornar tu funerario lecho;
Color le presta el sol de mi existencia
Y con mis tiernas lágrimas la riego.

Ella es al par que hermosa melancólica,
Como del sol los últimos reflejos,
Cuando entre negras nubes desdeñosas
Baña con luz opaca el monte opuesto.

¡Oh flor hermosa! Tus lozanas hojas
Siempre á mi corazon presten consuelo,
Y perfumen el resto de mis años
Con el aroma de pasados tiempos.

Y solo cuando el árbol de mi vida
Incline su ramaje macilento;
Cuando mi corazon, sensible ahora,
No pueda con su llanto darte riego;

Entonces, sí, marchítense tus hojas
Y renazca mi amor puro y eterno:
El amor es la flor de todo clima,
La única flor que se trasplanta al cielo!

POESIAS

DE DON GUILLERMO MATTA.

PANTEISMO.

El bosque tiembla, y su perdido aroma
En leves ondas circulando sube,
Humo se esparce por la verde loma,
Mientras la luna al horizonte asoma
En pos seguida de ondulosa nube!

Cuánta emocion! Qué inmensa poësía!
Salud valles floridos, salud nieblas!
Elevad vuestra grata sinfonía,
Y empápese en calor y en armonía
El sombrío vapor de las tinieblas.

De cada flor se eleva algun acento,
De cada hoja un susurro, algun sonido,
De cada roca brota un pensamiento,
Cada brisa murmura un sentimiento,
Cada esplendor un melodioso ruido.

Cada estrella parece que acompaña
El cántico terrestre y cadencioso,

Y el oido en esa atmósfera se baña
Y en varios tonos la armonía extraña
Vá del monte de nieve al bosque hojoso.

Himno infinito que repite entera
La creäcion desierta que se anima,
Lo que dice una esfera á la otra esfera,
Lo que dice la mar á su ribera,
Lo que dicen los valles á la cima!

Lo que dicen las nieves á la peña,
El arroyo á las rocas de su cuna,
La cascada á las aguas que despeña,
La tierna flor á la otra flor que sueña
Y los astros amantes á la luna!

Himno infinito de placer, de vida!
Himno de amor, de anhelo, de alabanza,
Que escucha el alma, eternamente unida
A esa alma en todas partes esparcida,
Alma llena de amor y de esperanza.

Ella aroma en el cáliz de las flores,
Sávia, luz y color al valle presta,
Resuena con los vientos bramadores,
Vuela con los insectos zumbadores
Y aquí, en la soledad, se manifiesta.

Aquí vive, aquí adorna su belleza
Con todo su esplendor y poderío:
Aquí la nota de ese canto empieza,
Que se liga en armónica grandeza
A los inmensos mundos del vacío!

En estos bosques vírgenes que apenas
Holló la uña del leon ó el pié del hombre,
Prados de bendicion, selvas amenas,
Lindos valles de atmósferas serenas
Donde crece la flor libre y sin nombre.

Aquí donde las rocas tienen voces,
Y los árboles tienen melodías
Impalpables, incógnitas, veloces,
Donde las sombras mismas tienen goces
Y las noches se pierden en los dias.

Oh! Aquí, donde el hombre latir siente
Un corazon capaz de grande aliento,
Debe, elevando la orgullosa frente,
Su ojo lanzar al prestigioso Oriente
Y á la vasta creacion su pensamiento!



LA CITA.

Plena la luna su argentado globo
Cuelga en la cima del soberbio monte;
Y entre la nieve que sus rayos doran
Giran celages.

Tiempo! Camina! Mi medrosa amada
Hácia mis brazos fatigada viene,
Nube, que vagas á merced del viento,
Cubre á la luna.

Vela ese rostro, que curioso mira
Y que las nieblas para ver separa;
No la que adoro cuando aquí me bese
Tiemble de miedo:

Yo, que otras veces te canté entusiasta,
Yo, que otras veces invoqué tu lumbre,
Sombras ahora y misteriosas nieblas,
Luna, deseo!

Quiero las sombras que en su noche ocultan
La faz divina de mi tierna amada,
Sus negros ojos en la sombra encienden
Toda mi alma.

Quiero las sombras que me dan tu labio
Húmedo y rojo de incesantes besos;
Quiero las sombras que á mi seno la echan
Tímida hablando.

Vélate ¡oh luna! Los soberbios montes
Radien y esparzan tu lujosa lumbre,
Déjame en sombras! De tu faz curiosa
Celos tendría!

LOS ASTROS.

Déjame, amigo, contemplar los astros,
Y suspensa en sus rayos mi pupila
Extienda su horizonte al infinito.
Cuando miro esos orbes, que circundan
La inmensa crëacion, soles hermosos
Que iluminan incógnitas regiones,
Cuando miro esos orbes, en el alma
Callan todos los ruidos terrenales
Y habla solo el silencio de otro mundo.
Allí Sirio su esfera luminosa
Ensancha y la tiniebla como un nimbo
Empapa en su fulgor y con él luce.
Como una isla del cielo sus estrellas
La vía-láctea descubre á mis miradas
Y sus bordes aéreos se tapizan
De orlas vagas de sombra y de esplendores.
Qué paz en todo reina! y todo cumple
Su ley de actividad, su faz de vida!
Y planetas, y soles y cometas,
Orígen ó reliquias de otros orbes,
Atraviesan su giro sin chocarse.
¿Por qué la humanidad, astro divino,
No armoniza sus fuerzas y las guia

Por senderos de luz, al bien de todos....?
Déjame, amigo, contemplar los astros!
Quizás lo porvenir sobre sus fases
Está escrito!.... Quizás la inteligencia
Busca en la tierra lo que el cielo oculta.

¡ITALIA!

(BALADA ESCRITA PARA RECITARSE CON MÚSICA).

¿Has visto tú ese cielo
que es mas azul que el mar?
La nieve que allí cae
son flores de azahar.
Los cánticos de duelo
allí son del amor
y el alma lo respira en cada flor.

El aura mece suave
al mirto y al laurel;
allí Petrarca adora
y pinta Rafäel!
El arte como una ave
su nido ha puesto allí,
y amores canta como el alma en tí!

Sus ruinas colosales
aun guardan de otra edad,
del tiempo vencedoras,
la noble magestad;
y estátuas inmortales

que fueron y que son
del arte y de la gloria admiracion!

Escrita en monumentos
su historia ha de vivir,
que lean con asombro
los siglos por venir.
Artísticos fragmentos
de cuyo resplandor
nace la luz de ingenio crëador!

El que en la tierra bella
de Italia pone el pié,
divinos ideales
por todas partes vé.
Y al ausentarse de ella
do quiera con él van
y un divino placer á su alma dan!

Feliz quien vió ese cielo
que es mas azul que el mar!
Feliz el que respira
sus flores de azahar!
Allí se cambia el duelo
en éxtasis de amor,
y abre ese amor del ideal la flor!

ABDERRAHMAN EL GRANDE.

BALADA.

(A mi amigo José Moron).

LA HECHICERA.

Dame tu mano! Este signo
Predice buena fortuna;
Cuna real es tu cuna,
De un régio trono eres digno!

EL JÓVEN.

Vamos! Te burlas!

LA HECHICERA.

Espera!
Ultimo tú de tu raza,
Si el Oriente te amenaza,
El Poniente te venera.
No, no alcanza el asesino,
Como villano encubierto,
Al arenal del desierto
Ni á la tienda del beduino:
Tú vencerás; tú de reyes

Ceñirás alta diadema.
De gloria y de paz emblema
Y apoyo de sábias leyes.
Vuela jóven! Ten confianza!
Suelta el potro á toda brida!
Qué de lauros á tu vida!
Qué sublime es tu esperanza!

EL JÓVEN.

Hechicera! No despiertes
En mi seno las memorias
¡Ay! he visto muchas glorias
Convertirse en tantas muertes!
Desterrado, vagabundo,
Con mi alfanje y mi caballo,
Cuando me hablan, gimo y callo;
Solo estoy en este mundo!
Y por eso me sonrío
Cuando me hablas de grandeza:
Busca, busca otra cabeza,
El deseo ya no es mio!

LA HECHICERA.

¿Dudas, jóven? Ya las olas
Al impulso de aura suave
Hácia aquí traen una nave
Desde costas españolas.
Ya la veo! A las orillas
Gente llega, desembarca....
Ya te aclaman por monarca
Y se postran de rodillas.
Y tú, el pobre que aquí vive,
Atraviesa esos mares

Y entre vivas y cantares
Todo un pueblo te recibe.
Y á las playas mas extrañas
Siempre en pos de la victoria,
Con tus huestes va la gloria;
Con la gloria tus hazañas.....
Ya del llano en los confines
Fortalezas veo alzarse,
Y palacios fabricarse,
Y mezquitas y jardines.
Extiende, jóven, la vista;
¡Qué conquista tan inmensa!
Pues tamaña recompensa
Tu virtud es quien conquista.

EL JÓVEN.

¿Será cierto? El asesino
Me ha lanzado con encono
Para hallar al fin un trono
De grandeza?

LA HECHICERA.

¡Es tu destino!
Tú reinarás; y la historia,
Que no adula á ningun hombre,
Te dará de *Grande* el nombre
Eternizando esa gloria.
Y una flor de estos aduares,
Te dará, como las flores,
Su belleza en tus amores,
Su perfume en tus cantares.
Africana valerosa
Con los otros será altiva

Mas contigo, tierna y viva,
Será corza temerosa.
Ea! Jóven, ten confianza!
Suelta el potro á toda brida.
¡Qué de lauros á tu vida!
¡Qué infinita es tu esperanza!
¡Ve! Ya escucho al universo
Que te ensalza y te bendice!
Ya le escucho que maldice
Al Abáside perverso!

EL JÓVEN.

Pues lo lees en este signo,
Yo venceré á la fortuna!....
Cuna rëal fué mi cuna;
De un trono régio soy digno!

PATRIA Y ARTE.

PÁGINAS DEL LIBRO DEL PROSCRITO.

A MIS VERSOS.

Atravesad anchos mares
como rápidas gaviotas;
volad á playas remotas;
id á Chile, á mis hogares!

Moja involuntario llanto
mi megilla al escribiros,
y llegan tristes suspiros
á mezclarse con el canto;

Que no hallo gozo ni calma
en el mundo en que me agito;
¡la soledad del proscrito
es la soledad del alma!

La mente sube atrevida
con la idea que la exalta;
mas, ¡ay! si la patria falta,
le falta espacio á la vida!

PIRA.

Manojo de ilusiones hechiceras,
arded en esa pira.
Vosotras habeis sido
mis dulces compañeras;
y tanto os he querido
que el corazon suspira
y el alma llora cuando arder os mira.

¡Y el fuego arde! ¡arde mas! Ya las consume
¡Y de ellas todavía
me deleita el perfume!
¡Juventud, poesía!
Esas fueron las flores
cultivo del poeta en sus amores.

¡Resígnese el dolor! ¡Calle la boca!
El derecho nos llama,
la patria en su defensa nos convoca.
Santo ardor de la patria el pecho inflama!...
¡salve á la idea cuando alarma toca!

DON.

Alma que canta tiernos dolores
gloria y consuelo tiene en su canto,
astros alumbran y aroman flores
empapadas de llanto!

Pasan las horas de encanto llenas,
bate sus alas celeste anhelo,
la voz repite sus dulces penas
y el canto es un consuelo.

ARCANO.

¿Quién cuenta los astros del cielo?
¿Quién cuenta los peces del mar?
El sabio fatiga su anhelo....
¿Qué sabe? que debe ignorar.
¡Arcano! Un aliento fecundo
impulsa la vida á crear
y el gérmen activo del mundo
es astro ó es pez de la mar!

LA ISLA DE MAS AFUERA.

(A bordo).

El mar pisan tus plantas
y el alto cielo con tu masa invades:
Isla de solitarias tempestades
entre dos infinitos te levantas!

Esos torvos nublados
que en tus ariscas márgenes se atan,
rápidos con la lluvia se desatan
y se alejan en grupos alumbrados.

Tu calma no perturba
del esclavo ó del déspota el insulto.
Tú no tienes fanáticos ni culto,
dogmas ni leyes, ídolos ni turba!

¡Sublime, eterna calma!
Así goza el filósofo, así vive;
y el infinito en Dios así concibe
en su espacio infinito aislada el alma!

EN EL CABO DE HORNOS.

Negra y extensa nube
y oscuridad de horror halla la vista!
La luna en medio de las nieblas sube.
Así sube del alma del artista
la aparicion creada
todavia en sus nieblas embozada!

Sube la luna, sube!
¡Repecha entre dos sombras prisionera
y al fin mata su luz la negra nube!
Así la vida entera
vá entre dos sombras como vá la luna!
¡Una cubre la tumba, otra la cuna!

DOS DE NOVIEMBRE DE 1859.

(En Berlin).

Ni visita, ni un ramo
tendrás en tu sepulcro, pobre vieja;
del patrio hogar que yo amo
no mi capricho, la maldad me aleja.

¡Oh mis muertos queridos!
¡Tumbas... Solemne altar de mis plegarias!
no oireis mis gemidos
y estarán vuestras losas solitarias!

No hay barrera en lo eterno
y el espíritu anula la distancia.
Vuela, suspiro tierno,
y besa el labio que besó mi infancia.

ACCION.

No sufras tanto, corazon mio,
guarda tus fuerzas para vivir.
Cieno es el odio, moho el hastío;
abre tus labios á bendecir.

Por mas que diga necia experiencia
vida es la idea, vida la accion.
Sobre las alas de grande ciencia
águila-espíritu vá la razon.

En tu alma enferma, ciego con vista,
rayos embebe de la verdad.
El infinito para el artista
cabe en el círculo-humanidad.

Cálmate ahora, corazon mio,
abre tus labios á bendecir.
Cieno es el odio, moho el hastío.
¡Hurra! ¡Al combate para vivir!

DESPUES DE UNA LECTURA.

No conozco al autor, y sus dolores
y sus penas tambien me son extrañas,
pero siento en mis húmedas pestañas
las lágrimas venir.
Miseria, sufrimientos y rigores
son tu séquito, ¡ó vida! y acompañas
en vaiven de esperanza y de temores
pasado y porvenir!

TUMBA.

Mucho gastas, alma mia,
la esperanza en el dolor.
¡Ah! ¡No enciende tu elegía
las cenizas del amor!

Si la luz las sombras crea
y hay veneno en toda flor,
honda tumba el alma sea
de esperanzas y de amor!

¡DEL ALMA!

El llanto en muchos dias de tristeza
brota del alma y silencioso cae;
¡el dia acaba! Y por la noche empieza
nuevo dolor que nuevas penas trae.

Si entonces abro al porvenir la vista
mézclase todo en confusion horrible;
¡sueños del hombre! ¡sueños del artista!
hijos de un ideal que hallo imposible!

Allí, en mi puerta el porvenir golpea
rico de dones, en su orgullo altivo,
y yo impulsado por tenaz idea
vuelto al pasado de recuerdos vivo.

No son memorias de lascivos besos,
no son aromas de marchitas flores!
¡frases mentidas, lúbricos accesos,
despojo vil de estériles amores!

¡Ah! son recuerdos que lo grande exaltan,
dias de paz, de sentimientos tiernos!
Astros hermanos que en mi cielo faltan
y que no verán mas ojos fraternos!

OJEADA RETROSPECTIVA.

Cuando en mi fresca niñez
canté por primera vez
con Dante y Goethe soñaba.
Y émulo de ellos, tambien,
al deleite, con desden,
con odio, al placer, miraba.

¡Estudié! Un mundo ideal
hice del mundo real;
viví con extraña vida.
Compañía y amistad
fueron de mi soledad
mis libros y mi querida.

¡Entónces, cuánto creí
en la gloria! Entónces ví
el perfil de esa figura!
Ébrio de ardor juvenil
fuí á abrazarla!.... y su perfil
disipó la sombra oscura.

Y oí en lejano rumor
el desacorde clamor
que levantaba la envidia;
y mascar la destruccion
ví en su fétido rincon
al mono de la perfidia!

¡La amada! ¡Pobre mujer!
Con la pasion el deber
luchaba en su alma y la mia.
Consuelo el mundo te dé,
la dije al irme.... ¡lloré...!
¡Y cí que me maldecia!

¡Y siempre canto! Y jamás,
poesía, me hallarás
sordo á tu eterna armonía.
Tú eres mi amor inmortal,
siempre es mio tu ideal
¡Poesía! ¡Poesía!

Las penas del corazon
como bella tradiccion
se imprimen en mi memoria.
Y tú, sol de mi dolor,
alumbras, con otro amor,
otra promesa de gloria!

FEDERICA.

Alma de eterna belleza,
alma de amor,
el ángel de la tristeza
se nutrió de tu pureza
con tu dolor.

Y amante y sola vivías,
siempre tan fiel,
pensando noches y dias
en el hombre que querias:
siempre en él.

Y Goethe en Weimar reinaba.
Gloria y caudal
su pluma á su ingenio daba
y para él, eterno, alzaba
un pedestal.

Y tú exclamabas, ahogando
llanto crüel;
yo viviré recordando
y he de morir adorando
siempre en él!

EN EL THIERGARTEN.

(Berlin).

Cántico variado de aves,
que el bosque de ruidos pueblas,
aire de ráfagas suaves,
flores, astros, hojas, nieblas,
rodeadme como una atmósfera,
de aroma, de luz, de sones;
y bese un amante espíritu
mis solitarias canciones!

EL AMOR.

Astro que brilla sobre eterna cima,
lámpara santa que en las artes luce;
vida que siembra, vida que produce,
mano potente que hácia Dios sublima.

Almas de hielo su destello anima,
jóvenes almas, su fulgor seduce;
flor de bondad que la virtud conduce
y abren las auras de celeste clima.

Es calor, es atmósfera que flota,
es hálito de flores que se exhala,
y ola de esencias que jamás se agota.

Es la aguja certera que señala
el norte fijo; es luz, es voz, es nota,
es himno, canto y rayo, soplo y ala!

HOY Y MAÑANA.

En su alma extremecida
penas del cielo siente.
Inmensa luz y vida
se agitan en su mente;
y allí, y allí golpea
y abre sus surcos la multiple idea!

El cuarto es un santuario,
es la ara en donde implora.
Y el poeta solitario
vá, vuelve, escribe y llora.
En una noche, vive
un año, cien! La eternidad concibe!

Obra y trabajo inútil!
Con su paz octaviana
esa obra, un dandy fútil
lee y juzga mañana,
vertiendo en cada estrofa
necia sonrisa ó insultante mofa!

CREPÚSCULO.

Las nubes de la tarde el sol enciende
con un beso de luz; por bosque y cielo
un no sé qué de místico se extiende
que el hombre no comprende,
temor inquieto y misterioso anhelo!

¿Hay en ese misterio algo que asombre?
¿Por qué, cuanto mas sube
ménos luz y mas nubes halla el hombre?
¡La verdad es el sol, tu error la nube!

ASPASIA Á SÓCRATES.

De sagrado entusiasmo penétrate,
á las cimas divinas tu espíritu
eleva; la poesía es celestial!
Abre las puertas de tu alma
á la luz de lo ideal.
Guiar á los que amamos por la senda del cielo
es un deber preciso y es el mas noble anhelo!

RESPUESTA.

¡Es verdad! De muchas flores
no he visto cuajarse el fruto;
y llevo en el alma el luto
de mis huérfanos amores.

Senda árida es mi camino,
mas sostiene mi energía
con la dulce poesía
un bello ideal divino.

¡Idea del arte! ¡Puro
amigo que el dolor calma!
¡Aurora boreal del alma!
¡Luz del bien en cielo oscuro!

EL TRAIDOR.

(Canto popular de la Grecia moderna).

El camino de su aldea
sigue lentamente Dion.
Con mano ruda golpea
el desgraciado su frente
y exclama con voz doliente:
«perdon, hermanos, perdon!

«Impía es la traicion...»
No hay perdon!

Niéganle agua las cisternas,
busca sombra en las cavernas
y el buho araña su faz.
Ave y roca, árbol y viento
le gritan con sordo acento:
¡Ah, traidor! maldito vás!

La puerta de la cabaña,
al pisar su umbral, se cierra.
Asilo!.... No hay para tí.
Sangre brota de la tierra
y vierte de la montaña.
Su propia sombra le aterra,
y la montaña y la tierra
le gritan: fuera de aquí!

«Ah! tengo hambre, tengo sed.»
Nadie le dice: comed!
Nadie le dice: bebed!

Cae el fusil de sus manos,
vence á su cuerpo el dolor;
muere al fin.
Y de sus restos humanos
los buitres hacen festin.
Horror! horror!
Con sus leales hermanos
no se sepulta al traidor!

ESPERANZA.

Como el árbol sus hojas en otoño,
su esperanza de amor pierde la vida,
y en la bella estacion muere el retoño;
mas siempre la raiz va al alma asida.

Y siempre fuerza mágica y secreta,
sávia nueva la presta y la fecunda:
el amor desdichado del poeta
con amor ideal su pecho inunda.

Vélense siempre en esa luz tan casta
formas sensuales del amor terreno.
Amor ideal para el artista basta,
y es amar, mucho amar, amar lo bueno.

A LA PATRIA.

¡Oh patria, cuánto cuestas! Los malvados
de tu tierra y tu cielo nos arrojan;
de los santos derechos nos despojan
y su odio nos persigue, su odio vil!
Su fortuna, su brazo y sus ideas
consagra el buen patriota á tu servicio.
La ofrenda de la patria es sacrificio!
El culto de la patria es varonil!

Con la antigua honradez y antigua gloria
vives en muchas almas todavía;
y de esas grandes almas la energía
alienta, cuando triunfa la maldad.
El cegado tirano, como un loco,
en sus mismos obstáculos tropieza:
La lucha de los mártires empieza!
Empieza tu conquista, oh libertad!

EL PASTOR Y EL RUISEÑOR.

(Imitacion).

Cierto pastor
junto á un estanque díjole un dia
á un ruiseñor:
¿por qué te callas, dulce cantor?
Y respondióle: pastor amigo,
de buena gana cantar querría,
pero mi canto se perdería
entre la cháchara y algarabía
que tantas ranas forman aquí.

Yo te lo digo:
Como hoy las oyes, siempre es así!

Oye tú ahora, caro lector,
qué moraleja saca el autor.
Libre su senda los malos hallan,
cuando los buenos poetas callan!



POESIAS

DE

DON EDUARDO ASQUERINO.

SEVILLA.

¡Ay! ¡qué aroma embalsamado,
y qué armonioso concento,
y qué susurro acordado
al claro espacio alborado
lleva en sus alas el viento!

¡Salve, ciudad de las flores!
que hasta olvidé mis dolores
en tus eternos pensiles;
¡Eden de los Irasfiles,
paraiso de los amores!

Al sol tocando su frente,
en mar de aromas se baña
rica matrona esplendente;
es la perla que el Oriente
dejó entre flores á España.

La que en sus glorias encierra
al que tuvo en santo anhelo
ganando su trono en guerra,
para reinar en su tierra
que santificarlo el cielo.

Paraiso de serafines,
la de los gayos jardines
señora del reino moro,
la de los mil paladines,
la de la torre del Oro.

En el Eden de Irasfil
el mas fragante pensil,
la envidiada maravilla
de pueblos y reyes mil,
la hermosa oriental Sevilla.

Esas montañas frondosas,
murallas de nardo y rosas
que por cercarte se enlazan,
díme si amantes te abrazan
ó te aprisionan celosas.

En prados de eterna gualda
la alzó el abril sus altares,
y, bordando su esmeralda,
la están guardando la espalda
con sus abismos los mares.

Y en red de cristal prendidos
sus anchos valles dilata
de mil colores vestidos:

íris de flores tendidos
entre serpientes de plata.

¡O sobre ti sus celajes
dejó la pintada aurora,
ó guardan aun tus ramajes,
los pendones y plumajes
y rios de sangre mora!

Plateados espejos fieles
anhelando retratarla
abandonan sus vergeles
y envuelto en rosa y laureles
el Bétis viene á besarla.

Murmullo de sus querellas
todo el aire es ruiseñores,
todo su espacio colores,
y todo su cielo estrellas,
y todo su campo flores.

Que Dios la dió de abedul
floridas selvas sin fin,
sus perlas la mar azul,
de Europa rica Estambul,
del orbe eterno jardin.

Y es del imperio oriental
el mas glorioso blason
su gigante catedral,
de los cielos pedestal,
de los siglos panteon.

Que yo en su Giralda leo
cuanto de grande el deseo
en sus delirios encierra,
de las edades trofeo,
monumento de la tierra!

Orlada en perlas y azahares
ya las armadas no ves,
que de remotos lugares
rizando los anchos mares
rinden tributo á tus piés.

Ni el árabe centinela
quejarse en dulce concento
tras la celosa cancela,
cuya amante cantinela
murmura envidioso el viento.

¡Qué se hizo la selva umbría,
do el rey Alhamar un dia
con tristes quejas amargas
su pesadumbre decia
á Garci Perez de Vargas!

¡A dónde el bravo adalid
que compitiendo en su gloria
fué de los árabes Cid!
A cada aurora una lid;
cada lucha una victoria.

¿Dó tu poder? ¿Dónde fueron
los conquistados tesoros?
¿Dó tus falanjes huyeron?

Dó tu esplendor? ¿Qué se hicieron
las justas de reyes moros?

Tachonados de trofeos,
dó tus palacios—alhambras?
¡Dónde, alegres devaneos
alternando en tus torneos
cañas, sortijas y zambras!

¿Dónde tus estancias bellas
con sus vidrios de colores
y embalsamados olores?
¿Dó las cristianas doncellas
del harem de los amores?

¡Y cuán amargo fué el lloro
de aquel arrogante moro,
cuando hincada la rodilla
entregó la llave de oro
de la opulenta Sevilla!

¡Qué en Buena Vista sentía
cuando su adios te decía
de Atjataf el pueblo fiel!
Sin un Dios, nuevo Israel,
que á los desiertos huía.

El llanto vertiendo á rios
te despiden con clamores.
Así van los ruiseñores
si cazadores impíos
roban su nido de amores.

Nido de amor y placeres,
trono de Venus y Ceres
rodeado de serafines:
¡si me encantan tus jardines
me arrebatan tus mujeres!

¡Ay! tal vez enamorada
bebió un suspiro la brisa,
que el alma quedó arrobada
en una tierna mirada,
en una dulce sonrisa.

Mas del sol de los placeres
jamás la luz se ha nublado:
te dió la gloria sus seres....
nuevo paraiso encantado,
ángeles son tus mujeres.

Que el árabe, sin enojos
al humillar su altivez,
parece la dió en despojos
lo rasgado de sus ojos,
lo moreno de su tez.

Y aun allí el Bétis retrata
empavesados bajeles,
y aun á los mares dilata
presas sus ondas de plata
en cenefas de claveles.

Y sin su pompa oriental
aun es de Tiro pensil,
y aun ostenta sin igual

con las galas del abril
sus auroras de coral.

Y su Giralda atrevida,
de su alcázar los jardines,
la amante queja sentida,
su angosta calle torcida,
sus cancelas de jazmines.

Sus auras embalsamadas,
su corona de luceros,
sus floridas enramadas,
sus noches enamoradas,
sus selvas de limoneros.

Y aun, cual hermosa, esplendente
en mar de aromas se baña
Sevilla, alcázar potente;
rica perla que el Oriente
dejó entre flores á España.

Quizá en el alma grabado
llevo tu rostro, sultana;
adios queda, sevillana,
aun naciente, enamorado
lucero de mi mañana.

Y adios, ciudad de las flores,
que tanta ventura encierra
que hasta olvidé mis dolores:
paraiso de los amores,
poesía de la tierra.

BELLEZAS DE LA GRANJA.

A UNA FUENTE.

Ved sus soberbios caudales:
Como plateadas centellas
Los impetuosos raudales
En guirnaldas de cristales
Van á bordar las estrellas.

O brotando confundidos
Entre lirios y abedules,
Van por las auras mecidos,
Arcos de perlas perdidos
En los espacios azules.

Y apenas á orlar se atreve
Con su planta el firmamento
Menudos diamantes llueve,
Con sus penachos de nieve
Engalanándose el viento.

Ya su raudal espumante
La luz del sol centellante
Baña en coral y topacios,
Queriendo atar los espacios
Con sus cintas de diamante.

Y matizando las flores
Caen sus gotas, que al verterlas
Tornasolan los albores:
Pintando íris de colores
En la lluvia de sus perlas.

Ya inquieta rielando mueve
En caprichosos reflejos
Sus blondas de gasa leve,
O ya con rizada nieve
Orla quebrados espejos.

Ya coronas argentinas
Dibujan sus manantiales,
Cóncavos caen sus cristales:
Sobre gayas clavellinas
Tornasolados fanales.

Ya sus hilos enlazando
Los teje en trenza rizada;
Ya su corriente quebrada
Quejosa va murmurando
En sonorosa cascada.

O ya con nudos de perlas
Redes tiende al firmamento,
Y el viento ayuda á tejerlas,

Y luego por no romperlas
Se queda parado el viento.

Y á las luces matinales
Entre albores de corales
Por el espacio, esplendentes,
Van sus rizados cristales
En enroscadas serpientes.

Ya giran veloz surcando
Cual cisne de nívea pluma,
Columpios del aire blando
Los espacios argentando
Globos de rizada espuma.

Ya ensortija entre crespones
Su melena vagarosa:
Ya de sus mismos florones
En soberbios borbotones
Va murmurando envidiosa.

Ya en riscos abrillantados
Nublando la luz dia
Se elevan, ó caen lanzados
Del cielo en aljofarados
Diluvios de argentería.

Mas ¡ay! que presto agotando
Tus tesoros transparentes,
Breves gotas destilando,
Por sus perdidas corrientes
Te quejas como llorando!

Como el viento, de pasada,
Nada tu huella perdida
Deja en la esfera azulada;
La corriente de la vida
¡Qué deja en el mundo? Nada!

Que así cual rápidamente
Se eleva, cae tu torrente,
Y de la vida trasunto
Vas á gozar solamente
De vida en el aire un punto.

Viendo esa fuente serena
Pensó olvidar sus enojos
El alma de angustias llena:
Del manantial de su pena
Fuente les sobra á mis ojos.

Y adios: que en celos ardiendo
El volcan que el alma abrasa
En vano apagar pretendo:
Tambien mi vida se pasa
Como tus ondas: gimiendo!



POESIAS

del Ilmo. y Excmo. Sr.

DON PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

A LA MEMORIA

DEL CÉLEBRE DIPLOMÁTICO Y LITERATO ESPAÑOL

EL EXCMO. SR. DON JOSÉ NICOLAS DE AZARA Y PERERA.

ODA.

¿Fuera tal mi osadía que intentara
cual los Titanes escalar el cielo,
ó con rápido vuelo
subir á donde, *Azara*,
alzado tienes de tu gloria el trono,
y en pindárico tono
himnos cantar á tu virtud preclara?

Mas tu génio me guia
de la Eterna ciudad al Capitolio.
Colocada en su altura
la débil musa mia,
inspirándole tú noble bravura,
podrá tan solo entonces altanera

su voz alzar al eminente solio,
que á tu nombre elevó la Europa entera;
y el canto de alegría
entonar, con que Roma libertada
de gratitud tributo le rendía
á su libertador, y las canciones
con que gozosas, á la paz ansiada,
en Amiens saludaron las naciones.

Cual negra nube en su revuelto seno,
bramando la tormenta,
lanza, al rodar del trueno,
el rayo que sustenta,
que ardiente brilla, y por do quier que pasa,
rompe, destruye, abrasa,
cuanto oponerse á su furor intenta;
así la Francia en medio del bramido
espantador, que aterra,
del volcan que en su seno está encendido,
lanza, cual rayo, al genio de la guerra,
que han de mirar un dia
de Egipto las pirámides pasmadas
al ver tanta osadía,
entre montes de arena
venciendo con las huestes abrasadas,
que luego desde el Sena
conducirá hasta el Moscua congelado,
siempre por la victoria coronado.

De su destino en pos marcha gigante
por la gloriosa vía que le lleva
á dominar el mundo, y cual se eleva
el águila arrogante

sobre las altas nubes, y se lanza
sobre la presa que espió anhelante;
así Napoleon los elevados
Alpes trepa veloz, su cima alcanza,
rápido baja, y donde quier combate,
vence, destroza, al enemigo abate;
y los pueblos contemplan admirados
que un nuevo Breno sobre Roma avanza.

La fuerte ciudad tiembla, que Señora
se tituló del mundo,
y sujeta á un poder que llama santo,
al par que su esplendor perdido llora,
agrava la amargura de su llanto
ver con dolor profundo
hollados los girones de su manto.
¿Dónde hallará un Camilo
que audaz corra á salvarla,
ni matronas que puedan libertarla
con sus ruegos del filo
de la espada del fiero Coriolano?
¿Qué poder sobrehumano?....
Solo, *Azara*, bastante poderoso
eres á poner fin á su gemido.
Por su llanto movido
corres hácia tu amigo generoso,
llegas, hablas, conviértese en oliva
el destructor acero:
resuena alegre viva,
que el labrador repite, y el guerrero;
y como á la Concordia levantara
altares Roma pía,
arcos do quier de triunfo te prepara,

tu busto graba en bronces, y á porfía
himnos entona al salvador *Azara*.

La Europa arrasan destructoras lides:
de las altas montañas ronco el eco,
los gritos de los fieros adalides,
y el horrísono son del bronce hueco,
repite estremecido.
Del valle la verdura
desparece con sangre enrojecida;
la linfa del arroyo, que antes pura,
en salto repetido,
jugaba alegre, retratando flores,
por el pié del guerrero detenida,
armas solo retrata, solo horrores.
Del niño, de la jóven, del anciano
se escuchan por do quiera los clamores,
demandándole al cielo
al padre amante, al hijo, su consuelo.
Óyelos Dios: y él vá; y á los que tienen
la suerte de los pueblos en su mano
toca los corazones, y convienen
en concertar la paz. ¿Quién ardoroso
corre á cerrar de Jano
el templo, que inclemente y ambicioso
abrió el furor de dominar insano?
¡Azara, Azara! Amiens, tú le escuchaste:
en su boca el acento lastimero
resonó de los pueblos desolados,
que salva de la ruïna su elocuencia;
y con placer miraste
que en justa deferencia
le ceden su lugar los potentados:

y del mundo la paz sella el primero:
de la paz, que las alas protectoras
tiende sobre los pueblos que le aclaman,
y en cántigas sonoras
le bendicen y padre le proclaman.

Tan dulce nombre, *Azara*, complacido
recibias del cándido aldeano,
al par que desechabas decidido
el cetro soberano.
El Coloso que quita, y dá coronas,
te ofrece la de Malta, y la rehusas;
que tú solo ambicionas
la inmortal de Minerva y de las musas,
á tí guardada en su sagrado templo.
Mírote en él entrar con firme planta:
cercado te contemplo
allí de gloria tanta,
que mi vista deslumbra. Vano intento
fuera seguirte á donde audaz te lanza
tu sin par ardimiento:
de mi cansada musa mas no alcanza
el fatigado aliento;
y mientras que te admiro,
brillando como en medio las estrellas
brilla esplendente Siro,
en la cumbre elevada en que descuellas,
sigue radiante en sempiterno giro.

LA ABEJA Y EL GRILLO.

Inmediato á un colmenar
fijó un grillo su aposento,
y dia y noche un momento
no cesaba de chillar.

Cansado de tanto ruido,
con tono dulce una abeja
le dijo:—«Ese canto deja,
que me pasas el oido.

Mira cómo yo trabajo;
cera y miel junto callada,
mientras no produces nada
con tu cantar á destajo.

—¿Y de qué sirve tu afan
y continuada labor?
le repuso el chillador;
¿Algo por ello te dan?

Recoges la cera y miel,
y el hombre en vez de premiarte
tan solo piensa en robarte,
y en que sudes para él.

Trabaja todo un enjambre
en primavera y verano
para el invierno, y en vano,
porque al fin se muere de hambre.

Yo cuanto deseo alcanzo,
apenas salgo del nido;
sin mas arte que hacer ruido,
verás á qué altura avanzo.

Descubierta mi morada
por el canto, con esmero
me pasan de mi agujero
á una jaulita dorada.

Me regalan á porfía
ya lechuga, ya escarola;
canto, duermo á la bartola,
segun me dá la manía.

Pónenme en fresco balcon
en el estío: si hiela,
mi jaulita al punto vuela

de los niños al salon.

Hago entonces gran papel:
todos me escuchan si chillo:
¡vé si el canto vale al grillo
mas que á tí la cera y miel!—

Cierta ladina que oyó
lo del grillo y de la abeja,
refiriéndolo á una vieja,
al concluir añadió:

«Este suceso conté
á nuestro buen señor cura,
y repuso: no es locura
lo del grillo por mi fé.

Mil á fuerza de charlar
lograron tomar asiento
en las Córtes, y al momento
en oro y mando medrar.

No eleva á gefe de bando
el estudio y la experiencia,
ni la consumada ciencia
al que trabaja callando.

El mas osado y mas ducho
en hablar en la tribuna,
como el grillo hace fortuna.
¡Lo dijo quien sabe mucho!»

Y al recitaros consejas,

repite en sus estribillos:
«Forma congresos de abejas,
y no congreso de grillos.»



EL PERRO Y EL GATO.

Sobre el hogar un gato saboreaba
un trozo de jamon que hurtó atrevido,
y un perro desde abajo le ladraba.
Una magra cayó: cesa el ladrido,
porque el perro en la presa el diente clava.

¡A cuántos como el perro he conocido
que lanzando al gobierno ataques rudos,
un trozo de turron los dejó mudos!

EL GANSO LEGISLADOR.

Si el peregrino, el sabio, el comerciante
eran en otros dias los viajeros,
la moda dominante
es que hoy viajen los gansos los primeros.

De esta moda siguiendo la bandera,
intrépido, del vuelo en fuerte arranque,
un ganso á la alta esfera
se lanza, y abandona el patrio estanque.

Jóven, y las costumbres ignorando
que regían de antiguo al natal suelo,
aspiraba á su mando,
y ser legislador era su anhelo.

Aunque falto de luces y experiencia,
fiaba en su talento, y las lecciones

de la sublime ciencia
que infunde el ver por alto mil naciones.

Entre todas elige por modelo
al pueblo que, jactándose orgulloso
de elevarse hasta el cielo,
se juzga en gobernar maravilloso;

Y sube á donde el águila atrevida,
mira á sus piés la nube y la tormenta,
donde enorgullecida,
da leyes á las aves que regenta.

Su larga cola, y dedos no enlazados
por ninguna membrana, atento mira,
y los giros variados
de su volar y su poder admira.

Vuelto á su patria, entregan al momento
el gobierno á aquel ganso tan profundo
en saber y talento,
propio sin duda á gobernar el mundo.

Es su primer decreto que la cola
del águila se use, y asegura
que tal medida sola
formará nueva era de ventura.

En balde un ganso pensador decía:
—Si cola fuerte y corta, acomodada
cual timon, convendría,
perjudica la extensa y delicada.—

Ni la prudente observacion escucha,
ni á nadie atiende el orgulloso ganso;
contra la opinion lucha,
y audaz publica leyes sin descanso.

Manda que corten todos la membrana
que de sus anchos piés los dedos liga,
y de órden soberana
á marchar á su modo les obliga.

A ejecutar la turba tal decreto,
y á pelarse los dedos se acomoda,
quedando en esqueleto
los del ciego entusiasta por la moda.

Mas intentan vogar: su afan es vano:
el remo falta que á vogar servía:
así el decreto insano
destruyó la obediente ganseria;

Y al hundirse por siempre en el abismo,
maldiciones lanzaban sin provecho
al necio extrangerismo.
Era ya tarde: el mal estaba hecho.

Gansos, por nuestro mal legisladores,
si quereis importar leyes agenas,
del fuero del pais conocedores,
modificadlas y aplicad las buenas:
dejad de ser menguados traductores

POESIAS

DE

DON JULIAN ROMEA.

PARA UN ALBUM.

Album, ya llegó la hora
De que en tí venga á escribir;
Pero no sé qué decir:
No conozco á tu Señora.

Sé que se llama Leocadia,
Y que es una criatura
Trasunto de la hermosura
De las pastoras de Arcadia.

Pues está todo sabido;
Que al ver su esmalte y color
Nadie pregunta á la flor
El jardin en que ha nacido.

Y cuando al jarron se asoma
Del gabinete templado,
Blandamente perfumado
Por su regalado aroma,

Todos ansiosos la miran;
Y en el galano portento
De sus matices sin cuento
El pincel de Dios admiran.

Así la muger hermosa,
Cuando su frente levanta,
Nuestros sentidos encanta
Como la purpúrea rosa.

Es verdad que algunas crecen
Ostentando en su figura
Esa celeste hermosura,
Que por cierto no merecen:

Que con el propio dolor
Que causan juegan con calma;
Porque hay mugeres sin alma,
Como hay flores sin olor.

Pero no tú, bella niña;
Que sé yo que el que á tí llega,
Si al sol de tus ojos ciega,
De tu bondad se encariña.

Pues advierte, con razon,
Cuando en tus hechos repara,
Que como bella es tu cara

Es bello tu corazon.

Por esa senda dirije
Siempre tu planta gallarda,
Y que el ángel de la guarda
Con sus alas te cobije:

Y del orgullo á despecho,
Funda tu gloria triunfante
Mas que en tu lindo semblante
En la bondad de tu pecho.

Que huye la hermosura leda:
Mientras la bondad hermosa
Como en su huerto la rosa
Prendida en el alma queda.

Y no la llega á manchar
El mundo con sus desmanes,
Ni sus recios huracanes
Logran su tallo quebrar:

Ni la descolora el frio
De la edad, que el cuerpo pliega,
Porque la Vírgen la riega
Con su bendito rocío.

Ni al hombre son tan preciosas,
Ni dan alivio á sus penas
Como las mugeres buenas
Las mugeres mas hermosas.

Que si en las bellas se encierra

Del mundo un alto blason,
En cambio las buenas son
Los ángeles de la tierra.



LA MUERTE DE JESUS.

¿Lo veis? ¡En tropel fiero
al monte van del olivar furiosos!
¡Cada cual el primero
quiere llegar! ¿Lo veis? ¡Lobos rabiosos
contra el dulce amantísimo cordero!

Allí va el fiero bando,
con palabras á Dios muy ofensivas
los aires conturbando:
y sacerdotes van, y van escribas
su estúpido rencor acalorando.

Ya por el monte espeso
entran, haciendo de su infamia gala:
llegan y.. ¡horrible exceso!
á su furor la víctima señala
del torpe Judas el infame beso.

Y la cercan sañudos,
y en su loco desman nada respetan,
y la maltratan rudos,
y las manos santísimas sujetan
con recias cuerdas y apretados nudos.

Ya con Jesus descienden
á la santa ciudad, que absorta mira
la que sus hijos en su rabia emprenden
maldad horrible, y de dolor suspira
al mirar quiénes son y á quién ofenden.

Y arrastran su trofeo
hasta Pilatos sin piedad ninguna,
y le apellidan reo,
y «*crucifícale,*» gritan á una
en ronco y destemplado clamoreo.

La soldadesca ruda,
con movimientos y ademan feroces,
mofando le saluda,
y entre algazara y descompuestas voces
con sacrílegas manos le desnuda.

¡Desnudo tú, Dios mio,
y por las manos de tu propia hechura!
¡Desnudo ante el impío,
tú, que al leon le diste la bravura,
su empuje al mar, su movimiento al rio!

¡Y al dia sus albores,
y al limpio cielo su riqueza suma,
y al sol sus resplandores,

piel á los brutos y á las aves pluma,
al monte encinas y á los prados flores!

¡Y tu rostro escupieron,
y tu cuerpo santísimo azotaron,
y bárbaros te hirieron,
y tu frente de espinas coronaron,
y el manto de sus culpas te vistieron!

¡Llorad, llorad sin duelo,
oh de Jerusalen hijas hermosas:
llorad: el Dios del cielo
es ese que entre angustias horrorosas
marcha regando con su sangre el suelo!

Ese que hóy afrentado
va entre esos hombres, por su mal valientes,
abrió á su pueblo amado
entre las olas de la mar rugientes
fácil camino á Faraon cerrado.

Y vosotras le vísteis,
oh gentes de Israel, y le negásteis;
y su palabra oísteis,
y vuestros ojos á la luz cerrásteis;
predicó la verdad y no creísteis.

Vísteis, de asombro yertos,
limpios á su contacto milagroso
los de lepra cubiertos,
y alcanzar á su acento poderoso
los enfermos salud, vida los muertos.

¡Y le llamais falsario
mirándole pasar escarnecido!
¡Y envuelto en el sudario,
al rudo peso de la cruz rendido,
el Cordero inmortal sube al Calvario!

¡Y tú, escogida rosa,
estrella matinal, puerta del cielo,
dulce madre amorosa,
limpia fuente de gracia y de consuelo,
bendita del Señor, Vírgen hermosa:

Tú, celestial María,
siguiendo vas al hijo cariñoso
que en su horrible agonía
la ensangrentada faz vuelve amoroso
y sus miradas á la madre envía!

Su sangre el suelo riega....
hondos gemidos de cansancio exhala....
turbios los ojos pliega....
¡Ay! ¿Qué dolor á tu dolor iguala,
ni qué amargura á tu amargura llega?

¡En vano dulce asilo
te dieron á su sombra regalada
las palmeras del Nilo
cuando á tu hermosa prenda de la espada
amenazaba el sanguinario filo!

De Herodes iracundo
allí tu miedo maternal huía,
y en silencio profundo

bajo tu pobre manto se escondía
el Niño Dios, el Redentor del mundo.

Y en vano fué, Señora;
que de abrir el tesoro soberano
llegó la inmortal hora,
y está el decreto que escribió su mano
el hijo de tu amor cumpliendo ahora.

¡Ya con fuerza impelida
la Cruz sobre el Calvario se levanta!
¡triunfante palma erguida,
árbol de redencion, lámpara santa
delante de los siglos suspendida!

¡Señor, que así te empleas,
tu ilustre sangre por los hombres dando,
y aunque su crímen veas,
el lábaro de gracia tremolando
salvas la humanidad, bendito seas!!

¡De la alta Cruz pendiente
el hondo cáliz del dolor agotas:
tu noble sangre hirviente
revienta y salta de las venas rotas
de vida y de salud copiosa fuente!

Fuente que en ancho rio,
y luego en mar inmenso convertida,
ofrece aun al impío
fácil camino hácia la eterna vida....
¡gracias, Dios de bondad, gracias, Dios mio!

El infierno se aterra
del hombre ingrato á la maldad odiosa
y sus abismos cierra;
y al recibir tu sangre generosa
sus centros abre la espantada tierra.

Y el sol que limpio ardía
su luz apaga, y se oscurece el cielo;
y de la mar bravía
rugen las ondas, y se rasga el velo
que el santo tabernáculo cubría.

Tus propias criaturas
solo se muestran en tu daño fuertes;
y con entrañas duras,
en torno de la Cruz echando suertes,
se reparten tus santas vestiduras.

Y cuando tanto brio
despliegan en sus bárbaros agravios,
¿Qué dices tú, Dios mio?
¡Las últimas palabras de tus labios
demandan el perdon para el impío!

¡Señor, que así te empleas,
tu ilustre sangre por los hombres dando,
y aunque su crímen veas,
el lábaro de gracia tremolando
salvas la humanidad, bendito seas!!!

EN LA TORRE DE TAVIRA.

CADIZ.—JULIO DE 1846.

¡Sagrado mar, cuyo rugido atruena
al romperte á mis piés en choque rudo,
oye mi voz que temblorosa suena:
Occéano inmortal, yo te saludo!

Déjame que asombrado y sin aliento,
al verme junto á tí débil y solo,
contemple ese vaiven que turbulento
partiendo de mis piés llegará al polo.

Déjame contemplar tanta grandeza,
y esa profundidad, y esas anchuras:
da tiempo á que conciba en mi pobreza
la extension de esas líquidas llanuras.

Y cómo con tal ímpetu rodaron
esas que, ayer tal vez, pujantes olas
en las playas antípodas sonaron
y azotan hoy las costas españolas.

¡Qué grande eres, oh mar! ¿Cómo es posible
que así contenga de tus ondas vagas
esa playa el empuje irresistible?
¿Cómo la tierra en tu furor no tragas?

La mano del Señor, solo ella puede
tener así tus ímpetus á raya:
por ella el mundo á tu chocar no cede
y en la tremenda lucha no desmaya.

¡Triste bramido que incesante gime!
¡Prodigiosa extension en que me pierdo!
¡Soledad melancólica y sublime,
que de la eternidad traes un recuerdo!

Al verte con tal pompa ataviado
á tí me postro con respeto mudo:
con la frente desnuda, y humillado,
Occéano inmortal, yo te saludo.

Y permíteme ya que la mirada
de tu soberbia magestad retire,
y un instante mi mente fatigada

ese horizonte en derredor admira.—

¡Cuán bello el sol: cuán bello hácia el poniente
entre celages de arrebol declina!
¡Cuán amoroso la encendida frente
en las espumas de la mar reclina!

A su postrera luz allí diviso
playas que fueron de la rica España
en otros tiempos, cuando el cielo quiso,
y hoy gozan fueros de nacion extraña.

Allí el Guadalquivir, que poderoso
sobre arenas doradas va rodando,
y altivo, y sosegado, y caudaloso,
los campos de la Bética regando.

Y entre los montes á su curso abiertos,
y recostado en su encantada orilla,
besando viene los hermosos huertos
de las moriscas Córdoba y Sevilla.

Y hace, por no dejarlos, mil descansos
entre sus juncos y sus ovas lácias,
á la sombra que dan á sus remansos
los bosques de naranjos y de acacias.

Y ostentando la rica vestidura
que tegieron sus palmas y olivares,
se extiende en la magnífica llanura
y con marcha triunfal entra en los mares.

Allí la humilde Palos, que piadosa

abrigó al hombre cuyo ingenio claro
la hazaña consumó mas portentosa,
de Isabel la Católica al amparo.

La vieja Europa le escuchó mofando;
la inmensa idea su desprecio excita;
y las columnas de Hércules mostrando
«*Non plus ultra, infeliz,*» ronca le grita.

Pero él la burla de su edad sufriendo,
con el instinto de su fé profundo,
del claustro de la Rábida saliendo
se arroja al mar y le conquista un mundo.

Allí del Guadalete la corriente,
que de la alta Jerez los campos baña,
donde los hijos del desierto ardiente
rudos pisaron el poder de España.

Cayeron entre horrores infinitos
príncipes, nobles y pecheros, todos:
de Rodrigo y Witiza los delitos
el Dios del mundo castigó en los godos.

Mas no perdió del todo sus laureles
la triste España en su mortal desmayo,
que de Cantabria entre los hijos fieles
la Cruz del Redentor alzó Pelayo.

Y ante esa Cruz, que al musulman aterra,
las tierras rescatando una por una,
tras siete siglos de obstinada guerra
vuelve al desierto la africana luna.

¡Playa de Trafalgar! el alma mia.
cuando esa arena ensangrentada miro,
á tus ilustres mártires envía
un recuerdo de amor en un suspiro.

Ilustres, sí; porque si allí vencidos
cayeron, al marchar hácia la gloria,
fué porque, alguna vez, no van unidos
el heróico valor y la victoria.

¡Salve, Tarifa; sempiterna valla
al empuje feroz del sarraceno,
que aun ve con miedo escrito en tu muralla:
«*Alonso Perez de Guzman el Bueno.*»

Si á los moros Julian, tu puerta abriendo,
entrada dióles expedita y ancha,
sobre tus mismas torres combatiendo
Alonso de Guzman lavó tu mancha.

¿Quién vence al pueblo donde nace un hombre
que siempre en el deber sus ojos fijos,
idolatrando del honor el nombre,
primero que faltar mata á sus hijos?!

¡Eterna gloria al que tan alta hazaña
llevár á cabo en su heroismo pudo:
al que tal timbre, en ocasion tamaña,
con sangre propia dibujó en su escudo!

Y una lágrima el alma enternecida
dé tambien al dolor de aquella madre
que vió caer el hijo de su vida

al propio acero de su propio padre.

Mas allá Gibraltar... Pero ¿qué veo?
¿Quién sus muros altísimos defiende?
¡cual dueño de legítimo trofeo
el Leopardo inglés su garra extiende!

¿Y es cierta, es cierta, es cierta mengua tanta?
Sí, en el fuerte, en los muros, en la villa
una bandera extraña se levanta,
que aquel no es tu pendon, noble Castilla!

¿Y no reparas, dime, pobre España,
que es ese trapo que en tu suelo ondea
sello ominoso que tu frente empaña,
llaga asquerosa que tu rostro afea?

¿Dónde está, vive Dios, potente y fiero
el Leon español? ¿Dó su estandarte
que siempre audaz se desplegó ligero
de una parte del mundo á la otra parte?

¡Arroja esa bandera, patria mia!
¡Venid sobre ella, y su altivez sucumba,
triunfos de la Goleta y de Pavía,
coronas de Bailen, glorias de Otumba!

¡Y tú, Cruz de Pelayo victoriosa,
en Covadonga del alarbe espanto!
¡Laureles de las Navas de Tolosa!
¡Palmas de San Quintin y de Lepanto!

¿Dó están tus hijos, inmortal Sagunto?

¿Dónde los tuyos, ínclita Numancia?
¿Dónde los bravos que arrollaron junto
en Roncesvalles el poder de Francia?

¿No hay hombres ya de aquellos que arrostraron
de otro hemisferio los ardientes soles?
¿Dó están los que en Bizancio pelearon?
¿No hay valientes aquí? ¿No hay ya españoles?

¡No, no los hay! Los unos enervados
son menos ya que débiles mugeres:
los otros, por el siglo arrebatados,
ó traficantes son ó mercaderes.

Corren, y atropellándose presentan
á la ciega fortuna su sufragio:
de egoismo y de codicia se alimentan:
¡dignas conquistas del vapor y el ágio!

Vedlos guardar con ánsia su tesoro:
en él viven; para ellos nombres vanos
son patria y libertad.... contando el oro
manchan su corazon como sus manos.

Venid, venid, los que en infame calma
no veis de España la insufrible mengua;
y la amargura que destroza el alma
en voces del dolor diga la lengua.

De esas *luces del siglo*, que hoy acatan,
los triunfos ved que por do quiera encumbran.
¡Pobre honor nacional, ellas te matan:
blandones son que tu agonía alumbran!

¡Oh, basta! ¡El corazon en santa ira
siento abrasarse y en despecho hirviente:
de la vergüenza que el ultrage inspira
el honroso carmin sube á la frente!

¡Contempla, España, lo que vas ganando,
y á mirar vuelve lo que vas perdiendo:
mira esa choza vil que se va alzando,
y el templo mira allí que se va hundiendo!

Sin ruedas ni vapor tus carabelas,
cortando del Atlántico la espuma,
trageron á tus piés bajo sus velas
el cetro de Atahualpa y Motezuma.

Y te acataban Albion, la Galia;
flotaba tu pendon sobre los Andes;
eras Señora de la hermosa Italia;
temida en Roma, obedecida en Flandes.

Y Murillo y Velasquez te ensalzaban;
y la Europa escuchaba con respeto
cuando en lira inmortal nobles cantaban
Rojas y Calderon, Lope y Moreto.

Mira á tu alrededor, oh España; mira
de ese adelanto pretendido el fruto:
[illegible] á tu gloria, que anhelante espira,
llanto, y discordias, y miseria, y luto.

A D. VENTURA DE LA VEGA.

EPÍSTOLA.

Sevilla: Enero de 1861.

Desde la fresca y encantada orilla
del ancho Bétis, cuyas ondas claras
besan el pié de la imperial Sevilla,

Aunque desnudos de bellezas raras,
hoy van mis versos; sin color ni aliño,
á tí que cariñoso los amparas.

Si á que los dicte el corazon me ciño,
lo que de galas y sabor les falte
les sobrará de fraternal cariño.

No en ellos busques el calor que exalte,
ni la profundidad del pensamiento,
ni el alto timbre, ni el pulido esmalte.

Busca, y le encontrarás, el sentimiento
del alma cariñosa que te envío
consuelo á darte y á inspirarte aliento.

¿Con que no sigues bien, Ventura mio?
¿Con que escondido en casa así te apocas
de Guadarrama ante el aliento frio?

Pues ¿por qué no te alejas de esas rocas,
helado pedestal del rudo monte
ceñido siempre de sus blancas tocas?

Huye de Somosierra el horizonte:
sus aires deja al pecho valeroso
de broncíneo pulmon que los afronte.

Vente á orillas del Bétis caudaloso,
donde gozamos, los que aquí nos vemos,
sus verdes campos y su cielo hermoso

A recibirte á Córdoba saldrémos;
y Florencio, y Sobrado, y todos, todos,
con cariñoso afan te cuidarémos.

Guarde Madrid sus invernales lodos,
y del favor la cortesana palma
al que la busca por distintos modos.

Ven tú á buscar aquí la dulce calma;

y te dará esta tierra de las flores
salud al cuerpo y alimento al alma.

Pasearás del dia á los albores;
y cuando á espaldas de la verde loma
contemples que cercado de esplendores

El limpio sol de Andalucía asoma,
respirarás las auras perfumadas
del oliente azahar con el aroma.

Mirarás, muellemente reclinadas
del vecino collado en la ladera,
las deslumbrantes casas blanqueadas.

Admirarás del rio en la ribera
pintados bosques de carmin y gualda
que viven en eterna primavera;

Y de la sierra hasta la oscura falda
verás tenderse la feraz campiña
desde el alto balcon de la Giralda.

Y verás la ciudad cómo se aliña,
cubierta siempre de su blanco manto,
y de la torre en derredor se apiña.

Verás la Caridad, hospital santo
que Mañara fundó, como es notorio,
despues de ser escandaloso espanto

De España, y deshonor de su abolorio,
sirviendo al reverendo Mercenario

de original para su Juan Tenorio.

Y en su bello, aunque humilde santuario,
contemplarás del arte mil primores
que te suspendan con encanto vario.

Grandes obras de célebres pintores:
ofrenda reverente del talento
á los piés del Señor de los señores.

Y otra mañana con que veas cuento
la casa de Pilatos, que no es fea,
y es ademas curioso monumento.

Igual á la del Prócer de Judea,
segun declaracion, de fé no escasa,
desde el hondo cimiento á la azotea.

Ó por el puente que á Triana pasa
á Castilleja irémos, que está cerca,
y allí de Hernan Cortés verás la casa.

Sus rotas tapias y cegada alberca
del noble Montpensier restauró el celo,
y hoy crecen flores tras la humilde cerca.

Pensarémos allí para consuelo
que del buen capitan sobre la tumba
nunca el olvido tenderá su velo;

Ni hará que el nombre á su poder sucumba
del vencedor de las indianas gentes
en Tlascala, y en Mégico, y Otumba.

Si al ver la ingratitud del hombre sientes
que el alma triste y de dolor opresa
de ideas necesita diferentes,

A la Cartuja irás, que el Bétis besa,
y en artísticas formas barro inculto
transformarse verás con gran sorpresa:

Y encontrarás, en vez del monge oculto
que el silencio de Bruno profesaba,
de la caliente fábrica el tumulto.

Lo que aquí hay de admirar nunca se acaba;
mas si en el órden sigues mi consejo
una cosa has de ver, que ya olvidaba:

La casa secular del candilejo;
que del Pedro primero nos recuerda
un acto de justicia muy añejo:

Pues, porque la memoria no se pierda,
un busto notarás junto á la esquina
cuya garganta real ciñe una cuerda.

Verás la Biblioteca Colombina,
á la cual volverás con gran frecuencia,
pues lo curioso y raro allí se hacina:

Y el libro sacarán á tu presencia
donde Colon su intento soberano
afirmó con los datos de la ciencia.

Visitarémos el archivo indiano,

del Escorial, por lo severo, copia,
que de Herrera inmortal trazó la mano;

Y entre los datos que abundante acopia,
con el dolor que el corazon repliega,
un memorial verás de mano propia

Del autor del Quijote, en el que ruega
que un empleo le den que su hambre aplaque,
y el marginal decreto que lo niega.

Oh! que la ingratitud crónico achaque
es que en España todos padecemos,
desde el alto señor al badulaque.

A Itálica otro dia nos irémos:
y columpiarse la amapola roja,
y los viciosos cardos mirarémos,

Y el verde musgo que el relente moja,
sobre la hundida funeral grandeza
de esos escombros que cantó Rioja.

Ó la joya mayor de su riqueza,
y que el pueblo andaluz estima en tanto
como que en ella su rescate empieza,

Santa reliquia, del alarbe espanto,
verás la espada que ganó á Sevilla,
regida un tiempo por Fernando el Santo.

Es la verdad; no ha visto maravilla
ibnen no vió esta ciudad, que rodeada

de su esplendor á las demas humilla.

Y no es mi admiracion apasionada:
cede, Ventura, á las instancias mias
y te devuelvo á nuestra edad pasada.

Y espero despertar tus alegrías,
sin que el fastidio mis intentos frustre,
que el tiempo ha de faltarnos muchos dias;

Pues de la madre patria en honra y lustre,
donde quiera que aquí tiendas la vista
la marca encontrarás de un nombre ilustre;

Del talento andaluz una conquista,
desde Lope de Rueda y Juan Malara,
hasta los tiempos de Reinoso y Lista.

Sí, con razon su descendencia clara
de altos ingenios y modernos Martes
ostenta esta ciudad, si se repara

Que por ellos, venciendo en todas partes,
triple corona se ciñó galana
en las armas, las letras, y las artes.

Y si ser madre con razon la ufana
de esos que, en honra suya y su decoro,
llegar supieron á la gloria humana,

Tambien nos muestra entre el celeste coro,
circundado de glorias inmortales,
el venerando nombre de Isidoro.

Oh, ven, y alivio encontrarán tus males
de la amistad dulcísima en el seno,
y estimado serás en lo que vales.

Tengo un amigo aquí, Juan José Bueno,
digno en toda verdad de su apellido,
de ingenio claro y de bondades lleno.

Poeta y escritor esclarecido,
y sabio sin soberbia y sin entono,
es buscado por todos y querido.

Con bellas formas y exquisito tono
abre su casa todas las semanas,
y las artes allí tienen su trono.

En el talento y el saber hermanas
juntas verás las negras cabelleras
con las honrosas venerables canas;

Y la mano darás á las primeras
reputaciones del pais de Lista
en aquellas artísticas esferas.

Allí Don Jorge Diez, humanista,
y del púlpito honor, y Sacerdote:
y Carbonero y Sol, orientalista,

Que á las musas tambien paga su escote:
y Benisia, y Aldama el veterano;
y Hernandez, y Campillo y Castellote.

Nuestro marqués de Auñon, vate galano:

Buhser, Canto, Latour, y Matta, y Rios,
y Espino y De Gabriel, y Justiniano.

Campos, y Sanchez, que con nobles bríos
á la region artística su vuelo
gallardos tienden con intentos pios,

Prez y honor cada cual del patrio suelo,
con armas ó cincel, pluma ó pinceles,
su nombre eleva de la gloria al cielo.

Tú, brillando entre todos como sueles,
disfrutarás en pláticas sabrosas
de la amistad las regaladas mieles.

Y otras flores nos brinda deliciosas
de las lides dramáticas la arena,
tanto mas bellas cuanto mas costosas.

Tu *Hombre de mundo* se pondrá en escena;
y cuando el triunfo para tí recoja,
porque la gente de entusiasmo llena

Con clamores de júbilo le acoja,
á merecer aspiraré contigo
del ganado laurel la postrer hoja.

Si al fin con todo aquesto te fatigo,
que yo lo entienda por temor no evites:
á dártele mayor tambien me obligo,

Aunque mayor consuelo necesites,
que olvidarás al hombre y sus miserias

cuando la gran Basílica visites.

Lleno allí te hallarás de ideas sérias,
apartado del mundo y sus placeres,
que á precio siempre del sosiego ferias.

Yo, olvidando mis rudos padeceres,
cuando á su santa sombra me contemplo
solo pienso del hombre en los deberes.

Y yo te mostraré, dándote ejemplo,
que el corazon rezando se dilata
bajo las altas bóvedas del templo.

Verás allí de cincelada plata
el alto Camarin donde se encierra
de la Madre de Dios la imágen grata.

Y á su piedad, que de la infanda guerra
con los poderes del abismo extremos,
dándola un Redentor, salvó á la tierra,

Nuestra voz suplicante elevarémos,
y con santa oracion y alma contrita
juntos por nuestros hijos rezarémos.

Y con bondad nos mirará infinita:
que al ver que siempre que á sus piés llegamos,
y que su santa intercesion bendita

Entre Dios y los hombres colocamos,
derrama el bien la Omnipotente diestra,
no en vano al invocarla la llamamos
«Vida, y dulzura, y esperanza nuestra.»

A UN ARROYO.

Cansado vengo y sediento
Por esos picos desnudos,
Y entre las quiebras del monte
Tus limpias corrientes busco.

Sirviéndome van de guia
Estos tarayes y juncos;
Verdes y lozanos crecen;
Que tú estás cerca es seguro.

¡Ah, sí; ya veo tus chopos
Con su apacible susurro,
Y dulce suena en mi oido
Tu consolador murmullo!

¡Salve, cristalino arroyo,
Que cayendo en son confuso
A regar el prado bajas
Desde ese peñasco rudo:

Y no sobre negro cieno
Ni sobre guijarros duros,
Mas sobre limpias arenas
Sigues alegre tu rumbo!

No temas, no; aunque abrasado
Por mi ardiente sed acudo,
Verás que no te detengo
Ni tus corrientes enturbio.

¡Qué dulce sombra! ¡qué fresco
Corre el ambiente, y qué puro,
Robando al monte el aroma
De sus tomillos menudos!

¡Qué bello es ese remanso
Donde sosegado y mudo
Entre azucenas y mirtos
Vas deteniendo tu curso!

¡Y ese tapiz en que lucen
Los caprichosos dibujos
De las blancas manzanillas
Sobre el verdinegro musgo!

Y mas allá, en la ladera,
De amapolas un diluvio,
Que del agua llovediza

Guarnece los anchos surcos.

De tronco en tronco se extienden
Y forman pomposos muros
Las verdes hiedras que escalan
Esos álamos robüstos.

Y esos castaños valientes,
Y esos nogales caducos
Hacen, juntando amorosos
Sus ramas, hojas y frutos,

Magníficos pabellones
Que con su sombrage oscuro
Cariñosos te defienden
De los ardores de Julio.

Lucha el sol por sorprenderte
En tus solitarios gustos,
Mas te protegen las ramas
Y es de ellas al fin el triunfo.

Y las flores de tu orilla,
Inclinando sus capullos,
Mirándose están ufanas
En esos cristales puros.

No envidies del mar salado
El ronco bramar sañudo,
Ni de sus hinchadas olas
El atronador tumulto:

Ni la furia del torrente

Que hasta su lecho profundo,
Desde la escarpada sierra
Baja entre revueltos tumbos.

¿Cuánto es mas bello en tu márgen
Ir contando uno por uno,
Ora tus blancos almendros,
Ora tus lindos arbustos?

¡Y oir cómo dan al aire,
Sin temores importunos,
Sus trinos los ruiseñores,
La tórtola sus arrullos!

¡Y con la mente apartada
De los hombres y del mundo,
Sentir que vuelan las horas
Como ligeros minutos!

¡Ah! ¡Dios te salve, arroyuelo,
Del triste Diciembre y crudo,
Con sus hielos apretados
Y sus vientos iracundos!

A Dios, arroyo apacible,
A quien amante saludo:
Yo guardaré tu memoria
Entre el cortesano lujo:

Y hablaré de tí á las gentes;
Y recordaré con gusto
Esas flores y esas aguas,
Y esta sombra que disfruto.

Yo te cantaré, arroyuelo:
Y no con semblante adusto
Oirán referir las galas
Que darte al cielo le plugo:

Y si hay alguno que extrañe
Este mi humilde tributo,
Ni el sol le abrasó en los llanos,
Ni sed en el monte tuvo.



UNA LÁGRIMA.

SONETO.

¡Oh, cuán hermosa y llena de dulzura
Brillar te miro, lágrima querida,
Del párpado entreabierto suspendida,
Blanda, elocuente, cristalina y pura!

¡Mucha pena ¿verdad? mucha amargura
Guardaba allá en sus senos escondida
Al despedirte el alma dolorida,
Hija de su cariño y su ternura!!

Adios, prenda de paz y de consuelo;
Estrella que benéfica aparece
A templar los dolores de este suelo;

Vuela con esa brisa que te mece,
Y deshecha en vapor vuélvete al cielo,
Que este mundo sin fe no te merece.

Á UNA NUBE.

SONETO.

¡Qué hermosa vas del huracan violento,
Nube ligera, en las tendidas alas!
¡Qué rauda cruzas las etéreas salas
Cambiando formas á merced del viento!

Del sol poniente al rayo macilento
Cándida brillas y á la nieve igualas,
Y embebecido en tus lucientes galas
Te sigue con afan mi pensamiento.

Así tambien del fuego en que aun me abraso
Al empuje febril, mi fantasía
Ciega y brillante se entregó al acaso:

Y tambien vió caer su hermoso dia:
Y el sol de la esperanza en el ocaso
Tambien su última luz al alma envía.

POESIAS

DEL SEÑOR

DON ENRIQUE SAAVEDRA,

MARQUES DE AUÑON.

A UN ARBOL.

BALADA.

«Árbol, ¿por qué del campo en la llanura
Siempre mis pasos á buscarte van,
Y al contemplar tu pompa y galanura
Siento en el alma inextinguible afan?

»¿Por qué si el viento, en incesante giro,
Tu ramaje columpia con furor,
Dentro del alma á mi pesar suspiro
Por cada hoja perdida y cada flor?

»Acaso, acaso en tu lozana vida
Algun misterio el corazon leerá:
Tal vez mi suerte á tu existencia unida
Por impalpable vínculo estará.

»¿Quién sabe si darás á mis amores
Fresca sombra en tu verde pabellon;
Si sentiré, cubierto con tus flores,
De un ángel palpitar el corazon?

»Tal vez robusta y ponderosa lanza
Tus vástagos gigantes me darán:
Tal vez cuando se logre mi esperanza
Ramos tuyos mi sien coronarán.

»¿Quién sabe si al cruzar los anchos mares
Tú serás el timon de mi bagel,
Ó de triste naufragio en los azares
La pobre tabla que me salve en él?

«Mas si de amor la tienda encantadora
No has de ser, ni la lanza ni el timon,
Ni la flotante tabla bienhechora
Que me libre del mar y el aquilon,—

»Cuando la muerte mi destino amanse,
Árbol, ¿quién sabe si caerás tambien?
¡Si el féretro serás donde descanse
Mi helado cuerpo, mi marchita sien!»

DOS ÁNGELES.

FANTASÍA.

Vidi cuncta, quæ fiunt sub sole,
et ecce universa vanitas et afflictio
spiritus. 14. c. 10. Ecles.

I.

Ya media noche: de tinieblas lleno
el mundo duerme; el universo calla:
solo en su cárcel lóbrega de cieno
mi inextinguible espíritu batalla.

¡Qué tranquila se extiende la llanura
inmensa de la mar! el pez ó el ave
no turban su zafir, ni su tersura
rompe la quilla de velera nave.

Todo silencio! colosal el monte
levántase de bruma revestido;
allí será mas ancho el horizonte,
y el pensamiento volará perdido.

Qué me detengo? en la riscosa cumbre
viento mas puro batirá mi frente,
y tal vez de los astros en la lumbre
hallará luz mi tenebrosa mente.

Cuánta maleza! Qué áspero camino!
Pavor me causa la tiniebla muda....
Ayer dudaba del poder divino,
hoy tengo miedo de mi propia duda....

Quién mi frente tocó! Qué rumor suena
de tremolante pluma! Qué armonía
el aire en torno vagarosa llena!
Qué dulce resplandor mi alma extasía!

De la mente quiméricos antojos
no son, ni sueño que forjó el deseo;
blanca vision, si escapas á mis ojos,
con los del alma extático te veo.

Al fin te hallé: perdona mi demencia,
si busqué por un valle de amargura,
en el amor de la muger tu esencia,
tu etérea forma en la materia impura.

Hermanos son tu espíritu y el mio;
tú ostentas el ropage de la Gloria,
y mi alma opresa en calabozo impío

solo reviste la mortal escoria.

Ángel, si me amas, si impalpable nudo
me liga con tu espíritu divino,
calma mi pecho, sírveme de escudo,
templa mi sed, alumbra mi camino.

II.

Apiádate del vértigo
de mi confusa mente:
tú sabes de mis lágrimas
la misteriosa fuente
que brota de mi ser.

La sórdida codicia
no abrasa mi existencia,
no fatiga mi espíritu
la bárbara demencia
de nombre y de poder.

Errante por los ásperos
senderos de la vida,
busco el Bien, y hallo atónito
la humanidad perdida
de crímenes en pos.

Llena de luto el Orbe
la peste asoladora,
y la maldad impúdica
se eleva triunfadora
ante el poder de Dios.

De hambre y dolor exánime
sucumbe la criatura;
la madre solo lágrimas
de amarga desventura
puede á sus labios dar:

En tanto en sus entrañas
oro esconde la tierra,
y tesoros espléndidos
en sus senos encierra
el turbulento mar.

Allí pueblo frenético
la libertad invoca,
arrollando en los ímpetus
de su venganza loca
ley, justicia y virtud.

Álzase aquí una espada
de ódio y de sangre llena,
y la mano de un déspota
nos ciñe una cadena
de torpe esclavitud.

Oye,.... oye el estrépito
de la feroz pelea;
oye los ecos lúgubres,
vé la sangre que humea
del hierro asolador.

Dónde está la justicia
del Brazo omnipotente?....
Ó condenó á los míseros

humanos, inclemente,
al crímen y al dolor!

III.

No, no existe tal vez cuanto ver creo;
es ilusion falaz de mis sentidos,
de mi espíritu informe devaneo,
recuerdos confundidos,
falsas sombras, quiméricos sonidos,
y está en mi esencia el mal que absorto veo.

Ángel rebelde, que vivió en la pura
region del firmamento;
pero manchó la blanca vestidura,
perdió sus alas, y del almo asiento
rodó al abismo de la noche oscura.

Culpa que no redimen
ni la oracion, ni mi pesar profundo:
son formas de mi crímen
todo el dolor, la iniquidad del mundo.

La mística plegaria,
flor que en mi labio corrompió su esencia,
perdida luz de estrella solitaria
en el revuelto mar de mi conciencia.

Y de los Andes la fragosa cumbre,
donde su vuelo el águila altanera
entre la horrible tempestad levanta,
y del Etna la lumbre,

el yermo donde ruge la pantera,
de la sierpe el silbido,
el voraz cocodrilo cuando canta,
del pardo lobo el áspero ladrido:
el proceloso mar que se embravece
los escollos vistiendo con la espuma,
en tanto que en la bruma
sobre las ondas el alcion se mece;
y ese mísero enjambre,
de pobres seres degradada turba,
que el espacio conturba
en fratricida lucha carnicera,
ó gime y muere de dolor y hambre,
todo, todo fantástica quimera.
Cuanto alumbra es mentira
la opaca luz del pensamiento mio,
es el alma que sueña ó que delira
rodando en el vacío.

IV.

Y las flores de Mayo
que tapizan la selva y la llanura,
y el matutino rayo
que en el cristal del piélago fulgura;

El ruiseñor que canta
sobre el frondoso vástago mecido;
el sol que los celages amaranta
en medio de los astros suspendido;

La mágica armonía

que vagarosa en el espacio suena,
cuando se apaga el dia
y de inefable amor el alma llena;

Y las orlas de espuma
que tiende el mar en la risueña playa,
y de la tarde la fragante bruma,
dorada por el sol cuando desmaya;

El cándido embeleso
con que sueña de amor la fantasía,
y de una vírgen adorada el beso,
que el alma y los sentidos extasía;

Y los fuertes latidos
que siente el pecho en conmocion secreta,
cuando en dulces, armónicos sonidos
revela á Dios el harpa del poëta;

Ó con sublime aliento
el Genio rompe la humanal escoria,
da el eco de los ángeles al viento,
y al lienzo da la lumbre de la Gloria;

El amor, que germina,
como flor de virtud y de pureza,
clara fuente divina,
manantial que se pierde en la maleza;

La caridad que en abundoso manto
la humanidad abriga,
y de la madre tierna el beso santo,
la fé que el alma con el alma liga;

Todo, sombras quiméricas
que en torno de mi frente
giran, mundo fantástico
rodando por mi mente
en loca confusion;

Ó recuerdos dulcísimos
de tiempos que pasaron,
de celestiales ámbitos
que mis alas cruzaron,
vagos sones angélicos
que aun sueña el corazon.

Ser impalpable y místico,
que entre nieblas y abrojos
me sigues, tus vivíficos
y penetrantes ojos
mis rudas ansias ven.

Solo tú al pecho exánime
dar puedes la esperanza,
y disipar el vértigo
que al abismo me lanza,
si despliegas la túnica
en mi abrasada sien.

Si es del celeste Empíreo
la fragancia que exhalas,
si eres ángel, levántame
en tus potentes alas
al orbe celestial.

Ah! contemplas mis lágrimas

indiferente y mudo,
ó tu espada seráfica
cortar no puede el nudo,
que encadena mi espíritu
al fango terrenal.

V.

Calló mi labio; y en el aire leve
entre rayos de insólito fulgor,
tendió el Ángel su túnica de nieve,
brilló en sus ojos infinitò amor.

Mira, me dijo; señaló al Oriente,
y sentíme en su vuelo arrebatar;
se estrellaban las nubes en mi frente,
bramó á mis piés enfurecido el mar.

Rasgó las sombras mi celeste guia
agitando la antorcha de la fé,
y absorto y mudo en la region vacía,
el estertor del mundo contemplé.

Miré chocar los montes con los montes;
cetros y tiaras en el fango vil,
y los rayos sulcar los horizontes,
y hundirse imperios y ciudades mil.

Y vacilar la tierra en sus cimientos,
rugir en la tormenta el aquilon,
y rodar por los vórtices sangrientos
la humanidad en loca confusion....

Los muertos en sus tumbas despertaron,
animándose el polvo sepulcral,
y en las órbitas hondas reflejaron
la Aurora de una lumbre celestial.

Y entonces ví sobre el horrendo osario,
circundada de arcángeles y luz,
entre el cielo y la cumbre del Calvario
los extendidos brazos de la Cruz.

POESIAS

DE

DON EMILIO ADAN.

EN UN ALBUM.

Desde el momento aquel, Milagros mia,
en que al vago rumor de nueva infausta,
volví los ojos, y miré á lo lejos
la terrible orfandad, que me llamaba.

Desde el momento aquel en que á los mios
aun tuve que envidiar, en su desgracia,
el tristísimo adios de su partida
y de su bendicion la herencia santa.

Hoy, por primera vez, la vista aparto
de mi acerbo dolor, hija del alma,
mas, falto de otro don, solo te envío
la triste ofrenda de mis tristes lágrimas.

Sé que el album bellísimo y preciado
de una jóven cual tú, tan solo es ara
do cantos al amor alzarse deben,
himnos á la amistad, al gozo estátuas.

No ignoro, por mi mal, que la alegría
solo en tu dulce edad sus frutos cuaja,
y que al tocarlos con su ardiente mano
el ageno dolor, su fresca savia
y su aroma y sazon pierden acaso,
y viejos mueren en la jóven rama.

Pero tal es la vida! Si á mis manos
les fuera dado la corriente ufana
de la tuya guiar, ¡cómo entre flores
siempre corrieran sus tranquilas aguas!
¡cómo, en perpétua primavera, nunca
el sol de estío, ni las nieves canas,
ni malezas, ni escollos hallarían,
ni al nacer, ni al morir, mar, ni montañas!

En su arrogancia el sol y en sus amores,
con oro eterno su cristal regara:
en su amistad, la luna les daría
su tibio aliento y su modesta plata:
y ostentando sin fin en curso eterno,
el purísimo azul de sus entrañas,
del cielo de los cuerpos, pasaría
á reflejar el cielo de las almas.

Quísolo Dios: en época y sin plazo
con bucles de oro y con cabeza cana,
llega el dolor. Sin él, de los consuelos

el bálsamo y alivio, ¿quién gustara?
y sin él, la esperanza no existiera,
que es el mayor placer que goza el alma.

Por eso el album de tu vida coje
con mano firme, sus dolores traza
sin miedo y sin piedad la musa mia,
mientras otros te adulan ó te cantan:
y entre tantos de amor y de ventura
su acento de dolor pide una página;
y pone, entre la mirra y la ambrosía,
la triste ofrenda de sus tristes lágrimas.

Bien sé, que al rebosar por el Oriente
las montañas de luz que el sol levanta:
cuando las aves y las flores gozan,
ave tú y flor no escucharás mis cántigas,
y en el valle gentil de tus amores,
solo verás las mariposas blancas,
y solo oirás al ruiseñor y al cisne,
el ruido de su canto y de sus alas.

Ó bien tendida en el caliente lecho,
dormido el cuerpo y vigilante el alma,
se alzará á tu pesar el casto seno
al dulce ardor de mágicas palabras,
que en la noche anterior casi no oiste
al traves de la música y la danza,
y que ahora escuchas con sonrisa y tiendes
la mano y corazon al que las habla.

Bien sé, que al levantar la noble frente
entre las hijas de mi noble patria,

cuando el sol brilla en la mitad del dia,
y tú en el corazon de las Españas,
no han de mirar tus arrogantes ojos
á este pobre cantor, cuando te faltan
vista, para mirar los que te adoran,
oidos, para oir tus alabanzas,
y entre el aplauso universal paseas
con andaluz pisar la árabe planta.

Bien sé, que al encenderse en la canícula
el sol meridional, que nos abrasa,
si nuestra sangre y nuestras almas hierven
en las pasiones, en que hierve el Africa:
si vestida en cristales y en aromas,
en fresco baño y deleitosa estancia
sueñas ¡ay! esos sueños misteriosos,
que han dado el ser á la morisca Alhambra,
no son mis versos tu Coran, ni quieres
de mí grave dolor ser la Sultana.

Y sé tambien, que si en las largas noches
del aterido invierno, cuando espanta
con voz del trueno la tormenta, y gime
el viento en los cristales y la escarcha:
si tú feliz entre las sombras miras,
á la agradable luz de suave llama
medio apagada en el hogar, la doble
belleza de su cuerpo y de su alma
en tu madre gentil, que reza y llora
en medio de tu hermano y de tu hermana,
no he de ser yo, quien con mi llanto turbe
tan solemne silencio, ni quien vaya
á detener la bendicion del cielo,

que á la voz de una madre siempre baja.

Pero cuando la tarde sus tesoros
va ocultando detras de la montaña,
y entran en la ciudad las sombras leves,
y silenciosas por las calles pasan,
y cada vez mayores, van subiendo
hasta el filo de luz de tu ventana,
do el sol ya puesto, para verte, envía
el último reflejo de sus llamas,
y mas frecuentes cada vez, el vuelo
cruzan sus tristes aves, y resbalan,
de la humedad nocturna con el peso,
tus bucles y tus trenzas por tu espalda;
y con voz de metal, de la alta torre
subida en lo mas alto, la campana
anuncia á la ciudad que es el momento
de la meditacion para las almas:

Cuando las melancólicas ideas
por nuestra frente delirantes pasan;
y el corazon, deshecho en amargura,
melancólicamente se embriaga;
y dulce y celestial melancolía
toca nuestros sentidos, cuando manan,
sin decirnos por qué, llanto los ojos
y suspiros tristísimos el alma;
y un encanto indecible, un embeleso,
una atraccion arrobadora y mágica,
irresistible afan, voz de otro mundo,
hácia otro mundo nos empuja y llama...

Entonces con la mano en la mejilla,

inclinada la frente, la tez pálida,
abierto el album, con el dedo sigues,
un lucero sirviendote de lámpara,
los pobres versos desdichados mios,
la triste ofrenda de mis tristes lágrimas,
y en sus húmedas huellas caen las tuyas
y unas en otras con amor se empapan....

. . . .

No puedo mas; me llaman mis dolores,
me esperan mis sepulcros: niña amada,
sentada en uno te encontré; mi amigo,
mi Cayetano, al espirar, la santa
herencia me dejó de un alto ejemplo
de ciencia y de virtud, mártir de entrambas,
y á tí, á los tuyos, y á tu madre, y luego
su último aliento y su postrer mirada.

Desde entonces acá, cuántas he hallado
herencias de dolor! Dios sabe cuántas
me guarda aun! y si reserva alguna
de las personas, que me fueron caras,
para que vierta en el sepulcro mio,
la triste ofrenda de sus tristes lágrimas!

EL AVE DE PASO.

Cuando huyendo del mundo, la mirada
Ensayo, á veces, á subir al cielo,
Si el misterioso, solitario vuelo
De algun ave extrangera, acaso ve:

El alma se me va tras el hechizo
De su hermoso plumage y de sus galas;
El alma se me va, porque sus alas
Seguir no puedo con mi tardo pié.

Fugitiva beldad, de extraño suelo,
Así, en tu encanto tropical me abraso,
Y el alma se me va tras de tu vuelo,
En el cielo de amor ave de paso.

Si al menos, ya que del vergel de España
En valle y monte reposar desdeñas,
Porque entre sus llanuras y sus breñas,
Ni tu sepulcro, ni tu cuna está:

Dame siquiera de tus plumas una,
Ave de paso, que entusiasta admiro,
En cambio de este, ¡ay! de mi suspiro,
Que por los aires en tu busca va.

Dame un adios del corazon, en fuego
De la zona mas tórrida encendido,
En fuego entre los trópicos nacido,
Para que ardamos á la par los dos.

Que no lo apaguen, no, vírgen cubana,
Del uno y otro Occéano los mares;
Así feliz la mire el Almendares,
Asi mis ansias le perdone Dios.

Hija del Siboney, en harpa mia,
Mis cantos te daré, vate español,
Como mi patria hácia la tuya envía
Luna en las noches, en los dias sol.

Vuela á tu patria, América te llama
Del gran Heredia con el gran laud;
Yo quedo aquí, porque si Dios me ama,
Aquí tengo mi cuna y mi ataud.

Algo mas que amistad, mi simpatía
De tu alma tan simpática irá en pos;
Y... no le llamo amor, Indiana mia,

Porque Dios puso un mundo entre los dos.

Tus tumbas vé á guardar al patrio suelo,
Las de los mios guardaré yo aquí;
Puertas son ambas para el mismo cielo,
Adios, hasta que Dios nos una allí.



A UNA CIEGA.

Encendió tu inteligencia
Dios y apagó tu mirada:
No ves el mundo y su nada,
Pero sí ves tu conciencia,
Grande ha sido su clemencia,
Pues que te quiso otorgar,
No vista para mirar,
Sino alma para saber,
Que todo el placer de ver
No vale el placer de amar.

¡Quién, ay, del alma tuviera
Los ojos que al alma ven!
Y por tales ojos quién,
Ojos del alma, no os diera!
Si con tal vista yo viera,

Cómo, los ojos cerrando,
Fuera mi vida pasando
De emocion en emocion,
Con ojos del corazon
Solo al corazon mirando.

Mas ya que nunca fué herida
La cuerda de tu vision,
Ni á su febril vibracion
Fuiste nunca estremecida;
Entrega el alma á la vida,
O á la que tú vida crees,
Y piensa que hermoso es
Lo que la vista te niega,
Suéñalo, pues eres ciega,
Ámalo, pues no lo ves.

Yo que lo toco y lo veo,
No te diré lo qué es mundo,
Mas sí que en ese profundo
Eco del alma, que creo
Tierno en tí escuchar, yo leo
Que mas ciegos que tú son
Ojos que, sin compasion
Y sin cariño, á tí llegan,
Pues los de la cara ciegan,
Mas no los del corazon.

EN UN ALBUM.

Un cielo deberéis ser,
Pues que mi alma os adora,
Sin lograros conocer,
Y solo al Cielo, señora,
Se puede adorar sin ver.

No juzgueis adulacion
Que os adore el corazon
Cuando ni os ví, ni os veré;
Por eso es adoracion,
Porque es hija de la fé.

¡Misteriosa fantasia!
Sueña el sordo en la armonía,
El ciego sueña en la luz,
Sin veros, la mente mia
Sueña un ángel andaluz.

Tras del absoluto bien
Siempre corrió mi alma inquieta;
No extrañeis que os ame quien
Siempre amó como poeta
Lo que sus ojos no ven.

Desde apartadas regiones,
Sin nunca verse, sus dones
de amor se envían las palmas;
al traves de estos renglones
ámense así nuestras almas.

Que un cielo deberéis ser,
Pues que mi alma os adora,
Sin lograros conocer,
Y solo al Cielo, señora,
Se puede adorar sin ver.



A MIS QUERIDOS PADRES,

EN MI AUSENCIA.

De mi existencia en la feliz mañana
El rio de la dulce poesía
Sentí brotar, y á su corriente ufana
Daba yo el alma cuando Dios quería.
El dique inmenso de la vida humana,
Aquel suave correr con que solía,
Para siempre atajó: hoy solo es mio
El arenal de mi abrasado estío.

Herido por el sol de las pasiones,
Próximo á abandonarme hasta el deseo,
Siento el iman de amantes corazones
Que me llaman á sí, mas no los veo.

Solo y extraño en áridas regiones,
La tarde y noche á donde voy preveo
Y me dejo llevar... ¿Por qué lloramos
Sobre el modo de ir, si todos vamos?

Al no verse, al no oirse, al no tocarse
¿A qué llamar separacion ni ausencia?
Mientras el corazon sabe acordarse
Vive de sus recuerdos en presencia.
Este ánsia y este ardor y este no hallarse
Que siento y que sentís, esta es la esencia
De nuestro mútuo amor, y el que así siente,
Siempre del bien perdido está presente.

Contra esta roca del deber, si miro
Del desgraciado reventar el llanto,
Tambien lloro con él, con él suspiro
Y os diviso al traves de mi quebranto. (1)
¿Quién me ha dado el amor con que yo aspiro
El ageno dolor? ¿Quién me dió el santo
Entusiasmo del bien? ¿Quién me enaltece,
Cuando el mar que me cerca se embravece?

Una sonrisa que miré en la cuna,
Algun acento que escuché dormido,
Una tierna oracion que, por fortuna,
Aprendí acaso en el materno nido;
Un consejo, un ejemplo, y quizás una
Lágrima de piedad, la causa ha sido
Del simpático amor que yo atesoro
Cuando con llanto del que llora, lloro.

---

(1) El autor era Teniente fiscal.

Del callado teson y humilde anhelo
Que al áspero deber mis pasos guía
Ni en aulas, ni en autores ví el modelo.
En el honrado pan que me nutría,
En el honrado hogar que me dió el cielo,
En la paterna bendicion que un dia
Consagró mi conciencia, en las honradas
Canas en lides de virtud ganadas.

Allí lo encontré yo; y hoy en el yermo
De inmensa soledad que me rodea,
Aunque abatido el corazon y enfermo,
En mi memoria se renueva y crea...
Almas que me adorais, ved cómo aduermo
Mi infinito dolor... bálsamo sea
Para el vuestro tambien este gemido...!
Tiempo de mi niñez, dónde eres ido?



ASPIRACION.

Alma, que siempre ardiendo
Y siempre arder ansiando,
Y sin cesar buscando
Y sin cesar queriendo,
Vas la vida corriendo
Sin apoyo y sin guia,
Si es solo tu agonía
Por hallar compañera,
Espera, espera, espera....
Que allá va el alma mia.

Alma, á quien no golpea
Audaz el pensamiento,
Ni da el amor contento,

Ni el deseo espolea,
Ni el pasado recrea,
Ni el porvenir confia,
Si es solo tu agonía
Por hallar compañera,
Espera, espera, espera...
Que allá va el alma mia.

Alma, á quien los querubes
Traen el manjar del alma,
Alma, que en santa calma
A las regiones subes
Donde se vé sin nubes
De las almas el dia,
Si turbas tu alegría
Por no hallar compañera,
Espera, espera, espera...
Que allá va el alma mia.

A UNA VELEIDOSA.

Doncella de negros ojos
Que á los quince Abriles tocas,
Deja esos necios antojos,
Si no quieres mil enojos
Sentir con tus ansias locas.

¿Y quién te ha dicho, alma mia,
Que á uno solo se ha de amar?
Deja esa necia porfía:
Un amante cada dia
Es lo que debes buscar.

¡Constancia! ¡Voz engañosa!
¿Dónde está, niña querida,

Díme, dónde está esa rosa?
Yo te juro por mi vida
Que no la hallarás, hermosa.

Y yo te juro, amor mio,
Que tus ojos cuanto aspiren,
Rendirán, ¡oh! yo lo fío,
Mas despues que amor inspiren,
Solo inspirarán hastío.

¡Qué! te enojas? En la vida
Piensas tú que existirá
Algo eterno, mi querida?
No: la pasion mas sentida
Mas presto se extinguirá.

¿No ves al brillar la aurora
Mariposilla pintada,
Veleidosa y seductora,
De cuanta flor la luz dora
Libar la miel delicada?

Pues solo, querida mia,
Es ella quien sabe amar;
Y por eso cada dia
Encuentra nueva ambrosía
Y miel nueva que libar.

¿Mas qué fuera si infinito
Su esplendor bello juzgando
Volviera? Un dia pasando,
Donde hoy miel está encontrando,
Hallára un tallo marchito.

EN LA SESION DE APERTURA

DEL LICEO GADITANO.

Cisnes marinos de la hercúlea Gades,
Preclaros hijos de la patria mia,
A la hermosa ciudad de las ciudades
Cantad, cantadla en sin igual porfía.
Vuestra ciencia pregunte á las edades
Su gloria y su poder; que la voz mia,
Sobrado ardiente para empresa tanta:
Donde está la beldad, la beldad canta.

¿Ni qué cantar si llena mi deseo?
¿Ni qué cantar si adoro su atractivo?..
¿Ni qué adorar cuando beldades veo,
Ni qué mirar cuando en mi Gades vivo?

Solo por eso vivirás, Liceo,
No por ser de las artes incentivo,
Sino por ara ser sublime y pura
Donde canta el amor á la hermosura.

Y aunque sol tropical, celages de oro,
Brisas del mar y vientos bramadores
No diesen fama á la ciudad que adoro,
Gloria y laurel, y vates y pintores
Fueran de Cádiz sin igual decoro,
La patria siendo y la mansion de amores;
Pues do está la beldad brotan pinceles,
Y do premia el amor sobran laureles.

EN UN ALBUM.

Canten, canten sin fin, en tierna trova
Tu renombre inmortal, mi dulce amiga,
Los que las aguas del Parnaso beban:
Tus encantos publique
De un polo al otro polo
Aquel á quien le dé con fácil mano
Sus dones el amor, su acento Apolo.

¡Ay! que en mi pobre pecho
Muda es la voz del sentimiento mio
Ante el supremo bien que lo enamora,
Y cual flor al sentir el sol radiante,
Su fragancia le dá, calla y lo adora.

Y siempre fuera así, que ni en el Pindo,
Donde mas pura la Castalia fuente
Divina inspiracion brota á raudales,
Pudo la flor del sentimiento mio
Sus pétalos abrir; respira yelo
Donde mas fuego el pensamiento envía;
Y cual solo es de Dios morada el cielo,
Tan solo es su mansion el alma mia.

Cierra, album, pues, tus páginas brillantes:
Anda, libro de métrica ternura;
No honres de hoy mas con tus divinas hojas
A aquellos que decir en vano intentan
Insensibles cual yo, cual yo ignorantes,
Lo que otros dicen, ¡ay! á la hermosura
Con voz de amor, sin corazon de amantes.

Anda, y vuelve trayendo á tu señora
Tesoros mil de lírica ternura;
De esa ternura que entre libros anda,
Y que coronas y laurel recibe:
De esa que aplauso universal demanda,
De esa que solo entre las prensas vive.

Mas si es que busca con su linda mano
Un don de mi amistad entre esos dones,
Dí: «que no sabe el sentimiento mio
Nacer en versos y vivir en sones;
Que solo el corazon le da su brío,
Y solo vivir puede en corazones.»

FÁBULA.

Un gusano de luz, en noche oscura,
¿Quién mas que yo, decía,
Puede brillo ostentar, puede hermosura?

Mas cuando vino el dia
Le dijo un ruiseñor, ¿por qué no encantas
El alba con tu luz y gracias tantas?

¡Cuántos gusanos, vanidad, conduces
Que solo brillan donde faltan luces!



A MI HERMANA.

Hay un amor que con el hombre nace,
Rico en pureza y de ventura lleno,
Que ni el olvido su dulzor deshace,
Ni el tiempo nubla su esplendor sereno.
El mismo Dios con nuestro ser lo hace,
Lo bebe el hombre en el materno seno,
Y este amor santo, rey del albedrío,
Es, Adela, tu amor y el amor mio.

De dos hermanos el amor divino
No es de dos almas el afecto blando;
Un alma es sola que partió el Destino
Y está el unirse en su vivir ansiando:
Mi ser, por eso, tu nacer previno,
De nueva juventud estoy gozando,
Y es mio tu penar y tu alegría,
Pues eres la mitad del alma mia.

Si acaso encuentras en el mundo, Adela,
Punzante espina tras la flor hermosa,
Y si asustado tu candor recela,
Y tocar otra flor apenas osa,
A nuestro santo amor entonces vuela,
Que bien crece la vid fresca y pomposa
Del seco roble entre el follage vano:
Y siempre tiene amor quien tiene hermano.

Y si es que acaso la vejez temprana
Corta mi vida con su hielo activo,
Vive siquiera á mi memoria, hermana,
Como yo solo á tu existencia vivo;
Y no permitas que en lisonja vana,
Vierta en mi tumba su llorar lascivo,
El falso amor, ni la pasion fingida...
Tuya mi tumba es como es mi vida.

POESIAS

DEL EXCMO. SEÑOR

D. IGNACIO MARIA DE ARGOTE,

MARQUES DE CABRIÑANA.

A JESUS CRUCIFICADO.

Sañudos huracanes arrasaban
El campo y bosque y encumbrada sierra,
Y las olas que inmenso el mar encierra,
Entre escollos rompiéndose, bramaban.

En truenos espantosos estallaban
Los vientos al chocarse en cruda guerra,
Y sacudida con fragor la tierra
Las peñas á sus ímpetus saltaban.

Volcan ardiente con furor violento,
Fuego arrojando que abortó el profundo,
Las montañas lanzaba de su asiento:

Que en santo leño en redencion fecundo
Jesus exhala el postrimer aliento,
Suspira el cielo, se estremece el mundo.

UN RECUERDO DE AMOR

A DORILA.

¿Por qué tornais al pecho que os adora,
dulces recuerdos de su amor ardiente?
¿por qué volveis ahora,
abrasando mi frente,
á herir un corazon que triste llora?

Las horas de ventura que pasaron,
ilusiones del alma enamorada,
mi corazon fogoso marchitaron,
como destruye impío
la flor de puras tintas matizada
el abrasado estio.

¡Ay! que tus ojos bellos
con su ardiente mirar tan seductores
me inflaman en amor de tus amores,
y pendiente mi alma solo de ellos,
recoje entusiasmada
el fuego de tu mágica mirada.

¿Te acuerdas, dí, cuando la clara luna
en la tranquila noche silenciosa,
al verte tan hermosa,
envidiaba tu amor y mi fortuna?

¿Quedó en el prado ameno,
por modesta que fuese, gala alguna
que no te presentara de una en una,
para que tú elijieras
y en el blondo cabello la pusieras?

Paréceme, Dorila, que te miro
la sien ornada de pintadas flores,
al aire dando plácido suspiro
y endechas de dulcísimos amores.

Reclinado en tu falda
el mirto y arrayan entretejía
con la amarilla gualda,
formando para tí bella guirnalda
que á tu frente purísima ceñía.

Tu blanca mano, que el amor hiciera
ampo divino de brillante nieve,
con movimiento leve
posóse placentera

en mi rubia ondulante cabellera,
y acarició las hebras que á mi espalda
en perfumados rizos descendían,
cayendo voluptuosas en tu falda,
donde en revueltos pliegues se perdían.

Aun me parece, hermosa, que respiro
el suavísimo aroma de tu aliento,
al lanzar un suspiro
que en sus alas de amor recoje el viento.

Tu seno torneado,
por las Gracias formado,
de tu aliento á compas tierno se agita,
y al labio ardiente incita
el néctar á libar de sus amores
como á la abeja el cáliz de las flores.

Al mirarte reir me sonreía,
y si llorabas tú, tambien lloraba,
si tu amoroso corazon latía,
mi corazon amante palpitaba,
que era un alma no mas la que sentía,
y era un alma de amor que deliraba.

. . . .
. . . .

¿Por qué tornais al pecho que os adora,
dulces recuerdos de mi amor ardiente?
¿por qué volveis ahora,
abrasando mi frente,
á herir un corazon que triste llora?

Las horas de ventura que pasaron,
ilusiones del alma enamorada,
mi corazon fogoso marchitaron,
como destruye impío
la flor de bellas tintas matizada
el abrasado estío.

Y tan solo quedó de gloria tanta,
tan risueña, tan pura y esplendente,
triste recuerdo que mi ser quebranta,
un recuerdo de amor fijo en mi mente!

EL PODER DE DIOS.

SONETO.

Ronco retumba el trueno en el vacío
Que súbito el relámpago ilumina,
Y el fuerte roble, la robusta encina,
Rompe y atierra el huracan bravío.

El mar inmenso con potente brío
Despojos y cadáveres hacina,
Y montañas altísimas calcina
De hirviente lava desbordado rio.

Llamas arroja el Báratro profundo,
Cruza la esfera rayo refulgente,
En sus cimientos se estremece el mundo:

¡Miserable mortal, baja la frente,
Y tiembla si el Creador muestra iracundo
La justicia del Dios Omnipotente!

UN SUEÑO.

DEDICADO A MI BUEN AMIGO Y DIGNÍSIMO COMPAÑERO

el Sr. D. Juan Justiniano y Arribas,

capitan de caballería.

Alzaba el sol su luminosa frente,
y de vivos matices coloraba
las vaporosas nubes que al oriente
de la alegre mañana el aura fria
con su aliento balsámico agrupaba,
y de ellas régio pabellon formaba
de nácar y oro en la region vacía.

En la escarpada sierra, que de amores
requiebra el Bétis con murmurio blando,
ópima en frutos y olorosas flores,
mis acerbos pesares olvidando,
seguido de mis perros
al temeroso ciervo fatigaba,
y hondas cañadas y empinados cerros
mi fogoso alazan veloz cruzaba.

Enhiesto el cuello y la cabeza erguida,
el duro hierro con furor tascando,
suelta la cola y al correr tendida,
y la revuelta crin al aire dando,
las piedras golpeaba,
y de ellas chispas de brillante lumbre
con sus herrados callos arrancaba;
y ora salvando la gigante cumbre
á los hondos abismos se arrojaba,
ya una vez y otra vez raudo subía,
y enardecido y ciego,
con ímpetu doblado descendía,
de su roja nariz lanzando fuego.

El ciervo fatigado
con gigantescos saltos se perdía
en la agreste espesura del collado,
y súbito en su fuga pavorosa
su enramada cabeza aparecía
sobre el follaje de la selva umbrosa.

Empero ya mi bruto desmayaba
en tan larga carrera,
y el ancho cuello lánguido doblaba,

al fin vencida su arrogancia fiera:
y jadeando, y á mi acento fieles,
con perezosos pasos le seguían
cansados mis lebreles,
y á beber se arrojaban en su anhelo
las cristalinas aguas que bullían,
sus largas colas inclinando al suelo.
Brindábase al reposo
de verde mirto, y olorosas flores
nido voluptuoso,
mansion de los amores,
en escondido valle silencioso.

Al duro tronco de robusta encina
la suelta rienda del bridon atando,
al murmurio del agua cristalina
y del aura gentil al soplo blando,
de fatiga rendido,
mi cuerpo entre las flores reclinando,
en sabrosa quietud quedé dormido.

Radiante nube de pureza suma,
de alígeros cupidos circundada,
de blanquísima espuma
del ancho mar por el amor formada,
ondulando en el éter vaporosa,
con magestuoso vuelo
descendió presurosa,
para besar el perfumado suelo.
Lucero del amor de los amores,
hermosa Ninfa de radiantes ojos
la breve planta sepultó en las flores
nácar brindando á sus matices rojos;

en ligero cendal de gasa envuelta,
con el turgente seno palpitante,
su blonda y riza cabellera suelta
el aura leve acariciaba amante;
y cual del tierno cáliz aromoso
espira esencias el clavel al viento,
así su labio de coral hermoso
ámbar vertía al exhalar su aliento.

La contemplé en mi sueño, y su mirada
fijó en mí de suavísima ternura,
y el alma en un volcan sentí inflamada
al mágico fulgor de su hermosura.

«Sígueme, dijo, que risueños brotan
de mi voz al influjo los amores,
ricos placeres que jamas se agotan,
de mi encantado eden purpúreas flores.
¿Anhelas embriagarte en la ventura
que finge seductora la poesía,
y disfrutar con juvenil locura
cuanto alcance á crear tu fantasía?
¿Quieres tu vuelo alzar? sigue mis huellas:
¿ánsias gozar sin fin? ven á mis brazos,
y amorosas verás Sílfides bellas
brindándote deleite en sus abrazos.»
No dijo mas, y arrebató mi mente,
al sonar en mi oido,
de su labio de rosa desprendido
el entusiasta acento;
y cuando henchido el corazon ardiente
de halagüeña esperanza y de contento,
en sus brazos gozoso

lanzábame en mi dulce desvarío,
de gloria y de placeres codicioso,
rugió sañudo el huracan bravío,
horrible trueno retumbó potente,
bramó en la sierra y resonó en el rio,
y á la luz refulgente
del ígneo rayo, contemplé un guerrero,
ceñido el casco á la orgullosa frente,
esgrimiendo en su diestra enfurecido
el matador acero,
en roja sangre hasta la cruz teñido.
Acerada coraza le cubría
robusto el pecho, y la fornida espalda,
y en su invencible lanza relucía
de lozano laurel verde guirnalda.
Con torva faz y vigoroso acento
«¡Miserable mortal, alza y escucha!»
dijo, y su voz cual huracan violento
que embravecido lucha,
tronó sonora en la region del viento.

«¡Blande sañudo la iracunda espada,
tíñela en sangre roja,
y la tierra á tus piés verás postrada,
muda temblando con mortal congoja!
Tuyos serán sus campos, su tesoro,
y tuyas en el mar sus blancas velas,
¿quieres gloria sin fin?.... ¿deleites?.... ¿oro?
¡miserable mortal! díme, ¿qué anhelas?
Cual deshace la niebla el sol brillante
romperás armaduras y paveses,
y arrollarás ejércitos pujante
como la hoz del segador las mieses.

Y brotarán de tu mirar sombrío
la guerra y sus furores,
y donde ostentes tu potente brío,
triunfante sembrarás luto y horrores.
Al poder de tus brazos
diademas rodarán, cetros, broqueles,
y servirán, deshechos en pedazos,
de herraduras no mas á tus corceles.»

No mas habló; y á su iracundo acento,
que escuchar yo soñé, prendió en el alma
de insaciable ambicion volcan violento;
y cual bravo leon que de ira ruje,
cuando á su presa con furor se lanza,
audaz alcé la frente,
y ¡una lanza! exclamé, ¡dáme una lanza!

Súbito entonces de sulfúrea lumbre
relámpago brillante
del cielo iluminó la excelsa cumbre:
y ví tender en la region vacía
sublime el vuelo, en magestad radiante,
al mensagero de Jehová potente,
siendo el vívido sol, gloria del dia,
rica diadema de su augusta frente.
Sus manos ostentaban
de sacra redencion signo fecundo,
y absortos cielo y tierra saludaban
la cruz divina que salvara el mundo.

Cendal de encaje leve
con esmaltes riquísimos ceñía
dorado broche á su cintura breve;

y al aliento del aura cariñosa,
impregnada en perfumes, ondulaba
su blonda y riza cabellera hermosa,
que el delicado cuello le besaba.
«¡Ama, dijo, al Creador! No des oido
de esa hermosura que pasion te inspira
al sonrosado labio fementido,
que con su magia á cautivarte aspira.
¡Ama solo al Creador! que esos amores,
que dicha y gozo perenal te ofrecen,
brillan un punto cual pintadas flores,
y del viento al rugir desaparecen.
Y son ante el amor del Soberano
los que gozar tu corazon ansía,
lo que gota de agua al Oceano,
lo que chispa de luz al rey del dia!

No te subyugue la ambicion, que osada
todo lo infesta con su soplo inmundo,
que oprime y dicta leyes con la espada,
soberbia ansiando avasallar el mundo.
¿Y qué son de sus sueños la victoria?
un recuerdo de horror para la mente ..
tinta en sangre una página en la historia,
que rasgará la venidera gente.

¡Tu vista fija en Dios! El á tu anhelo
dará del ángel la apacible calma,
y de gloria inmortal divino un cielo,
do se alimenta de su amor el alma.
¿Y qué no puede quien al manso rio
hace el curso torcer?.... quién sus fulgores
dió á los astros que esmaltan el vacío,

y á los campos su alfombra de colores?

Los aires á su voz desencadena,
y el eje colosal del mundo agita,
sacude el rayo y la tormenta enfrena,
y calma el mar y á su placer lo irrita.
Y cual débiles cañas
á su potente acento
duras rocas y altísimas montañas
arranca de su asiento.
«¡Gloria á Dios en los cielos y en la tierra!»
dijo, y su voz, los aires repetían,
¡Gloria al Señor! las aves gorjeaban;
las cristalinas aguas que bullían
¡Gloria al Señor! sonoras murmuraban,
y los astros su curso detenían,
y el poder de su Dios reverenciaban.

. . . .
. . . .

Pavoroso estampido,
de súbito en el monte resonando,
despertóme azorado y conmovido;
y el grato sueño á mi pesar dejando,
de un salto en mi alazan subí ligero,
y á la carrera me lancé, acosando
al bravo jabalí cerdoso y fiero;
y aun sonaba en mi oido
¡Gloria á Dios en los Cielos y en la tierra!
al ronco son del caracol torcido,
que retumbaba en la fragosa sierra.

A LA PURISIMA CONCEPCION.

Perdona ¡oh Vírgen! si en mi ruda lira
Tu hermosura á ensalzar mi pecho aspira,
Que á tanto nunca alcanza
Mortal inspiracion, humano aliento,
Y triste desparece mi esperanza
Cual flor marchita que arrebata el viento.

Reina del Cielo, del mortal delicia,
El eco de mi voz oye propicia,
Y pues tierno te adoro,
Piadosa extiende sobre mí tu manto,
Dame el auxilio que anhelante imploro
Y digno entonces sonará mi canto.

¡Ah! ¡mi ruego escuchaste, Madre mia!
Inundado de gozo y alegría
Mi corazon se siente,
En santo fuego de tu amor se inflama,
Y creadora sin fin arde en la mente
De sacra inspiracion vívida llama.

Naciste, y de tu cándida belleza
Fué rica gala celestial pureza,
Y por Dios elegida
Para Madre inmortal del Hijo amado,
Única fuiste en gracia concebida,
Y libre de las sombras del pecado.

La voz del Ángel del Señor oiste
Y vírgen en tu seno concebiste,
Y madre al ser, quedaste
Vírgen cual antes, divinal Señora,
Vírgen siempre á los ojos te mostraste
Y Madre y Vírgen el mortal te adora.

Y la sierpe infernal huella tu planta
Y la angustia, y la oprime y la quebranta,
Y las celestes puertas,
Do mora el Querubin de luz vestido,
Al hombre fueron por tu amor abiertas,
Y el Averno lanzó triste gemido.

Tus formas ciñe transparente velo
Del purísimo azul del claro cielo;
A trechos recamado
De estrellas mil espléndido relumbra,
Y ondula al vago viento desplegado

Y los sentidos con su luz deslumbra.

El astro de los Orbes centellante,
Destello del fulgor de tu semblante,
Su rubia cabellera,
Tendiendo en pompa en la celeste altura
Absorto pára su inmortal carrera,
Y extático contempla tu hermosura.

Truecas al soplo de tu sacro aliento
En aura leve el huracan violento,
La oscura noche en dia,
El ronco son del pavoroso trueno
En dulce y acordada melodía,
Y el turbulento mar en mar sereno.

De aurëola radiante coronada,
De Espíritus angélicos cercada,
En vaporosas nubes
Con majestad excelsa el vuelo tiendes
Y á la gloria inmortal del Verbo subes,
Y en tu lumbre purísima la enciendes.

Y allí, de Gracia manantial fecundo
Y esperanza dulcísima del mundo,
Blando aroma regalas,
Dios con sonrisa de placer te nombra,
Y el Coro celestial pliega sus alas
Y besa humilde tu bendita sombra.

Por escabel de tu divina planta
Pisas la luna que la noche encanta,
Y contienes piadosa

De la eternal justicia los rigores,
Que entre el hombre y su Dios, Madre gloriosa,
Está tu pecho, manantial de amores.

¡Ah! deja, Reina, que por tí suspire
Y que cual Madre el corazon te mire:
Que postrado á tu planta
Rendido bese tu divina huella,
Y si digno me ves de dicha tanta
Que el labio imprima reverente en ella.

Y cuando el alma de esperanzas llena
Rompa la vil prision que la encadena,
Y al Cielo se levante,
Sé tú su escudo junto á Dios, María,
Por tí en la eterna venturanza cante,
Por tí disfrute sempiterno dia.



POESIAS

DE

DON JOSÉ BENAVIDES.

A UN NIÑO.

Niño hermoso, fruto santo
de un amor puro y ardiente,
¿por qué en tu cándida frente
brilla un rayo celestial?...
Es el faro de la vida,
es la luz de la inocencia,
es de la alta Providencia
la mirada paternal.

De esa luz á los fulgores
se ve en tu faz la sonrisa,
como una flor que la brisa
abre á los rayos del sol;
y las lágrimas que viertes
en tu infantil desvarío,

son cual gotas de rocío
sobre el cáliz de esa flor.

Te dió su color la rosa,
y es tu rubia cabellera
cúpula de oro hechicera
de la risueña Stambul;
y son divinos tus ojos,
y brillar se mira en ellos
de la aurora los destellos,
del firmamento el azul.

¡Cuán feliz eres! Tu vida
aun no es la vida del hombre;
es una vida sin nombre,
es la vida de una flor.
Sin pesares, sin temores,
sin recuerdos ni esperanzas,
ni á concebir aun alcanzas
las penas del corazon.

¡Oh! ¿por qué piadoso el cielo
no hace eterna tu inocencia?
¿por qué la humana existencia
no ha de pasar siempre así?...
y no que luego la vida
en brava mar se convierte,
hasta que al cabo la muerte
pone á sus tormentas fin!

Niño hermoso, acaso un dia,
del mundo al ver los abrojos,
con lágrimas en los ojos

tu infancia recordarás;
esa edad en que la mente
reposa en plácida calma,
en que está dormida el alma
en los brazos de la paz.

Porque llega la hora infausta
en que despierta la mente,
y abrasa al alma el ardiente
fuego de la juventud,
y el espíritu fascinan
engañosas ilusiones,
y combaten las pasiones....
y sucumbe la virtud!

El hombre entonces fogoso
se lanza en el mundo ciego,
cual si en un carro de fuego
lo impulsase el aquilon;
y goza y teme y ansía
y llora y se desespera...
terminando su carrera
dudando tal vez de Dios!

Y aunque la razon modere
el fuego de las pasiones,
¿quién podrá las ilusiones
de nuestra mente arrancar?...
Despues que un mundo encantado
entrevió la fantasía,
ya anhelante solo ansía
sus ensueños realizar.

Pero al tocar de este mundo
la realidad descarnada,
en él nada encuentra.... ¡nada!
todo es miseria y dolor.
Y entonces ¡ay! tambien sufre,
y llora y se desespera,
y termina su carrera
dudando tal vez de Dios!

. . . .

Feliz, feliz el que nunca
vió ese mundo allá en su mente;
feliz el que nunca siente
su corazon palpitar;
y tranquilo contemplando
ese trasparente cielo,
olvida el mísero suelo,
y piensa en la eternidad.

Dios... la eternidad! Palabras
en que nuestro bien se encierra,
faros que alumbran la tierra
con su divino fulgor;
única idea que halaga
á nuestra alma dolorida,
al comprender que la vida
es un sueño, una ilusion.

Niño hermoso, cuando un dia
se ensanche tu pensamiento,
cuando puedas de mi acento
la amargura comprender,

perdona si en la alegría
de tus juveniles años
de funestos desengaños
vierto importuno la hiel.

Tal vez entonces, dudando
que sean vanas ilusiones
las ricas aspiraciones
de tu vírgen corazon,
dirás á tu tierna madre:
«¿será cierto, madre mia,
lo que en su canto decía
ese oscuro trovador?»

Mas al mirar en sus ojos,
que reflejarán la duda,
cual una respuesta muda
una lágrima brillar,
la abrazarás cariñoso,
y, estampando con fé ardiente
mil besos sobre su frente,
tal vez así exclamarás:

«No, no temas, madre mia,
que esas vanas ilusiones
exciten de las pasiones
en mi alma pura el ardor.
Yo en ellas veré tan solo
una engañosa sirena
que al hombre astuta enagena
con su encantadora voz.»

«Yo pasaré de este mundo

por el áspero camino,
como pasa el peregrino
un valle de soledad;
y tranquilo contemplando
tus ojos y el firmamento,
vivirá mi pensamiento
en Dios y en la eternidad.»



LA REDENCION.

Et dereliquit Dominum Deum patrum suorum, et non ambulavit in via Domini.
Lib. Reg. cap. XXI, v. 22.
Hoc est præceptum meum ut diligatis invicem sicut dilexi vos.
S. Joan. cap. XV. v. 12.

¿Y esperabas triunfar, númen impío
del hondo averno?.... Sobre el ancho mundo
audaz tendiendo tus horribles alas,
cubrir del sol la lumbre pretendiste
y á los hombres cegar... pero fué en vano:
que si en la lucha poderoso fuiste,
mas poderoso el cielo soberano
hundió tu frente osada,
por el rayo de su ira castigada.

De una débil mujer la vil serpiente
logró triunfar cuando la luz primera
doró las altas cumbres del Oriente.
La dulce primavera
tornóse en crudo invierno,
tornóse en noche la rosada aurora,
y del trueno la voz aterradora
himno de gloria fué para el averno.

El hombre sucumbió: rompió los lazos
que á su Creador le unían;
y en su infelice suerte,
llanto, dolor y muerte
los hijos de los padres recibían.
El error invadió la inteligencia,
el vicio el corazon; y las naciones,
víctimas tristes de infernal demencia,
ó entre cadenas míseras lloraban,
ó en leyes convirtiendo sus pasiones,
con salvage furor se devoraban.

¡Ay! que no fué bastante
que del cielo se abrieran
sobre el mar las tendidas cataratas,
y las olas cubrieran,
como el Nilo los campos de la Libia,
los valles y los montes mas excelsos;
y del género humano,
en el crímen sumido,
fuera insondable tumba el oceano.
Ni bastó que en la cumbre
del alto Sinaí, cubierto en gloria,
á la fulgúrea lumbre

del súbito relámpago, y del trueno
al sublime fragor, Jehováh potente
hablase al pueblo fiel, y de sus tablas
le otorgase el magnífico presente.
No fué bastante! Sojuzgado el hombre
por el genio del mal, escarnecía,
Señor Dios de Israel, tu santo nombre
que la voz de los orbes bendecía.
El indómito Persa
adoraba á Serwan, del sol imágen.
Los hijos del altísimo Himalaya
y del gigante Tíbet,
á Brahma en sus altares venerando
en éxtasis profundos,
en la inaccion vivían, aguardando
trasmigrar á otros seres y á otros mundos.
El Egipto humillaba
ante Osíris su frente,
y con piedad ridícula adoraba
los ídolos groseros
que con sus propias manos fabricaba.
La misma Grecia, á cuyo hermoso cielo
dieron un rayo de la luz celeste
Sócrates y Platon, culto ostentoso
á sus dioses rendía,
dioses mezquinos sin poder ni gloria,
mera creacion de ardiente fantasía.
Y Roma, la orgullosa, la invencible,
la señora del orbe, la que uncidos
vió á su carro triunfal los pueblos todos
de la anchurosa tierra,
por único tributo
ofrecía á sus *dioses inmortales*

los sangrientos despojos de la guerra
ó la embriaguez de impuras bacanales...
¡Triste mortal! Oculto en el ocaso
el claro sol de la verdad yacía:
el hombre se creía
sabio y felice, poderoso y fuerte,
mientras sus alas con furor la muerte
sobre la triste humanidad batía!

Tú, Señor, que del hombre contemplaste
el delirio fatal; Tú que á tu imágen
para hacerlo dichoso lo criaste,
y viste á la serpiente
herir con ponzoñosa mordedura
á tu amada criatura;
Tú, Señor, exclamaste
con paternal solicitud: «No sea:
sálvese el hombre, y de mi amor profundo
la inagotable fuente
rejuvenezca para siempre el mundo.»

Y, cual la luz de su encendido seno
dá existencia á otra luz, el *Verbo* santo
que en el seno purísimo existía
del Padre Celestial, de gloria lleno
bajó sobre la tierra
como baja del sol la lumbre pura,
y en humana figura
al pueblo se ofreció que de las leyes
el sagrado depósito guardaba.....
Mas ¡ay! ciego y demente
el pueblo de Israel, de furia armado,
desconoció á Jesus; y en su delirio

alzó para el Cordero inmaculado
sobre el Gólgota el ara del martirio!

¡Israel, Israel! ¿Quién tus oidos
á la verdad cerró? ¿No oyes del Justo
la palabra de paz y de ventura
que á los hombres augura
un porvenir de amor y de esperanza?
Escucha, escucha; en la tendida tierra
la humanidad, de un polo al otro polo,
en lazo fraternal un pueblo solo
ya por siempre ha de ser. La cruda guerra,
los fieros odios, la voraz discordia
que en lágrimas y sangre el mundo bañan,
en dulce paz y en plácida concordia
trocados se verán. El triste siervo,
hecho pedazos su ominoso yugo,
podrá alzar ante el Dios omnipotente
al par que su señor la erguida frente.
Las vírgenes hermosas,
flores de la creacion, que injusto el hombre
en el inmundo cieno ha sumergido,
el aroma perdido
y los puros colores
recobrarán al cabo,
y haciendo al hombre su feliz esclavo,
serán de Dios benditos sus amores...
¡Oh! ¡cuán dichoso porvenir ofrece
al humano linage
el *Hombre* á quien con ira has condenado,
desdichada Israel! Si poderosa
por tu ventura fuiste
para romper el duro vasallaje

que del Nilo en las márgenes sufriste,
¿por qué no rompes hora
la venda que te ciega y te ensordece?
¿por qué de tí no apartas
á ese genio infernal que te enloquece,
y audaz tu furia incita,
y á un abismo sin fin te precipita?

Mas ¡ay! que escrito estaba,
y cumplirse debió la profecía.
La clara luz del dia
en noche tenebrosa se convierte:
furioso el viento en las cavernas zumba:
tiembla la tierra: de su hueca tumba
sale del hombre la ceniza inerte,
y su horrenda segur blande la muerte
sobre el Hijo de Dios!.... ¡Ah! su venganza
sobre tu frente impía,
fementida Israel, lanzará el cielo.
Ya murió para tí toda esperanza.
Llora, llora, infeliz, sobre ese suelo
que de sangre inocente está teñido...
Mas no, que tu presencia
ese lugar sagrado profanara...
Huye, triste Israel, huye, y del mundo
sobre la faz extiéndete, buscando
aunque en vano un asilo;
que tu crímen nefando
do quiera se alzará para acusarte;
y sin patria ni hogar ni techo amigo,
serás al par que por el hombre odiada,
por el Dios de las iras castigada!
Murió Jesus, y el Padre omnipotente

vió con placer el cruento sacrificio
del Justo de los justos, y propicio
acogió la plegaria
que en el postrer momento
con el último aliento
exhalaron los labios moribundos.
Perdónalos, Señor: en su locura
lo que han hecho no saben! —Y su acento
subió glorioso á la celeste altura;
y el árbol de la Cruz se alzó frondoso
como cedro del Líbano eminente;
y sus hermosas ramas
del Ocaso al Oriente
magníficas crecieron,
y sombra y vida al universo dieron.



SOBRE EL SEPULCRO

DE LA SEÑORA

DOÑA DOLORES GONZALEZ DE IBARRA.

SONETO.

¿Por qué en el mundo la inflexible muerte
ciega se lanza, y su potente mano
con injusta igualdad en polvo vano
flores y abrojos á la par convierte?

¡Pura y marchita flor! Tu infausta suerte
quiere sondar el pensamiento humano:
mas ¡ay! la tierra oculta el hondo arcano,
y muda guarda tu ceniza inerte.

¿Será que en este valle de dolores,
de la nada y del mal triste guarida,
vivir no pueden las divinas flores?....

¡Ay! por eso, del mundo desprendida,
buscas para tu aroma y tus colores
en el seno de Dios eterna vida!

POESIAS

DE

DON ALEJANDRO BENISIA.

A MI AMIGO EL SEÑOR DON JUAN JOSÉ BUENO,

al inaugurar sus Tertulias Literarias.

SONETO.

Tú, que el talento luces en el foro,
Tú, que las letras con afan cultivas,
Tú, que incansable buscador, archivas
De bellezas sin fin, rico tesoro.

Tú, que en el siglo material del oro
La fé y la emulacion mantienes vivas,
Con reuniones, que graves ó festivas,
Al saber dan valor, honra, y decoro.

Admite en pago de tu ardiente celo
De la amistad sincera los loores,
Y no desmaye, no, tu noble anhelo;

Que si todos secundan tus favores,
En premio á esos afanes, querrá el cielo
Que la semilla dé fragantes flores.

A la Santísima Vírgen María, en sus momentos de mayor dolor.

SONETO.

Suspende tu dolor, y enjuga el llanto,
Madre amorosa de sin par belleza;
Y cambia en gozo tu mortal tristeza;
Y torna alegre tu doliente canto.

Enmudezca la voz de tu quebranto,
Olvidando de Madre la terneza.
Da ejemplos de valor; y tu cabeza
Eleva al cielo en sacrificio santo.

Que si es grande el pesar que el alma siente,
Viendo sufrir al Justo, al Hijo amado,
Horrible muerte, con dolor profundo,

Acuérdate que el Dios omnipotente,
En ese gran misterio, ha consumado
La redentora salvacion del mundo.

Rústica descripcion que hace Sancho Panza al Barbero de su lugar, de una locomotora que le mostró en sueños el siglo XIX.

SONETO.

Érase un mónstruo horrible, con un cuerno
Pegado á un marmiton por la herbedera;
Que lleva blancas nubes por montera,
Y por abarcas llamas del infierno.

Habla mucho, y su voz es un eterno
Silbido atroz, de enorme pitadera:
Tiene ruedas por piés; y en la trasera
Un rabo que le sirve de gobierno.

Y ese mónstruo, de espíritu indomable,
Para el cual la distancia perdió el nombre,
Y que arrastra con fuerza formidable

Todo un mundo tras sí, sin que os asombre,
Con la facilidad más admirable
Calla sumiso, y obedece al hombre.

EL AMANECER,

DESDE EL TEMPLETE DE LA CRUZ DEL CAMPO.

ROMANCE·

Bajo el gran palio de piedra
que á la Cruz bendita y santa,
del sol, de los duros vientos,
y de la lluvia resguarda,
una mañana de Mayo,
una apacible mañana
dulce y tibia cual ninguna,
absorto yo contemplaba
aquel magnífico cuadro

que con seductora magia,
iba ofreciendo á mis ojos
la luz incierta del alba.

El tomillo y el romero,
y la aromática jara,
con sus silvestres perfumes
el puro ambiente embalsaman,
cual incienso que Natura
hace subir á las gradas
del trono augusto de Dios,
por cánticos de alabanza.

Las alegres avecillas
revolotean y saltan,
y comienzan á entonar
sus amorosas plegarias,
al compas de los balidos
que parten de la majada,
cuyos plañideros ecos
lleva el céfiro en sus alas,
á esas ocultas guaridas
donde la fiera descansa.

La aurora entretanto luce
su bello manto de grana,
y extendiendo por los campos
rica alfombra de esmeralda,
presta matiz á las flores,
sobre las cuales resaltan
finas perlas del rocío,
con diamantes engarzadas.

¡Qué poesía encantadora
nos hace aspirar el aura,
cuando lejos del bullicio
que tanto fatiga al alma,
se mira en la soledad,
contemplando cara á cara,
á Dios, en el firmamento!
la Creacion á sus plantas!

Yo sentía, sí, sentía,
y á definir no acertara
las distintas impresiones
que en éxtasis me embargaban.
Mas pronto graves recuerdos
la mente confusa asaltan,
y derramando la vista
de una falda á la otra falda,
pasé detenido exámen
á aquel vasto panorama:

Miré la extensa cadena
que desde la Cruz arranca
con arcos en eslabones,
y que lágrimas de plata
por un centenar de ojos
constantemente derrama,
apoyo al hombre pidiendo
que á la vejez hace falta.

Allá, junto á Santiponce,
veo salir de una hondonada
espesa nube de humo,
que hasta los cielos se alza;

y tras negras espirales,
torreones y murallas,
que abriendo á mi voluntad
sus graníticas entrañas,
palacios ricos me muestran,
soberbios templos y casas,
que fueron ¡ay! de Trajano
en un tiempo corte y patria.
Mas piérdese de improviso
aquella ciudad fantástica,
y con caractéres de oro
ví escritas estas palabras:
«Mortales; así fenecen
»todas las glorias mundanas;
»los escombros que aquí veis.
»llamábanse ayer *Itálica.*»

Castilleja está allí enfrente,
y en ella está la morada
donde el vencedor de Otumba,
el héroe de cien batallas
que en el mejicano suelo
ganó prez, y gloria, y fama,
murió pobre, y miserable,
y olvidado de la España.
¡Hernan Cortés, yo saludo
tu grandeza sobre humana!

A mi izquierda corre el rio
como cristalina faja,
prestando jugo á los campos
que amorosamente baña,
hasta que en busca del mar

se pierde en la lontananza.
Y miro un bosque de palos
que flotando sobre el agua,
tienen por raiz los frutos
de mil regiones lejanas,
frutos que el sudor del hombre
destilan en abundancia.

Volviendo un poco la vista,
miro ufano á mis espaldas,
levantarse aquel castillo
que en Alcalá de Guadaira
con altas voces pregona
del rey santo las hazañas:
y creo ver sobre sus muros
á las huestes musulmanas,
rindiendo la media luna
ante nuestra cruz sagrada.

Pero aquí duerme Sevilla:
entre esa neblina blanca
que se desprende del rio,
asemeja una sultana
envuelta en los finos pliegues
de la finísima gasa.
¡Con qué majestad reposa!
¡cómo sus fuerzas restaura
ese blando y dulce sueño
á que parece entregada!

Mas en su seno escondido,
¡qué de sensaciones varias
sostienen eterna lucha,

horrible, por ser callada!

Allí el placer y el dolor,
la ventura y la desgracia,
y la miseria, y el lujo,
la duda, y la confianza,
los lamentos del que llora,
y los gritos del que canta,
en revuelto torbellino
se confunde y se retrata.
Grandiosa la Catedral
su gran contorno destaca,
descollando entre la bruma
perfiles de filigrana.
De monumentos orgullo,
y de hermosos templos gala,
se representa á mis ojos
como el ángel de la guarda,
señalando con su dedo,
la gigantesca giralda,
de la virtud el camino,
de los buenos la esperanza.

En estas contemplaciones
el alma sentí abismada,
cuando una voz en mi oido
escuché, que así me hablaba:
«¿Ves ese pueblo que duerme,
»y que tranquilo descansa?
»Pues aun sueña con sus glorias.
»glorias de edades pasadas;
»mas pronto va á despertar
»con nueva, viril pujanza,

»para entrar en otra senda
»que su destino le marca.
»En él ya vertió el *progreso*
»su fecundísima *savia*.
»¡Adios al pueblo que fué!
»¡Salud al que se levanta!»

A UNA NIÑA.

LAS ESPINAS.

FÁBULA.

En un jardin ameno,
De grato aroma, de fragancia lleno,
Do mil hermosas y lozanas flores,
Ostentaban, vistosas, sus colores,
Un padre paseaba con su niño,
Al que con gran cariño,
Un ramillete plácido en la mano,
Acabado de hacer, mostraba ufano.

Allí estaban reunidas
De las mas bellas flores conocidas,
Los tipos mas preciosos:
Claveles olorosos,
La violeta, el jazmin, el lirio pardo,
La sensitiva, el heliotropo, el nardo,
El tulipan, la dalia, la azucena,
La camelia, el galan, y una docena
De rosas peregrinas,
A las cuales quitara las espinas.

Tomó el niño el regalo, y de alegría,
A grandes saltos con placer corría.
De repente detiene su carrera,
Ante una enredadera,
Viendo un rosal de forma caprichosa,
Y en una de sus ramas una rosa
Tan seductora y bella,
Que acercándose á ella,
Muy contento exclamó: «Voy á cortarla,
Para despues atarla
A este ramo que llevo tan bonito.»
Mas no bien la echó mano, lanzó un grito.

El padre que lo oyó, corre asustado,
Y encuentra al desdichado
Con una mano toda ensangrentada,
Mostrándole una rosa ya tronchada;
Y al comprender la causa del lamento,
Al hijo dice en persuasivo acento.
—«¿Por qué, prenda del alma,
No procedes en todo con mas calma?
¿Si esa flor hechicera

Detuvo tu carrera,
Y al mirarla sentistes el capricho
De arrancarla, ¿por qué no me lo has dicho?
—«Es que yo no sabia,
El niño respondía,
Que en una flor tan bella, tanto daño
Se pudiera ocultar, ni tanto engaño:
Aquí me habeis reunido otras iguales,
Y no hallo esas espinas tan fatales.»
—«Por que yo con cuidado,
Repuso el padre, se las he quitado:
Y quitaŕ las espinas no es gran ciencia,
Pues que lo enseña solo la experiencia.
Esto mismo que ves, prenda querida,
Sucede en los azares de la vida.
Nos deslumbran sus dichas ilusorias,
Sus placeres, sus glorias,
Y si acaso el destino
Nos presenta una flor en el camino,
Vamos á asirla con audacia loca,
Y un ¡ay! se nos escapa de la boca.
Ya verás, hijo mio,
Y al tiempo, gran maestro, se lo fio,
Si del mundo las flores examinas,
Que no encontrarás flor sin sus espinas.»

De esta fábula moral
nunca olvides la doctrina,
y no gustarás del mal
que encuentra todo mortal
en la punta de una espina.

Y ojalá, niña querida,
que puedas cojer las flores
del verjel de nuestra vida,
sin que te sientas herida
por sus espinas menores.

EL SAUCE Y EL MAGNOLIO.

FÁBULA.

En un ameno prado, y junto al cáuce
de un arroyuelo, se elevaba un sáuce,
cuyas ramas besaban dulcemente
la límpida corriente
que le servía de argentada alfombra,
brindándola á su vez con fresco y sombra.

Inmediato tambien allí se alzaba
un frondoso magnolio, que ostentaba
sus arrogantes y lozanas flores,
con mil gratos olores
profusa y ricamente derramados
de sus hermosos pétalos nevados.

El sáuce y el magnolio, en armonía
vivieron largo tiempo, hasta que un dia
el segundo, con voz muy lastimera,
en quejas prorumpió de esta manera:

«¿Por qué razon, oh Dios omnipotente,
mi orgullo abates tan injustamente?
Tú que eres grande, sabio, poderoso,
y bueno, y generoso,
¿por qué en la Creacion, obra selecta,
no existe cosa al parecer perfecta?
Yo tengo recto tronco, verde ropa,
esbeltas ramas, y frondosa copa;
¿mas qué importa, si encuentro en mi camino
la jigantesca palma, el alto pino,
el álamo, el cipres, que á tí me ocultan,
y mi amor propio ofenden, y me insultan,
tomándome quizás, por pobre arbusto?
Oh Dios! más que severo eres injusto!»

Al oir este apóstrofe arrogante,
el sáuce se indignó; y en el instante,
no pudiendo acallar su noble encono,
dijo al magnolio en persuasivo tono:

«¡Cómo de Dios la cólera provocas,
sin comprender, menguado, que sofocas
el agradecimiento,
con un mezquino y torpe sentimiento!
¡Nada perfecto existe
en la divina Creacion, dijiste!
¿Pues qué, no tienes por perfecta cosa
esa flor tan hermosa

con que tus ramas viste en primavera?
¿flor apreciada siempre; la primera
que ostenta ufana sus brillantes galas
lo mismo en los jardines que en las salas?
¿flor que no tiene igual, pues cuando extiende
abierta su corola, se desprende
un delicado aroma que extasía?
¿Y aun insulta á su Dios tu lengua impía?
Si la altivez, la audacia
del pino, del cipres, y de la acacia,
en tu ruin corazon causaran celo,
dirige, como yo, la vista al suelo.
¿No ves los matorrales,
los espinos, retamas, y zarzales,
los lentiscos, las jaras?
¿por qué con ellos, pues, no te comparas?
¡Desdichado ha de ser quien su bien niega;
que fácilmente la ambicion le ciega!»

Calló el sáuce, y no pudo
replicarle el magnolio: estaba mudo.

Aquel que aspire á gozar
del bien suyo sin enojos,
cuando quiera comparar,
debe la vista bajar;
pero nunca alce los ojos.

Y ponga solicitud
en practicar la virtud
de conocerse á sí mismo:
ensalce la gratitud,
y desprecie el egoismo.

Y pues que la perfeccion
solo en Dios tiene su solio,
nunca olvide la leccion
que por su ciega ambicion
le diera el sáuce al magnolio.



LA ABEJA Y LA AVISPA.

FABULA.

Imitacion de Samaniego.

Oh, caros compañeros,
que con noble entusiasmo,
al templo de la gloria,
dirigis vuestros pasos;
seguid, seguid la senda
en que marchais, guiados
á la luz de las ciencias,
por un docto letrado.
Aunque el camino sea
ya difícil, ya largo,

lo allana y facilita
el tiempo y el trabajo.
Apoyada la frente
en la siniestra mano,
sobre la dura mesa,
de libros rodeado,
el pensador profundo,
el erudito y sabio,
arrastra triste vida,
papel emborronando.
Mas al fin llega á verse,
transcurridos los años,
entre mil alabanzas,
y vítores y aplausos,
de coronas ceñido,
de todos venerado.
A mayores tareas,
á mas graves cuidados,
es mayor y más dulce
el premio y el descanso.
Tras penosas fatigas,
el poeta afamado,
¡con qué gusto recoje
los premios del Parnaso!
Valor, pues, compañeros:
seguid, seguid marchando,
al templo de la gloria
á recibir el lauro.
Mas yo sé, amigos mios,
que un jóven, entre tantos,
responderá á mis voces:
«no puedo, que me canso.»
Descanse enhorabuena;

¿digo yo lo contrario?
Tan lejos estoy de eso,
que para mí el descanso
es á la inteligencia,
no útil, necesario;
pues luz aun más intensa
da del saber al astro,
y brillo á las ideas,
que son sus vivos rayos.
Valor, pues, compañeros;
seguid, seguid marchando
al templo de la gloria
á recibir el lauro.
¡Pero qué! ¿Os entorpecen
el ocio y el regalo?
Pues escuchad un cuento,
que viene aquí adecuado.

Cierta abeja industriosa, al ver un dia
á la holgazana avispa, así decía:
De condicion igual, de igual figura,
dotó á las dos Natura.
Ambas la esencia de la flor libamos;
ambas tambien, ufanas, remontamos
por el espacio el vuelo,
hasta tocar al cielo:
y para el desagravio de una ofensa,
armas iguales diónos en defensa.
¿Por qué la avispa, pues, viene entregada
á la vida mas dulce y regalada,
mientras yo no descanso un solo instante,

en trabajo durísimo y constante?
Pasa el tiempo; ¿y qué queda de la vida,
sino el recuerdo de la paz perdida?
De hoy más, en mi conducta haré mudanza,
pues tambien quiero holgar: ¡viva la holganza!

Esto diciendo, y para dar ejemplo,
holgando penetró dentro de un templo;
y al ver allí desde el altar al coro,
la cera ardiendo como un áscua de oro,
y que de su trabajo el pobre fruto
á Dios, en viva luz, daba tributo,
volvióse á su colmena
arrepentida, y de vergüenza llena.

La recompensa nunca es ilusoria.
¡Constancia y fé; y alcanzaréis la gloria!

POESIAS

DE

DON RICARDO BUENO.

ILUSIONES.

Hijo del hombre, vivir,
Es lo mismo que llorar:
Dar tregua al lloro es dormir,
Ser dichoso eso es... soñar.
AROLAS.

Bajo del cielo azulado
Tiende mi mente tu vuelo,
Y al corazon alterado
Píntale en diáfano velo
Su dulce amor deseado.

Dáme rosas esmaltadas
Con delicados colores;
En cuyas hojas pintadas
Duerman las dichas de amores
Por el céfiro arrulladas.

Dáme luces esplendentes,
Que iluminen mis ensueños,
Píntame campos rientes,
Que meciéndose halagüeños
Manden soplos á mi frente.

Sobre el alma enamorada
Bate tus alas queridas,
Y déjala que embriagada,
Sueñe en amores perdida
Sus ilusiones amadas.

Yo quiero ver claras fuentes,
Dormidas entre el ramaje,
Y que sus aguas bullentes
Murmurando dulcemente
Lancen perlas al follaje.

Ver quiero arroyos serenos,
Que retraten los colores
Con que se orna el campo ameno;
Teniendo en su limpio seno
La imágen de mis amores.

Quiero ver claros celajes
De carmin y oro teñidos,
Que coronen mil paisajes,
Donde en dulce maridaje,
Hagan los amores nido.

Quiero ver bosques frondosos
De dulce frescura llenos;
Que me guarden deleitosos

Dentro de su verde seno
Vagos vientos amorosos.

Del mar la inmensa esplanada
Quiero ver lejos perdida,
Como un alma sosegada,
Que de amores embriagada
Lance hácia el cielo su vida.

Y en medio de la corriente,
Entre guirnaldas de flores,
Una nave sonriente,
Que surque el mar blandamente
Cual un suspiro de amores.

Y allí la deidad querida
De mis ensueños amantes:
Su cabellera tendida,
La gasa al viento flotante
Irse apurando la vida.

Amor, amor, inexplicable encanto,
Que siempre en torno de mi frente vuelas,
Que me cobijas con tu sacro manto;
Sol refulgente que en mi sangre rielas.

Yo te ví, yo te ví, mi sangre ardiente
Por tí latió mil veces, y mis ojos
Por tí vertieron al mirarte ausente
De mis dulces recuerdos los despojos.

Cuando el ardiente sol su luz fulmina
Varios colores á los campos dando;

Cuando la alegre y transparente ondina
Vá en el silencio su rumor alzando.

Entonces ¡ay! de nube transparente
¡Imágen dulce de la vida mia!
La siento descender, con sonriente
Rostro alegrando el esplendor del dia.

Libre undula su rubia cabellera,
Luce en sus ojos el color del cielo,
Y la brisa fugaz riza ligera
Los leves pliegues del dorado velo.

Abren su cáliz las amantes flores
En derredor su aroma derramando,
Y su frente, do brillan los amores,
Van los sutiles céfiros besando.

Vago susurro suena blandamente
De abejas mil y alegres mariposas,
La miel libando de su labio ardiente
Cuyo color envidiarán las rosas.

Del campo alegre por el verde seno
Tuerce el arroyo su corriente clara,
Y con murmurio lánguido y sereno
Ora ligero corre, ora se pára.

Y alegre ondina de bullir cortado
Que va la orilla plácida lamiendo,
Besa sus piés lijeros y rosados
Y en blanca espuma se desliza riendo.

Todo es amor, y el corazon respira
Desmayo grato, que la sangre abrasa,
Y entonces mudo la deidad admira
Que en vago vuelo por la mente pasa.

Y siente entonces, que por ella ostenta
El mundo entero rica galanura;
Y que por ella al alma se presenta
Vario espejo de luz y de hermosura.

Por ella juega el amoroso viento,
Y la onda clara y las lozanas flores,
Y por ella hay eterno movimiento
Y sombra, y luz y fúlgidos colores.

¡Oh dáme, dáme, tu vital beleño!
Dure por siempre mi ilusion querida,
Y si acaso tu luz es un ensueño
Soñando pase la ligera vida.

UN SUEÑO.

Soñé que en una estancia deliciosa,
Encantado recinto de placeres,
Estaba respirando la ardorosa
Agitacion de enloquecidos seres;
Y allí con algazara bulliciosa
Mil hombres en tropel y mil mugeres
Ví que cruzaban enredor dejando
De besos y sonrisas eco blando.

Innumerables luces reflejaban
En el cristal y el oro sus fulgores;
Y por do quiera claras retrataban
Risas alegres de placer y amores:
En tersas superficies se copiaban
Los largos y brillantes corredores;
En los cuales mi vista se perdía,
Que todo en vaguedad lo recorría.

Humeaban manjares deliciosos
Sobre espléndidas mesas, y brillaban
En derredor licores ardorosos:
Cuyas copas lucientes coronaban
Guirnaldas de jazmines olorosos.
Que á los sentidos hácia allí llamaban,
Convidando á lanzar los padeceres,
Y á brindar por la vida y los placeres.

Del canto y de la música los sones
Vibraban de placer y fuego henchidos:
Y en ellos los ardientes corazones
Misterios mil hallaban escondidos;
Engendros del amor y las pasiones,
Que lanzaban sus soplos encendidos
Sobre la tersa frente, do cruzaban,
Y el móvil rastro de su luz dejaban.

Allí el arte con mágicos encantos
Su llama fulguró, Fidias y Apeles
Absortos quedarían, si de llantos
Y de placer pudieran ver las fieles,
Varias escenas, que en sus giros tantos
Suele el amor tener, por los pinceles
Y por sabios buriles esculpidas
En profuso desórden esparcidas.

Allí el mármol de Páros revelando
Está las formas de la Chipria Diosa,
Allí está Dafne la pasion burlando
Del dios crinado que en su afan la acosa;
Allí está Saffo so la roca alzando

Su apasionado cuerpo, á la estruendosa
Mar yendo á dar para curar su herida
Su pesarosa enamorada vida.

Allí sobre la alegre y alta loma,
Que baña el sol con claros resplandores,
Las Bacantes están de la alta Roma
Ofreciendo á su Dios libres amores,
Molicie y vinos de embriagante aroma.
Allí está Dido, llena de dolores,
Que aumentan su beldad sobre la pira
Do mártir de su amor por él espira.

De Eurínome las hijas enlazadas
Se veían tambien de gozo llenas,
Al contemplar sus formas encantadas
Sobre las aguas de la mar serena.
Clitemnestra tambien apasionada
Allí estaba de amor impuro llena,
Contra su esposo Agamenon alzando
Con rudas iras el puñal nefando.

Allí Adónis corriendo en el altura
Del Líbano con Vénus, que en el lazo
Lo supo aprisionar de su hermosura,
Allí el que se criara en su regazo
Niño ciego, que oculto en la espesura
Arma el certero diligente brazo,
Y con oido atento, inquieto acecha,
Para lanzar la emponzoñada flecha.

Allí Phedra, que eleva sus clamores
Y vierte llanto, con afan pidiendo

Que se apiaden los dioses vengadores.
Allí la impura Läis, presidiendo
Cortesano festin, do los amores
Venden sus risas, en el vario estruendo
Ahogando acaso el infernal tormento
Que suele dar el frio pensamiento.

Cuantos misterios forma la creadora
Llama de amor, el arte allí los puso:
Desde la dulce risa encantadora
Del en sus sueños é inocencia iluso
Primer amor, hasta la asoladora
Angustia de quien vió como traspuso,
Dando el adios de eterna despedida
Cual leve sombra su ilusion querida.

Y entre tanto cruzaba presurosa
La multitud mostrando su alegría;
Ya una sonrisa dulce y amorosa
La luz de unas pupilas encendía,
Ya de dulce suspiro la ardorosa
Exhalacion apenas entreabría
Dos rojos labios, cuyo esmalte bello,
De un beso demandaban dulce sello.

Al compas de la música sonora
Celestes ninfas rápidas danzaban,
El pecho descubriendo que colora
Purpúrea rosa; y al danzar rizaban
En giros mil la gasa voladora
Las leves brisas, que enredor jugaban:
Semejando una nube, que del suelo
Eleva apenas el flotante vuelo.

Frescas coronas de esmaltadas flores
Frentes de nácar enredor ceñían,
Y prestaban rientes sus olores
A los flotantes rizos, que caían
Con su sombra velando los colores
De púrpura y de rosa, que teñían
Redondos cuellos y abultados senos
Ocultos nidos de perfume llenos.

Cada cual de las célicas mugeres
Que por allí vagaban, delicioso
Horizonte mostraba de placeres;
Extensos campos donde el sol hermoso
Eterna juventud daba á los seres;
Edenes de ventura y de reposo
Por los cuales el alma desprendida,
De flor en flor marchábase perdida.

En tanto, yo sentia por mi frente
Quimeras varias en tropel cruzarse,
Por todo el cuerpo con bullir ardiente
Notaba yo mi sangre deslizarse,
Mi espíritu, embriagado vagamente,
Por la estancia sentía derramarse,
Perfumando sus alas de colores
Con el aroma de las frescas flores.

Yo sentí que mi brazo rodeaba
De una muger divina la cintura,
De una muger que lánguida embriagaba
Al alma con la luz de su hermosura;
Vision celeste que al mirar dejaba
En el pecho mil mundos de ventura,

Que sin pesares ni dolor girando,
A la vida de amor iban cantando.

Era su aliento dulce y perfumado
Mas que esencia de vírgen azucena,
Era su cútis fino y sonrosado
Mas que las hojas de la flor amena,
Y en sus ojos brillaba el azulado
Color con que la bóveda serena
Suele adornarse alegre y placentera
Cuando alumbra á la bella primavera.

Y aquel ser perfumado y vaporoso
Yo soñé que por siempre poseía,
Soñé que sobre el seno delicioso
Amorosos ensueños gozaría,
Soñé que siempre su cabello undoso
Mi enardecida frente batiría,
Y que así marcharíanse las horas,
Agitando sus alas voladoras.

Mil veces nuestros labios se besaron,
Mil veces nuestros pechos se reunieron
Y sus mútuos ardores se pasaron,
Y al fin en nuestras manos relucieron
Dos copas, que las luces reflejaron,
Y un bríndis nuestros labios profirieron
Por el amor eterno, y largo abrazo
Cerró del bríndis el estrecho lazo.

No pude mas, mi débil
Cabeza marearse
Sentí, y todo cruzarse

Noté en giro veloz:
Entonces extendiendo
Mi mano, la persiana
Corrí de una ventana,
Y el viento penetró.

Puse en el antepecho
Los brazos, y la frente
Sobre mi mano ardiente
Trémulo reposé:
Y luego, cual sopladas
Por brusco raudo viento,
Con fuerte oscilamiento
Las luces yo noté.

Mas vago, mas lejano,
El estruendoso ruido
Sonaba ya en mi oido
Cual un sordo rumor:
De lo invisible acaso,
La gente allí evocada,
En rauda retirada
Marchaba á otra region.

Por los remotos aires
Las turbas se esparcían,
Y allá se confundían
Sus voces en un son;
Y como leve humo
Sentí que el pavimento
Tambien el movimiento
De huida comenzó.

Entónces levantando
La cabeza, á mi frente
Un cuadro sorprendente
De nuevo yo admiré:
Fijéme en él y absorto
Parando la mirada,
La escena antes pasada
De pronto yo olvidé.

Ví un campo extendido, do amarga tristeza
El áspero invierno reinando dejó,
La gala de flores y verde maleza
Cual sueño de amores el viento agostó.

Aquellos que ufanos su copa sombrosa
Al aura entregaban, al fin desnudados
De pompa los muestra la luna llorosa
Cual triste recuerdo del dulce pasado.

No ya alegres nubes, de fúlgida plata,
Del cielo interrumpen el plácido azul;
No ya gratas dichas, ni bienes retrata,
El velo uniforme de mágico tul.

¿Qué importa que pura la luna abrillante
Las altas regiones? qué importa que bellas,
Cual suele entre gasa prendido diamante.
Allá resplandezcan las claras estrellas?

¿Qué importa, si el alma no ve en ese cielo
Sonrisa dichosa de gozo y placer?
Si no le mitiga con dulce consuelo
Las iras del hondo, cruel padecer?

Así triste y bella la noche lucía,
Y allá en lontananza la mar argentaba
El lánguido rayo, y en vaga armonía
El son de las aguas doliente sonaba.

Mis ojos por cima la mar extendida
Su vaga mirada veloces corrieron,
Y al verla á lo lejos sin fines perdida
Las lágrimas tristes en ellos sintieron.

Quizá era que el alma su imágen doliente
Miraba en las aguas, sus tristes gemidos
Quizá remedaba la linfa bullente,
Que al viento entregaba sus vagos sonidos.

Acaso donde ellas en sombras terminan
Miró el fin postrero, la muda bonanza
De aquellos que siempre sin rumbo caminan,
Siguiendo la estela de falsa esperanza.

Allí vió la nada, la tumba, el olvido
Do vicio y virtudes sin premio fenecen;
Do reina la calma, do calla el ruido,
Donde hasta los ecos su voz enmudecen.

Tal vez todo esto con rápido vuelo
Pasó por mi alma, sin que ella entendiese
Por qué entonces era su gran desconsuelo,
Y sin que sus ánsias entonces supiese.

Velada entre brumas el piélago en tanto
Cruzaba una nave de donde salía
Con grave tristeza tal lúgubre canto,

Que sobre las ondas el viento esparcía.

Corre, barquilla,
Busca otro puerto,
Del mundo incierto
Deja el dolor.
Que aquí la muerte
Bate sus alas,
Sobre las galas
Del corazon.

Yo soy la imágen
De los pesares,
Que por los mares
Vago fugaz:
Corre, barquilla,
Corre sin tino,
Recto el camino
Sin descansar.

Tras alegre primavera
Da el invierno sus rigores,
Y hoy, quizá, mueren las flores
Que la brisa ayer abriera.
Lava produce el placer,
Yerta ceniza el dolor,
Risa que produjo amor,
Riega al fin el padecer.

Amor y olvido
Juntos florecen;
Al fin perecen
Dicha y placer:

Que en este mundo,
Siempre cruzando,
Marchan luchando
Ser y no ser.

Voga, mi barca,
Tras ese cielo
Que encubre el velo
De oscuridad:
Búscame un mundo
Donde mi alma
De eterna calma
Pueda gozar.

Besos mi frente inflamaron,
Los años nieve le dieron,
Ya las delicias se fueron,
Las tristes horas llegaron.

Calló la voz, y del cantar sentido
Perdióse el eco en la region distante,
Como el postrero funeral gemido
Que lanza en su estèrtor el espirante.

Mas triste aun el dilatado coro
Alzóse de las ondas, y suave
Aun más veloz, en piélago sonoro,
Vióse correr la solitaria nave.

Perdióse lejos el rumor sereno
De su rápido curso, y la callada
Sombra envolviólo en su medroso seno,
Que triste cubre con la bruma helada.

Entonces, en confuso devaneo.
A mi mente reunidos se llegaron
Los recuerdos del sueño, y el mareo
De mi cerebro loco acrecentaron.

De la extinguida barcarola amarga
Las notas en mi oido resonaban;
Y allí con ellas en cadencia larga
Las báquicas sonrisas se mezclaban.

La inquieta bulla del festin sentía
En torno susurrar de mi cabeza;
Pero ya sin placer, sin alegría,
Cual un sarcasmo de mi atroz tristeza.

Y el recuerdo tambien se alzó en mi mente
De la deidad, que entre la alegre danza
Brindó conmigo, y me enseñó un riente
Campo inmortal de fúlgida esperanza.

Con dulce afán mi corazon la evoca,
Que eres ya mi ilusion, y so mi oido
Sentí sus labios, y á su helada boca
Escuché murmurar: ya... nada, olvido.

Y alzóse como ráfaga ligera,
Rozando sobre mí su vestidura;
Y de su pecho por la vez postrera
Suspiro oí de lúgubre amargura.

Triste ilusion de amor, en su mirada
Leí su eterna despedida escrita;
Rosa infeliz, que luce una alborada

Y de la tarde al soplo se marchita.

En vano, en vano, á la vision amante
Quise seguir, vertiginoso velo
Cubrió mis ojos, y en el mismo instante
Cayó mi cuerpo sobre el duro suelo.

Desperté á la impresion, y se ahuyentaron
Los fantasmas del sueño, y con sentido
Acento aun escuché que murmuraron:
«Adios, por siempre adios, ya... nada, olvido.»



POESIAS

DE

DON JUAN JOSÉ BUENO.

EN LA INAUGURACION
DE LA TERTULIA LITERARIA
EN 1860.

¡Salud, insignes artistas!
¡Salud, dulcísimos vates!
¡Salud los que de las ciencias
los misterios penetrásteis!
Muy obligado me tienen
vuestras plácidas bondades.
La habitacion es humilde
para caballeros tales,
para gentes de alta guisa,
para templo de las Artes.
Dispensad, amigos mios,

lo estrecho del hospedage,
impropio de vuestro mérito,
digno de régios alcázares.
Demos, pues, culto á las Musas
que, en ya remotas edades,
coronaron de laureles
mil cabezas venerables.
Deleiten la fantasía
las cántigas populares,
de nuestros antiguos usos
pájinas tradicionales;
y del Cid y de Alejandro
los primitivos romances
con los no menos famosos
del Conde Fernan Gonzalez,
del gran Bernardo del Carpio,
del héroe de Roncesvalles,
y el otro en que se refiere
la crueldad de Ruy Velasquez
que entregó, pérfido amigo,
de Lara los Siete Infantes,
para que dieran el cuello
á los moriscos alfanjes.
La *Vulgar filosofía*
busquemos en los Refranes
que comentó de Malara
la doctrina inagotable.
De rosas y siemprevivas
adornemos los altares
del melífluo Garcilaso
de Leon el admirable,
de Hernando Herrera el *Divino*,
que por su estro arrogante

y su elocucion florida
nombre tal pudo aquistarse;
y del cantor de las flores
que en sus consejos morales
á Fabio ganó los timbres,
que no le disputa nadie,
de esclarecido poeta
y de filósofo grave;
del Fénix de los ingenios,
cuyo númen dió á millares
comedias á los teatros,
gloria á España, honor al arte.
Admiremos de poesía
los caudalosos raudales,
y la inventiva fecunda
y lo urbano del lenguage
con que pasma al orbe docto
el cisne del Manzanares.
Aplaudamos la *vis cómica*
de Moreto, los arranques
de Rojas, la sencillez
de Ruiz de Alarcon, las sales
con que el picaresco Tirso
dice malignas verdades,
y recordemos á Mescua,
á Vélez y á Cañizares;
la facilidad de Ercilla
que testigo de salvajes
encuentros, y salpicado
tal vez de araucana sangre,
supo historiar de los indios
los intrépidos combates,
manejando ora la pluma,

ora la espada tajante,
como poeta y guerrero
lauros ciñéndose iguales:
de Virues la armonía:
de Valbuena las brillantes
descripciones, la ternura
con que Hojeda pintar sabe
del Redentor de las almas
las agonías mortales,
vuestros firmes pasos guíe,
vuestros númenes inflame,
encienda vuestro entusiasmo
y os conquiste honrosos plácemes.
De los prosistas mejores
lëamos tambien las frases:
nos encantan del rey Sabio
el candoroso lenguaje
del autor de *Celestina*
los modismos familiares,
la gravedad de Mariana,
la erudicion de Morales,
la energía de Mendoza
de Quevedo los donaires,
la cultura de Solis,
la pureza de Cascales,
de Melo y Luis de Granada
del Padre Malon de Chaide,
de Fray José de Sigüenza,
y de Argensola y de Marquez.
¡Oh tú, de ingenios el Príncipe,
blason de Alcalá de Henares,
muéstranos la senda oculta
por do á la fama llegaste,

y entre horribles cautiverios,
y persecuciones y hambres
conseguiste que tu péñola
siglos y siglos acaten!
¡Gloria al soldado valiente
que si en batallas navales
perdió por su mal un brazo,
con el otro supo alzarse,
escribiendo, á la alta cumbre
do ninguno llegó antes
ni despues, para grabar
su nombre en eterno jaspe,
que no romperán los tiempos
ni la envidia miserable.
Humillemos nuestras frentes,
rindamos puro homenage,
al maestro de la lengua,
al gran Miguel de Cervantes.
Sirvan sus glorias de estímulo
para optar á otras iguales:
hace el estudio portentos:
la constancia sabios hace.
Sigamos las claras huellas
de aquellos hombres; no en balde
os incitan estas noches
al científico certámen.
Sois la prez del suelo hermoso
do nació Diego Velasquez,
donde pintara Murillo
sus Concepciones y ángeles,
do esculpiera Montañes
sus Vírgenes celestiales,
donde mostró Juan de Herrera

ser como artista un gigante;
donde el cantor de Eliodora
dejó suspensos los aires
lamentando sus desdenes,
profiriendo dulces ayes
que escucharon en sus urnas
de Guadalquivir las náyades.
Competid con su renombre,
la sien su aureola os bañe,
y vuestras duras fatigas
eternal corona ganen.
Entre vosotros diviso
al actor incomparable,
honra de la hispana escena,
sucesor de Rueda y Mayquez.
Bien vengas, ínclito huésped,
poeta famoso, salve.
Empiecen nuestras tareas;
nuestros únicos afanes
en ser émulos se cifren
de varones tan loables.
Me basta la complacencia,
artistas, amigos, vates,
de ser el lazo, que flores
une de precioso esmalte.

A UNA EFIGIE DEL NIÑO DIOS

ESCULPIDA POR D. GABRIEL DE ASTORGA.

(Improvisacion).

¡Bien vengas, divino infante,
que el consistorio presides,
y hayâ bien el escultor
á quien imitarte diste!

Brilla en tus ojos la lumbre
que con la del sol compite,
brillan el oro en tus rizos,
en tus labios los rubíes:

Tus mórbidas carnes pintan
las rosas y los jazmines,
tu boca con inefable
piadosa dulzura ríe;

Y tu corazon nos muestras,
de bondad tesoro insigne,
fuente de salud que alivia
la sed de mortales tristes.

¡Salve, Niño delicioso,
cuya faz respeto imprime;
qué bien tu divina gracia
supo imitar el artífice!

A pesar de ser desnudo
y ser de linaje humilde,
eres, sí, bien lo sabemos,
el Príncipe de los príncipes.

¿Quién te trajo entre nosotros
indignos de tí, sublime
autor de los altos cielos,
para tí bóvedas viles?

¡Tú entre nosotros, Dios mio!
¡tú que los planetas rijes!
cuya vista penetrante
los antros profundos mide!

¡Tú que enseñaste su canto
á los gayos colorines;
tú que de marmóreas nieves

las altas cimas revistes.

Y para formar los rios
con tu aliento las derrites;
tú que fulminas los rayos
que fuertes rocas dividen;

Y testigos de tu gloria
de estrellas fúlgidas miles
diste á la noche, y al alba
y al ocaso rojos tintes!

Tú que de lejanos astros
las órbitas circunscribes,
y entre los seres el Solo,
para nuncar morir, vives!

Tú cuya voz es el trueno,
tú que las rugientes sirtes
acallas con tu querer
y al huracan furia diste;

Tú que á un volver de tus ojos
los anchos mares divides,
y si los toca tu dedo
los montes humean....! dime.

¿Cómo aquí te vemos ¡ay!
tú de los sábios el límite,
cuya ciencia ni el mas sabio
entre los sabios concibe?

Sé nuestro guía, Señor,

y el pecho se regocije
teniendo por norte al norte
de mártires y de vírgenes,

Ante quien el coro exclama
de ángeles y querubines:
«Bendito Tú que en el nombre
del Eterno Dios viniste,»

«Y llenos están los cielos,
todos los órbes repiten,
y la tierra de tu gloria,
que en tí para siempre vive!»

¿Cómo obsequiarte, mi Niño,
el ánimo no concibe.....
mas una ofrenda me ocurre
que te ofrecemos humildes,

Toma, Niño, nuestras almas,
por ellas la vida diste.. !
Acéptalas, de rodillas
mi trémula voz lo pide.

VOZ DEL CIELO.

EN LA SOLEMNE PROFESION RELIGIOSA

DE

SOR JOSEFA DE SANTA CLARA

ALVAREZ Y ARANDA,

en el Convento de SANTA INES de Sevilla.

Gozando las delicias
De los risueños juveniles años,
Y las dulces caricias
De propios y de extraños,
Agena de funestos desengaños,

Brindábate placeres
El mundo rebosando de alegría;
Con la pompa de Céres
El campo sonreía,
Encendiendo tu jóven fantasía.

Perdidas de contento
Las damas correr viste á los festines,
Y en ágil movimiento
Al son de los violines
Danzar en los estrados y jardines.

Deleites peligrosos
Amor profano á tu ilusion mentía
En lazos cautelosos;
Pero no te placía
De sus triunfos quiméricos la vía.

Hondo desden secreto
Mostraste al necio y engañoso encanto;
Y sumisa al decreto
Del Dios tres veces Santo,
Esquivaste oropel y riesgo tanto.

Una voz misteriosa
Más bien hirió tu alma que tu oïdo,
Oístela anhelosa.....
Su celestial sonido
Dejó tu seno de ventura henchido:

«Tinieblas es la luz que el mundo ofrece,
Y su júbilo en hiel presto se torna:
Como sombra fugaz desaparece

El sol que la beldad fúlgido adorna.

En el revuelto mar de las pasiones
Insensatos los hombres ¡ay! naufragan:
Mentiras son las vagas ilusiones
Que un instante no mas los embriagan.

Yo soy la luz: mis dichas son eternas:
Doy al alma la vida y la hermosura:
Tendrás por siempre mis caricias tiernas:
Yo soy el puerto en la borrasca dura.

Juventud y pureza son tu dote;
Ven, y en mi seno plácido reposa:
Tu labio castidad perpétua vote:
Ven á mi sacro lecho.... sé mi esposa.»

Sí, sí, contestaste luego,
Seré tuya, sí, Dios mio;
Amo el silencio del claustro,
No la algazara del siglo.
Ya no fascinan mis ojos
Sus lisonjeros prestigios:
Las licencias con que engaña
Del espíritu son grillos:
Mi libertad en los hierros
De santo convento cifro.
El sayal mi trage sea,
Y mi descanso el cilicio,
Mi morada celda humilde,
La obediencia mi albedrío,
Mis galas oscuras tocas,
La oracion mi bien contínuo,

Y la soledad mi amiga
Y mi compañero Cristo.
Para encerrarme la Casa
De la insigne Ines elijo,
Que fundó la ilustre dama,
De castas y hermosas tipo,
Timbre de los Coroneles,
Que en un arrojo inaudito
Sacrificó su belleza,
De virtud inmoble risco.
Los consejos son en vano,
En vano son los suspiros...
Allí.... solo allí.... lo ofrezco
Y de rodillas lo pido....
Nada oigo.... nada escucho....
Dios me llama.... y yo lo sigo.

Hoy, tierna vírgen, se cumplen
Tan religiosos designios;
Tu dedo mórbido ciñe
El nupcial místico anillo,
Y deslumbran en tu rostro
Los rayos del regocijo.
De justas modelo seas
En la grey del gran Francisco,
De los tuyos pura gloria,
De tus hermanas cariño,
De candor rico tesoro
Y de virtudes prodigio.
Sigue, sigue infatigable
Por el sendero divino,

Que al Cielo conduce, y logres
Que te conceda propicio
La aureola de los Santos.
La adoracion de los siglos.



EN LA SOLEMNE ENTRADA

DE LA INFANTERIA DE LEON EN SEVILLA,

A SU VUELTA DE AFRICA.

Los ecos de las campanas
sonoros los aires hienden...
ellos son...! ya se divisan...!
ellos son...! gallardos vienen.
Las agudas bayonetas,
terror de moriscas huestes,
con sus relumbrantes rayos
en las puntas el sol hiere.
Ya resuena en los oidos
el clarin que tantas veces
los incitó á la pelea
á buscar lauros ó muerte;

la bandera que aun el humo
de la pólvora ennegrece.
testigo de tantas glorias
y de lides tan solemnes,
sobre los bravos ondea,
formando vistosos pliegues.
Empaña menudo polvo
sus negras marciales frentes
y pregona sus fatigas
el estrago de sus vestes:
los bizarros defensores
del Serrallo son! los héroes
triunfantes en Castillejos
de las kabilas infieles,
los que en Gualdrás conquistaron
justa fama de valientes,
los que de Cristo la enseña
de Tetuan en los fuertes
y en las torres tremolando,
ganaron gloria perenne.
Mas ¡ay! funestos vacíos
en sus falanges se advierten.
¡Cuántos en la tumba hundieron
el azote de la peste,
de los árabes el plomo,
el rigor de la intemperie!
¡Cuántos en ignotas playas
cubre la tierra por siempre,
que el último aliento dieron
¡oh patria! por defenderte!
Interrumpamos el júbilo
un punto, y á la celeste
mansion volvamos los ojos,

do sus almas premio obtienen.
¡Lágrimas á su memoria!
y entre sus hermanos quede
viva: sus nobles hazañas
la historia imparcial conserve:
á la sangre que vertieron
de la paz el bien se debe.
Flores maticen la senda,
que hoy van á pisar los héroes,
flores luzcan en las armas,
que jamas el odio emplee
en las civiles discordias,
que los traidores encienden;
flores de lo alto lluevan
y perfumen el ambiente;
flores, que Sevilla arroja
á vuestros piés sus vergeles,
y erige triunfales arcos
que olivas y rosas tejen.
¡Viva España! ¡Viva España!
desde un polo al otro suene.
Mirad cómo las hermosas
os dan mudos parabienes,
brillando en sus negros ojos
rayos de júbilo ardiente.
Proseguid.... el gran prelado,
en cuyas manos esplende
el báculo de Isidoro,
bendecirá los laureles
que han de coronar la enseña
terror de los bereberes,
rogando al cielo que pio
sus victorias acreciente.

CON MOTIVO DE LA GUERRA DE AFRICA.

HIMNO

dedicado á mi respetable amigo
el Excmo. Sr. D. Diego de los Rios,
Capitan General de Andalucía.

CORO.

Hijos del Cid valientes,
dejad los patrios lares;
corred....! Volad...!
Corone eterno lauro vuestras frentes
y de Fez en los rotos alminares
la cristiana bandera tremolad.

41

ESTROFA 1.ª

¡Ay de los viles que osaron
mancillar de España el nombre!
su traidora sangre alfombre
el suelo que profanaron;

Del Muzlim el loco orgullo
en la mar vecina se hunda,
y su alarido confunda
de las olas el murmullo.

Hijos, etc.

2.ª

Mirad; ya tiende las garras
el castellano leon,
y siempre fué su blason
terror de las cimitarras.

De tremendas iras lleno
vuelve ya de su desmayo:
Vedlo.... su mirada es rayo,
su espantoso rujir trueno.

Hijos, etc.

3.ª

¿Quién hay que al pueblo del Cid
el ímpetu fiero ataje,
cuando tras villano ultraje

se lanza ardiente á la lid?

El grito de «¡Guerra!» zumba.
y de Isabel y Fernando
con estrépito estallando
se abre la marmórea tumba.

Hijos, etc

4.ª

Anima la luz los ojos
de los reyes de Castilla,
y el hierro en su mano brilla
y su augusta faz de enojos.

Y exclaman: «¡Sus! campeones,
el árabe nos afrenta.....!!!
¿hay quien la mengua consienta...?
Sangre limpie sus baldones »

II.

Traspasen las huestes del Riff las montañas,
allende el Estrecho, soldados, volad;
ya escribe la Historia las nuevas hazañas:
de tigres las hordas á fuego ahuyentad.

Del bárbaro alarbe venguemos la injuria,
sus gritos feroces oid con desden;
de esclavos son turbas.... saciad vuestra furia
en cien embestidas, en *kábilas* cien.

Medina Sidonia! Navarro! Cisneros!
Egregio Meneses! invicto Bazan!
fantásticas sombras de antiguos guerreros,
Salud....! aun os tiemblan los hijos de Islam.

Seguid sus vestigios ganosos de gloria,
y caiga en el polvo la raza cruel;
de España segura será la victoria,
será la vergüenza del bárbaro infiel.

Esparce en el templo suäves fulgores
el urna sagrada del Santo Fernan...
de Dios impetrando los altos favores,
bendice las armas que al Africa van.

Celeste caudillo, las haces tú guía,
renueva los triunfos que fueron tu prez;
ardientes plegarias eleva á María,
humilla del moro la ruda altivez.

Ya el trémulo parche los héroes convoca,
ya rasga los aires la voz del clarin!
—«Al Africa!!!» suenan el llano y la roca
del alto Pirene al otro confin.

La pólvora estalla, los bronces retumban
«Santiago y á ellos!!!» se escucha el rumor:
del falso Mahoma los seides sucumban
y brille de Hesperia sin mancha el honor.

MÁSCARAS DE TODO EL AÑO.

SONETO.

«Yo te conozco—Sí—Mira—Eres Bueno—
De apellido no mas—Toma esa pulla—
Te conozco... tilin....»—¡Eh! poca bulla,
ó mi lengua, canalla, desenfreno.

Comerciante eres tú de honor ageno,
tú Celestina, tú trampa y farfulla,
tú militar á quien el miedo zulla,
tú patriota de codicia lleno.

No os apreteis al rostro la careta...
tú esposa infiel,—tú desleal amiga,—
tú hipócrita, tú falsa y tú *coqueta*.

De vuestras bromas se me da una higa,
os conozco tambien... mi humor no os peta...
¿Enmudeceis y os vais....? Dios os maldiga.

A LA SEÑORA ADELAIDA RISTORI,

MARQUESA DEL GRILLO, TRÁGICA INSIGNE.

SONETO.

Vedla rujir de cólera en MEDEA
al levantar el parricida acero,
ó cuando triunfa del asirio fiero
la inspirada, valiente, casta hebrea.

FEDRA de amor nefando centellea,
angustia de ESTUARDA el lastimero
último trance, y al gemir postrero
de ADRIANA ¿hay pecho que insensible sea?

Adelaida inmortal, de Italia gloria,
gloria del arte, genio sin segundo,
las almas elevar.... esa es tu historia.

Sena, Rhin, Arno y Támesis profundo
pregonarán por siempre tu victoria,
egregia artista, admiracion del mundo.

A mi amiga la Señora Doña Cecilia del Arco, hoy Marquesa de Marchelina. en sus dias.

SONETO.

Ya que tu númen celestial inspira,
y tu blando atractivo soberano,
pulse las cuerdas hoy el vate ufano,
resuene en tu loor, mi tosca lira.

¿Quién, si tus ojos centellantes mira,
el talle airoso, la tornátil mano,
¡ay! no siente su influjo sobrehumano,
y tu hermosura y discrecion admira?

Siempre el Destino en maternal regazo
el fruto de tu amor conserve ileso,
sin romper de tu dicha el doble lazo;

Y goces, de tus lares embeleso,
del esposo feliz el tierno abrazo,
de tu cándida prole el dulce beso.

SAN HERMENEGILDO.

SONETO.

Vástago ilustre de la goda rama,
En las tinieblas del error yacías;
Mas de Leandro la enseñanza oías,
Que en tú mente la luz de Dios derrama.

La católica fé tu pecho inflama,
Y de la errónea senda te desvías,
Vences alhagos, riesgos desafias
Y el firme labio la verdad proclama.

Árdese en ira el corazon paterno,
Viendo la fé que tu valor pregona,
Y espiras, mártir de renombre eterno;

Mas al par que tu espíritu abandona
El noble tronco, túrbase el infierno
Y en el cielo conquistas la corona.

Conservadlos, leales hijos
de una Madre tan valiente,
y jamas la cobardía
su lustre inmortal amengüe.
¡Gloria á vos, nobles soldados,
y á España, que aun Cides tiene!
Hoy un solo sentimiento
todos los pechos alberguen,
un solo clamor las auras
á remotos climas lleven:
¡Viva España! el grito sea,
y al oirlo el mundo tiemble.

EN EL ALBUM DE LA CÉLEBRE ACTRIZ

DOÑA MATILDE DIEZ.

(Al partir á la Isla de Cuba).

El mágico sonido de tu acento
cuando niño encendió mi fantasía,
suave cual de Favonio el manso aliento,
dulce como celeste melodía.
De mí arrancó, Matilde, tu contento
pueriles carcajadas de alegría,
y tus amargos ayes y quebranto
soltaron los raudales de mi llanto.

Reina despues de la española escena
te aclamaron de Mántua las hermosas,
y á par que el eco en vítores resuena
rindieron á tus piés mirtos y rosas,
hora de triunfos inmortales llena
en alas de las ondas espumosas
vuelas de Cuba á conquistar las palmas
y á seducir con tu poder las almas.

Enfrene el dios de los soberbios mares
de su furia los ímpetus atroces,
agena de pavor, libre de azares,
las auras tu batel soplen veloces;
y luego tornes á los patrios lares,
sulcando henchida de envidiables goces
los abismos de Océano profundos,
coronada con lauros de ambos mundos.

LA ROSA ESQUIVA.

APÓLOGO.

(En el album dė la señorita doña D. H. D.)

En un jardin risueño,
Donde el alba sus luces difundía,
al murmurio alhagüeño
de Favonio orgullosa
una rïente rosa
en su pomposo tallo se mecía.

Sus pétalos bañaba
la mas suäve tinta
con que serena pinta
Flora sus tiernas hijas y exhalaba

del encendido seno
regalados olores
en el vergel ameno,
siendo por su donaire y su hermosura
prodigio de ventura,
copia del sol y envidia de las flores.

Festejábanla, ansiosos
de vencer su arrogancia
y de gozar sus besos amorosos,
unos haciendo alarde
de exquisita fragancia,
otros con aire tímido y cobarde
de cambiantes vistosos
salpicada su faz el nardo, el lirio
de sencilla apariencia,
el clavel cuya esencia
los mansísimos céfiros perfuma,
el tulipan que suma
en sus lozanas hojas un tesoro
de púrpura, de fuego, armiño y oro,
con mil flores muy bellas
de aquel sitio decoro,
del cielo aquel estrellas,
de la beldad espléndido atavío,
gloria de Abril y alhago del rocío.

Pero la rosa ufana
con sus raros primores engreida
á la turba galana
menospreciaba altiva é ignorante
de que su corta vida
vuela en rápido instante

como brillo caduco y sombra vana.

A poco el sol ardiendo en vivo fuego
elevóse al zenit y con sus rayos,
que del campo el verdor abrasan luego,
secó la rosa; en lánguidos desmayos
una á una cayéronse sus alas
sin matices, desnudas de sus galas,
mustios sus rizos, antes carmin puro,
y el oro de su frente, ya marchita,
trocóse en polvo oscuro,
que á su impulso violento
en turbio remolino arrastró el viento.

¡Ay! entonces los mismos que arrullaban
con suspiros la flor, y se mostraban
pagados de su aroma y arreboles,
su ilusion olvidaron
y de la triste rosa se burlaron.

De tu dureza extraña arrepentida
ama, Dorila hermosa,
tu juventud florida
goza cual Mayo de la alegre vida
y escarmienta en la suerte de la rosa.

A LOS HUSARES DE LA PRINCESA

EN SU REGRESO DE AFRICA.

Cuando el sonoro bronce á la contienda
os incitó en el Africa, animosos
soltásteis al bridon la fácil rienda,
de bélicos laureles codiciosos.
Del hispano leon la ira tremenda
resuena con rujidos espantosos,
y galopando con talante fiero
relumbra en vuestras manos el acero.

Trábase ardiente lucha, vuela, embiste
el gallardo escuadron al moro impío,
que bramando de cólera resiste,

y Castillejos es de sangre un rio;
hasta el reäl del sarraceno triste
invade del arrojo el ciego brío,
y el pendon al rabioso mahometano
de Mur arranca la atrevida mano.

Prez indecible la sin par hazaña,
húsares inmortales, os conquista
en cuanto enciende el sol y Tétis baña,
en cuanto ofrece la asombrada vista;
de los bravos envidia, honor de España,
de insignes héroes en la breve lista
vuestros nombres escribe ya la Historia,
blason ilustre de perene gloria.

LA MUERTE DE JESUS.

SONETO.

¿Por qué no brilla en la mitad del cielo
apagada su lumbre el dios del dia?
¿Quién, robando á los orbes su alegría,
súbito de tinieblas cubre el suelo?

¿Por qué las tumbas se abren? Porqué el vuelo
suspende el aire, y rebramando impía
lanza al zenit la mar su espuma fría,
tiemblan los montes y se rasga el velo?

¡Ay! que pendiente de mortal suplicio
del Gólgota en la cumbre moribundo
consuma el Salvador su sacrificio;

Ruje de ira el báratro profundo,
recibe la Hostia ya el Señor propicio,
Jesus espira.... y se redime el mundo.

LOS PURISTAS.

SONETO.

¿Vamos al *restaurant*?—Vamos, *querido*—
Esta calle en *zig zag* está muy llana—
¿Me convidas, Adolfo? No es *chicana*?—
Camarero.... croquetas á la Guido.—

La pobre *Fanny! Ayer se ha dividido*
—¡*Remarcable buffet* nos dió su hermana!—
A ver ese periódico: «Mañana
Debutará la *prima donna* Elido.—

Pardiez...! Qué gerigonza! —¿Esta es Castilla?
¿Quién es esta pareja de pedantes
que así la lengua de Leon mancilla?

Cáfila de gaznápiros parlantes,
Vete á ceñir las calzas en Melilla,
por corromper el habla de Cervantes.

A MIS AMIGOS.

(DESPEDIDA).

SONETO.

Vosotros que pulsando dulce lira
sois las delicias del vandalio suelo;
los que al mismo zenit alzando el vuelo
dais bulto al lienzo que el sentido admira.

Los que el odio, el amor, templanza ó ira
inspirais con el vario retornelo,
ó los que el mármol, por favor del cielo,
convertis en Apolo ó Deyanira;

Los que de Ictino ó de Daguerre ansiosos
los timbres disputais, ó el lauro á Talma,
ceñid la noble frente victoriosos;

Y yo, envidiando tan ilustre palma,
os ruego que mis vales cariñosos
benignos recibais: vuestra es mi alma.

A MI RESPETABLE AMIGO

EL SEÑOR DON JUAN NICASIO GALLEGO.

SONETO.

Del Parnaso español digna lumbrera,
insigne prez del suelo zamorano,
dió el Destino á tu númen soberano
de Píndaro el laud, la voz de Herrera.

Con tu acento estremece la ribera
que con pérfida planta holló el tirano,
y enardece el recinto mantuano,
pintando del frances la saña fiera.

Llora en lánguidos tonos de *Pradina*
la dolorosa ausencia y los rigores,
ó de *Piedad* el término profundo;

Que al altísono plectro y voz divina
sus elogios tributan los cantores,
España lauro eterno, aplauso el mundo.

A ESPAÑA,

CON MOTIVO DE LA GUERRA CONTRA MARRUECOS.

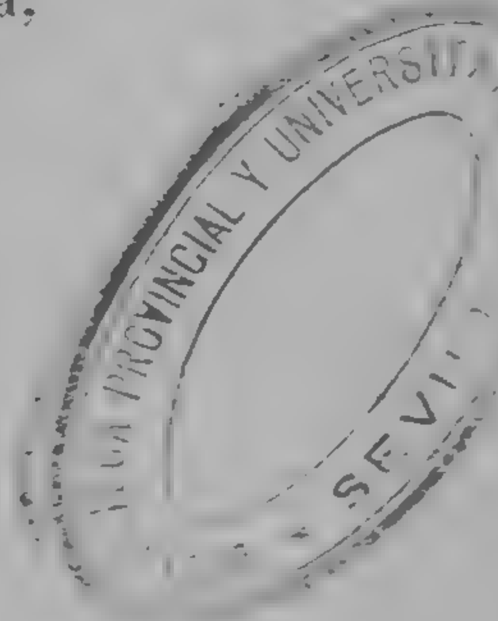
SONETO.

¡Patria! Valiente Patria! un alma sola
hoy en tu seno generoso alienta,
de discordias maléficas exenta
como en Oran, Otumba y Ceriñola.

Ejércitos alarma, naos arbola,
para vengar de bárbaros la afrenta,
ya el dorado pendon y rojo ostenta
que en los bosques del Africa tremola.

Truena el obus; de sangre los raudales
riegan la selva, el monte y la campaña,
guaridas de feroces canibales;

Ruje el bravo leon, ardiendo en saña,
y lo coronan triunfos inmortales
al grito vencedor de *¡Viva España!*



A MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

SONETO.

Madre amorosa, celestial María,
pura como la luz, gloria del mundo,
¿Por qué desgarra pasador profundo
tus cándidas entrañas, Vírgen mía?

Lloras....! Tú, de los hombres la alegría!
Ruegas ...! Tú, de poder raudal fecundo!
Ah....! que en tronco sangriento moribundo
Jesus padece bárbara agonía.

Vivas llagas abiertas! Qué dolores!
De cuánta ingratitud eres testigo!
Oh! morir por salvar los pecadores!

Ya tu Rey espiró.... teme el castigo,
pueblo de los deicidas y traidores....!
y lloremos, lloremos ¡ay! contigo.

AL EMINENTE ACTOR

DON JULIAN ROMEA.

SONETO.

Rasgando el aura en magestuoso vuelo
Gentil, risueña, como el alba pura,
y radiante de espléndida hermosura,
Desciende la VERDAD del almo cielo.

El inspirado artista, cuyo anhelo
Copiar sus formas nítidas procura
En suave lino, bronce ó piedra dura,
La observa, roto del error el velo.

Así la contemplaste en dulce pasmo
Adorándola, cómico sublime,
Y ella, en cambio, de luz tu mente llena,

Y brilla en el ardor de tu entusiasmo
Y en tu mudable faz su sello imprime
Y te conquista glorias en la escena.

POESIAS

DE

DON NARCISO CAMPILLO.

A MURILLO, PINTOR.

ODA.

Acaso deslumbrada
bajas la frente y doblas la rodilla,
¡oh, miserable humanidad! al oro:
ó la hermosura, ó la nobleza hinchada,
oyen soberbias tu aclamar sonoro.
Idolos son que levantó la suerte,
que estriban su cimiento en aire vano,
y de la edad la inexorable mano
los hunde en el olvido, que es la muerte.

No asi tu llama espléndida y fecunda
puede morir, inspiracion sagrada;
el alma te tributa enagenada
amor inmenso, admiracion profunda.
Cual caudaloso rio
los siglos incansables van pasando,
en sus revueltas ondas
triunfos, riquezas y poder llevando.
Los pueblos que en el Asia se extendian,
escombros son ahora:
las solitarias yerbas los cubrieron
y allí la lira del Oriente llora.
Roma y Atenas fueron:
hundida en bajo polvo está su frente;
y salvando del tiempo la corriente,
viven los héroes que esplendor les dieron.

España, patria mia,
alégrate con gloria:
muestra á la faz del mundo
el blason peregrino de tu historia,
que tu famoso nombre al sol levanta:
muéstrate coronada de laureles;
mientras mi lira vigorosa canta
al inmortal Murillo,
émulo y vencedor del grande Apeles.

Un mar incomprensible
es el alma del hombre: ella se eleva
muy más allá del aquilon y el trueno:
el entusiasmo audaz de fuerza lleno
á las mansiones de su Dios la lleva:
ella sonríe con la blanca aurora

desplegando su azul, púrpura y oro:
como las aves trina,
y si la tarde pálida declina,
con el rocío de la noche llora.
Pródiga su tesoro
la brinda por do quier naturaleza:
su esencia es la unidad y la armonía,
su alimento eternal es la belleza.
Gózala el génio, y al gozarla siente
sombras, luces, perfumes y sonidos,
inquietos, palpitantes, confundidos,
divagar por los campos de su mente.
La inspiracion le envuelve, le arrebata,
cual desbordado y hervidor torrente
que de altísima cumbre se desata;
no le basta gozar; quiere que el mundo
goce con él y por sus ojos vea:
con lo bello ligar quiere su nombre,
y ¡oh pasion nobilísima del hombre!
que eterno á par del universo sea.

¡Pasion sublime, fuente de las artes,
gloria del mundo, altar del pensamiento!
Tú, tú infundiste con divino aliento
á Zurbaran la magestad severa
que en sus santas imágenes grababa
Por tí sencilla y digna se elevaba
la inspiracion de uno y otro Herrera:
tú diste á Alonso Cano
la grata correccion, el fiel diseño
y el lienzo y mármol animó su mano:
tú diste al gran Velasquez
ese brillante y vigoroso vuelo,

ese pincel de indómita osadía;
que á los ojos absortos ofrecía
cuanto circunda el mar y cubre el cielo.

Embellecida entonces la natura
en breve espacio contempló su imágen
y á sus amantes sonrió hechicera.
Pudo el bosque sus sombras y verdura
mirar eternas en paisage hermoso:
pudo su manto virginal gracioso
ostentar la inocente primavera,
sin miedo al sol de estío:
y todo el universo engalanarse,
y la beldad de la vejez librarse,
su figura dejando y su memoria.
Pudo el hijo infeliz que allá en la cuna
sintiera helarse de su madre el seno,
verla despues en éxtasis sereno,
triunfando así del tiempo y la fortuna.
El contorno, el color más fugitivo,
el pincel detenía
y hasta la edad futura lo lanzaba
fresco, latiente, vivo,
y la muerte gemía......
¡Tanto el génio español se levantaba!

La inteligencia en su soberbio trono
el himno oyó, que el hombre prosternado
con estro peregrino
en su alabanza entona.
Mas á tí, corazon, templo sagrado,
te faltaba tu intérprete divino,
faltaba al arte su mejor corona:

Y fué Murillo: el sevillano cielo
con tintas melancólicas, suaves,
bañó su cuna y circundó su frente:
nació para pintar, como las aves
nacieron para el vuelo,
y para gala del pensil la fuente.
El arte fué su vida:
respiraba por él, por él gozaba
la inspiracion á su existencia unida;
y hasta en el lecho con su amor soñaba.
¡Amor inmenso! El entusiasmo entonces
alzóse como estrella
de pura luz resplandeciente y bella.
¿Qué triunfos no logró?....

Noble Murillo,
solo tú arrebatado penetraste
en la ideal region, pintor del cielo:
tú lo viste patente, y lo mostraste
á los ojos atónitos sin velo.
Solo á tí, solo á tí fué revelada,
del ángel y la vírgen
la casta y melancólica hermosura:
la gravedad tranquila del anciano,
la cándida ternura
del niño, y la dulcísima inocencia
que en su cuna sonríe.
¡Prodigios de tu génio sobrehumano!
Entre nubes de clara trasparencia
donde flota diáfano el ambiente,
miro el celeste coro;
y embebecida en su ilusion la mente,
pienso escuchar el cántico sonoro.

Tanta es la vida que respira el lienzo
animado por tí: leves y vagos
los celages ondean, cual mecidos
del áura á los halagos,
y de inmortales lumbres revestidos:
la flor difunde aroma,
baja en pliegues magnífico el ropage,
y á tu pincel rindiendo vasallage,
brillo y color el universo toma.
Y aun vuelas más allá: tu pensamiento
en las alas del éxtasis te eleva,
místico, irresistible, soberano,
y te sientes mayor, cual si te hubiese
tocado Dios con invisible mano.
Rásgase el velo ante tu vista, y creas
uniendo lo mortal con lo infinito:
lanza el alma del mundo inmenso grito;
¡«venturoso pintor, eterno seas»!

¡Aclamacion universal y pura!
¡Grito que crece al par que se dilata,
como torrente de sonora plata
que desciende cubriendo la llanura!
¡Con cuánto ardor mi acento
se unió contigo, al ver enagenado
ese lienzo sagrado
de la piedad y el arte monumento!

Vagaba yo por las augustas naves
de la sublime catedral: desierta
se hallaba entónces, sin rumor ni luces:
un sepúlcro á mi vista parecía.
Tan solo un triste rayo descendía

de mústia claridad dudosa y yerta
á traves de los vidrios de colores
de la alta ojiva, y mis errantes pasos
dormido el eco apenas repetia.
A otra region mi espíritu volaba
llena de paz y célicos amores,
y otras áuras mi pecho respiraba,
en tanto que mi frente se inclinaba
al poder de su grave pensamiento.
Así pasaron las tranquilas horas.....
y al levantar los ojos,
una vision me acarició divina.
En cuadro de belleza peregrina (1)
oraba el justo, y de increada lumbre
se inflamaba su pálido semblante:
era aquel fuego que ciñó triunfante
del sagrado Tabor la excelsa cumbre:
á su plegaria se rasgaba el cielo,
y ángeles mil en reposado vuelo
sobre ondeantes nubes descendían.
Brotar de entre sus labios parecían
himnos de paz y bendicion y gloria,
y entre ellos Dios, vestido de inocencia,
al fiel creyente á consolar bajaba.

¿Quién dulce trasparencia
á los celages vaporosos daba,
giro al aire sutil y movimiento,
brillo á la luz, y al labio enagenado
súplica humilde y fervoroso acento?
¿Qué génio poderoso allí esparcía

(1) Cuadro de San Antonio.

en grandes oleadas
la existencia, la gloria y la armonía?

¡Murillo! tú no has muerto! Aun en las nieblas
de la tumba sombría resplandeces:
aun hablas al espíritu admirado.
¡Palmas, laurel! Tu pueblo congregado
justo homenage á tu memoria rinde.
Estátua noble en pedestal eterno
publicando tu fama se levanta,
llena el aplauso el aire estremecido,
y mi acento, jamás envilecido,
tu fé, tu inspiracion, tus triunfos canta.



AL VERANO.

Bajo el follaje de robusta encina,
por la segur y el tiempo respetado,
asilo fiel del ave peregrina
y verde pompa del feraz collado,
miro cuán lento y grave el sol inclina
el ancho disco y resplandor sagrado,
y solo yo con la natura en calma,
melancólica paz siento en mi alma.

Ya vienes tú, consuelo y compañera
en el sendero de mi triste vida;
tú, que engalanas la verdad severa

y formas das á la ilusion querida,
y nueva luz á la celeste esfera,
y aromas á la selva florecida;
inspiracion, inspiracion ardiente,
con tu llama inmortal toca mi frente.

Del astro rey al moribundo rayo
enagenado admire en torno mio,
el sáuce mústio en lánguido desmayo
besando el haz del transparente rio:
el prado que gentil ornara Mayo
y enciende ahora el caloroso estío,
donde la rubia mies trémula ondea
cuando el céfiro plácido la orea.

¡Oh! cómo á nuestros ojos apareces
de majestad vestida y hermosura,
y cuán grata y fecunda resplandeces
en el campo andaluz, rica natura!
Por ti su fruto en los estivos meses
rinden el monte, el valle, la llanura,
y bajo el techo de la humilde choza
el labrador al contemplarlos goza.

Goza, sí; de sudor con larga vena
bañó los surcos fértiles que abría
su reja corva en rústica faena
desde la aurora hasta morir el dia:
la espiga yá creció: muestra serena
el antiguo olivar su lozanía,
y el fresco y ancho y delicioso huerto
está de flores y verdor cubierto.

Mas no el olivo, ni la mies dorada
ornan tan solo mi natal ribera:
que su lujo y su pompa más preciada
naturaleza pródiga le diera:
acaricia purpúrea la granada
el tronco de la altísima palmera,
y sus hojas el plátano sonante
ufano mueve con el áura errante.

El naranjo do quier su copa extiende
llena de olores y de pomas de oro,
que el meridiano sol vívido enciende
de su luz al espléndido tesoro:
parece que la rama se desprende
hácia el arroyo de cristal sonoro,
y que el arroyo murmurante pára
viendo en sus ondas su belleza rara

Morados lirios hay, rojos claveles
y entre la grama blancas azucenas,
simple tomillo, plácidos laureles
y madreselvas de fragancia llenas:
de donde liba sus sabrosas mieles
la abeja en las auroras más serenas,
con eco ronco y en copioso bando,
de floresta en floresta revolando.

Y para más belleza, no con ira
bramadores torrentes se desatan,
ni la tormenta por los aires gira,
ni el ganado las fieras arrebatan:
solo en la linfa que fugaz suspira
los árboles y flores se retratan,

y trisca la cordera sin recelo
y purísimo azul ostenta el cielo.

No aquí se arrastran por hirviente arena,
cual en las playas del desierto Nilo,
hórrida sierpe de ponzoña llena,
ni acerado y sangriento cocodrilo;
no aquí la madre escucha de la hiena
el tremendo rugir, y en pobre asilo
al niño débil con abrazo estrecho
quiere ocultar en el turbado pecho.

No se levanta entre la verde alfombra
de fresca yerba, pródiga de olores,
árbol que engañe con nociva sombra
y frutos tan lozanos cual traidores:
no el astro rey velado nos asombra
con negras nubes y húmedos vapores,
ni espira solitario en su camino
abrasado y sediento el peregrino.

Todo es paz y ventura: coronada
de fruto y flor la bella Andalucía,
se alza risueña de esplendor bañada
cual suele alzarse en el oriente el dia;
que yá sobre la vega dilatada
benigno el sol y generoso envía
inmensos dones en su rayo cano;
dones que ostenta plácido el verano.

Tiempo es ahora que el vellon de nieve
rinda al pastor la cándida cordera:
que el perezoso buey cansado lleve

la mies nutrida á la redonda era:
de donde esparza murmurando leve
la seca paja el áura más ligera,
cuando con duro y resonante callo
huella la espiga el volador caballo

Tiempo es ahora en baño delicioso,
pues dormido en sus grutas yace el viento,
y de las selvas el ramage umbroso
no se agita con ténue movimiento,
de gozar el arroyo rumoroso
que sobre guijas desmayado y lento,
entre amargas adelfas encamina
la tarda huella y onda cristalina.

Aquí Nísida bella se bañaba,
aquí su rubia cabellera de oro
sobre la espalda y pecho derramaba,
avara de esconder tanto tesoro;
aquí su voz suavísima entonaba
himnos que el eco repitió sonoro,
y que las aves modularon cuando
por el limpio raudal iba nadando.

Aquí en un tronco que en la márgen crece
de una vid trepadora revestido,
donde el ganado errante se guarece
y tiene el dulce colorin su nido,
un juramento fiel que amor la ofrece
en la verde corteza halló esculpido;
la letra dice: «Nísida, primero
que olvidarme de tí, la muerte quiero.»

Y enrojeció su púdico semblante
que yá por el amor estaba herida,
y vió á lo lejos á su tierno amante
con faz inquieta y la color perdida:
contempla del zagal la fé constante,
acúsase de ingrata, y conmovida,
la secreta pasion con que batalla,
dicen los ojos si el acento calla.

Mas hora miro que despliega el cielo
su magnífica pompa y hermosura:
la vista absorta con ansioso vuelo
sube y se pierde en la sublime altura:
nubes purpúreas ondeante velo
extienden al brillar la noche pura,
y sobre ellas la noche se adelanta
y al orbe todo misteriosa encanta.

¡La noche! De mi patria en el estío
su blanca luna es sol resplandeciente;
penetra por el bosque más sombrío,
tiembla en las aguas de la clara fuente.
¡Astro de amor! El pensamiento mio
á tí se alzó con entusiasmo ardiente,
y exclamé al eclipsarte: espera, espera,
no escondas, no, tu celestial lumbrera.

Que tiene para mí fulgor suave,
indecible y feliz melancolía,
cuando en aéreo nido muda el ave,
no gime ó canta en la arboleda umbría:
cuando el reposo, y el silencio grave
llenan el suelo y la region vacía,

y exhala con rumor vago y profundo
sones inciertos adormido el mundo.

Hora llena de encantos, luna bella,
sombras queridas del que triste llora,
pronto su luz la matinal estrella
difundirá seguida de la aurora:
de su cuna oriental con noble huella
saldrá el planeta que los orbes dora,
y tierra y viento y mar en su alegría
himnos sin fin tributarán al dia.

En tanto, luce desmayada y pura,
rica de aromas, languidez y amores,
dando á los cielos mística hermosura
y gotas de ámbar á las mústias flores:
noche serena, tú con tu dulzura
de los sueños disipas los dolores,
tú derramas la paz con franca mano,
¿quién más dones que tú rinde al verano?

A MI AMIGO EL EXCELENTE POETA Y LITERATO

DON JUAN VALERA.

«¡Dad á los vates que jamas empañan
«la clara luz de inspiracion sublime,
«glorioso láuro y bendicion eterna!
«Ellos al hombre elevan y ennoblecen,
«ellos conservan el sagrado fuego,
«cual las antiguas vírgenes vestales
«en torno de la trípode velando!
«Así sus nombres generosos vuelan,
«vuelan en alas de los tiempos siempre
«del olvido y la muerte vencedores;
«no los busqueis en mármoles escritos
«cual si fuesen los nombres de opulentos

«próceres ó monarcas poderosos;
«que al fin el mármol como polvo cae
«y lo huella la planta indiferente:
«buscadlos donde existan los impulsos
«del bien, de la virtud: donde germinen
«grandiosos pensamientos, donde un rayo
«penetre y brille de la luz divina;
«buscadlos en las almas; son sus templos.»

Tal exclamaba yo cuando tus himnos,
caro amigo, leía: gruesas perlas
cayendo sobre láminas de plata,
no tan sonoras son cual sus acentos.
Era la idea generosa y pura,
en magníficas formas revestida,
noble matrona de belleza extraña
ornada con espléndido ropage:
era como la luz en el oriente
si la vela flotante y blanca nube,
ó cual los frutos de árboles lozanos
entre las flores y las verdes hojas.
¡Cuánto, cuánto gocé! ¡Con qué pujanza
á otra region voló mi fantasía,
mi corazon al tuyo respondiendo;
bien como lira que de sáuce pende
junto al espejo de sereno rio,
se agita con el áura suspirando;
ó si el impulso de aquilon furioso
turba las aguas y el ramaje azota,
estremecida, por el monte y valle
su vigorosa vibracion dilata!
¿Pudiera no hallar eco la poesía
en el alma entusiasta del poeta?

Siempre, siempre lo halló, y en mí lo tiene
vivo, profundo, á mi existencia unido,
y tú lo despertaste con tu canto.
¡Dichoso vate, que pintar supiste
á Cristo, quebrantando su sepulcro,
vencedor del imperio de la muerte,
transfigurado y redentor del hombre!
¡Vate feliz, que el inmortal anhelo
retrataste del alma, cuando aspira
á otro ser, á otra vida y á otra patria!
Parece que los bíblicos cantores
su espíritu y su lira te cedieron
y su vista clarísima, que goza
en la etérea mansion de lo infinito!
Presentas de Colon la gloria excelsa,
ponderas del amor los dulces dones,
de tu Granada el cielo delicioso
y sus floridos valles de esmeralda:
en el sonoro idioma castellano
prestas voz á los altos trovadores
que oyó la Grecia en sus heróicos dias;
á los que entre los bosques de Germania
fantásticas visiones concibieron,
á los que el Sena y Támesis nubloso
y el áureo Tajo lusitano escuchan:
y ya tu propia inspiracion entones,
ya nueva forma dés á extraño acento,
resplandecer sobre tu frente miro
de fúlgido laurel justa corona.

Digno premio á tu afan: ¡oh! si pudiera,
cual tú, elevarme al infinito espacio,
cual tú volar, y en la region fecunda

de los génios alzar mi canto ardiente!
¿Qué entusiasmo frenético podría
mi entusiasmo igualar?.... ¡Cómo, rompiendo
este muro de hierro que me oprime,
en olas de armonía difundiera
los mil afectos que en el alma luchan,
las mil ideas que alcanzó la mente!
Mas ¡ay! en lid eterna me consumo;
en esa ruda lid que sostuvieron
el grande Miguel Angel con el mármol,
con los colores Rafael de Urbino:
ya triunfador, con fuerzas de gigante
pienso tocar á la soñada cumbre,
ya, gastado mi ardor, caigo en el polvo.
Porque falta á mi intento la palabra
que encuentro pobre, sin calor, sin vida,
y no responde al alto pensamiento:
doblegarla, fundirla, darle un alma,
poner en ella el corazon del hombre
y de natura misma hacerla imágen.....
tal es mi afan, y me fatigo en vano.
Esta empresa es de un Dios: él solo puede
unir lo material con lazo firme
á lo infinito. El génio se le acerca,
mas nunca llega al fin.

Yo, caro amigo,
tal vez distante siempre, de mis dias
veré morir los postrimeros soles;
y entonces ¡ay! aunque doliente y triste,
superior á la envidia, mis acentos
solo dirán, como al leer tus himnos:

«dád á los vates que jamas empañan
»la clara luz de inspiracion sublime,
»glorioso lauro y bendicion eterna!»

ANGEL Y MUGER.

EL POETA.—LA VANIDAD.

I.

El Poeta.—Sigue mis pasos ahora,
que no alce rumor tu planta;
ó más bien al pensamiento
suelta las ligeras alas.
La Vanidad.—¿Adónde irémos, poeta?
¿Nuevos triunfos se preparan?
¿El héroe vendrá ceñido
de púrpura recamada,

tristes naciones hollando,
de sus victorias esclavas?
¿O será sabio profundo,
á quien los hombres ensalzan?
¿Tal vez magnate opulento
que sus tesoros derrama?
¿Quières que yo con mi soplo
llene y trastorne sus almas?
Soy la vanidad del mundo;
soy del mundo soberana:
¿Adónde me llevas?

El Poet.— Míra;
¿qué ves?

La Van.— Silenciosa estancia
tranquila como los valles
cuando las aves no cantan,
cuando los llena la noche
y en las flores duerme el áura.
Aposento misterioso
que alumbra suave lámpara,
que mullida alfombra cubre,
que tapizan leves gasas.
Y del vecino jardin
respirando la fragancia,
un ángel que duerme ó vela
en la entreabierta ventana.
Quizá en sueño delicioso
otros mundos vé su alma,
quizá escucha pensativa
cómo los céfiros pasan,
cómo suenan al mecerse
de los árboles las ramas,
cómo en la fuente de mármol

cae murmurando el agua.
¡Es tan niña y es tan bella!
¿Por qué del lecho se aparta
y la noche y el misterio
busca y goza solitaria?
¿Conoce el amor? ¿Se agita
en su pecho ardiente llama?
El Poet.—No; que su frente serena
ninguna nube la empaña:
por esas frescas mejillas
no han corrido acerbas lágrimas,
sus ojos brillan tranquilos
cual las estrellas lejanas,
y aun no probaron sus labios
la hiel de sonrisa amarga.
Míra su rostro y el mio,
y no preguntes quién ama.
Ella es pura como lago
que en sus linfas sosegadas
refleja la luz del cielo
en las matinales albas,
sin que una quilla lo hienda,
sin que lo enturbie una ráfaga.
Mas vela, por que su mente
á otras regiones se aparta,
por que se extiende á su vista
un inmenso panorama,
y una senda extraña y nueva
en breve hollará su planta.
La juventud la sonríe,
y el sol que alumbre mañana,
la verá con luengo trage,
la verá con ricas galas.

Tal vez sus ropas de niña
con desden contemple ingrata,
mientras ráudo el pensamiento
tras lo porvenir se lanza.
La niña en muger se torna;
el ángel pierde sus alas.

La Van.=Ella feliz! El sol de los amores
con limpio rayo bañará su frente:
sus plantas hollarán senda de flores,
astro será que brille en el oriente:
por verla, sus raudales bullidores
adormirá el arroyo trasparente,
y la onda clara luego desatando,
irá alhagüeño su beldad cantando.

Verá más azulado el firmamento,
más dulce el existir, la luz más pura,
respirará más delicioso viento
lleno de aromas, himnos y frescura:
á su alma hablarán con grato acento
las voces mil de la inmortal natura,
y su espléndido manto en lontananza
desplegará á sus ojos la esperanza.

Rosa que en los vergeles de la vida
mañana exhalarás tu olor fragante,
rayo de luna pálida y dormida
que al mismo sol deslumbrarás radiante.
¿quién la hermosura de tu edad florida
podrá mirar sin que suspire amante?
Salve, niña gentil, naciente estrella,
cruza tu cielo con segura huella.

El grato aplauso arrullará tu oido,
deidad serás que inspire dulce fuego,
del amador ante tus piés rendido
ufana oirás el anhelante ruego:
y al entregarte al sueño y al olvido,
placentera ilusion llegando luego,
te dará nuevos triunfos, nuevas galas,
y nunca el ángel perderá sus alas.

El Poet.—Es la inocencia para el alma pura
la fiel amiga, la beldad mayor:
es la corona que se ciñe el ángel;
¡mísero aquel de cuya sien cayó!
Sus ojos buscan el tranquilo sueño,
¡ay! mas en vano, porque el sueño huyó,
y del recuerdo la punzante espina
clavada tiene el triste corazon.

Cuando sonríe candoroso el niño,
cuando nos habla con su dulce voz,
su rostro alumbra nuestra mústia frente
que el desengaño sin piedad nubló.
El niño es ángel de la tierra impura,
como las flores de los cielos son
esas estrellas que entre azules nubes
súbito brotan á la voz de Dios.

Ella, que es niña, la tranquila senda
de la inocente infancia recorrió,
y al traspasar el término postrero,
engañadora alzóse la ilusion.
Campos de extrañas y brillantes flores
entonces muda y admirada vió,

y atrás volviendo con placer los ojos,
dijo al sendero de su infancia: *adios.*

Nave que dejas el amigo puerto
de ignotos climas por correr en pos,
si ahora te alhagan bonancibles brisas,
¿no puede luego hundirte el aquilon?
Niña que dejas de la edad primera
la dulce paz por juvenil ardor,
¿no puedes luego, si el amor inspiras,
víctima ser de inextinguible amor?

Tal vez empañe solitario llanto
tus ojos puros que luceros son,
cuando contemples que tus dichas huyen
¡ay! para siempre, cual mi dicha huyó.
Tal vez en breve á tu angustiado pecho
hondo suspiro arrancará el dolor,
y atrás la vista con pesar tornando,
digas al tiempo de tu infancia: *adios.*

¿Quién no recuerda su niñez querida,
si la copa de hieles apuró?
¡Oh, si la mano del mortal pudiera
del tiempo el curso detener veloz!
¡Si yá que amigo y generoso el cielo
sus ricos dones sobre tí vertió,
siempre decir pudiera en mis cantares:
la niña fué muger y ángel quedó!

II.

El Poet.=Ven y sígueme los pasos,
que no alce rumor tu planta;
ó más bien al pensamiento
suelta las ligeras alas.
La Van.= ¿Adónde me llevas?
El Poet.= Míra;
¿qué vés?
La Van.= Silenciosa estancia
tranquila como los valles
cuando las aves no cantan,
cuando los llena la noche
y en las flores duerme el aura.
Aposento misterioso
que alumbra suave lámpara,
que mullida alfombra cubre,
que tapizan leves gasas.
Y en el lecho suntuoso
blandamente reclinada
está una muger dormida;
mas en sus ojos hay lágrimas.
Dí, poeta, ¿por qué llora?
¿Por qué ni en sueños descansa?
El Poet.=¿No la conociste?
La Van.= No.
El Poet.=Al fin, muger desgraciada!
Tambien jamás el que impío
la flor de su tallo arranca,
la conoce cuando gira
por el polvo deshojada.
Tú, la Vanidad del mundo,
emponzoñaste su alma:

vén á contemplar tu obra,
vén á gozarte en sus ánsias.
Amores, triunfos, placeres,
ofreciste ante sus plantas,
y la niña.... fué muger,
y el ángel perdió sus alas.

A CALDERON.

SONETO.

Niño era yo, y apenas entendía
Los signos que dan cuerpo al pensamiento,
Cuando tu extraño y varonil acento
Con balbuciente labio repetía.

Aun no toda su fuerza comprendía,
Ni alcanzaba á medir su atrevimiento;
Mas en él, por oculto sentimiento,
Raudal feliz de inspiracion bebía.

Despues mi canto férvido y sonoro
Vibró ensalzando la virtud, la gloria,
Únicos àstros cuya lumbre adoro.

Y hoy, que te admiro en la española historia,
Que estudio de tus obras el tesoro,
¿Me faltará un recuerdo á tu memoria...?

A MI BUEN AMIGO

DON JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

SONETO.

Un altar es el alma del poeta,
de noble inspiracion rico venero;
lo grande, lo sublime y verdadero
en él reciben oblacion completa.

Esa alma libre, voladora, inquieta,
nunca desmaya de su ardor primero:
combate y vence; el universo entero
su fé, su amor, su elevacion respeta.

Si sientes en tu pecho conmovido
de semejante espíritu la llama,
canta y libra tu nombre del olvido.

Lo librarás; tu amigo que te aclama
digno del galardon apetecido,
te ofrece de laurel ilustre rama.

A UN POETA.

SONETO.

¿Por qué ante un rey te miro prosternado
Envileciendo el canto peregrino?
Inflexible la mano del Destino
Con el polvo los cetros há formado.

Polvo son: el acento arrebatado
Ensalce el fuego de virtud divino;
Mas nunca el oro y el poder mezquino,
Desnudo de valor, de astucia armado.

Mueven tus himnos, infeliz poeta,
A vergonzosa compasion ó ira
Al que el honor y la verdad respeta.

Digno es tan solo de pulsar la lira
El hombre libre, cuyo pecho fuerte
Huye la humillacion y no la muerte.

A UNA ADULTERA.

SONETO.

Cuando tu llama criminal ardía,
Ultrajando el honor, la ley del cielo,
Pudo esconder la noche con su velo
Esa tu vil profanacion impía.

Pudo ocultarte la tiniebla umbría
Del ángel tuyo el indignado vuelo,
Y mitigar el hondo desconsuelo
Que en tu agitado corazon nacía.

Mas yá inunda la luz el rojo oriente:
¿Adónde irás con tu vergüenza ahora?...
¿Con qué valor levantarás la frente?...

¡Cuán abatida la miró la aurora!
Para lavar tu mancha, eternamente,
Esposa desleal, recuerda y llora

PÁJAROS Y FLORES.

I.

Pues se juntan las flores y las aves,
hermanos son los pájaros y flores;
gozan ambos los éuros voladores,
gozan las sombras de los bosques graves:
y al rumor de las fuentes más suaves
se entregan á sus plácidos amores,
ya entre las hojas de su tallo erguido,
ya entre las plumas del caliente nido.

II.

Los colores de nácar y esmeralda
con que se viste la espumante ola,
los que la luz del dia tornasola
del verde monte en la risueña falda,
ostentan ambos cual gentil guirnalda
en su débil estambre, en su corola,
en su lozano y desigual follage,
ó en el vario matiz de su plumage.

III.

Ellos son libres; cuando el yelo frío
esmalta apenas la feraz colina,
cruzando el mar la osada golondrina
huye la nube y el turbion sombrío:
en las cumbres de América en estío
el gran condor al cielo se avecina,
mientras cantan aquí con voz de amores
blancas palomas, pardos ruiseñores.

IV.

Mas si á vosotras sugetó natura
á nacer y morar siempre en el suelo,
alzais, oh flores, vuestra frente al cielo
radiantes de pureza y hermosura:
y no sois menos libres, si en la altura
no podeis extender pujante vuelo;
pues si os coje una mano aborrecida,
dais con la libertad la dulce vida.

V.

En el valle, en el bosque, en la pradera,
junto á ignorado arroyo ó clara fuente,
contemplais en la linfa transparente
vuestra flexible imágen hechicera;
mientras aura balsámica y ligera
fecunda vuestro cáliz blandamente
con invisible gérmen y semilla
que de otra zona recogió en la orilla.

VI.

Los vientos enmaridan á las flores
á través de los montes y los mares,
los vientos con suavísimos cantares
las alhagan y entonan sus amores;
y los vientos tambien en sus furores
marchitas las arrastran á millares;
que del Creador la incomprensible mano
juntó la dicha y el dolor insano.

VII.

Yo las he visto lánguidas doblarse
al rudo noto y á la voz del trueno:
en polvo vil y en abatido cieno
he mirado sus hojas agitarse:
las he escuchado flébiles quejarse
unas con otras en el valle ameno
que la tormenta rugidora, impía,
en páramo de muerte convertía.

VIII.

Y las aves con ala voladora,
mojadas del turbion enfurecido,
buscaban raudas el seguro nido
bajo la espesa rama salvadora:
trémulo el pecho, en ánsia aterradora,
ni aun osaban lanzar triste gemido....
¿qué alcanzarán sus míseros lamentos,
si el rayo, el huracan luchan violentos?

IX.

Pasan las nubes, y en la azul esfera
su arco de triunfo el íris levantando,
con la tierra los cielos abrazando
es símbolo de paz que el alma espera.
Recobra el campo su beldad primera,
y el bosque sus ramages agitando
se corona de gotas suspendidas,
que son diamantes por el sol heridas.

X.

Suena el arrullo de lëal paloma,
la música de tiernos ruiseñores,
vierten entonces húmedas las flores
la grata esencia de su blando aroma:
sacude el árbol la pintada poma,
se alza un himno feliz de paz y amores,
y al cielo sube cual debido incienso
libre flotando en el espacio inmenso.

XI.

Oh! ¡cuántas veces lo escuché gozoso
en las riberas de la patria mía!
¡Cuántas veces henchido de alegría
mi ardiente corazon latió dichoso,
cuando á la selva, al valle rumoroso,
pensativo mis pasos dirigía,
y en soledad dulcísima gozaba,
y en delirios sin nombre me embriagaba!

XII.

Por que os adoro yo, tímidas aves,
y yo, cándidas flores, os adoro,
y en mi alma guardo mi mayor tesoro
que son afectos nobles y suaves:
y si en mis horas de congojas graves
ni pena muestro, ni piedad imploro,
más de una vez el sentimiento ageno
nubló mi rostro y se abrigó en mi seno.

XIII.

Yo os digo hermanos, pájaros y flores,
por que siempre vivís do quier unidos:
os llamo tiernos, porque sois queridos
de almas puras que os rinden sus amores.
¡Oh, que jamás los cierzos bramadores
echen por tierra vuestros leves nidos,
ni tronchen vuestro tallo en su porfía!
Que alegre y claro os acaricie el día!

COLON.

ROMANCE. (1)

Esa grandiosa edad media,
mil y mil veces bendita,
que edad de barbarie y sombras
el ignorante apellida,
en el relox de los tiempos
su hora postrera leía.
Pasaba cual ancho rio

(1) Forma parte de la coleccion inédita que el autor tiene escrita sobre el descubrimiento de América; asunto el más épico de nuestra historia.

si á los mares se avecina,
despues que con crespas ondas
fertilizó la campiña.
Como tempestad pasaba
que los aires purifica,
y al árido suelo deja
la errante y fértil semilla.
Ella dejó en esos pueblos
que ciegos hoy la denigran,
espíritu independiente,
virtud, libertad y vida.
Levantó sus sacros templos,
pintó sus muros y ojivas,
rompió la dura cadena
que á los siervos oprimía.
Su inteligencia sublime,
siempre audaz, nunca vencida,
perpetuó con la imprenta
la palabra fugitiva.
Inventó el cristal luciente
do la hermosura se admira,
y tiene yá más encantos,
y es más dulce su sonrisa.
Cristal que el sabio elabora
y le dá fuerza infinita,
y descubre nuevos astros
que en anchos espacios giran.
Esa edad vé al hombre débil
y la pólvora le brinda:
y el hombre yá vigoroso,
con explosion repentina,
lanza rayos como el cielo,
las montañas pulveriza.

Y esa edad, que otros desprecian,
la mar borrascosa míra,
contempla los horizontes
llenos de nubes sombrías,
oye al triste navegante
llorar su estrella perdida,
vagando con rumbo incierto,
sin luz, sin valor, sin guía;
y piadosa y creadora
con voz pujante le grita.
«No llores la muerta lumbre,
»no inclines la frente altiva,
»avanza; que yá tu estrella
»de nuevo por siempre brilla:
»vá contigo: vá en tu nave,
»á tu voluntad rendida.»
Dice: el navegante adora
la brújula que le envía;
era esclavo..... y como dueño
golfos y mares domina.
Si antes columbraba apenas,
entre las brumas perdidas,
allá en las aguas distantes,
risueñas y azules islas,
yá en ellas graba su planta,
yá en ellas su pendon fija.
Dobla el límite africano
que de horror le estremecía,
y halla sus palmas de triunfo
en los bosques de la India.

Mas aun el torvo Occeano
su gran secreto encubría;

aun la América fragante
sola está, sola y dormida,
oyendo dulces conciertos
de sus aves y sus brisas.
¡América! Hermosa vírgen,
templo del sol que te admira,
la de las noches serenas,
la de los brillantes dias!
Duerme, y que te dén su sombra
mangos, plátanos y piñas;
tu despertar será triste....
muy triste, vírgen sencilla!
Mientras yaces blandamente
en el ocio sumergida,
la eterna ley del progreso
desde la Europa te grita,
y el génio con alma osada
te concibe y te adivina.
Ese génio poderoso
es Colon: la gente altiva
que se atreverá á seguirle,
son los hijos de Castilla.
Es Colon el héroe ilustre
do la edad media termina,
gloriosa en descubrimientos,
en agitacion y vida:
es la gran figura donde
la edad moderna principia.
¡Coloso entre dos edades,
que dos historias domina,
cual gigantesca montaña
entre dos mares erguida!
Su empresa es la que yo canto,

su virtud la que me anima;
para lo bello y lo grande
nació la sonante lira:
y.... ¡ojalá que en altos himnos
pudiese vibrar la mia!



A LOS ESPAÑOLES, EN 1859.

ODA.

—

España está de luto
y tiene el alma de amargura llena.
Ha visto su pendon siempre glorioso
escarnio yá de la insolencia agena,
y agotó del oprobio la vil copa.
¡Oh Dios, que tanto mal has permitido!
Para el asombro y lástima de Europa,
¿no bastaba tal vez haber sufrido
de Méjico la ofensa no vengada?
¿No bastaba la sangre derramada

en discordia civil, funesta, impía,
sangre que en nuestras frentes aun gotea?
¿Y no basta ¡oh baldon! que á nuestros ojos,
el sol alumbre en la mitad del dia,
en Gibraltar el pabellon británo
y mande allí soberbio el extrangero?
¿No basta, en fin, que el pundonor ibero
insulte atroz el bárbaro africano?....
¡Oh! salga yá frenético el acero
y brille ardiendo en la indignada mano!

Brille en los anchos campos de batalla
cual vivo rayo, anunciador de muerte;
cuando él honor lo pide
¿podrá temer el corazon del fuerte?
Y fuertes son tus hijos, patria mía,
libres, audaces, llenos de constancia;
lo publica en Bailen Andalucía,
en Castilla los restos de Numancia
y allá en Lepanto las sangrientas olas;
y lo dice el atlántico profundo
y América vencida; porque el mundo
sembrado está de hazañas españolas.
¿Tras tantos lauros ignominia tanta?
¿No existe aquí quien en las lides venza?
¿Se há extinguido la raza de valientes,
pereció hasta el recuerdo de sus hechos,
y sin vigor los abatidos pechos
no se inflaman de cólera y vergüenza?

¡Gracias al cielo! Por el grande espacio
un horrendo clamor tronando viene:
vibra en las rudas cumbres del Pirene,

y se extiende en los pueblos castellanos
y ocupa toda la española tierra:
grito pujante que do quiera zumba,
y en roncos sones de venganza y guerra
los muertos héroes conmovió en su tumba.
Al poderoso estruendo
España alzó la frente
su futura victoria adivinando:
de infame orin desnúdase la espada,
y sedienta y terrible en alto brilla
al Africa amagando:
rueda el cañon, engendrador del trueno,
y la rápida yegua desbocada
cruza los campos, la extension devora.
¡Oh, volad, generosos escuadrones,
que yá os aguarda el enemigo armado!
A la opulenta Cádiz ván ahora:
de allí las naves por el mar ondoso
los llevarán, y el árabe aterrado
los verá al despuntar la nueva aurora.

¡Españoles! ¿Sabeis adónde os lleva
la poderosa mano del Destino,
que abre al fin, de vosotros apiadado,
á vuestro bien expléndido camino?
Al Africa. Mas Africa no es solo
para España un laurel, una victoria;
es la esperanza de su nombre y gloria,
que volará otra vez de polo á polo.
Esa region que al sol de mediodía
se aduerme entre sus cálidos palmares,
para encender aun más vuestra osadía
os brinda con el cetro de dos mares.

¡Que galardon de vuestro esfuerzo sea!
Que allí la Europa tremolando vea
los pendones iberos;
y sin temor de enconos extrangeros,
de la barbarie derribad la valla,
realizando despues de la batalla
los magníficos sueños de Cisneros!

¡Sueños de bendicion! Como rocío
que á los áridos valles dá la aurora,
vienen ¡ay Dios! al pensamiento mío,
llenan mi pecho de esperanza ahora.
Yo contemplo ese azul mediterráneo,
yo contemplo ese atlántico profundo
resonando entre playas españolas
la vida y la riqueza difundiendo:
oigo el confuso estruendo
de las bullentes olas,
y miro á Tánger, Mogador y Raba
abrir sus anchos puertos á las naves
de cien y cien naciones,
que al soplo de los céfiros suaves
vén ondular en su feliz ribera,
de Castilla las armas y blasones,
la santa cruz y la triunfal bandera.

El progreso del mundo así lo pide:
la ilustracion, la patria, la justicia,
lo reclaman tambien. ¡Oh sol fulgente!
¿Cuándo será que de tu excelsa altura,
alumbres el gran dia de ventura,
que yá se acerca al suspirado oriente
en magestad y explendidez vestido?. . .

Mas un vago rumor hiere mi oido.
¡Qué! ¿La Inglaterra? ¿Quién nombró al britano?
Envuelto en densas nieblas eternales,
aun tiene entre sus muertos generales
claras memorias del valor hispano.
Y recordad que un tiempo el africano
atravesó los mares
de vuestro daño y perdicion sediento:
y los campos, los templos, los hogares,
empapó en sangre hispana, que és la vuestra:
sangre inícua y vilmente derramada,
pensad el nuevo agravio recibido;
y luego.... luego, deponed la espada,
dejad tambien en paz la inútil diestra,
y, yá el honor perdido,
dormid, si es que podeis, sueño de olvido.

Á LA MELANCOLÍA.

Vén con lijero vuelo,
oh dulce y virginal melancolía,
calma del corazon, hija del cielo:
vén; yá se cubre de explendores rojos
el lejano y magnífico occidente,
yá la meditacion dobla mi frente
y se asoma una lágrima á mis ojos.
¡Oh, cuántas veces en tu seno amigo
me alhagaron ensueños de ternura!

¡Cuántas plácidas horas de ventura,
lejos del mundo, respiré contigo!
Tú, mi amada, mi hermana, vén ahora;
nunca hácia tí se alzó mi pensamiento
con éxtasis mayor: el desaliento
llega á templar del alma que te adora.

Como las nieblas por el aire vano,
como los rayos de la casta luna
sobre el espejo azul del occeano,
eres hermosa y vaga: del poeta
la lira es tuya y la abrasada mente.
¡Ah! no llameis poeta al que no siente
su tierno influjo que á pensar convida:
dirán sus versos fáciles amores;
mas nunca, humanidad, de tus dolores
eco serán, y és el dolor tu vida.

Ese sol que há temblado en el ocaso
como rey que desciende de su trono,
con su muerte despierta mi esperanza:
dios material que sobre el orbe lanza
los mil tesoros de su ardiente lumbre,
mañana mismo brillará encendido
en la celeste cumbre.
Y yo, del soplo creador nacido,
soplo que con violencia luchar siento
por quebrantar la cárcel que me oprime,
cuando haya dado el postrimer aliento,
¿no alcanzaré otra vida más sublime?

Ensánchate, alma mia,
y al seno de tu Dios rápida vuela;

él és el grande mar donde los rios
de la existencia nacen y concluyen:
ante su vista las tinieblas huyen
replegando sus velos mas sombríos:
y si respira, el universo mundo
se puebla de creaciones;
¿qué inteligencia contará los dones
que brotan de su hálito fecundo?

¡No, no será la mía! Solo tiene
fuerzas para admirarte,
voz para el himno y el humilde ruego,
y, oh potente Hacedor, para adorarte
místico ardor de inextinguible fuego.
Perenal armonía,
gloria siempre serena y siempre pura,
ensueños deliciosos de ventura,
inmortal alegría;
si el astro animador de los amores
en vos difunde sus destellos claros,
dejad, dejad que aduerma mis dolores
con la dulce esperanza de gozaros.
Todo es amor en tí, cielo divino,
el amor eres tú: tú que no cuentas
horas ni siglos, porque en tí no existen
tiempo ni espacio, mutacion ni muerte.
¿Cuándo mis ojos se hartarán de verte,
mis labios de decirte que te adoro,
oh morada de paz, donde despliega
la augusta eternidad su manto de oro?

Mas no siempre, genial melancolía,
la religion te presta su misterio:

en la delgada niebla trasparente
que exhala el valle al declinar el dia,
en el rumor de arrulladora fuente,
tambien te miro, y en los yermos campos
cuando huye estío como leve sombra.
Arido el bosque y despojado yace:
entrad en él: sus hojas son la alfombra
que gime á vuestra planta:
á veces implacable las levanta
el furioso aquilon en remolino:
ellas ván á merced de su destino
entre confuso polvo y ramos secos,
ayer las ví lucir verdes y bellas,
y hoy, mústias, el rumor de sus querellas
sordos repiten los dolientes ecos.

¡Otoño melancólico y suave!
¡Estacion del poeta! Yo te amo,
porque eres tierna y dulce: porque el ave
canta en tí con más grata melodía,
y tiene el sol más lánguido destello,
y la callada noche más poesía.
La noche que embelesa mis sentidos,
que embelesa tambien mi pensamiento
con su azulado y puro firmamento
donde brillan los astros suspendidos:
con ese aroma que en los aires vaga,
con esa languidez que me cautiva,
y en el inquieto corazon aviva
el fuego abrasador que me embriaga.

Puede la suerte injusta y despiadada
amargar del poeta la existencia,

perseguirle la envidia emponzoñada
para quien és el génio eterno agravio;
y envanecido con su estéril ciencia
sin comprenderle, condenarle el sábio;
mas ¿qué importa, si logra en ráudo vuelo
desligarse del átomo mezquino,
y llenando su expléndido destino
huir del mundo y remontarse al cielo?
¿Quién hará oscurecer su altiva mente
que cual águila osada se levanta,
cuando á los siglos venideros canta
con noble corazon y erguida frente?
Y ¿quién podrá, feliz melancolía,
tu bálsamo negar á sus dolores?
Llegas, y tu benéfico rocío
templa el pesar y el sufrimiento impío.

Y la muger tu imperio
obedece gozosa; que sú alma
busca la soledad, busca el misterio.
¡Cómo brilla el semblante de la hermosa,
si lo baña la fiel melancolía!
Azucena parece temblorosa
que dá su adios al moribundo día:
onda de incienso que flotando sube,
lejana estrella sobre blanca nube.
¡Oh fértil patria mía,
la de los campos con espigas de oro,
por tus himnos famosa y tu grandeza,
y el ancho Bétis de raudal sonoro!
Para tus hijas la africana palma
cedió su gentileza,
sus galas todas el risueño mayo.

y en su mirada el sol de mediodía
puso el calor de su fecundo rayo.
Bellas son: por do quiera vá extendiendo
la lira sus loores;
mas cuando cubres tú, melancolía,
su cabeza gentil con triste velo,
exclama el corazon en su alegría:
«¿los ángeles descienden hasta el suelo?»

Vén con ligero vuelo,
oh dulce y virginal melancolía,
calma del corazon, hija del cielo:
vén: yá se cubre de explendores rojos
el lejano y magnífico occidente,
yá la meditacion dobla mi frente
y se asoma una lágrima á mis ojos.



AL SUEÑO.

Tú eres amigo del que lloras, y ciñes
con tu poder el universo entero:
memoria de la nada y de la muerte,
hundes al hombre en languidez inerte,
le das tormento ó apacible calma,
cuando rico en fantásticas visiones,
marchitas ó fecundas ilusiones
en los vergeles místicos del alma.

Tal vez desciendes con el tibio rayo
de luna amarillenta en larga noche,
vagas tal vez entre el ramage umbrío,
húmedo con las gotas del rocío:
huyes las alboradas luminosas,
y al alzarse las auras vespertinas,
buscas de algun imperio las ruinas,
y allí con triste magestad reposas.

Al dudoso fulgor de las estrellas
cruza el desierto caravana errante,
y te saluda el árabe viagero
desde la silla del corcel ligero:
llámate hermano del confuso olvido,
y en las altas pirámides te mira,
y en los escombros de la gran Palmira,
do suena eterno y funeral gemido.

Yo he visto la creacion adormecida
sin vigor desmayarse entre tus brazos:
te he visto desplegar el pardo velo
de una á otra parte del inmenso cielo.
¡Melancólica escena! mústio esconde
su faz el sol en la tiniebla impura,
el ave canta, el manantial murmura
y en vaga voz la soledad responde.

Y giran por la atmósfera perdidos,
cual rica nube de esperanzas llena,
balsámicos aromas de las flores,
juramentos dulcísimos de amores,
aves galanas de ligera pluma,
la luz que espira con la luz que nace,

y todo lentamente se deshace....
¡frágil es la beldad como la espuma!

¿Dónde asientas tu solio? ¿Dónde tienes,
oh Sueño, tu morada? ¿De la noche
entre el horror y lobreguez naciste;
ó espíritu inmortal, siempre tuviste
en el empíreo tu dorada silla?
¿Vienes al suelo en lánguido desmayo
á darle paz, ó á fulminar el rayo
cuando el rostro de Dios airado brilla?

A la ignota region de lo infinito
lánzase audaz mi voladora mente,
y contemplar tu alcázar me figuro.
No le circunda tresdoblado muro,
no le alegra la música sonora,
ni turba sus tranquilas soledades
la agitacion vital de las ciudades,
ni el esplendor de la naciente aurora.

Es tu mansion, cual los recuerdos, triste:
eterna como el alma: misteriosa
cual lo que esconde el porvenir sombrío.
Mas si otra vez el pensamiento mío
á contemplarla vuelve, se presenta
con nueva faz, como ondeante nube
que por los aires turbulentos sube
y ya enrojece el sol, ya la tormenta.

Vagan allí los genios de mil formas,
mensageros de dichas y dolores:
el rio del olvido lentamente

vá arrastrando su lánguida corriente,
y á su orilla en un tronco macilento
un agudo puñal está clavado:
víbralo el Grande Espíritu indignado,
y le llama el mortal, remordimiento.

Allí no luce su fulgor el día,
allí no reina tenebrosa noche,
ni los planetas giran por la altura.
Dudosa claridad, mística y pura
es la que flota en desligado ambiente,
hija quizá de la que ostenta el cielo;
mas no infunde pesar, ni da consuelo,
ni teme ocaso, ni recuerda oriente.

Todo es allí quimérico y extraño:
aire, lumbre, colores y sonidos:
leves las formas impalpables giran;
ya temor, gozo ya, recelo inspiran:
ya un eco se alza fúnebre, ya entona
voz apacible cánticos de amores,
ó amenazando asolacion y horrores
ciñe la tempestad férrea corona.

Y tú, oscura deidad; tú, rey antiguo
del hondo cáos que abortara un mundo,
en este alcázar ignorado, oh Sueño,
la ornada sien de lánguido beleño
reclinas entre nubes con grandeza,
y cuando pasan los brillantes días,
á los mortales en tu aliento envías
imágenes de horror y de belleza.

Tú ante el egipcio Faraon pusiste
el espectro del hambre descarnada,
tú á Jacob inundaste de consuelo
viendo unirse la tierra con el cielo.
¡Símbolo augusto, del abismo espanto,
que el orbe luego veneró cumplido,
cuando de entrañas de muger nacido
fué un Dios Eterno, Salvador y Santo!

Tú alumbraste la mente del profeta
que anunció en altas voces la ruina
del imperio de Nínive opulento:
él pasó como niebla por el viento:
en humo se tornó su fuerza y nombre:
rotos muros, columnas desiguales,
quedaron solo en vastos arenales
para recuerdo y ejemplar del hombre.

¡Oh Sueño! Tú eres grande: tu morada
quise pintar con temerario anhelo;
ella es el alma de prisiones libre.
En las orillas del ondoso Tibre
vencido el mundo á Roma presentabas
cuando su esfuerzo y su valor lucía;
y cuando débil, sin virtud caía,
con su misma abyeccion la castigabas.

Consejo fiel ó misterioso anuncio,
bajo arteson dorado ó choza humilde,
los grandes y abatidos te debieron.
Por tí sus ojos con asombro vieron
entre nubes inciertas mal velado
levantándose en rica lontananza,

cuanto en éxtasis forja la esperanza,
cuanto adora el espíritu exaltado.

Si alguna vez llegares, Sueño amigo,
á mi tranquilo y solitario lecho,
no á mi ardorosa fantasía inquieta
muestres el sacro lauro del poeta
que más encumbre la severa historia;
muéstrame solo cuando esté dormido,
aquel semblante angelical querido.....
¡él es mi antorcha de virtud y gloria!

ASPIRACION RELIGIOSA.

Cuando despliega su pujante vuelo
osada el alma mia,
sube y se encumbra á la region del cielo
buscando eterno día.

Allí le da la religion su manto,
su antorcha la esperanza,
bebe en la fuente allí del gozo santo,
consuelo y dicha alcanza.

En místicos ensueños se adormece,
la paz y el bien admira,
y un amor misterioso la estremece
y lánguida suspira.

Es que en aquellas áuras inmortales
templa su ardor sublime,
y olvida luego los profundos males
con que el humano gime.

Por eso al descender al bajo suelo
se baña de amargura;
¿quién, si vió el sol espléndido sin velo,
ama la niebla impura?

¿Qué rumor llegará dulce al oido,
le alhagará sonoro,
si ha escuchado en la altura conmovido
vibrar las arpas de oro?

¡Oh espíritu fogoso del poeta,
más rápido que el viento!
Desata el nudo vil que te sujeta,
asciende al firmamento!

No es el lodo tu orígen; que es la llama
de santo amor fecundo:
oye la voz que de contínuo clama;
tu patria no es el mundo.

¡Ay, rompe de la carne el lazo fuerte,
álzate como nube,
y al cielo, triunfadora de la muerte,
sube, alma mía, sube!



A LA MUERTE DE QUINTANA,

POETA.

El polvo ha vuelto al polvo: mas al cielo
radiante y libre se elevó su alma.
Yo le canté cuando el laurel sagrado
su venerable frente sombreaba:
le canto ahora que envidiosa muerte
lo envuelve y cubre con tiniebla opaca;
ofrenda justa á su virtud debida,
y que su genio espléndido reclama.
¡Anciano! tu deber sobre la tierra
cumpliste yá: la libertad, la patria,
el saber, el honor, tu excelso númen
con entusiasmo universal aclaman.

Cumpliste tu deber: luego, espiraste;
así á la voz de plácida mañana
despierta el sol y su brillante carro
sobre las nieblas de la noche lanza:
un piélago de lumbre son los vientos,
y al himno celestial de la alborada,
sube triunfante en magestad vestido
al trono del zenit: su viva llama
fecunda el orbe, y descendiendo grave
el monte dobla y su fulgor acaba.

¡Oh, cuán dulce es morir, si sobre el lecho
la gloria tiende rutilantes alas!
Si en torno suenan en concierto amigo
bendiciones sin fin, tiernas plegarias!
Otros coronen de ciprés sus sienes,
sus liras ornen con adelfa amarga;
yo no te lloraré. ¿Ni cómo el llanto
al mirarte dichoso derramara.....?

Más allá de los límites del mundo
un alcázar sublime se levanta,
adonde vuelan al dejar la tierra
los vates dignos de pulsar el arpa.
Allí es eterna la diurna antorcha,
allí es eterno el suspirar del áura,
siempre feliz la primavera ríe,
y el fruto encorva la fecunda rama.
Ecos armoniosos y perdidos
bajo techumbres ponderosas vagan,
gratos perfumes el ambiente lleva
que mientras más se aspiran, más encantan:
no existen horas que la vida cuenten,

y en él su régio trono alzó la Fama.
Es la Fama un espíritu divino,
un ángel inmortal, un ser que abarca
con vuelo infatigable el universo,
y el generoso corazon inflama.
Ante él la sombra de la noche es dia,
las densas nieblas de los siglos rasga,
oye el suspiro de la tierna vírgen,
oye el clamor de funeral batalla;
cántalos luego con sonora trompa
y á la futura edad suspende y pasma.
Ensalzará este espíritu el ilustre
nombre tuyo, Poeta: en las nevadas
áridas cumbres de polares montes,
en el índico mar, en la abrasada
patria del africano, donde alcancen
los ecos de la lengua castellana,
por siempre sonará; ¡siempre un recuerdo
á la virtud la humanidad consagra!

Alta es la gloria del sublime Dante,
del grande Herrera y Milton y Petrarca,
de Píndaro y Maron y el padre Homero.
¡entre ellos brillas tú, noble Quintana!
¡Ah! no pongais en su sepulcro flores,
no en el mármol grabeis sus alabanzas;
sobre su tumba el álamo robusto
mueva las hojas de luciente plata:
su mismo nombre su alabanza sea;
¿qué podréis añadir?.... Su nombre basta.

Hermosura gentil de rosa y nieve,
valor insigne que al tirano espanta,

invenciones beneficas al hombre,
armonías que el ánimo arrebatan,
prodigios de natura.... enagenado
¿quién hora os pintará? Yace callada
su voz, su yerto pecho no respira,
vencedora la edad heló su llama.
Suyo era el cetro del Parnaso ibero,
¿quién hoy lo empuñará con diestra osada?
¡Jóvenes vates! cuando en otros dias
en la olímpica arena se lanzaba
al suspirado premio el ráudo atleta,
llevaba fija en él tenaz mirada,
sudor ardiente en los nerviosos miembros,
comprimido el aliento en la garganta:
anhelante, brioso, en pos del triunfo
cual huracan indómito volaba,
y tocando en el término, ceñía
de firme encina la silvestre rama.
¿Os detendréis vosotros? ¿Por ventura
asuntos dignos á la lira faltan....?

Oh Dios! ¡Oh cielo! ¡Oh mundos del espacio!
Vuestras grandezas desplegad: el alma
absorta, muda, arrebatada os mire,
y á regiones de luz tienda sus alas.
La inmensidad nos sigue y nos rodea,
la belleza do quier muestra sus gracias.
Hirviendo el mar al combatir la roca,
Dios, Dios, retumba la desierta playa,
y el mismo nombre trémulo murmura
débil insecto entre la humilde grama.
Los cielos van girando silenciosos,
el hombre busca en ellos su morada;

que siempre por oculto movimiento
alza los ojos y en su azul los clava.
Esta creencia universal, eterna,
¿será tal vez quimérica esperanza?
Desde la cuna á la forzosa tumba
el agitado corazon la alhaga;
¡si incierta fuera, con afan perenne,
con frenético amor no la abrazara!
Y esos mil orbes que los aires pueblan,
quizá hollados seran de humanas plantas,
de hermanos nuestros que apartados viven
tambien gimiendo por su antigua patria.
¡Oh creacion! unánime concierto
do todo nace de la misma llama,
y todo existe y envejece y muere,
y al mismo fin y término se lanza!
Si bellezas buscais, mirad en torno.
Es la noche: la brisa regalada
dejando el cáliz de las flores, vuela
leve y sutil y rica de fragancia:
del sáuce bajo el lánguido ramage
duerme la ola cristalina y blanda,
y cerca al lago la ribera verde
y sueña el pescador en su cabaña.
De ella una vírgen dolorida sale
sueltas las trenzas por la airosa espalda:
sencilla cruz allí sus brazos tiende
sobre peñas y conchas hacinadas:
la vírgen llora y póstrase abatida
suspirando una mística plegaria.
La luna en tanto desde el alto sólio
con tibia claridad su frente baña.
Ó de la aurora las suaves tintas,

ó de la tarde la tristeza vaga,
ó la naciente primavera dulce,
ó del otoño las marchitas galas,
jóvenes vates, contemplad: la mente
busque de la verdad la lumbre clara:
seguid la senda que á la gloria lleva,
no degradeis la inspiracion sagrada,
y el que descuelle como cedro erguido
pulse la lira que pulsó Quintana.



POESIAS

DE

DON LEON CARBONERO Y SOL.

HISTORIA DE UNA CLAVELLINA

CONTADA POR ELLA MISMA.

Entre flores mil y mil
que el poder de Dios matiza
mi cáliz abrí á la luz
y mi aroma dí á las brisas.
Ni envidiosa ni envidiada
de las flores mis amigas
entre las ramas oculta
pasé las horas de un dia.

A Dios consagré en ofrenda
de mi aroma las primicias;
y una perla de rocío
que mi cáliz fecundiza,
llevó envuelta esta plegaria
de la mañana la brisa.
«¡Dios mio! tú que las flores
con sábia mano matizas,
tú cuyo aliento en nosotras
la fragancia deposita,
tú, Señor, de mi inocencia
sé guarda, custodia y guia;
y si en tus altos designios
de ornato quieres que sirva,
pónme, Señor, en un seno
que de tu amor sëa pira,
ó en frente que á tí se humille,
ó en labios que te bendigan,
ó en cabeza que las luces
de tus gracias iluminan.»
Dije; y en la tierra puse
clavada la frente mia,
y la tierra humedecí
con una lágrima viva.
Pero Dios, que con su mano
á los soberbios humilla
y á los humildes ensalza,
sobre mí su gracia envía,
y la lluvia que refresca,
y el calor que fecundiza,
y me dió belleza tanta,
fragancia tan exquisita,
colores de tanto brillo

y tal forma y lozanía
que orgullo fuí de las flores
y homenage me rendian.
Si en mi oscuridad á Dios
plegaria entoné sumisa,
en el trono de mi gloria
himnos canté agradecida.

«Dame, Señor, exclamaba,
dame que ofrenda sencilla
pueda ser de un corazon
de virtud fecunda mina.
Dame que muera en un seno
donde la llama encendida
de tu amor haga pavesas
mi hermosura y lozanía.
¿Qué es vivir lejos de tí?
morir en el polvo hundida....
¿Qué es morir cerca de tí?
vivir en gloria y delicias.. .
Porque la mano profana
que á su obsequio nos destina,
si hoy besa una flor, mañana
con planta inmunda la pisa.
Porque la mano piadosa,
que á Dios una flor dedica,
fresca, en el altar, la adora,
y la venera marchita.»

Dios mi ferviente oracion
acogió con faz benigna;
y en nubes de azul y plata
desde los cielos envía

un ángel que en los pensiles
corte la flor que destina
para coronar la frente
de la muger cuya vida
es planta de los vergeles
que las virtudes cultivan.
¿Cuál es la flor, dijo el ángel,
que de Dios quiera ser víctima?
Todas las flores callaron;
y yo creyéndome indigna
de merecer dicha tanta
tambien callé entristecida.
—¿No hay del mundo en los pensiles,
el hermoso ángel replica,
no hay una flor para Dios?
pues todas serán malditas.—
Dios que lee en los corazones
á mis hermanas castiga,
y á mis plantas ví caer
todas sus hojas marchitas.
Sola yo intacta quedé,
y con voz tierna y sumisa,
dige al ángel del Señor
=toma en ofrenda mi vida.=
El ángel puso sus labios
en mis hojas encendidas,
y por órden del Señor
me llevó al seno de Enrica;
ella me dió su pudor,
yo la dí mi lozanía,
ella fuego dió á mis hojas,
yo matiz á sus mejillas,
y ella en fin con amor santo

puso mis hojas marchitas.
Tal fué mi vida y mi muerte;
y en mi muerte y en mi vida
aprender deben los hombres,
que quien la virtud cultiva
tranquilo pasa del mundo
á las mansiones divinas.

POESÍAS ÁRABES

traducidas por primera vez al Castellano, de la coleccion que con el título de FLORES DE LOS MEJORES OLORES, insertó en su Diwan Abu Tahii Ahmed Ben Hosain Almoténabbi.

AL CABALLO.

Eso que mis ojos ven
¿Es un caballo que vuela,
Ó un meteóro encendido
Tan velóz en su carrera
Que cuál relampago pasa
Sin dejar rastro ni huella?

La Aurora puso en su frente
Lucero de albura espléndida,
Y á su presencia el camino,
Ya escarpado, ya de arena,
Con júbilo le saluda
Y paso fácil le presta.
Si algun rumor le sorprende
Juzga que la Aurora vuela
Para exigirle la entregue
Lo que prestado le diera.
En vano la Aurora viene
Y el caballo se recela,
Porque la Aurora no puede
Alcanzarlo en su carrera.
Cuando el caballo se lanza,
Entónces no corre, vuela,
Sin que puedan darle alcance
Las nubes, ni las estrellas.
Si quieres saber cuál es
El punto de su carrera,
Pregúntaselo á los vientos
Que ellos te darán respuesta.



MEDITACION

SOBRE LA MUERTE.

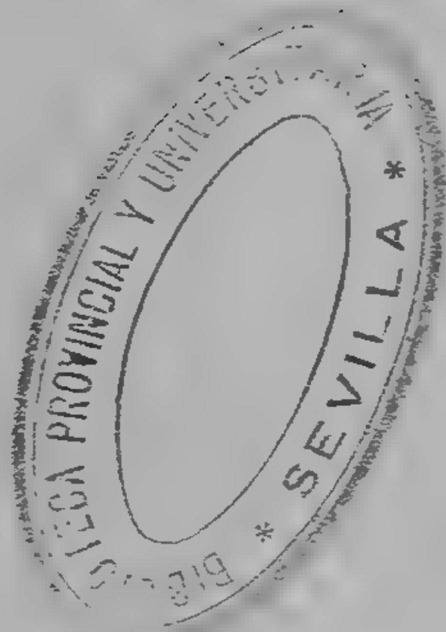
Para morir y salvarte
Aparéjate, alma mia,
Que es prudencia estar dispuesto
Siempre á terminar la vida.
Tú sabes que cuanto vive
Tienen duracion finita,
Y que nada de la muerte
Ni se escapa, ni se libra.
El uso tienes tan solo
Del préstamo de tus dias,
Y restituirlos debes
Cuando el dueño te los pida.
Tranquilo vives ¡oh hombre!
Mas la fortuna medita
Contra tí sus fieros golpes
Y á tí vendrá cuándo rias,
¿Cómo gozar podrá el hombre
De riquezas, ni de dichas
Sobre una tierra que tumbas
Son los dones que le brinda?
No esperes siempre vivir
De la muerte en esta mina,
Ni en esta morada triste
Que has de abandonar un dia,
Que hallar encantos no puede
Ni placeres ni delicias
El hombre, estando contados
Los suspiros de su vida.

EL RICO Y SUS HEREDEROS.

Me admiro del insensato
Que con afan las riquezas
Amontona, y á su muerte
A extraños ó á propios deja.
Fija en los bienes la mente
La tumba llorosos cercan,
Pero bajo aquellas lágrimas,
Que al exterior se revelan,
En el corazon oculta
La sonrisa juguetea.

LA LLUVIA Y LAS ANÉMONAS.

Juguete del viento fueron
Las Anémonas un dia,
Y con fuerza por la lluvia
Fueron despues afligidas.
—¿Para ser tan maltratada,
Dije á la lluvia atrevida,
Qué delito han cometido
Estas flores encendidas?
Y me respondió la lluvia
Que con mas fuerza caia,
—Han robado á las hermosas
El color de sus mejillas.



LA ESPADA.

¿Ves esta espada? Es un sol
De las nubes en el seno,
Una antorcha en las tinieblas
Y en los Cielos un lucero.
No solo á los enemigos
Que la ven infunde miedo,
Si no aun á aquellos que verla
Creen dormidos ó despiertos.

LA VIRTUD Y LA ENVIDIA.

Cuando la virtud oculta
Dios quiere hacer manifiesta,
En contra suya desata
Del envidioso la lengua.
Pues á no ser porque el fuego
Destruye cuanto rodea,
La fragancia del alóe
El hombre no conociera.

LA COPA DE CRISTAL
Y EL VINO CLARIFICADO.

Tan trasparente es la copa,
Y tan trasparente el vino,
Que unos ven vino y no copa
Y otros ven copa y no vino.

A LA VIOLETA BLANCA.

Por el Poeta Arabe

Mochir eddin Mohamad ben Tamim.

De los dedos del villano
Allah guárdete, Violeta,
Pues te buscarán manchados
De la noche en las tinieblas:
¿Qué llegarias á ser
Si precavida no fueras?......
Lo que las ramas del Gada (1)
Arrojadas á la hoguera.

A LA FLOR DEL ALMENDRO.

Por el Poeta Arabe Aben Tamim.

Flor del Almendro, que á todas
Las demas flores precedes;
Tan bellos dias anuncias,
Tantos encantos y bienes,
Que á la sonrisa en los labios
De la tierra te pareces.

(1) Árbol de África cuyas ramas y troncos encendidos dan unas ascuas muy vivas.

A LA CIDRA.

Por el Poeta Arabe Abu Ttaleb Errakii.

Tanta blancura interior
Bajo amarilla corteza.......!!!
Sin duda el Señor del cielo
En tí algun secreto encierra.
¿Si serás como el amante
Que gime en lejanas tierras
Y con mano entristecida
De la infiel los dias cuenta.....?

A LA FLOR DEL GRANADO.

Por el Poeta Arabe Aben Elormarniyi.

Con gotas mil el rocío
La Flor del Granado viste,
Y es, cual de granizos de oro
Lleno, un cáliz de rubíes.

AL NARCISO.

Por el Poeta Arabe Abu Nuessi.

De la tierra en los pensiles,
Hijo del hombre, contempla
Y de las obras de Allah (1)
Admira una sola huella.
¿Ves esos ojos de plata
Que parecen que te observan
Con pupilas de oro líquido
Que entre esmeraldas vegetan?
Pues son testimonio vivo
De que ni en cielos ni en tierra
Allah tiene compañero
Que asemejársele pueda.

DE AUTOR ARABE DESCONOCIDO.

A UN JAZMIN.

Ese jazmin que en el suelo
En verde rama descuella,
De esmeraldas en un Cielo
Es de plata viva estrella.

(1) Dios.

A UNA ROSA.

¿Ves á la rosa en el huerto
Ostentar modestamente
En vestido de jacintos
Un centro de oro fulgente?
Pues pálida así cual oro,
Y así cual piedra encendida,
De mi madre al despedirme
Se unieron nuestras mejillas.

AL JAZMIN.

Jazmin, que con tu hermosura
Tanto la vista deleitas,
Que no hay flor que te aventaje,
ni en pensiles ni en macetas;
Tu blancura en verde rama
Tan refulgente se ostenta,
Que al terciopelo bordado
Con dirhames (1) te asemejas.

(1) Moneda de plata.

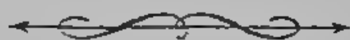
POESIAS

DE

DON FERNANDO DE GABRIEL
Y RUIZ DE APODACA.

AL CORONEL MARQUES DE CASA-ARIZON,

excitándole al ejercicio de la Poesía.



> Que nunca la lanza embotó la pluma,
> ni la pluma la lanza.
>
> **Cervántes.**

Oh tú, caro Marqués, en quien la llama
Del entusiasmo brilla,
Y cuya mente inflama
Vivo amor á las Letras, ¿no es mancilla
Que cuando el Cielo en tí preciosos dones
Blando derrama, y la encantada orilla
Huellas del Bétis, en acordes sones

Tu voz no dés á la region del viento?
¿Por qué dócil tu labio
No ha de alzar del Empíreo al alto asiento
De los héroes las ínclitas acciones?
¿Por qué en sonoro acento
De la virtud no cantas la grandeza,
La tierna vírgen que de amor suspira,
Del bosque y la llanura la belleza?
¿Acaso temes que la ebúrnea lira
Niegue sus tonos á tu armada mano,
O que si al Númen cedes que te inspira
Esquive el de la Guerra
A tu brazo su esfuerzo soberano?
Jamás, oh amigo, tan injusta idéa
Tu mente abrigue: en el ibero Pindo
Nunca ostentó la claridad febéa
Más puro el ígneo rayo
Que al ronco estruendo de marcial peléa!

¡Oh vosotros, guerreros, que en la cumbre
Del Parnaso inmortal alzáis la frente,
No vuestro brillo fúlgido deslumbre
Mis débiles miradas,
Y descendiendo hasta mi ruda mente
Dadme que en nobles himnos
Vuestras glorias ensalze reverente!

Allí, oh Marqués, el de Aragon orgullo
Jáime el Conquistador, el no vencido,
Entona dulcemente
Plácidas trovas, del amor herido;
Y el que reinó en Castilla
Décimo Alfonso de renombre excelso,

Sabio Monarca, desgraciado Padre,
Al lado muestra del laud doliente
La espada sin mancilla.
Allí tambien el que á la gente Mora
Bravo Infante Don Juan, humilló fiero,
Pulsa la blanda cítara sonora
Siempre ceñido el toledano acero.
Allí Manrique, en varonil querella,
Del padre insigne llora el lastimero
Fin ejemplar, y cántiga mas bella,
Respirando mayor filosofía,
Nunca dejó tan peregrina huella.
Lidiando como bueno,
¡Cuál en su sangre un día,
Al exhalar el último suspiro,
Las endechas ternísimas teñía!
Mira no léjos la gigante sombra
Serena alzarse del varon preclaro
Que aún Santillana prosternada nombra,
Y es á su estirpe generosa caro;
Del que entre lides y cuidados graves,
En risueña pradera,
Cantó de Finojosa la vaquera.
Presta oido despues al sin ventura
Doncel, más que ninguno apasionado,
A quien muerte crüel, de aguda lanza
Al golpe inesperado,
Cantando de su amor la malandanza
Sorprendió en la prision, aun en el labio
El nombre de su dama y su esperanza.
Del Quinto Alfonso de Aragon, del sábio,
Del magnánimo Rey, que Italia viera,
Clemente y victorioso,

Al aire desplegando su bandera
En Nápoles, Cerdeña y Lombardía,
Oye tambien la cántiga hechicera.

Mas ¿qué súbita luz ofusca el día?.........
¿Es de celeste coro el vivo lampo,
O fíngelo quizás mi fantasía?.....
¡En nueva lumbre inflámase el Parnaso!....
¡Allí Ercilla y Cervántes, allí Lope,
Calderon, Garcilaso!!.....
¡Oh de gloria y honor astros radiantes,
Para cantar vuestra eternal grandeza
No halla mi lengua términos bastantes!

¡Cómo decir la cándida dulzura
De tus versos, oh Laso,
De belleza dechado y de ternura!
¡Cuál de Viena en el cercado muro,
Cuál en la pátria de Petrarca y Taso,
Tomando ora la espada, ora la pluma,
Te abriste al templo de Memoria paso!
Duelo profundo el corazon abruma
Del gran Emperador, tu heróica muerte
Al contemplar, y de sus justas iras
En vengativo alarde
Del audaz enemigo arrasa el fuerte,
Y dá á sus defensores
La que te cupo á tí, sangrienta suerte.
¡Ni cómo, oh Lope, que en edad florida,
Del Ponto contrastando los furores,
El arcabuz llevaste en la temida
Flota del gran Filipo,
Cantaré dignamente tus loores!

¡Cómo podré la innumerable suma,
El fácil verso, las discretas damas,
Puras y bellas cual la nívea espuma,
De tus comedias celebrar, si inflamas
En tan honda emocion el pecho mío
Que, absorto y reverente,
Oh creädor de la Española escena,
No el labio expresa lo que el alma siente!
¡Ni qué decir de tu fecunda vena,
Gran Calderon, de caballeros guía,
De las armas honor, si el mundo llena
De tu nombre la fama, y no sería
Buen Español ni honrado,
Quien no amase en tus versos tu hidalguía!
¿Y de tí, gran portento,
Que en medio de las armas y aspereza,
No en seguro secreto regalado,
De la homérica trompa la grandeza
Conseguiste emular? Jamás, oh Ercilla,
Nadie más árduo empeño
Vió de más pura gloria coronado.
¡Cuál en tus cantos, honra de Castilla,
De profunda moral, de alto gobierno
La excelsa llama esplendorosa brilla!
¿Y á tí, de ardiente inspiracion en alas
Podré cantarte, oh manco de Lepanto,
Cuando tu nombre universal, eterno,
El mundo admira con respeto santo,
Y al Española Historia
Ansiosa escribe en tablas de diamante?....
No de mi humilde lira el vuelo es tanto.
Donde con alta de soldados gloria
Y con propio valor y airado pecho

Tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.
Así cantaste de Don Juan el triunfo
Al recordar, oh autor de Don Quijote!
¡Tiempos aquellos en que el orbe estrecho
Era á nuestro poder, y duro azote
De la barbárie y la mentira España!
Fé viva, pátrio amor nos cupo en dote
Y una tras otra gigantesca hazaña
A su impulso nació. ¡Y hora podría
La que triunfó de la Agarena saña,
Católica bandera,
Al aire tremolar allá en Turquía! (1)
Su benéfica lumbre
Antes niéguete el Sol ¡oh Pátria mía!
Que de la enseña de Mahoma impura
Brille al lado la cruz de tus pendones.
¡Nunca á tanto te obligue suerte dura!

Ni solo estos varones,
Que entre los más famosos cuenta el Mundo,
De en medio de guerreros escuadrones
Himnos alzaron con ardor fecundo.
Dignos tambien de perenal renombre
Otros nacer miró la Madre España
Que del cañon al eco tremebundo
Vencer supieron en feral combate,
Y ornar luego sus sienes
Con la corona que sublima al vate.
Tal el claro Mendoza,

---

(1) Al escribirse esta composicion se pretendía que España tomase parte en la guerra de Oriente uniéndose á las potencias que auxiliaban á Turquía.

Figueróa, de cítara divina;
Castro, Acuña, Boscan, en el que late
El fuego que con lumbre peregrina
Destelló en Garcilaso;
Rebolledo, Esquilache, Aldana, Artieda,
Zárate, Alcázar, Virués, Cetina.
Otros y otros aún, mas fuera vana
Empresa numerarlos; de la guerra
La dulce pöesía
Mostróse siempre en nuestro suelo hermana.

Ni solo vieron los pasados siglos
De nuestras armas el ilustre canto,
Que aún el plectro sonoro
De Cadalso y del Conde de Noroña
Grato se escucha en el Castalio Coro.
Aun de Arrïaza la armoniosa lira,
De augusta palma y de ciprés ornada,
Ora en voz de victoria,
Ora bañada en llanto,
Suena de amor de pátria al fuego santo.
Aun puebla el aire leve
Del que pintó la célica pureza
De la infeliz Elvira, y la fiereza
De Montemar impía,
Digno rival de Byron (1), la potente
Voz de amargura llena, y en su frente
Resplandeció del Guardia el férreo casco,
Y ántes le vió el riscoso Pirinéo
Pulsar la ardiente cítara enlutada,
Del trueno al ronco son y del torrente,

(1) Pronúnciese Báyron.

A un lado rota la novel *espada.*
Resuena todavía
El acento ya blando, ya severo,
Del Prócer inspirado
Que el nombre vindicó del Rey Prudente;
Del Duque ilustre que del pátrio Estado
Solo pudo salvar un noble acero.
Mira, en fin, lo presente,
Y en torno tuyo encontrarás poetas
Que á serlo se educaron
Entre el fiero clamor de las trompetas.
Tal de Borja, Don Alvaro y Mudarra
El egrégio cantor, que contemplaron
Tinto en su propia sangre los que España
En mal hora triunfantes vió en Ocaña.
Tales Breton, Pezuela, Ros de Olano,
Reina, Escosura, Serra, Justiniano.
Tal, aunque indigno, yo, que transcurrido
Un breve lustro apénas
Del día no lejano
En que los ojos míos,
En las feraces márgenes serenas
Del manso Guadïana,
Vieron la luz de la primer mañana,
Ya de la veste militar ciñóme,
No abandonada luego,
Y su entusiasmo férvido infundióme
El noble padre, que en el almo Cielo
Hoy para siempre mora.
El noble padre que con raro celo
Y diestra, al par que firme, bienhechora,
Las belígeras haces juntamente
Y la ciudad querida

Entonce áun gobernaba, do la vida
Me dió amoroso, y do tranquila yace,
En agustino templo,
Bajo marmórea losa blasonada,
De su bizarro genitor la yerta
Ceniza idolatrada.
La ciudad do nacieron
Morales el Divino;
El Capitan insigne
Que el Pacífico Mar halló el primero; (1)
Alvarado, Garay, Dosma, Cepeda,
Y el propio claro hermano,
Heróico sin segundo y caballero,
Que en la orilla del Gébora cercano,
Ántes que ver rendida la bandera
Timbre y orgullo de la gente ibera,
Alta la ardiente espada,
Del Galo entre las filas penetrando,
La existencia á la Patria consagrada
Dejó en sus aras al morir lidiando. (2)

---

(1) Aunque autoridades respetables hacen á Vasco Nuñez de Balbóa natural de Jerez de los Caballeros, no falta quien sostenga que su verdadera patria fué Badajoz.

(2) Refiérome en el pasage á que corresponde esta nota al Brigadier D. José de Gabriel, Caballero del Hábito de Alcántara y hermano de mi buen padre, que nacido en la expresada Ciudad de Badajoz el 21 de Abril de 1769, y habiendo servido con distincion en el Cuerpo de Ingenieros, hasta el empleo de Teniente Coronel, prestó grandes servicios á la causa nacional en la memorable guerra de la Independencia y murió con el heroismo de un antiguo Romano el 19 de Febrero de 1811 en la batalla del Gébora, empeñada contra su parecer y el de muchos entendidos oficiales. De la *Noticia Biográfica* que de él he publicado tomo las siguientes líneas relativas á su gloriosa muerte:

No te asombre, oh Marqués, que del soldado,
Al redoblar del atambor sonante,
Se encienda el corazon, y arrebatado,
Su gloria enalteciendo,
Ó el amor ensalzando y la belleza,
Del Pindo á la alta cumbre se levante,
Que el amor y la gloria del guerrero
Inspiraron tambien á Taso, á Dante,
Al gran Virgilio, al inmortal Homero.

«Rotos y deshechos los Españoles en aquel aciago día, abandonada nuestra infantería por las tropas de las demás armas que se retiraban en desórden sobre Elvas, y viendo de Gabriel que todo estaba perdido y que nada le era dado ya remediar como gefe, lleno de generoso despecho y resistiéndose á su noble valor el huir del campo de batalla, dirigióse resueltamente hácia las filas francesas, seguido solo de tres soldados, cuyos nombres no conserva desgraciadamente la Historia. Cual otro Pedro Gonzalez de Mendoza en la funesta jornada de Aljubarrota, ya que no podía dar el caballo á su Rey, salvándole la vida á costa de la suya propia, *entróse á morir lidiando*, segun la sublime expresion del romance popular, y ansioso de ser útil á los suyos al sacrificarse así á ciencia cierta en las aras de su patria, arrojóse sobre el Duque d' Arenberg, que á la cabeza del Regimiento de caballería que mandaba, preparábase para cargar á un corto resto de infantería española que aun se conservaba firme. Atravesó con ardimiento las filas enemigas, penetró hasta d' Arenberg, y tirándole una furiosa estocada hubo de errar el golpe, consiguiéndo únicamente herirle el caballo. En el instante mismo cayó sin vida acuchillado por los oficiales que rodeaban al Duque, espirando en sus lábios las palabras de *fuego, fuego*, con que lleno de valor indomable animaba á completar su hazaña á los soldados que le seguian.»

EN LAS MÁRGENES DEL GUADALQUIVIR.

Era la tarde: trasponiendo el monte
El Sol sus tibios rayos recojía
Y de rosada luz el horizonte
En espirantes ráfagas teñía.

La brisa murmurando en la espesura
Mansa vagaba de suspiros llena,
El ruiseñor cantando su ventura
Daba al aire la voz dulce y serena.

Y allá en la márgen del undoso río
Que por la verde alfombra se dilata,
Ténue vapor exhala el centro frío
Que vuelve á descender llúvia de plata.

Solo yo en tanto en la feraz llanura,
Fijos los ojos en la excelsa cumbre
De admiracion sublime fuente pura,
Contemplaba del Sol la eterna lumbre.

Álzase entónce en ilusion divina
Á la etérea region el pensamiento,
Y la beldad que adoro peregrina
Fúlgida cruza el ancho firmamento.

Trémulo el labio, incierta la mirada
Y el pecho ardiente de entusiasmo henchïdo,
Así, turbando el áura sosegada,
Exclamé con acento dolorido:

«Encanto de mi ser, cándida estrella
Cuya nítida luz mis pasos guía,
Púdica flor, que misteriosa y bella
Tornas mi duelo en célica alegría;

»Ardo en llama de amor inextinguible
Y do quiera que voy tu imágen miro,
Eco del corazon tierno y sensible
Responda tu suspiro á mi suspiro.

»Mira piadosa el anhelar doliente
Que en amoroso afan agita el alma,
Y acojiendo mi súplica ferviente

Vuelve á mi pecho la perdida calma.»

Oyó atenta la ninfa, y ya movía
El dulce labio cuando blanca nube
Ocultóla á mis ojos: muere el día
Y ella á la cumbre del Olimpo sube.



Á UNA DAMA, EN SU ALBUM.

Tú que debiste á la eternal clemencia
De clara estirpe el esplendente brillo,
De ingenio y de virtud los ricos dones,
De la belleza el mágico atractivo,
Hora animosa el láuro que las sienes
Augustas coronó del gran Murillo
Anhelas conquistar, ¡quieran los cielos
A tus pasos abrir fácil camino,
Y ejemplos tu pincel ofrezca al bueno
De sacra inspiracion dócil ministro!

Si á retratar aspiras el encanto
De sublime virtud, si el heroismo
De ardiente caridad pintar anhelas,
Nunca busque tu númen peregrino
En ageno sentir antorcha y guía.
Pinta tu hermoso corazon al vivo,
Y así hallarás los gérmenes fecundos
Que dirigen al bien nuestros instintos,
Y expresarán la vírgen y el mancebo
El que reside en tí, fuego divino.
Así tu nombre se alzará radiante
Del nombre al par del inmortal Murillo:
Benigna entonce, entre el comun aplauso,
Acoge el eco del acento mío.

A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO

EL CORONEL DON TOMAS DE REINA,

AL EMBARCARSE PARA PUERTO RICO.



¡Y te alejas, Tomás! ¡Y así las olas
Del mar inmenso donde muere el día
Surcar anhelas! ¡Ni la dulce patria,
Ni la memoria plácida y tranquila
De los felices años que del Bétis
Correr viste en las márgenes floridas,
Ni de amistad los cariñosos lazos
Bastan á detenerte! ¿De tu lira
No más escucharé los blandos ecos
Poblar sonoros la region vacía?
Mas desoye mi voz, no de mi alma
Mude tu intento la profunda herida

Harto la causa de tu afan conozco,
Harto el impulso que tus pasos guía.
Vuela, sí, vuela, de la fuerte nave
Hienda las olas la cortante quilla,
Lance á torrentes de su centro el humo,
Retumbe la potente artillería,
Y despliéguese al viento en la alta popa
La fúlgida bandera de Castilla.
¡Oh noble enseña de triunfal memoria,
Cuántos despiertas en la mente mía
De honor y gloria y de entusiasmo ardiente
Claros recuerdos! El lejano clima
A donde el rumbo la acerada prora
Hoy endereza, ¡á cuánta hazaña digna
De inmarcesible lauro ofreció un tiempo
Campo anchuroso! Refulgente brilla
Ante mis ojos de la Reina augusta,
Orgullo de la Hispana Monarquía,
La excelsa magestad; miro en Granada,
Cuando su brazo al Agareno humilla,
Cómo á Colon acoje bondadosa,
Cómo, guiada de la luz divina,
Abre á la Fé católica otro mundo
Que el mundo antiguo con asombro admira.
El mismo rumbo que tu nave ahora
Siguió, caro Tomás, la frágil quilla
Que al preclaro Colon, pasmo del Orbe,
Á incógnitas riberas conducía,
Del gran Cortés, del ínclito guerrero
Honor del Guadïana, en cuya orilla
Tanto génio inmortal nació que ilustra
Tu nombre ¡oh gran Beturia, (1) oh pátria mia!

(1) Nombre antiguo de Extremadura.

Se alza tambien la gigantesca sombra
Que el vivo aliento del Señor anima.
En la arenosa playa americana
La voz dirije á su falange invicta,
Rayos lanzan sus ojos, en su mano
La tersa espada de Toledo vibra,
En la siniestra abrasadora téa
Los iberos bajeles ilumina....
Postrémonos, Tomás, la ajena historia
No en sus más bellas pájinas rejistra
Empresa tal que compararse pueda
A la que al héroe hispánico sublima.
De Pizarro y los Trece de la Fama,
De Ponce de Leon y de Valdivia,
De Almagro, de Alvarado, de Balbóa...
Pero ¿á qué proseguir? nunca pondría
Término á mi cantar si fiel mi labio
Alzar quisiera á la region Empírea,
En sonoros himnos, gloria tanta
Como la Fama próvida eterniza.
A Dios, oh amigo, bondadoso el Cielo
Tu nave impulse á la feliz Antilla
Que supo un tiempo rechazar valiente
Del fiero Drake la agresion impía.
Tú el pabellon que tremoló triunfante
Sobre el hundido imperio de los Incas
Sabrás ileso conservar, si, torpes,
Del ibero Lëon las justas iras
Osáran provocar, los que ultrajando
Su propio honor, con infernal codicia,
La de Hispano Solio esclarecido,
Preciada joya, arrebatar ansían.
Tú entre el estruendo del cañon y el humo,

Del clarín á la bélica armonía,
Al rudo son del redoblado parche,
La salvadora espada en sangre tinta,
Cantar sabrás las glórias de la Patria,
Émulo digno del egrégio Ercilla.

EN EL NACIMIENTO

DEL INFANTE D. FERNANDO DE ORLEANS Y BORBON.

SONETO.

Nació! Cual nunca la potente diestra,
Del Infierno terror, gozo del Cielo,
Dejó cumplido el maternal anhelo
De la que ardiendo en Fé siempre se muestra.

Nació, y el que en la bélica palestra,
Sacro Monarca del Hispano suelo,
Fué de valor y de virtud modelo
Y al Árabe arrancó la Ciudad nuestra,

Contémplale risueño, y con su nombre,
Fausto anuncio de dichas y de gloria,
Le dá el amor de la nacion Ibera,

Y que, alcanzando perenal renombre,
Los ejemplos renueve y la memoria
Del magnánimo Infante de Antequera.

POESIAS

DE

DON JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO.

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA.

Ave gratia plena, Dominus tecum,
benedicta tu in mulieribus.
S. Lucas cap. 1.°

Desde que hirió mi oido,
De mi alegre niñez en la alborada,
Tu nombre bendecido,
¡Oh Madre de Jesus inmaculada!
Cual símbolo precioso
De pureza, de gracia, de ventura
Te contempló mi corazon gozoso.
Y extasiado al mirarte
Del cielo encanto, del mortal escudo,
Cifrábase mi dicha en invocarte,
Mi bien en bendecirte, mi alegría
En darte honor con filial saludo,
Al despuntar y al fenecer el dia.

Entónce, áun niño tierno,
Soñé ver tu pureza
En la blancura que imprimió el Eterno
Del fresco lirio en la gentil belleza:
Y en el aliento de las gayas flores
Gozé extasiado, en mi amoroso anhelo,
Del perfume que exhalan tus fulgores
El blando aroma que respira el cielo.

Por eso las primeras
Que insegura cogió mi débil mano
Llevé á tu altar, ¡oh Vírgen! que moderas,
Con solo ver tu rostro, en el humano
El torcedor de las desdichas fieras:
Y cual primicias de mi amor, de hinojos
Allí dejélas, y en felice calma,
Al demandarte amparo, por mis ojos
Brotó el placer que embebecía el alma.

¡Mas qué mucho, Señora, que ferviente
Yo te adorára, si tu excelso nombre
Con gloria suena hasta el remoto Oriente,
Y sube al Cielo en la oracion del hombre!
Si el florido arroyuelo que desata,
En plácido murmullo,
Su clara linfa de brillante plata,
Si la paloma en su amoroso arrullo,
Si en su gemido el áura,
Si el trueno que en raudales se resuelve
Y al campo seco su verdor restáura
Y de sus galas el matiz le vuelve;
Cuanto natura espléndido atesora,
A Tí, cuya mejilla,

En la que mágia inextinguible mora,
Encanto presta al resplandor que brilla,
Tras noche horrenda, en apacible aurora;
A Tí, que en la alta cumbre,
Vestida de fulgores inmortales,
Del sol eclipsas la radiante lumbre:
A Tí, de gracia llena,
A Tí, la Pura, y la Escogida y Santa,
El orbe, que en tu gloria se enagena,
A Tí se humilla y tu hermosura canta.

Y cómo no aclamarte el que te mira
Siempre enjugar del infeliz el lloro,
Que en Tí se goza, que tu amor respira,
Si encanta su existencia,
De la virtud el celestial tesoro
Cuando se espácia en tu sublime esencia!

¡Cuántas veces ¡oh Reina!, cuántas veces
El criminal precito,
Que en sus maldades apuró las heces
De la copa infamante del delito;
Al ver tu faz angélica, pasmado
Sintió sus plantas ante tí clavarse
Con fuerza irresistible, quebrantado
Su duro corazon, avergonzarse
De su pasada iniquidad, y ansioso,
Por la ternura de tu amor guiado,
Buscar en Tí y en la virtud reposo!

¡Cuántas veces tambien al descreido
Escudo fuiste, cuando infiel, blasfemo,
Burlóse ciego en la impiedad caido,

Del Hacedor supremo!
Que agotado el raudal de su clemencia,
Y el rayo ardiente presto
A abrasar como arista su existencia,
Tú, cual madre amorosa,
El dulce brazo hácia el castigo opuesto,
Y en Dios fijando la mirada hermosa,
Gracia por él en tu oracion pediste;
Y, libre al punto de su horrenda suerte,
En él la gracia descender hiciste,
Y le salvaste de la eterna muerte.
¡Nunca, nunca el humano
Dejó de hallar tu corazon benigno,
Ni los favores en tu augusta mano!

Aun mirar me parece
Al infeliz que, en afanoso empeño,
Buscó en la dicha que la tierra ofrece
De los deleites el mentido sueño:
Y en vez de amores, y amistad, y gloria,
Deshecha su ilusion, y triste, y solo,
Halló á su lado en su terrible historia,
Ingrato olvido, indiferencia y dolo.
Insensible á la dicha, al gozo muerto
Que las virtudes en el bueno imprimen,
Su pecho nunca á la esperanza abierto;
Sus ojos siempre contemplando el crímen;
En fiera lucha su razon perdida,
Dudar del cielo recogió por fruto,
Y aborrecer la vida,
Y oprobio infame, y horfandad y luto.

Mas súbito en su mente

Sintió brillar de tu hermosura el rayo.
Y verse libre de su angustia siente:
Que como el sol en el risueño Mayo
Disipa del vergel la niebla fria,
Y le matiza de fragantes flores,
Astro fuiste, Señora, de alegría
En el revuelto mar de sus dolores.
Y postrado ante tí, con faz contrita,
Brotando en tierno lloro
La ardiente fé que su interior agita,
En Tí encontró la palma
Del bien que el gozo sin cesar renueva,
En Tí sus sueños y la paz del alma,
En Tí el camino que al Empírco llevá.

¡Ah, que de todos madre, eres la bella
Entre vírgenes bellas más hermosa!
Sostén del triste anciano,
Del sábio guia, del feliz estrella:
La que es espejo, en su inmortal cariño,
De púdica doncella,
Y encanto y vida de inocente niño.
La que el ángel adora, la que aduna,
Cercada de querubes celestiales
De su belleza al perfumado aliento
Amor tan generoso á los mortales,
Que explicarlo no pudo lengua alguna,
Ni hallarle jamás fin el pensamiento.

¡Bendita sea tu bondad, bendito
Tu seno de amor puro,
En que gózase amante el Infinito,
Y fué del hombre contra el Orco muro!

¡Benditas tus virtudes! ¡Ah! perdona
Si junto al himno que tu nombre ensalza,
Y en cielo y tierra tu loor pregona
Mi pobre lira sus acentos alza.

¡Perdona, ¡oh Virgen mia!
Que en canto indigno de tu gloria exhale
El vivo gozo que tu amor me envía.
Mas pues que humilde á tus altares llego,
Y que del fondo de mi pecho sale,
Si nó como tributo de alabanza,
Óyelo grata como ardiente ruego.



AL EJÉRCITO EXPEDICIONARIO DE AFRICA

con motivo de los dias de nuestra Reina

DOÑA ISABEL SEGUNDA.

¡España, España! ¡amada pátria mía!
pátria de los valientes
que el largo oprobio de tu faz borraron!
Cuando tu afecto de mi pecho salga,
mi cantar abatido
sepúltese en el polvo del olvido.

LISTA.

ODA.

Como leon herido
De fiebre intensa, que su sér devora,
Si del tigre se mira acometido,
Olvidado del mal, fiero sacude
La espantable melena
Y á su defensa valeroso acude;
Y con rugido que el espacio atruena
Rápido á su enemigo se avalanza,
Y en él las garras con furor clavando
Sus rotos miembros á los aires lanza;

Tal el noble Español, que no consiente,
Aunque le postre de infortunio el rayo,
Nunca mancilla en su preclara frente,
Cuando codicia ó ambicion extraña
Injustas le asaltaron,
Vuelve á su pecho el natural corage,
Y los bríos doblando en cada hazaña,
El desagravio con pavor miraron
Los hombres mismos en que halló el ultrage.

¡Vedle, sinó tras la tremenda rota
Del triste Guadalete,
Fruto de vil traicion, no del denuedo,
Cómo su aliento en la desdicha brota!
Y exaltada su fé, y ardiendo en furia,
Y dando asombro á su opresor y miedo,
Que es pobre y débil su poder no cuenta
Para lavar de la agresion la injuria,
Para borrar de su opresion la afrenta.
Mas sobra á todo su ardimiento bravo;
Y al grito «á ellos» que en los valles zumba
Vencido el Musulman póstrase esclavo,
O halla sangrienta inevitable tumba.

Vedle despues, en la piedad constante,
Mostrar á Europa, á su valor pasmada,
La sacra enseña de Jesus triunfante
Dó más se eleva la imperial Granada.
Y que la paz de los amados lares
Dejando luego, cuanto el globo encubre
Sereno busca por ignotos mares,
Y tierra inmensa en su anhelar descubre.
Y al leve impulso de apacible viento,

Allí tranquilo llega,
Y humildes y postrados á su aliento
Sin fin imperios á su pátria entrega.

Ni al que fué su opresor Árabe impuro
Gozar deja en su asilo
De sus rapiñas y crueldad seguro;
Que allí le sigue de su espada el filo,
Y asalta y vence su doblado muro.
Y le sigue tambien cuando de Europa,
De innúmeros bajeles,
Sentado altivo en la soberbia popa,
Era terror y espanto;
Y arranca de su frente los laureles
y los hunde en las aguas de Lepanto.

Tal nuestra pátria fué. Del Orto á Ocaso,
Del Norte al Mediodía,
Dó quier el mar en sus revueltas olas
Contemplaba las naves Españolas,
Y al grave peso con furor gemía.
Y obedecióla prosternado el suelo,
Y fué su capitolio
El claro azul del extendido cielo,
Y el orbe estrecho á su radiante solio.

Y aun perdida otra vez grandeza tanta,
Cuando coloso fiero
Cual infáusto cometa se levanta,
Mostrando al mundo su invencible acero;
Y al mover de sus ojos dicta leyes,
Y al horrendo tronar de sus cañones,
Espantados y atónitos los Reyes

Ofrecen á sus plantas las Naciones;
Áun débil el Ibero y áun desnudo,
¿No véis la alteza que en sus ojos arde?
¡Ah! si abatirle la desgracia pudo
Jamás llevóle á humillacion cobarde!

Y le aguarda en Bailén firme y sereno;
Y no un instante piensa
En la contraria suerte,
Solo en vengar la abominable ofensa;
Que de temor ageno,
Heróico siempre despreció la muerte.
Y le busca y le acosa, y le persigue,
Y el Águila imperial, que vencedora
Se vió en Oriente y Austerliz y Jena,
Vacila, tiembla, cede,
Y de pavor y sobresalto llena,
Ni aun verse libra de prisiones puede.

¡Oh dulce pátria mia!
Tú el gran poder aterrador rompiste
Del Genio de la guerra en solo un dia,
Y de su trono descender le hiciste.
Y por tu fama y por la fé de Cristo,
Conduciendo tus huestes en las lides,
El orbe siempre con honor te ha visto.

Y vosotros, guerreros,
De tan sublime y envidiada gloria,
Por dicha denonados herederos;
Mirád que váis á la nefanda tierra
Que guarda fiero encono,
Y mueve sin cesar traidora guerra,

A nuestro Dios, á nuestra pátria, al trono.
Ved que en vosotros de su honor confian
La pura magestad; que el mundo observa
Vuestro valor que infieles desafian:
¡Caiga la Libia á vuestra plantas sierva!
Y los torpes delitos
Que su existencia aborrecida aféan,
Jamás se encuentren en la historia escritos,
Sin que los hombres el castigo léan.

Y no derrotas ya, fiero exterminio
Halle el que osado vuestra furia arrostre,
Y al español dominio
Sujeto al fin el corazon no postre.
Sangre reclama su inhumano insulto;
Y pues os reta con tremendo amago,
Volved su arena enrojecido lago
Y en él ahogadle miéntras viva inulto.
Mas si le véis rendido
A vuestro esfuerzo, perdonadle humanos;
No déis en vuestras iras al olvido
Que sóis valientes y que sóis cristianos.
Que yace allí tambien pura, inextinta
De nuestros hechos la inmortal memoria;
Y los campos que vieron
Su tierra inculta en nuestra sangre tinta,
Si el castigo espantados conocieron,
Nunca, rendidos a la enseña Ibera,
De las crueldades el horror sintieron.

¡Cuántos nombres allí siempre gloriosos!
¿Cuál pecho castellano,
Si de la pátria el esplendor le inflama,

Será que no recuerde
De tantos héroes la brillante fama?
El aire blando en el ramage verde,
En su murmullo el río,
El eco que en los páramos se pierde,
Que su renombre sin cesar repiten,
Doblando vuestro brío,
Para eclipsarlo vuestro pecho agiten.

¡Mirad, mirad, por el celage puro
Sus nobles sombras que á la lid os llaman,
Cómo os excitan á escalar el muro,
Cómo el aliento que os enciende aclaman!
¡Mirad cómo extasiados os saludan,
Y protegiendo vuestra guerra santa
Sus fuertes brazos vuestro pecho escudan!
Al África, á la lucha, á la victoria:
Tendréis la admiracion de nobles almas,
Y fama eterna os guardará la historia,
Y la hermosura inmarcesibles palmas.

Y tú, Reina y Señora,
Noble sostén de la Nacion Ibera,
A quien permite realizar ahora
Dios el anhelo de Isabel primera:
Haz que ese pueblo en la maldad sumido,
Y en la barbárie, del humano afrenta,
Para el saber y la virtud perdido,
Su dulce influjo en las entrañas sienta.

Haz que ahuyentado el Alcorán maldito
A términos distantes,
Allí se extienda nuestro santo rito

Y la lengua se escuche de Cervántes.
Que donde quiera que la llama brilla
Del Supremo Hacedor, la virtud brota
Y la ignorancia á la razon se humilla.
Y grande España, absortas las Naciones
Verán, cuando se lanza
El hombre á empresas, y en la fé se funda,
El láuro excelso que la fé le alcanza,
En la alta gloria de Isabel Segunda.



Á LOS TUYOS TE ATÉN.



Apólogo.

Una altiva azucena,
Como la nieve pura,
Con frente de oro y celestial aroma,
De amor libre y de pena,
Miraba alegre su gentil figura
En una fuente límpida y serena.

«¿Qué falta á mi contento?»
Decia enagenada;
Mece mi tallo cariñoso el viento,»
La brisa regalada

Vierte en mi seno olores,
Y cuando asoma el luminar del dia
Sus cándidos albores,
La abeja que volando
El cáliz de las flores vá libando,
Prefiere á todas la belleza mia.

»Así fresca y lozana
Sin deseos, ni envidia, ni quebranto,
Cada alegre mañana
Mi sér envuelve en inefable encanto.
Cada fugaz instante en mi sentido
Esparcen mil delicias,
Ya de esta fuente el incesante ruido,
Ya de la flor la vencedora gala,
Cuyo aliento süave
En mí amorosa sin cesar exhala,
Ya el melodioso gorgear del ave.
Aun el áura ligera,
Versátil siempre y siempre caprichosa,
El ráudo vuelo, si me vé, modera,
Y plácida sonríe,
Y en mi albo seno enagenada posa,
Y en mi fragancia y mi beldad se engríe.
¿No tengo yo razon? ¿no soy dichosa?»

Calló la flor; y cuando el fresco lloro
De la rosada aurora, blandamente
Secaba el sol con sus cabellos de oro,
Mostrando altivo la encendida frente,
Súbito alegre gira
Por la verde y espléndida esmeralda
Del frondoso pensil, bella y graciosa,

Con cambiantes de azul, de nieve y gualda,
Aérea mariposa.
Vuela de flor en flor, de rama en rama;
Y al mirar la azucena, que embebida,
En su interior la aclama
Gozo del campo, de las flores vida,
El revolar sugeta
Y rinde al punto su hechicero halago
A la hermosura que le aguarda inquieta.

¡Cuánto placer de amor, cuántas delicias
Gozó la flor triunfante
Del vistoso galan en las caricias!
Mas ráudo huyó tan anhelado instante

Al fin, breves auroras,
Para ella siglos, le llorára ausente,
Y al verle huyeron tan amargas horas:
Y otra vez deslumbrada
Sus ricas alas toca,
En sus vivos colores se embelesa
Y á amor se rinde enagenada y loca.

Mas al triste recuerdo
De su pasado suspirar le dice:
«Queda á mi lado ó llévame contigo
Que así ya siempre viviré felice
Y moriré si tus caricias pierdo.
¿Por qué ese vuelo vago,
Y vás y vienes y de mí te alejas?
¿Es que yo sola tu ambicion no halago?
¿Es que sin ese revolar, dichoso
Ser ¡oh mi amor! no puedes? ¿ó es que el cielo

Te ha condenado á que en constante anhelo
Vivas sin alcanzar nunca reposo?»

En tanto muda el vuelo
Alzó la mariposa, y vióla mústia
Desparecer la apasionada amante
Y opresa el alma de mortal angustia.
Y un dia y otro espera
Sin poderla buscar y no parece;
Y en cada instante que discurre crece
De sus pesares la desdicha fiera.
Tal vez acariciaban
Su mente ideas que placer fingian,
De dia en ilusiones que volaban,
De noche en dulces sueños que mentian.

Mas al dolor despierta,
Llora la infortunada
De sus amores la esperanza muerta.
Al cabo, triste inclina,
Ahogada á impulsos de letal congoja
Su faz ántes divina:
Y perdió su fragancia, y hoja á hoja
Cayó en despojos en la clara fuente,
Que en su movible plata
Tambien, áun muerta, su dolor retrata,
Y el fin aciago de su vida siente.

¡Ay! la belleza que ambiciosa aspire
De su esfera á salir, y en pompas sueñe,
Ántes que de su altura se despeñe
De la azucena los tormentos mire.

LA FUENTE DE TOMÁRES.

Metamórfosis.

En sed ardiendo en el campo
del Estío en una tarde
busqué alivio, allí cercana,
en la fuente de Tomáres.

Y hallando el alma reposo
en sus límpidos cristales,
plácido los contemplaba
sentado en su fresca márgen.

En esto ya presuroro
caminaba á sepultarse,
en nubes de grana envuelto.
el Sol en los anchos máres,

Y las sombras extendiendo
su velo oscuro en los valles,
convertida en fulgor ténue
dejaron su luz brillante.

Solo el eco misterioso
que daba á su canto el ave,
y el áura gemir se oian
en el frondoso ramage.

Mas ya las nubes perdiendo
de su tinta el vario esmalte,
la flor su gala y el árbol
su bella forma arrogante,

Calló el ave, calló el áura,
cesó de agitar el aire
por la llanura medrosa
los tendidos olivares;

La luz espiró y del caos
era el campo triste imágen;
que es para el campo la noche
lo que al alma los pesares.

Pero en breve de la luna
mostróse la faz radiante,
y cuando luego á su lumbre

á mi hogar quise tornarme.

Súbito al rumor del agua
rumor sigue más suave,
como le forma la seda
flotando en airoso talle.

Vuelvo la vista al portento
y miro ¡ay Dios! los raudales
en jóven dama tornados,
pero hermosa como un ángel.

Era su tez pura nieve,
negros y ardientes los ojos,
dorado el cabello leve,
claveles sus lábios rojos,
el talle esbelto, el pié breve.

Rico y antiguo vestido
lucía en gentil alarde,
y al contemplarla embebido,
entre asombrado y cobarde,
de mi propio sér me olvido.

Me observa, y una sonrisa,
vagó en su hechizera boca,
y al ver mi accion indecisa,
mi trémula mano toca
y no ser vision me avisa.

Recobrado le pregunto
cómo le ocurrió tal daño,
siendo de Vénus trasunto.

y cómo, en prodigio extraño,
fuente y muger era á un punto.

Ella con voz melodiosa
me dijo —«¿El refran no oiste
»¡ay infeliz de la hermosa?»
¿Con gentileza, dichosa
á muger alguna viste?

Escucha mi breve historia,
aunque larga en padecer,
y no hallará tu memoria
hermosura de muger
con tan efímera gloria.

Noble, rica y placentera
criéme ¡ay triste! en Sevilla,
y de su verde ribera,
si no fuí la maravilla,
beldad mayor no se viera.

Y cual por cáuce de flores
vá claro arroyo en sus giros,
cercada yo de favores
oía dó quier suspiros
de rendidos amadores.

Así altiva, alegre, loca,
hallando en mi vida el cielo,
era para todos roca;
y nunca á amante desvelo
pronunciaba el sí mi boca.

Tal vez furtiva mirada
á algunos dulce fingía,
á otros oir turbada;
y de todos adorada
de su pasion me reía.

Pero trás tanto favor
lo que fué burla ó capricho
trocóse luego en ardor;
bien Calderon nos lo ha dicho;
«no hay burlas con el amor.»

Entre aquellos que su afan
mostráronme en sus cantares,
se hallaba el jóven Hernan,
conde ilustre de Tomáres,
guerrero, vate y galan.

Este, rendido halló el arte
de entrar en mi pecho solo;
y no deberá extrañarte
que era en sus cantos Apolo,
y en las lides era Marte.

Le quise, me amó, el sosiego
rindióme con su alvedrío;
pero su amor era ciego
y para pagarle el mío
jamás halló tanto fuego.

Y pronto fija mi mente
en perdidos galanteos,
siempre abrasaba mi frente,

con mil voltarios deseos,
alguna ilusion naciente.

Hernan que de mi tristura
llegó á entender los desvelos
más ciego amó mi hermosura:
¡Cuándo se vió amor con celos
no convertirse en locura!

Así, ya me fatigaba
su fé, para mi opresion:
y mientras más me adoraba
más frio mi corazon,
á mi pesar se encontraba.

Un dia que alegre gira
dióme en vergel de su Estado,
receloso observa y mira
á otro galan que á mi lado
por mí de amores suspira.

Y con extraña presteza
llega convulso hasta mí,
y en fiera voz, «con certeza
dijo, aleve, conocí
la cáusa de tu tristeza.

»¡Harto por mi mal, infiel!
todo murió entre los dos:
mas nunca ingrata la hiel
derrame en tu pecho Dios
que en mí vertiste crüel.

¡Qué bien pagaste, traidora,
de mi loco amor la llama!
¡Quién á pérfidas adora
triste semilla atesora
que en roca estéril derrama.»

A tales sentidas quejas
contestéle desdeñosa:
«no te dejé, tú me dejas:
mas si de mí no te alejas
huiré de tí presurosa.»

No pude seguir, que yerto
echóle á tierra el quebranto;
y aunque quise el desacierto
borrar con mi acerbo llanto
era tarde, estaba muerto.

Y mis lágrimas crecieron,
y con ellas mi delirio,
mas ni mi Hernan me volvieron,
ni de mi horrible martirio
el dolor disminuyeron.

Y siguió mi llanto á mares,
y volvíme linfa pura,
y llámanme estos lugares,
desde mi extraña aventura
dama y fuente de Tomáres.

Así Dios mi veleidad
y mi rota fé castiga:
solo amé la sociedad,

y, aquí sugeta, me obliga
á perpetua soledad.

Y ví los años correr
siendo de dia raudal,
de noche siendo muger
y nunca, con tanto mal,
logré al cielo enternecer.»—

En esto, ya apareciendo
de la aurora el tibio rayo,
calló la dama y perdiendo
su forma, en mortal desmayo,
fuése en agua convirtiendo.

Tan solo alcanzó á decirme
«A dios, y ruega por mí.»
Fijo yo en ellá á partirme
no acertaba ya de allí
hasta que el sol vino á herirme.

Y en el camino, asombrado
aun juzgaba oir su queja:
mas noté que justo el Hado
ni el delito más callado
jamás sin castigo deja.

EN LA MUERTE DE MI MADRE.

No existe ya: los males
que, en perenal gemido,
cercan á los mortales,
dió á sempiterno olvido;
y alegre fué su espíritu
á la feliz mansion.

Mas ¡ay! no en su regazo
ya volveré á extasiarme,
no más su dulce abrazo
podrá tierno estrecharme,
latiendo en vivo júbilo
su amante corazon.

¿Y quién ya, ¡oh madre mia!
traerá á mi dolor calma?
¿cuál luz será mi guía
en la noche del alma?
¿cuál en el fiero vértigo
de este profundo mar?

¿Quién trocará en mi suerte
con flores los abrojos?
¿y quién, cuando la muerte
cerrado haya mis ojos,
irá en acerbas lágrimas
mi sepulcro á regar?

Dulce ilusion querida
en que aun mi mente sueña,
volaste con su vida:
¡Cuán presto el mal enseña,
que del mundo en el piélago,
solo es real el dolor!

¡Ay! solo: así su aliento
encanto y sér del mio,
así su puro acento,
imán de mi alvedrío,
pasaron cual la cándida
belleza de la flor.

Cuán triste, hora en mi mente,
se clava la memoria,
en que con voz ferviente
pintábame la gloria
que guarda el cielo plácido

á la santa virtud.

En su regazo tierno,
y niño aún, le oía
de Aquella que el Èterno
más pura hizo que el dia,
y fué del mortal mísero
venéro de salud:

De Aquella que en el cielo,
vestida en resplandores,
con maternal desvelo,
es luz de pecadores;
y cuya faz angélica
del suelo ahuyenta el mal:

De Aquella que, á despecho
del Báratro profundo,
crió á su amante pecho
al Dios que vino al mundo,
y abrió al hombre en el Gólgota
su patria celestial.

Allí, tú, ¡oh madre cara!
que en paz inextinguible
la magestad preclara
miras del que invisible
del universo, próvido
rige la inmensidad;

Allí, do la ventura,
ni aun turba en sombra leve
la hiel de la amargura;

do nunca el gozo es breve,
ni en el contento límites
halla la humanidad;

Ruégale que en el rudo
combate en que guerrea
el alma aquí, mi escudo
y mi enseñanza sea;
y que mi sér pacífico
camine hácia su sér.

Ruégale, sí; que incienso
no queme en los altares,
en que en clamor inmenso,
con hórridos cantares,
de la injusticia al ídolo
honor se dá y poder.

Que nunca envidia infame
halle en mi pecho agrado;
ni el vicio en él derrame
su filtro envenenado,
ni la ambicion el tósigo
que siempre aborrecí.

Así en mi dulce asilo
el término forzoso
esperaré tranquilo;
y el ángel espantoso
que dá la muerte, impávido
veré acercarse á mí.

Y cuando ya espirante

del cielo gracia invoque,
y en mi postrer instante
con yerta mano toque
y acerque al labio trémulo
la imágen de mi Dios;

Entónces, madre amada,
mi espíritu recibe
en la inmortal morada,
dó el tuyo feliz vive,
y al suelo daré plácido
un eternal adios.



SONETO.

Cuando con gozo delirante oía
La angelical dulzura de tu acento,
Y en el sol de tus ojos y en tu aliento
Raudal ardiente de pasion bebía;

Con sorda pena al corazon hería
En mi dicha ideal el pensamiento,
Mostrándome tenaz cada momento,
Que el bien es flor á quien agosta un dia.

Y pasaron tan plácidas auroras,
Y el sueño seductor que me halagaba,
Tornóse en largas y dolientes horas.

¡Alma mezquina! del dolor esclava
Temes si eres feliz, si infeliz lloras:
¡Ay! nunca el mal ni áun en el gozo acaba!

POESIAS

DE

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

AL GUADALQUIVIR.

A MI BUEN AMIGO

Don Andrés Lasso de la Vega y Quintanilla.

Dí, Guadalquivir hermoso,
¿Dó te lleva tu corriente,
Que así marchas presuroso,
A hundir en el mar undoso
Tu altivez omnipotente?

¿Tal vez abandonarás
Para siempre á Andalucía,
Y su cielo olvidarás?
Nó, que acaso tornarás
Arrepentido otro dia.

Llorarás tus trovadores,
Las náyades de tu playa,
Tu corona de mil flores,
Tu brisa que esparce amores
Y tu morisca atalaya.

Detente, escucha un momento
Los ecos del trovador,
Que en armónico concento
Dará tus glorias al viento
Y sus cantares de amor.

¡Cuántas veces á algun moro
Bajo la erguida palmera
Viste derramando lloro
En tu tranquila ribera
Sembrada de arenas de oro.

Y que su vista fijaba
Sobre tus rizadas olas,
Y á lo léjos divisaba
Que tu espejo retrataba
Las moriscas banderolas!

¿Qué fué de tanta belleza
Como te amó á su albedrío?
¿Qué de la antigua riqueza,
De la altivez y nobleza
Del musulman poderío?

¿Qué ha sido de tus vergeles,
Do en amantes devaneos,
Sobre briosos corceles,

Celebraban mil donceles,
Justas, lides y torneos?
. . . .

¡Cuántos siglos han pasado
Sobre tu clara corriente!
Y tú impasible has mirado,
Que todos se han sepultado
En los mares de Occidente.

Y miles generaciones
Con ellos desparecieron;
Y fantásticas creaciones,
Bello tropel de ilusiones
Tal vez á ti parecieron.

¡Qué de pájinas hermosas
Guardas allá de otra era
De ilusiones venturosas,
En las hojas de las rosas
Que embalsaman tu ribera!

¡Cómo, ay Bétis, yo te amaba
En la inocente edad mia,
Cuando tu márjen cruzaba
Y en tu corriente buscaba
El sol que allí se escondía!

Yo tu cristal enturbié,
Y exclamé ufano, orgulloso:
—¡Cuánto soy mas poderoso
Que el astro rey majestuoso
Cuyo fulgor disipé! —

Y volví á tu orilla amena,
Y entonces el fuego ardiente
Sentí de menuda arena;
Alcé la frente serena,
Y el sol abrasó mi frente.

Marché pesaroso y hora
Torno á decir tu hermosura,
El mal que el pecho atesora,
La vírgen que el alma adora,
Que es ángel de mi ventura.

Aquí en tu orilla apartada
La he de cantar escondido;
Como la tórtola amada
Desde solitario nido
Da su canto á la enramada.

Y tú la dirás mi amor
Y cuánto sufro en su ausencia;
Y al admirar el candor
Y la divina excelencia
De su encanto seductor,

Díla que siento el despecho
De un mar que vive sin calma;
Que la zozobra de un pecho
Siempre implacable ha deshecho
Las ilusiones del alma:

Que vuelva á pisar tus flores,
Y habrán todas de inclinar
Sus frentes de mil colores,

Vertiendo pomos de olores
Los lirios y el azahar.

Dila que, de amor transido,
Testigo fuiste del mal
A que yo soy conducido;
Que el corazon vierte herido
De lágrimas un raudal.

Díla que con dulce abrazo
Podrá calmar mi tristura,
Y entonce en amante lazo
Le cántaré en su regazo
Los sueños de mi ventura.

¡Oh! cuán grato es el estar
A tu orilla entre las flores,
Y su cintura abrazar,
Y de sus labios libar
El néctar de los amores!
. . . .

Un ósculo abrasador
Lleva en tu limpia corriente,
Y serás el portador
De ese suspiro de amor
Que estamparás en su frente.

Y cuando ardoroso estío
A tu seno la trajere,
Bésala amable, buen rio,
Y sín que ella lo advirtiere
Con tus besos dále el mio.

Y serémos los señores
De tu magnífica playa,
Con su corona de flores,
Su brisa que esparce amores
Y su morisca atalaya.



A LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ.

SONETO.

Perlas vertiendo que envidió la aurora,
Ved á María ante la cruz divina:
Lánguida y sola cuando el sol declina,
Vedla cuán triste y delirante llora!

Víctima del dolor que la devora,
Su débil frente sobre el pecho inclina,
Y en su angustia mortal ella imajina
Perdido el bien que con el alma adora.

Cuando una voz que anuncia la agonía,
Voz que precede al ¡ay! del moribundo,
Oye que dulce y celestial decía:

—Calma, Señora, tu dolor profundo,
Que una lágrima solo, Madre mia,
Puede, si es tuya, redimir al mundo!

A UNA DAMA MUY GALANTEADA.

En el Album de la B. de W.

Nace la flor, y el céfiro, primero,
    Besa su casta frente:
Viene tras él el sol, y placentero
    Bésala desde Oriente.

Llega anhelante la gentil zagala
    Y besa la flor pura;
Y del amor que de su pecho exhala
    Prodiga la ternura.

Mas la flor que há los besos á desaire
    Daba su pompa al aire,
Guardando de su esencia allá en su seno
    Todo su cáliz lleno.

Hasta que al fin pintada mariposa,
Sobre la flor se posa,
Y tomando los besos por mentira
Sus ámbares aspira.

Y libando el perfume de la flor,
Ébria ya de su amor,
Desplega ufana su industriosa ciencia:
Bebe la dulce esencia.

¡Dichoso tú, oh atrevidillo insecto,
Sabio en amor perfecto!
¡Quien solo un beso en la belleza siembra
Es céfiro, sol ó hembra!

Así yo, cual la sabia mariposa,
Soy el que siempre osa
Lograr más alto y delicado empleo:
¡De amor todo el trofeo!

¡Que en los juegos de amor, jugando al copo,
El lince triunfa miéntras pierde el topo!

VERSOS IMPROVISADOS

en el Teatro de San Fernando de Sevilla, en el acto

de representar el eminente actor y poeta

DON JULIAN ROMEA.

Marchita mi ilusion, seca la fuente
Que manaba dulcísima poesía,
Un pensamiento iluminó mi mente
Y á tu seno volví ¡Oh patria mia!

Del mundo en el revuelto torbellino
No hubo espacio que mi alma no cruzara,
Ni peligroso ni ruin camino
A que el placer mi planta no llevara.

Ni tampoco dolor ni desengaños
Que el pecho congojoso no sufriera;
Porque suelen así volar los años
En tan ruidosa é infernal carrera,

Tan solo un sentimiento quedó sano
Que del martirio renunció la palma,
Y con un sentimiento soberano,
Entero el corazon, vírgen el alma.

Así en los lares patrios refugiado,
El pensamiento inspiracion desea,
Amor el corazon enamorado,
Y el alma paz, porque tranquila sea.

Y todo lo encontró la mente inquieta
De tu teatro en el recinto ameno:
¡Admiró el genio del actor-poeta,
Y vió la sombra de Guzman el Bueno!

Tambien el corazon se recreaba
En la belleza que en su afan veía,
Y el alma en dulce paz se dilataba,
Y mi ser á otro ser se convertía.

Mas de agudo dolor sentí la guerra
Que á turbar vino tan dichosa calma....
¡Si he de partir... que queden en mi tierra
El pensamiento, el corazon y el alma!



EN EL ALBUM

DE LA BELLA SEÑORITA DOÑA JOAQUINA R.

Es el album, Joaquina,
Un cementerio,
Y cada hoja la tumba
De algun secreto.
Allá va el mio,
Aunque muera olvidado
En el vacío.

De tu pecho en el fondo,
Sin tú sentirlo,
Duerme sueño de amores
El Dios Cupido.
Si onda tranquila
Mueve tu blando seno,
Es que respira.

Guárdale el dulce sueño
Y huye el bullicio,
No despierten traidores
Al tierno niño,
¡Si yo acertara
La voz con que despierta.....
Lo despertaba!

Dime, pues, el arcano,
Bella Joaquina,
Para que lo despierten
Las ansias mias;
Y que despierto
Con su antorcha de amores
Nos prenda fuego!

POESIAS

DE

DON LUIS SEGUNDO HUIDOBRO.



A LA SANTISIMA VIRGEN

EN SU SOLEDAD.

Plorans ploravit in nocte, et lacrimæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.

Thren=I=2.

Miradla, sola: sobre el ancho mundo
Raya la aurora ya del nuevo dia;
Y los llorosos ojos de María
Hiere, al nacer, la matutina luz.
La deicida ciudad yace en silencio,
Y el sueño cierra sus profanos ojos;
Mientras la avara tumba los despojos
Guarda del Santo, que murió en la Cruz.

Miradla, sola está con sus memorias,
Y amargo llanto sus miradas vela;
Nadie en su desamparo la consuela,
Ninguna voz responde á su dolor.
Del Hijo los discipulos amados
Huyeron por recónditos senderos,
Cual rebaño de tímidos corderos,
Si la enemiga flecha hirió al pastor.

De qué sirvió, Paloma sin mancilla,
La victoriosa prez, con que tu planta
Oprimió para siempre la garganta
De la sierpe maléfica infernal?
De qué sirvió, que á la alianza nueva,
Arca santa, tu cuerpo destinado,
El Señor de los mundos humanado
Habitase en tú seno virginal?

Las flores de perfumes inmortales,
Que tu escogida frente coronaron,
En punzantes espinas se trocaron,
Que traspasan tu amante corazon.
Al Hijo, que en tus brazos estrechabas,
Ora le envuelve fúnebre sudario:
Aun teñidas las rocas del Calvario
Con la sangre se ven de su pasion.

Cuánto sufriste, Madre! En tu regazo
Apénas aun Jesus te sonreía,
Y ya de Simeon la profecía
A tu pecho auguró dolor mortal:
Por salvarle, mas tarde, á extrañas tierras
Tímida huíste por ocultos valles:

Perdido luego, de Salem las calles
Regaste con tu llanto maternal.

Y ayer mismo, afrentado, escarnecido,
En sangre el rostro y en sudor bañado,
De la cruz bajo el peso fatigado
Ante tu vista exánime cayó:
Al pié de su patíbulo sangriento
Sus últimos suspiros escuchaste:
En tus brazos cadáver le estrechaste;
Y á tus brazos la tumba le robó.

Pero al menos ayer á tu quebranto,
El corazon del Hijo respondía;
Y su postrer aliento de agonía
Pudo tu amante seno recojer.
Hoy aun ese tristísimo consuelo
Se niega á tu dolor: ni un pecho amigo,
De tus amargas penas fiel testigo,
Comparte tu angustioso padecer.

Mas no: sola no estás, Madre, Señora,
Al espirar Jesus, «VÉ AHÍ Á TU HIJO,»
Con acento tiernísimo te dijo,
Y al discípulo amado te mostró:
Y del dichoso Juan en la persona,
En quien gloria tan alta reverbera,
Los hombres, sí, la humanidad entera
A tu amor maternal encomendó.

Nuestra Madre eres ya. Vuelve los ojos
De lágrimas preciosas empañados,
A tus hijos los vuelve, que afanados

Vienen tu acerba pena á compartir;
 Y de filial amor humilde prenda,
En ese instante de amargura y luto,
De su llanto te ofrecen el tributo,
Que tú, ¡oh Madre! te dignas admitir.

LA VUELTA.

(Traduccion de A. de Lamartine.)

Valle, que oiste mi cancion de amores,
Arroyo, cuyas aguas cristalinas
Turba mi llanto, prados y colinas,
Pájaros, que cantábais en las flores,

Céfiros, que su aliento embalsamaba,
Sendero, que ora sigo indiferente,
Por do su mano á la escondida fuente
A la sombra del bosque me guiaba:

Huyó el tiempo, mis ojos empañados
De lágrimas, que surcan mi mejilla,
Piden en vano á la fragante orilla
Los momentos dulcísimos pasados.

Y sin embargo, aun es la tierra bella,
Radiante el Sol, el aura fresca y pura;
Pero á mis ojos, mágica natura,
No estaba en tí el encanto, estaba en *ella*.



AL EMINENTE ACTOR

DON JULIAN ROMEA.

SONETO.

No temas, no, que de justicia agena
Tu fama olvide la severa historia,
Porque en forma fugaz y transitoria
El genio brille, que tu mente llena,

Tú, á quien fué dado en la moderna escena
Renovar de Isidoro la memoria,
Y cuyo nombre con ingente gloria
Y grato aplauso en nuestra edad resuena.

No solo en duro bronce ó mármol pário,
Ni en moles de gigante arquitectura,
Se vincula de honor eterna palma;

Que del arte en el noble santuario,
Cuanto del hombre la memoria dura,
Los nombres vivirán de Roscio y Talma.

DESPEDIDA DE CHILDE HAROLD.

Traduccion de Byron.

I.

Oh! patria, adios: el último momento
Sobre el azul del mar tu imágen flota;
Silva en las velas el nocturno viento,
Ronca gime la triste gaviota.
A ese sol, que en los mares se sepulta,
Seguimos en su rápida carrera;
Al sol y á tí la noche al par oculta:
Queda, quédate adios, natal ribera.

II.

Tras breves horas él su faz divina
Alzará entre celages de oro y grana;
Mas no veré mi plácida colina
Al saludar la espléndida mañana.
Desierto está mi gótico castillo,
Yace su hogar antiguo desolado,
Crece en su torreon junco amarillo,
Gime á su puerta el can abandonado.

III.

Llega mi paje, dí; ¿por qué en tus ojos
Lágrimas hay, y al aire das lamentos?
¿Causan las bravas ondas tus enojos?
¿Temes la furia de encontrados vientos?
Enjuga el llanto pues: fuerte y velera
Corta las aguas la ferrada nave;
No más segura vá ni mas ligera
Sobre las auras plácidas el ave.

IV.

=«Silbe en buen hora el huracan temido,
»No me asustan ni el mar ni el recio viento,
»No me extrañeis, Señor, que el pecho henchido
»Gima con ronca voz y triste acento;
»Que de mis tiernos padres separado
»No encontraré ni dicha ni consuelo;
»Amor ellos tan solo me han brindado,
Ellos y vos aquí; Dios en el cielo.

V.

»Mi padre tiernamente me bendijo
»El corazon saltándose en pedazos;
»Triste mi madre llorará á su hijo
»Hasta que torne á sus amantes brazos.»
=Basta, doncel, tu queja lastimera
Es harto propia de tu edad sencilla;
Si tu inocente pecho yo tuviera
No tan seca miráras mi megilla.

VI.

¿Por qué, fiel servidor, en tu semblante
Se retrata el dolor que te fatiga?
¿Temes tal vez la tempestad bramante,
O la escuadra del águila enemiga?
=«Ah! no penseis que el ánima medrosa
»Tiemble el peligro que la mar ofrece:
»Solo al recuerdo de mi ausente esposa
»Sir Child, mi fiel semblante palidece.

VII.

»A la orilla del lago trasparente
»De mis amores con los frutos mora;
»Por su padre preguntan tristemente,
»Ella sin responder suspira y llora.»
=Basta, buen servidor; tu afan comprendo,
Y no me burlo, no, de tus pesares;
Yo, más indiferente, sonriendo
Ora me alejo de los patrios lares.

VIII.

Quién fia en los suspiros aparentes
Que la amada ó la esposa ayer lanzaban?
Un nuevo amante secará las fuentes
Que sus azules ojos derramaban.
No deploro el placer de que me alejo,
Ni el peligro, que acaso ora me espera;
Es mi mayor pesar, que nada dejo
Que merezca una lágrima siquiera.

IX.

Y ora sobre el vastísimo Occeano
Errante, aislado por do quier me miro:
¿Mas por qué triste suspirar en vano,
Cuando nadie por mí lanza un suspiro?
Mi perro acaso gime; un nuevo amigo
Le ofrecerá bien pronto el alimento,
Y á mí se arrojará como enemigo
Si mañana á su vista me presento.

X.

Cortando espumas la ferrada quilla
A lejano confin mis pasos guía;
No me importa do vá; cualquiera orilla
Los brazos me abrirá, menos la mía.
Salud, oh mar!.... y cuando yá tus olas
Deje atrás en mi rápida carrera,
Salud, montes, desiertos, playas solas......
Y tú.... quédate adios, natal ribera.



POESIAS

DE

DON JUAN JUSTINIANO.

EL POETA.



DEDICADA A MI DISTINGUIDO AMIGO

EL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO DE LATOUR,

eminente literato y poeta francés.

¿Quién eres tú, que elevas impávido la frente,
en vuelo arrebatado, de eterna gloria en pos?
Quién eres, que en un punto volcánica tu mente
recorre el ancho mundo, y humíllase ante Dios?

¿Quién eres tú, que tiendes la vista á lo pasado,
y de la huesa fría lo impeles á salir:
qué voz sublime prestas al ser inanimado,
y el denso velo rasgas del negro porvenir?

¿Quién eres, que las sombras espléndido iluminas,
triunfante disipando la horrenda oscuridad?
Quién eres tú, que á solas y errante peregrinas
ardiendo en noble fuego de santa libertad?

¿Quién eres, que á tu aliento balsámicas las flores
se mecen en sus tallos brindándote su olor,
y ufanas, y en secreto, te cuentan sus amores,
y penas que marchitan su mágico verdor?

¿Quién eres, que los ecos, que tímidos se esconden
do esquiva su albor puro la aurora derramar,
al son de tus acentos gozosos corresponden,
confusos repitiendo tu plácido cantar?

¿Quién eres, que las brisas del campo entre las galas
se ocultan silenciosas tus himnos por oir,
y luego los conducen en sus ligeras alas
al templo de la gloria, do nunca han de morir?

Quién tú, que hinchados rios detienen sus corrientes
tus cánticos sonoros tambien por escuchar,
y tornan á su curso, llevándolos bullentes
para que en voz tronante repítalos el mar?

Mis ojos te contemplan: la lira está en tu mano,
y late generoso tu hidalgo corazon:
tu alma es viva hoguera de fuego soberano,
y enciérrase en tu mente divina inspiracion.

Mas ¡ay! ¿por qué en el mundo tan abatido lloras,
y el rostro al suelo inclinas gimiendo de pesar?...
¿Por qué de la existencia tan rápidas las horas

son á tu angustia siglos, y lentos en pasar?

¿Te oprimen las desgracias? ¿Insultan tu pobreza
los que impudentes medran á costa del honor?...
¡reptiles miserables!... no vale su riqueza
un rasgo de tu númen que exprese tu dolor!

¿Qué importa qué en palacios y entre raudales de oro
oculten de sus almas inmundo el cenagal,
si el tiempo los confunde, y el fúlgido tesoro
que brota de tu lira te asciende á lo inmortal?

Soberbios los Señores, los Grandes y los Reyes
que miras cual jigantes del mundo en el tropel,
los que esgrimen las armas y al pueblo dictan leyes
extáticos te escuchan, y envidian tu laurel.

Tu gloria no es la gloria que tinta en sangre y llanto
conquístase á los sones del atambor marcial,
que se alza entre ruinas, y siembra horrible espanto,
luciendo revestida de pompa funeral.

Tu gloria la del genio que en sí concibe y crea,
mostrándose en un cielo de nácar y arrebol!....
tu gloria es esa gloria que pura centellea
con mas radiante lumbre que la del ígneo sol!

Por tí en el mundo viven los que entusiastas fueron
de extrañas ambiciones la patria á defender,
aquellos que animosos lidiaron y vencieron,
logrando con sus hechos su enseña enaltecer.

Sin tí, sin tus cantares ¿qué fuera el heroismo

de insignes Capitanes, de tanto Campeon?
Más poderoso que ellos te elevas á tí mismo,
un nombre conquistando de eterna admiracion.

A todo prestas formas y sombras y colores,
y vida á tus delirios y movimiento al par:
ellos tus dulces dichas, tus únicos amores!...
ellos el mas sabroso consuelo en tu pesar!

De luto el alma llenas, la colmas de alegría,
de espanto la estremeces, la espacias de placer,
la ostentas otro mundo de mágica armonía,
do brotan sin abrojos las flores al nacer.

Y en él un Paraiso de amor y de ventura
con límpios arroyuelos de líquido cristal,
do el tiempo no marchita la tez de la hermosura,
ni apagan los dolores su brillo virginal.

Do nunca al pensamiento deslumbra la esperanza,
ni logran sus creencias las dudas destruir;
do cuanto anhela el pecho gozar al punto alcanza,
y aun más de lo que puede la mente concebir.

¿Qué importa que Fortuna te niegue sus favores,
y adversa se te ostente para abatir tu sien,
si tú desde tu altura desprecias sus rigores,
y noble en tu miseria la miras con desden?

No la dorada lira la es dado arrebatarte,
ni ahogar en tu garganta sentida tu cancion:
no son sus rudas iras potentes á arrancarte
el lauro que te ciñe divina inspiracion.

Por ella Homero existen y el *épico latino*,
y Dante y Ariosto por ella son tambien,
y el que ofreciera á Láura su númen peregrino,
y el que ensalzó triunfantes las cruces en Salen.

Y Camoens, y Milton, y Byron, y Cervantes,
de El Génio y de los Mártires el bardo encantador,
y Fenelon y Herrera, y Ercilla, que brillantes
ostentan aureolas de pereaal fulgor.

Tu Patria no es el suelo que vió rodar tu cuna,
que dió á tus ojos llanto, y espinas á tus piés:
la tuya es el palacio del Sol y de la Luna!...
aquel solo tu alcázar!.., ¿tu asiento allí no ves?

Vendrán los nuevos siglos á hundir en polvo inerte
Ciudades y Naciones: tras ellas se hundirán;
y admirarán tu nombre triunfante de la muerte
los siglos que á esos siglos sin fin sucederán.

Y aclamarán tus versos, y de tu amarga vida
verán latiente en ellos la horrible agitacion:
en ellos ¡ay! tu alma del barro desprendida!...
en ellos palpitante tu mismo corazon!

En ellos! con heridas que fieras le causaron
la rabia de la envidia, la negra ingratitud...
con todos los tormentos que rudos le prensaron,
sin treguas devorando tu ardiente juventud!

Y en tanto aunque la angustia te oprima la garganta,
y tu miseria insulten, honrosa sin igual,
irgue, oh vate, la frente, pulsa tu lira y canta,
que el mundo es á tu gloria mezquino pedestal!

TOMA DE TETUAN.

SONETO.

De la empinada cumbre del atlante
lánzase audaz el fiero mahometano,
y al ver el sueño del leon hispano
á lid sañuda rétale arrogante.

Pueblan salvajes hordas del turbante
ásperas sierras y extendido llano,
sobre él creyendo en su anhelar insano
la media luna tremolar triunfante.

Mas súbito, el letargo sacudido
que sus miembros ligó con dura amarra,
alza el leon la frente enfurecido!....

Salta, y la enseña del infiel desgarra;
y al Africa aterrando su rugido
enclava en Tetuan su ardiente garra.

MI CORAZON.

A LA NOCHE.

DEDICADA

A MI BUEN AMIGO Y DIGNISIMO COMPAÑERO

EL EXCMO. SEÑOR DON IGNACIO MARIA DE ARGOTE,

MARQUES DE CABRIÑANA.

Siempre risueña al corazon y ansiada
oh noche! fuiste en mis primeros años;
y antes que en él los fieros desengaños
clavasen ¡ay! su ponzoñoso diente,
desde tu seno amigo
intrépida la mente,

y sola tú de su placer testigo,
en alas de su afan arrebatada,
soñando en su ilusion dichas y amores,
remontaba su vuelo
en verdes campos de doradas flores,
jardin brillante de fingido cielo.

Cuánto entónces gocé!... Qué luz tan pura
y espléndida en tus sombras destellaba
el alma en su ventura!...
Y el bien que en sus delirios anhelaba,
con qué mágicas tintas de dulzura
en tus densas tinieblas coloraba!

Fantásticas visiones,
del ardiente exaltado pensamiento
sublimes crëaciones,
ricas de encanto y juventud, esbeltas,
palpitantes de vida y sentimiento,
mostrábanse á mis ojos
con grata risa en sus claveles rojos,
como séres reales,
en cándido cendal de encage envueltas
sus formas divinales.
Y aéreas, peregrinas, vaporosas,
paz y deleite al corazon brindando,
esencias aromosas
á las húmedas áuras despedían,
en danza alegre sin cesar girando;
y al tenderlas mis brazos se perdían,
burlando mi esperanza,
y luego, á mi clamor, aparecían
con mas fúlgida pompa en lontananza.

Así tus mudas horas
de sabrosa quietud, de encanto llenas,
cual juegos infantiles seductoras,
volaban para mí siempre serenas:
y en tu dulce regazo
reclinando mi sien niño inocente,
mecida el alma al amoroso arrullo
del bien lejano, en su ilusion presente,
ya al sonoro murmullo
del límpido caudal del manso rio,
ora al rumor de cristalina fuente,
ó al lento susurrar del bosque umbrío,
acariciado por tu brisa pura,
ceñido de beleño,
y libre del arpon de la amargura,
reposaba tranquilo en blando sueño:
ó despierto, y en lánguido desmayo
disfrutando tu plácida frescura
en ameno pensil, gloria de Mayo,
absorto contemplaba
tu magestad solemne y hermósura,
al pálido lucir de las estrellas,
ó de tu antorcha nacarada al rayo;
y las que entonces en su ardor creaba
imágenes de paz, cándidas, bellas,
mi loca fantasía,
sencillo el corazon las adoraba,
y solitario culto las rendia.

Vírgenes celestiales,
antojo de mis gratos devaneos,
flores primaverales
nacidas al calor de mis deseos,

cuando alzaba, de júbilo latiente,
bajo un cielo de luz y de colores
al insondable porvenir la frente,
de esperanzas henchido,
y cuando Eden de dichas y de amores,
en portentos fecundo,
regalando con músicas mi oido,
ante mis ojos se agitaba el mundo,
¿por qué, si en el engaño
brilló risueña mi primera aurora,
y feliz y envidiable fué mi vida,
austera la verdad gozó en mi daño,
y abrió en el alma con crueldad traidora
honda y sangrienta la primer herida?

De lágrimas torrente
vertidas, noche, en tu silencio mudo,
bellísima espresion del sentimiento,
mas tierna y elocuente
que de labio mortal el docto acento,
entonces publicó mi pesar rudo;
y sola tú veias
sin treguas ni consuelo
correr del alma el congoso llanto,
empapándose en él tu oscuro velo:
sola tú mi clamor lúgubre oías!....
sola tú lamentabas mi quebranto!...
sola tú mi dolor compadecías!

Ah! desde entonces las de luto amargas
y negras horas para mí vinieron,
en su curso tan lentas, y tan largas
cuán breves ay! las de mi goces fueron!...

y desde entónces, y sufriendo en ellas
víctima siempre de fatal destino,
errante por do quier, marcan mis huellas
las lágrimas que arrojo en mi camino!

No me abandones, pues, noche sublime!
Deja que el triste corazon exhale
en la bárbara angustia que le oprime
contigo á solas su gemir al viento,
que no hay dolor que á su dolor iguale,
ni tormento mayor que su tormento!

¿Y quién volcó sobre mi tierna frente
de tanta pena tan inmensos mares?
¿Quién apagó inclemente
con fiero soplo, sin igual impío,
los vívidos fulgentes luminares
mágicos soles del encanto mío?
¿Quién mi esperanza ahogó ¿Quién en espinas,
bárbaro, me trocó las bellas flores,
que en mi niñez olientes, purpurinas,
me brindaron esencias y colores?
¿Quién agrupó las horrorosas nubes,
que hoy envuelven densísimas el alma?
Quién dudas me infundió? ¿Quién mi profundo
radiante gozo convirtiera en duelo?....
Quién en eterna agitacion mi calma?
¡Noche!... dímelo tú! ¿Tal vez el mundo?
Ay! responde á mi voz! ¿Acaso el cielo?

Envuelto en puro y aromoso ambiente
con su varia y magnífica riqueza,
obra sublime de la sabia mano

del Padre Omnipotente,
de su hermosura y de su pompa ufano
soberbio el mundo levantó la frente,
vivo portento de sin par grandeza.

Absorto lo contemplo. ¡Qué abundante
copia de dulces frutos me regala!
Qué matices ofrece á los sentidos
de su alfombra ondulante
en la riente y deliciosa gala!
Qué armónicos sonidos
entre perfumes al espacio exhala!

No menos seductor que en su belleza
se ostenta en magestad. Allá las cumbres
de sus montañas en las nubes tocan,
invencibles jigantes
que al rayo al par y al aquilon provocan:
dilata allí su límpida llanura
el caudaloso mar tumba del rio;
y ya erizado en olas espumantes
hirviente lanza con bramar impío
horribles montes á la inmensa altura,
cual ansiando iracundo
sobre el orbe extender sombroso velo,
y en sus entrañas encerrar el mundo,
y en su dominio contener el cielo;
ó ya rizando su cristal sonoro
al aliento del Zéfiro murmura,
y al hombre brinda espléndido tesoro,
oculto en nácar tras su linfa pura.

El mundo!... En él impera la alegría:

campo sin fin ofrece al pensamiento:
á los sentidos mágica armonía:
regalo al alma, al corazon contento....
ah! no es el mundo quien la pena envía,
quien da muerte al placer, vida al tormento!

Ni de allí, donde brotan
el almo bien, la dicha y la ventura
de claras fuentes, que jamás se agotan,
para inundar de gozo á la natura;
donde el ángel humilde se prosterna,
y en coro excelso de armonía santa
del sumo Amor y la Justicia eterna
sin fin la gloria fervoroso canta;
donde sirve al Creador de muelle alfombra
divino un Sol de inagotable lumbre,
del cual pálida sombra,
confusa, errante entre tiniebla umbría,
es el fanal que en la celeste cumbre
júbilo presta y esplendor al dia.....
de allí, donde despliega el bello manto
de clarísimo azul, rico en estrellas,
la que es del Padre y del empíreo encanto;
la que escucha piadosa
del mortal los suspiros y querellas,
y enjuga blanda su abrasante llanto,
y le trueca en placer el dolor rudo,
y, Madre cariñosa,
siempre es su amparo, su inmortal escudo:
la que amor por amor en premio vuelve,
y es amor del amor del Infinito,
y vivífica cielo y tierra envuelve,
y á su esplendor confúndese el Precito!...

de allí, donde respira
todo grandeza, y magestad y gloria:
donde colmados sus deseos mira
el justo tras la vida transitoria,
manar no puede el duelo
que prensa el corazon y hiere el alma;
sí la fé, la esperanza y el consuelo
que nos devuelven la perdida calma!

Y cuando esclavo de la negra duda
me agito sin cesar ¡oh noche! sigues
tu lento curso soñolienta y muda!
Y aunque ves que te adoro,
dejas morir el congojoso acento
con que, postrado, tu favor imploro,
en la etérea region que surca el viento!

Del cáncer, que voraz me consumía,
contener el progreso imaginando,
en pos de la alegría
que mi niñez acarició placiente,
en balde el techo paternal dejando,
y en mis ánsias ciñendo
el duro casco á mi abrasada frente,
en el bullicio militar y estruendo
¡oh noche! me lancé... que en él sentía
que de mi ser el torcedor horrendo
con su saña implacable me abatía!

Oh! cuántas veces á mis solas, mudo,
en la congoja férvida abismado
que el alma me oprimiera en fuerte nudo,
ginete en un corcel, que pastó un dia

verde y florido el heno
en el suelo encantado
de la hermosa y feraz Andalucía,
tan obediente al freno,
cuanto rebelde á la punzante espuela,
del manchego solar por la llanura,
derramando de lágrimas un rio,
caminaba sin norte, á la ventura,
del bruto á voluntad, torbo y sombrío!

Cuántas, abandonando
el arzon de la silla, de repente
al suelo me arrojaba,
y al fogozo alazan acariciando
en el muelle tapiz me reclinaba;
y en tanto en ráuda sucesion venían
yertas mis horas, y en tropel huían,
sin sentir ni saber en qué pensaba!...

Y cuántas ¡ay! de súbito, impulsado
por fuerza irresistible, y en mis ojos
luciendo desbordado
el ardiente volcan de mis enojos,
desdeñando el estrivo
y las crines asiendo mi siniestra,
á más apoyo esquivo,
con un empuje en mi bridon subiendo
daba de agilidad briosa muestra;
y al punto recogiendo
la blanda rienda al bruto relinchante
con la voz excitábalo, y crujiendo
el látigo estallante;
y él entonces bufando,

y cerdoso y en crenchas su cabello
incesante aireando
sus robustas espaldas y ancho cuello,
la gallarda cabeza sacudía,
y la tierra escarbaba,
y demostrando su poder se erguía
sobre las firmes piernas, y luchaba,
y el freno por romper se deshacía,
y en su afan el ambiente que aspiraba
en vapor inflamado devolvía.

Mas cediendo despues blanda mi mano
brida á su noble y comprimido fuego,
al escape tendido por el llano
lanzábase á mi voz de furia ciego;
y desdeñando el vuelo en su carrera
del ave mas ligera,
infatigable, ráudo, impetuoso
cual rayo de las nubes desprendido
al ronco son de trueno pavoroso,
doblaba en rapidez, enardecido
en ánsia inmensa, al huracan furioso.

Del colorin en tanto,
la tarde al espirar, cesaba el canto;
y erguías silenciosa
del aire en la region tu faz, ¡oh noche!
y brillaba la luna misteriosa,
de tu velo estrellado rico broche;
y el soberbio animal á locos saltos
sin poder arrojarme silla afuera,
sus duros miembros de pujanza faltos
al fin paraba en su veloz carrera,

y al látigo y espuela inobediente,
manando blanca espuma,
triste inclinaba la abatida frente,
postrada ya su resistencia suma.

¡Oh mi noble troton! ¿porqué inhumano
cuando humillára tu fogoso brio,
nuevos esfuerzos te exijí tirano,
mudo de rabia, en el anhelo mio?

Ay! eras tú la víctima inocente
de los ciegos furores
que estallaron de súbito en mi pecho,
cuando en él encontraron campo estrecho
do albergarse á la vez con mis dolores!

En vano entonces sobre enhiesta cumbre
la mente en un delirio contemplára
brillar un astro, cuya ardiente lumbre
de mi vida las sombras disipára!...
En balde en seductores devaneos
del triste corazon tan comprimido
presentára un instante los deseos
de vistoso matiz campo extendido,
y á su afan abrasante claras fuentes;
que apenas á mis ojos relucía
esa luz de alegría,
y admiraba ese ameno y rico valle,
y las sonoras linfas trasparentes
en él abrirse perfumada calle,
súbito el hombre, mi cruel tirano,
su fulgor me apagaba con su aliento,
y trocándome el llano

en hórrida montaña
de inaccesible altura,
en su brutal y destructora saña
me emponzoñaba la corriente pura.

El halló en la política
á su inmensa codicia franco puerto,
y miserable la tornó y raquítica,
y mercado sin fin de lucro cierto:
y la hizo impotente
para labrar del pueblo la ventura,
y alentar en su pecho la esperanza;
y audaz para robársela inclemente,
y cruel para hundirlo en la amargura,
é implacable y feroz en la venganza;
y coloso potente
para sembrar de crímenes la historia,
y para ahogar en su esplendor naciente
toda jigante aspiracion de gloria.

Y miré la ignorancia
escalar el poder en su osadía,
y mecerse en el mar de la abundancia;
y al par, rompiendo del pudor la venda,
con descaro insultante y alma fría
á su torpe ambicion dar libre rienda;
y nunca el rostro oculto
tender al vil adulador la mano,
que al fin del sucio polvo se levanta,
á fuerza de rendirla humilde culto,
y de lamerla sin cesar la planta;
y jugar á su antojo con la suerte,
y hacer comercio infame

de la virtud y del honor... de todo,
y furia precursora de la muerte
cubrir nuestra Nacion de inmundo lodo.

Y arrastrar con su ejemplo
la ciega juventud, que caminára
con paso firme de la ciencia al templo,
do el porvenir dichoso vislumbrára;
y en ella despertando
dormidas sensaciones,
y ánsias de oro, y de poder y mando,
dejarla en fiera lid con sus pasiones:
y en la vejez hundirla,
cuando apenas entró en la adolescencia;
y en robarla sus goces, y en herirla
fundar su complacencia,
y gozar en su sed, y destruirla
explotando en su bien su inexperiencia.

Y todo confusion, miré al letrado
que alentára en su estudio sin reposo,
siendo amparo y broquel del desdichado
contra el rudo desman del poderoso;
al que ansiaba elevar un monumento
de esbelta magestad y arcos jigantes;
á quien el mármol, su creador aliento
prestándole, animaba;
al que al árbol, al rio, al ave, al viento
y al encrespado mar ecos robaba,
y mente y corazon de su armonía
con el mágico influjo arrebataba;
al que noble rival del grande Apeles,
y émulo del pintor del Vaticano,

coigiendo la paleta y los pinceles
con inspirada mano,
en sed de gloria el alma enardecida
daba á sus lienzos sempiterna vida;
y á quien bebiera el agua trasparente,
espejo fiel de la apolínea lumbre,
en el caudal de la Castalia fuente
que riega un monte de florida cumbre,
donde ascendieron antes
y sus linfas purísimas bebieron
Góngora y Lope, Garcilaso, Herrera,
Calderon y Cervantes
que á la ingrata Nacion ennoblecieron;
y en fin, á cuantos en su ser sentían
arder del númen la celeste llama,
y en álas de su fé la frente erguían,
ansiando del laurel la verde rama,
contemplé que olvidados
y en miseria vivían,
y por la fiera envidia maltratados;
y que el servil adulador, y el necio,
y el audaz é ignorante los miraban
con sarcástica risa de desprecio,
por que honrados y pobres alentaban.
É iluminóse al par el negro arcano
que me ocultó de mi opresor el nombre;
y al hombre... y siempre al hombre
hallé verdugo de su propio hermano!

Obra suya mi mal! El á deshora
precipitó mi juventud!... impío
disipó mi ilusion encantadora!...
infundióme su afan!... dió al labio mío

por sabrosa bebida hiel amarga,
y paso á paso me llevó al hastío,
mi vida haciendo insoportable carga!

Triste, desperanzado
de encontrar para mí paz en el mundo,
al techo paternal abandonado
torné la faz en mi dolor profundo
Corrí... llegué á sus puertas!... Madre, hermanos,
todos juntos asidos á mi cuello
mi rostro acariciaban con sus manos,
y en mi frente estampaban
de purísimo amor el blando sello,
y en halagos al par se deshacían....
¡mas todos juntos, y á la vez, lloraban,
y á mi voz con gemidos respondían!

Rasgó mi dulce Madre al fin el velo
que me ocultaba tan inmenso luto.
«¿Dó mi Padre?» exclamé.—«Vive en el cielo!...
recoge allí de su virtud el fruto!....
y mis ayes, mis lágrimas, mi duelo
son á sus manes de mi amor tributo!»

Dijo: y del firmamento de punzante
y endurecido hielo desprendida
cayó una losa sobre mí! Temblante
á tantos golpes de la adversa suerte,
la vista en derredor giré espantado;
y ¡oh Dios! la vacilante
pálida luz de lámpara encendida,
en rico lienzo en la pared colgado,
me iluminó el semblante

del autor de mi vida,
que atrevido el pincel robó á la muerte!

¡Y con qué rica tinta de pureza
en él su claro ingenio resaltaba,
y la bondad de su alma y la nobleza!...
Y cómo parecía
que en mí sus ojos con placer clavaba,
que con vital aliento se agitaba,
y que al verme delante sonreía!...
que elocuente, aunque mudo,
en mi vuelta á su hogar me recibía
con blando amor y paternal saludo!

Trémula entonces descolgó mi mano
aquel sagrado lienzo, mi tesoro,
y en mi honda angustia, en mi tormento insano,
lo inundé en los raudales de mi lloro!....
Y le hablé delirante,
y lo estreché contra mi herido seno,
acariciar juzgando su semblante!...
y le colmé de besos á porfía,
y le pedí su bendicion de hinojos,
y en mi fiebre creía
verme en la luz de sus amantes ojos!

Y extinguido el ardor que enagenára
con su poder la mente,
y mi vista instantáneo fascinára,
volé á su tumba, y de pesar latiente,
y sobre el pecho en cruz puestos mis brazos,
arrancar contemplé su mármol frio;
y á cada golpe que la helada losa

saltar al aire hacía en mil pedazos,
el alma congojosa,
cual ansiando romper sus duros lazos,
se esforzaba á volar del cuerpo mio.
Y para colmo de tristeza y luto,
miré, la caja funeral abierta,
sus huesos ¡ay! entre ceniza yerta,
si ahogándome el dolor, con rostro enjuto!

¿Dónde quien preste amparo
al que gime infeliz y en la amargura?
¿Dónde el fulgente faro
que el puerto alumbre en tempestad impura
al que surcando embravecidos mares
del viento á la merced en frágil pino,
zozobrando entre escollos á millares,
perdió en las turbias olas su camino?

Amor? ¡Solo el amor! Fresca y lozana
pudorosa y gentil, vírgen nacida
de Abril florido en cándida mañana,
mostró al alma sin treguas combatida
de su semblante, de la aurora afrenta,
los rasgos y purísimos colores,
como el Iris al mundo en la tormenta,
ó el ángel del consuelo en los dolores.

¡Y ella mi esposa! Y en sus tiernos brazos,
su belleza adorando, bendecía
de union tan santa los divinos lazos:
y mi único anhelar era su anhelo,
mi placer su alegría,
mi bien solo su bien, su amor mi cielo!

Y cual rica y fragante primavera
que en pompa á visitar la tierra vuelve
tras el invierno frio,
y con su dulce embalsamado aliento
al mustio prado y al pensil devuelve
las verdes galas que abrasó el estío;
tal á su inflújo mágico el contento
tornó á reinar del alma en lo profundo,
y trocado en placer mi sentimiento
consuelo y gozo al par hallé en el mundo.
¿Y en campos deliciosos de ventura,
donde encontrar entre las frescas flores
flor mas cándida y pura,
flor de mas rico aroma y hermosura,
que la gallarda flor de mis amores?

Tierno la acariciaba,
y ella su cáliz perfumado abría,
y su esencia dulcísima espiraba,
que mi labio en su ardiente sed bebía;
y cuando leda á mi delirio ciego
con latientes señales prometía
el fruto delicado,
concebido de amor al santo fuego,
y por mi amor con ánsias suspirado,
tormenta colosal tronó rugiente
en la region inmensa del vacío,
y el huracan arrebató inclemente
la flor y el fruto del encanto mio!

Solo me contemplaba,
luchando con mi angustia, y siempre en guerra
con la sed que mi espíritu abrasaba,

y aun hermoso y purísimo alentaba
de amor un ángel para mí en la tierra!
Y eras tú, Madre mia,
el ángel de divinos resplandores!...
el que en la cuna me arrulláro un dia
como al más dulce amor de sus amores,
cubriéndola gozoso en su alegría
con verdes ramos de olorosas flores!...

Tú la que hiciera con placer mi sueño
tranquilo y reposado,
cuando sin ver de mi destino el ceño,
por tu pasion mimado,
tierno niño inocente
reclinaba, ceñida de beleño,
en tu seno dulcísimo la frente!...
Quién el precioso néctar de la vida
á mis labios brindára cariñosa,
de júbilo celeste poseida!...
La que hogar me ofreciera entre sus brazos,
juzgándose en el mundo venturosa
al oprimirme con tan tiernos lazos!...
La que me diera á respirar su aliento,
al par bebiendo en su pasion el mio!...
Quien hallára su dicha en mi contento,
y con mi amor colmado su vacío!...
La que mi ciega juventud guiaba!...
la que en labrar mi bien se deshacía!...
la que en mis males como yo penaba!...
la que á mi lado al despertar veía!...
la que lloraba, cuando yo lloraba...
la que reía, cuando yo reía!!

Y á su seno volví! y ¡oh! cuán amante
en él me recibiera
la que siempre me fué tierna, constante,
y en nobles sentimientos verdadera!
Oh! con cuánta dulzura de sus manos
los yá trémulos dedos se escondían
entre los rizos canos
que en mi nublada frente relucían,
y que agitaba con el áura leve
que desprendía de sus labios bellos,
sin desdeñar en ellos
de una vejez precoz la blanca nieve......
nieve que en mi cabeza amontonaron,
al arrancar del corazon la calma,
infundidos deseos, que inflamaron
horrendas tempestades en el alma!

Mas cuán triste la hallé!.. y ¡ay! cuán distinta
de la que vió mi juventud fogosa!
De honda pena tiñó pálida tinta
aquella faz en que brilló la rosa!
Y los años en ella,
pasando como rápido torrente,
tambien dejaron su ominosa huella,
el lustre oscureciendo de su frente!...
Y el cristal de sus ojos empañaron;
con desengaños su existencia hirieron;
hácia el suelo sus formas encorvaron,
y sus ágiles piés entorpecieron!...
mas no potentes fueron
del amor maternal la santa hoguera
á extinguir que su ser enardecía,
que más vva ái mi halago reluciera,

y benéfica más y más ardía!

Y á ella, lóbrega noche, y solo á ella
miraba, esclavo de congoja impura
mi corazon, cual salvadora estrella
del porvenir entre la sombra oscura:
mas opacos fulgores destellaba,
y me aflijía interna pesadumbre,
y latente un temor ¡ay! me auguraba
que iba á faltarme su bendita lumbre!

En vano ¡oh noche! en vano
de amor filial y de ternura lleno,
viendo su fin cercano,
á más cuidado ageno,
ansiara alimentar la mústia llama
con el calor de mi amoroso seno!...:
que trémula, espirante, casi extinta
al áire ya flotaba,
bañando apenas con siniestra tinta
la sombra que triunfante la cercaba!

En balde, en balde en mi ferviente anhelo
de hinojos prosternado,
en lágrimas bañado,
y en humilde actitud besando el suelo,
combustible pedía
para esa luz en mi oracion sin calma...
¡se ahogó mi acento en la region vacía,
y la luz se apagó!... luz de mi alma!!!

Y á quién ¡oh noche! volveré en el mundo
la ya marchita faz? Qué! ¿no me queda

quien preste alivio á mi dolor profundo,
quien ampararme en mi desgracia pueda?
Es farsa la virtud? Y tras la muerte
es término el sepulcro de la historia
de la estirpe de Adan, y polvo inerte
sus soñadas imágenes de gloria?
No existe un mas allá? La estóica risa
daré, que del impío
en el rostro impudente se divisa,
incrédulo cual él, al labio mio?

Relámpago esplendente
súbito incendia la celeste cumbre,
á su pálida lumbre
en fé abrasado el corazon se siente,
palpitando al fulgor de una esperanza,
y extasiada contempla al fin la mente
lo que la vista á descubrir no alcanza.

Sí, que rasgóse de la duda el velo
que abrió en el alma tan horrenda herida....
el hombre es inmortal!... le aguarda un Cielo
tras las negras borrascas de la vida!

POESIAS

DE

DON JOSÉ LAMARQUE
DE NOVOA.

EN LA SOLEMNE PROFESION RELIGIOSA

DE SOR MAGDALENA DE LOS DOLORES CHAVES,

en el Monasterio de Santa Inés de Sevilla,

el dia 13 de agosto de 1860.

Hay para el alma triste y abatida
Instantes de consuelo,
En que se alza de ventura henchida
Á la region del cielo.

Y allí en la fuente de virtud y amores
Que del Inmenso emana,
Reflejados quizá vé los albores
De su eterna mañana.

Allí alejada de la tierra impura
En éxtasis profundo,
Comprende que no existe la ventura
Sino lejos del mundo.

Dilo tú, Magdalena, tú que un día
Feliz te contemplabas,
Y al rudo golpe de la suerte impía
Perdiste el bien que amabas.

¿Quién pudiera en la noche aterradora
De tu fatal quebranto
Alentar tu esperanza salvadora?
¿Quién enjugar tu llanto?

Como nave del viento combatida
En el mar proceloso,
Cruzabas vacilante de la vida
El piélago azaroso.

Y pronta á sucumbir al enemigo
Dolor que te aquejaba,
Solo la Religion te daba abrigo;
La Fé te consolaba.

Un pensamiento grande, pudoroso,
Bello como la aurora,
Vino á encender tu corazon piadoso
En llama vividora.

Y ardiendo entonces en amor divino
Exclamaste inspirada:
«Ser esposa del Verbo es mi destino;
Vivir á Él consagrada.»

Hoy al término llegas anhelado,
Y en cántico sonoro,
De célico placer arrebatado

Te aclama el almo coro.

Feliz tú, Magdalena, que apartada
Del mundo corrompido,
Encontrarás en Dios siempre entregada
El dulce bien perdido.

Nunca, nunca ambiciones los placeres
De este mundo engañoso;
Solo hallaras en él míseros seres
Luchando sin reposo.

Y del alma virtud que firme adoras
Henchida de esperanza,
Alzarse vieras siempre triunfadoras
La envidia y la venganza.

¡Oh! ¿qué digo? jamás. Bajo ese techo
Que la virtud abriga,
Nunca recordará tu amante pecho
La ambicion enemiga.

Sí; dichosa serás. ¡Oh quién hubiera
Así del mundo huido!
Yo tambien, como tú, dormir quisiera
El sueño del olvido.

Mas si le es fuerza al hombre en sus pasiones
Luchar con el Averno,
Hoy, esposa de Dios, tus oraciones
Lleguen por nuestro bien hasta el Eterno.

AL MAR.

ODA.

Desde los altos muros formidables
Que circundan á Cádiz la opulenta,
Yo te saludo ¡oh mar! Las indomables,
Inquietas ondas de tu seno hirviente,
En su lucha violenta
Las rocas baten do se alzara un tiempo
La soberbia Tarteso prepotente,
Que á los embates rudos
De tu inmenso poder y tus furores,
Despareció como la densa niebla
A los rayos del sol deslumbradores.
¡Oh! deja, airado mar, que en este dia
Un recuerdo consagre á lo pasado...

Calma tu furia horrenda,
Y de silencio y soledad cercado,
Haz que pueda en feliz melancolía
Contemplarte de asombro enagenado
Desde las playas de la patria mía.

Yo sentí de placer latir mi pecho
Ante la márgen del tranquilo rio
Que besa el pié de la ciudad famosa
Do ví la luz del sol por vez primera;
Alegre vi llegar la primavera
Con su florido lecho;
Ví las plácidas noches del estío,
Sentí sus dulces áuras virginales,
Alas prestando al pensamiento mío,
Y en invierno rugir los vendabales:
Rota la nube por el rayo ardiente
El fragor escuché del ronco trueno;
Mas nunca ¡oh mar! mi corazon vehemente
Una impresion sufrió tan poderosa
Cual la que siente, de temores lleno,
La lucha al ver de tu espumante seno

¡Oh cuan alta se muestra y portentosa,
Océano inmortal, en tu altiveza,
En tu inmensa extension del Occidente
Y en tu ignoto confin del austro polo
La sublime grandeza
Del supremo Hacedor omnipotente!
En esta hora llena de poesía
En que la luna triste y soñolienta,
En lánguido desmayo,
Se reclina en tus ondas macilenta

Lanzando al mundo su postrero rayo,
¡Dios! es el nombre que en el labio espira,
Y á Dios tan solo por do quier se admira.

Mas ¿por qué, fiero mar, por qué tus ondas,
Do se retrata el cielo,
Han de turbar sañudos los mortales
Con la guerra cruel, fecunda en males?
Hora mi mente en remontado vuelo
Las páginas recorre de la historia,
Y de Abukir y Trafalgar se muestran
Las escenas de horror á mi memoria.
¡Trafalgar! ¡Trafalgar!.... ¿Qué pecho hispano
A tu infausto recuerdo no se inflama
De santa indignacion?.... Allí el Britano
El laurel alcanzó de la victoria,
Mas ¡ah! que quiso en vano
Arrancar á la España el de la gloria.
¡Dia de horror! Las naves destrozadas
En el revuelto mar desparecieron,
Y mil y mil guerreros esforzados,
Defendiéndote, oh patria, denodados
En el rudo combate sucumbieron.

¡Campeones de Iberia! eternamente
Vuestros nombres gloriosos repetidos
Por la sonora trompa de la Fama,
Aclamados serán de gente en gente.
Ellos la viva llama
Alentarán del entusiasmo ardiente
En los fuertes hispanos corazones,
Y vivirá por siempre su recuerdo
Para ejemplo y terror de otras naciones.

Y qué ¿tanto heroismo,
Tanta sangre española derramada
Infecunda será? ¿Nunca humillada,
El poder sentirá de nuestro encono
La implacable Albion? Sí; que algun dia
No lejano quizás, tú, patria mia,
Te alzarás orgullosa....
El Ponto fatigado al grave peso
Gemirá de tu armada poderosa;
Y libre entonces de temor y azares,
Serás la altiva reina de los mares.

Cuando se acerque tan feliz momento,
Oh piélago espumoso,
Calma, mitiga tus soberbias olas;
Y al par del vago viento,
Grato suene tu arrullo y armonioso
Saludando las naves españolas.



A MI QUERIDO AMIGO EL INSPIRADO POETA

DON NARCISO CAMPILLO.

SONETO.

Cual águila real que en raudo vuelo
A la etérea region se alza atrevida,
Por olvidar en su extension perdida
La triste cárcel del mezquino suelo,

Así tu alma con ferviente anhelo
De noble aspiracion, de ardor henchida,
Nueva lumbre buscando, eterna vida,
Alzóse audaz hasta llegar al cielo.

Un vivo rayo de la luz fulgente,
Emanacion de Dios, que al sol empaña,
Entonces vino á iluminar tu frente:

Y con voz firme, á la maldad extraña,
Cantaste lleno de entusiasmo ardiente,
Y vate insigne te aclamó la España.

AL OTOÑO.

ODA.

DEDICADA A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO LITERATO

DON FEDERICO DE SAWA.

Ven, estacion de Otoño sosegada,
Ven, que quiero aspirar tu brisa pura,
Y en plácida dulzura
Ver trocarse el dolor que me anonada.
¡Con cuánto afan en el ardiente estío,
Inquieto y anhelante,
Te recordaba del tranquilo rio
En la risueña orilla!
Allí vagando el pensamiento mio

Ya fijaba mi vista en la barquilla
Do en grata paz el pescador vogaba,
O ya del sol al trasponer el monte
Los últimos fulgores contemplaba.
¡Cuántas veces la noche silenciosa
Sorprendióme esperando tu venida;
Y cuántas, cuántas la arboleda umbrosa
Triste vagar me viera,
La esperanza al huir desvanecida
Que de admirarte el alma concibiera!

Hora ya siento de placer henchido,
En esta bella deliciosa tarde,
De mi Otoño querido
El áura mensagera,
A cuyo impulso temeroso y leve
Van las hojas del álamo cayendo
Lentas cual copos de brillante nieve.
Ya perdido su ardor el rey del dia,
Velado por la bruma, al mar de Atlante
En su marcha incesante
Va descendiendo por el ancho espacio,
Y en fúlgidos colores
De brillante topacio,
De azul y oro, de carmin y gualda,
Tiñe las nubes que dejó á su espalda.

¡Cuán hermosa estacion! ¡Ah! yo la adoro
Como á Brama y á Siva el indio adora,
Que ella presta á mi pecho bienhechora
De ardiente inspiracion rico tesoro.

Llega plácido Otoño... En esta hora

Apacible y serena,
En que siento la brisa alhagadora
Que á anunciar tu llegada
A mí se acerca en ámbares bañada,
Alhagüeña impresion consoladora
Conmueve el alma mia,
Que al influjo se entrega descuidada
De agradable y fugaz melancolía.

¡Oh cuán bellos se agolpan á mi mente
Mis pasados ensueños
De ventura, de amores y de gloria,
Que veloces huyeron con los años
De mi azarosa vida, y desengaños
Me dejaron tan solo por memoria!
Lejos crecí del mundanal ruido,
Pero el mundo placeres me brindaba
Placeres ¡ay! que yo desconocía
Y al mar del mundo me lancé atrevido.
Y canté su belleza, su armonía,
Canté mi amor y la muger que amaba,
Y la gloria canté que ambicionaba,
Y fuí feliz un dia....
Feliz, sí; que los céfiros suaves
El tranquilo arroyuelo,
El melodioso canto de las aves,
Todo gloria y amores respondía
A mi voz anhelante;
Y hasta el límpido azul del claro cielo
Aun más azul entonces y más puro
Mostrábase á mis ojos;
La plateada luna,
Que trémula brillaba en la laguna,

Su tibia luz desde el lejano Oriente
Enviaba á mi frente,
Y el transparente rio
Con sus sonoras y apacibles ondas
Arrullaba á su paso el sueño mio.

Mas ¡cuán breves pasaron los momentos
De ventura y placer! Como las hojas
Del ábrego impelidas
Huyeron de mi vista, y las mentidas
Palabras de amor puro y bienandanza,
En humo se tornaron y con ellas
Mis ensueños de gloria y mi esperanza.

¡Ah, no volvais á mi agitada mente
De placeres falaces ilusiones!...
Huid, huid, que quiero dulcemente
De más puras y gratas emociones
Gozar en mi retiro.....
Y tú, apacible Otoño, cuyas áuras,
Vagando van en incesante giro
De flor en flor por la risueña márgen
Del Bétis caudaloso,
Acude á mis acentos presuroso
Y ven á dar á mi dolor consuelo.
¡Oh! sí, ven, ven, no tardes; que si airado
Del crudo invierno el aquilon furioso
Yerma dejase la campiña bella,
Sin árboles, sin vida,
Arrancándome al par mi dulce calma,
Siempre de tí, de mi estacion querida,
Grato recuerdo quedará en mi alma.

A MI MADRE EN UNA ENFERMEDAD.



Ya es de noche; sosegada
Te veré al rayar el dia;
Duerme, duerme, madre mia,
Que yo velo junto á tí.
Duerme, duerme; tus afanes
Calmar pueda mi desvelo:
Al ver mi pesar el Cielo
Tendrá compasion de mí.

Mañana cuando la aurora
Aparezca por Oriente
Cesará la fiebre ardiente
Que agrava tu enfermedad.

Y verás cuán feliz soy
Al recibir tus caricias,
Que para mí no hay delicias
Sin tí, ni felicidad.

¡Pobre madre! Se ha dormido;
Cedió á mi tenaz empeño,
Hora mi nombre en su sueño
Se le escucha murmurar.
Le dije que al verla libre
De esa cruel fiebre insana
Feliz me hallará mañana
Y le mentí á mi pesar.

¡Feliz yo! ¡Sarcasmo horrible!
Por siempre huyó mi esperanza,
Y solo mi vista alcanza
Un oscuro porvenir.
Huyó, sí, cual desparece
Tras la densa niebla umbría,
La estrella que antes lucía
En un cielo de zafir.

Y huyeron las ilusiones
Que son del alma el tesoro.
Y mis ensueños de oro
Desparecieron tambien.
¡Ah, feliz, feliz mil veces
Aquel que aunque triste llora
Dentro del alma atesora
Un recuerdo de su bien!

Mas para mí, que cruzando

Del mundo por el camino,
Siempre funesto destino
Mi dicha vino á turbar;
Son ¡ay triste! los recuerdos
Lo que el áspid á la rosa,
Lo que al náuta procelosa
Noche en irritado mar.

¡Ella! ¡Oh martirio! ¡Ella siempre!
Do quiera su imágen miro
Y hasta en mi sueño respiro
De su aliento el suave olor.
Ilusion que de la aurora
Desparece al tibio rayo,
Y que en lánguido desmayo
Deja al alma en su dolor.

¿Por qué, oh Dios, me concediste
Este corazon de fuego,
Si eterno desasosiego
Me diste con él al par?
¡Oh! siempre mi sueño dure,
Sueño eterno sea mi vida,
Si esa mi ilusion querida
Solo en sueños puedo hallar.

Tú tambien, oh madre mia,
Fuiste un tiempo desgraciada;
Huérfana, desconsolada
Lloraste en tu juventud.
Mas hora el amor de un hijo
Y el cariño de un esposo,
Te han hecho en dulce reposo

Llegar á la senectud.

Vive feliz, madre amada,
Sin tí, sin tu amor profundo
Para mí ¿qué fuera el mundo?
Yerto páramo no más.
Que no hay amor semejante
Al de una madre querida;
¡Triste de aquel que perdida
Llora á su madre quizás!

Nunca, nunca tu existencia
Acibaren mis dolores;
De la aurora á los albores
Feliz, madre, me has de ver.
Y aunque á mi dolor conceda
Toda el alma por despojos,
Nunca verás de mis ojos
Ni una lágrima caer.

¡Oh! sí, tranquila, dichosa
Te veré al rayar el dia;
Duerme en tanto, madre mia,
Que yo velo junto á tí.
Duerme, duerme; tus afanes
Calmar pueda mi desvelo;
Por tu salud ruego al Cielo
Y él tendrá piedad de mí.

LA MUERTE DE SAFO.

ODA.

Aura suave que del mar Egeo
Leve acaricias las azules ondas,
Tiende tus alas y á Sicilia lleva
Lleva mi canto.

Vé: que al ingrato, fugitivo amante
Llegue el suspiro que exhaló mi pecho;
Eco amoroso que vibró en mi lira
Lánguido y triste.

¡Ah! si él pudiera contemplar mi llanto
Tal vez piadoso mi dolor calmara;
Estro divino, inspiracion sublime
Diera á mi mente.

¡Mísera! ¿Debo de Faon acaso
Dulces caricias esperar de amores?
Solo desdenes á mi pecho guarda
¡Bárbaro amigo!

¡Oh! que Neptuno su velera nave
Hunda en las olas del soberbio Ponto:
Venguen los dioses mi terrible afrenta;
Muera el perjuro.

¡Ay! que mi labio sin querer le ofende:
Tú, mi adorado, mi Faon querido,
Vive aunque olvides para siempre á Safo;
Yo te perdono.

Hora en tus brazos mi rival dichosa
Tal vez escuche tus palabras tiernas;
Yo gimo en tanto y por mi bien anhelo
Solo la muerte.

Así en la triste playa silenciosa
Del Léucade gemía
La poetisa infeliz, honor de Grecia.
Torrentes de armonía
De su lira brotaban, y llorosa
Daba al viento sus lánguidos cantares,
Pero su voz doliente se perdía
Como la voz del náufrago en los mares.

En vano, en vano la mirada ansiosa
Inquieta fija en el cristal sereno
Del pacífico mar; en vano espera
Con triste corazon de angustia lleno

Ver llegar la trireme salvadora
Que le devuelva á su Faon querido:
Horrible soledad aterradora
En torno de ella impera,
Y por montes y valles repetido
El eco solo á su clamor responde.
¡Oh tormento cruel! ¿Adónde, adónde
Hallar pudiera á su dolor consuelo,
Si su amante la deja en el olvido
Y al par le niega su favor el cielo?

Con paso vacilante,
Pálido el rostro, incierta la mirada,
Diríjese anhelante
A la selva tranquila y apartada
Do se alza el templo del divino Apolo.
Llega ante el ara y trémula se inclina:
—¿«Cuál será al fin la suerte,
Al venerable arúspice pregunta,
Que el cielo airado á mi pasion destina?
¿Eterno es mi dolor?» —«Solo la muerte
Podrá tu amor y tu fatal quebranto
De tu pecho extinguir:»—la voz severa
Del sacerdote dice, y muda, inerte,
Anegada su faz en triste llanto,
La hora terrible de su fin espera.

Mas súbito se alza altiva y fuerte;
Suspiros ya no exhala, ya no llora,
Que su pecho rencor tan solo abriga;
Y con mirada audaz, provocadora,
Retar parece al Dios que la castiga.

Tal vez en alas de su genio ardiente
Eleva hasta el Olimpo el pensamiento,
Y dichosa un momento
Con los dioses supremos se compara.
Tal vez guiada por su amor vehemente
De Pirra y Deucalion la grata historia
Recuerda llena de esperanza y vida,
Y en la ilusion quimérica perdida
De sus sueños de gloria,
Ver de nuevo á su amante se figura
Estrecharla ardoroso entre sus brazos
Palpitante de amor y de ventura.
¡Oh! cómo entonces los estrechos lazos
Que aprisionan el alma
Romper intenta con afan su mente
Y libre alzarse en venturosa calma!
Brilla un destello en su elevada frente
De inspiracion sublime, y portentosa
Vé la fama crecer de su renombre,
Salvando de los siglos la ominosa
Y destructora huella:
Así tambien en triste y tormentosa
Noche de invierno, fugitiva estrella
Luce un momento fúlgida en el cielo,
Para ocultarse macilenta en breve
De parda nube tras el denso velo.

¡Ay! su esperanza huyó! Cual niebla leve
Del ábrego fugaz arrebatada
Sus ensueños de amor se disiparon.
Tres veces ¡ay! los cándidos albores
De la aurora gentil, iluminaron
La floresta encantada

Del mar tiñendo las cerúleas ondas
De oro y grana en purísimos colores,
Y ella en vano esperó.... Desalentada
Vedla ya caminar hácia el horrendo.
Profundo abismo con incierta planta;
Mas ¿qué rumor extraño se levanta
Y viene á herir su oido en son tremendo?
Es que el pueblo de Grecia, presuroso,
En inmenso tropel impetuoso
Acude á presenciar el sacrificio
De la sin par cantora,
A quien Sicilia consagrara estátuas,
A quien Atenas entusiasta adora.

Cual las olas del Ponto, que iracunda
Y horrible tempestad desencadena,
La turba, así que la ribera inunda,
Bulle y se agita de impaciencia llena.
Safo aparece al fin: en la alta cumbre
Del Léucade se muestra, y silenciosa
La multitud la admira;
Mas el dolor se pinta en los semblantes
Que al par que admiracion piedad inspira.

Lívida y temblorosa,
Suelto el cabello en trenzas ondulantes
Hácia el piélago inmenso que la espera
Sus pasos apresura,
Mas detiénese un punto y su mirada
Fija del ancho mar en la llanura.
«Faon, Faon,—excláma – tú en la fiera
Sima del mal me hundiste, y desgraciada
Me has hecho con tu amor, mas vendrá un dia

En que llores, cruel, la suerte mia.
Despreciado del mundo, y agoviado
De vergüenza y dolor, con triste acento
La muerte invocarás; mas ella impía
Se burlará tambien de tu lamento.»
Dijo; y el salto dando, entre las ondas
Despareció fugaz. Entonce al viento
De lástima y terror hondos gemidos
De la apiñada multitud se alzaron,
Que tristes por el eco repetidos
Hasta en Lesbos dolientes resonaron.

Tú la lloraste ¡oh Grecia! y esos ayes,
Ese llanto del alma
Que tierna consagraste á su memoria,
Son de su triunfo la brillante palma,
Son digno láuro á su esplendente gloria.
Ellos de siglo en siglo resonando,
El talento profundo
De la insigne poetisa y los amores
Publicarán al mundo,
Y las almas sensibles conmovidas
Lamentarán su suerte y sus dolores.
¡Ah! yo tambien la lloro: dulcemente
Me siento al recordarla enternecido,
Y el fuego no extinguido
Renacer del amor siento en mi pecho.
¿Tanto la ardiente inspiracion alcanza?
Sí; que en acerbas lágrimas deshecho
A su divina voz triste suspiro,
Ó dichoso respiro
El hálito inmortal de la esperanza.

POESIAS

DE

DON JOSÉ NAVARRETE.

LA ROSA INMORTAL.

SONETO.

Las cenizas de un justo guarecía
la tierra, que prestaba generosa
jugo al rosal, donde la mas hermosa
de las rosas de Abril resplandecía.

Una y otra estacion pasar veía,
siempre bella lozana y olorosa
tanto que en la pradera nuestra rosa
por «la rosa inmortal» se conocía.

A un clavel, que por ella suspiraba,
tal excepcion causándole extrañeza,
¿qué supremo poder, le preguntaba,

Guarda sin marchitar tu gentileza?
y tímida la rosa contestaba;
«dá vida la virtud á la belleza.»

A UNA NIÑA.

SONETO.

La tibia luz rosada, que despoja
de sombras el oriente, despuntaba;
y suspiros y besos enviaba,
á una linda camelia blanca y roja:

Pero al brillar la luz, hoja por hoja,
desde el zenit las de la flor quemaba;
y á la tarde, marchita, la olvidaba
la luz que en occidente el sol arroja.

Así, niña, el amor, tibio primero,
abrasa el corazon donde se anida,
que el Dios vendado con sus dardos hiere;

Mas cuenta con que al fin perecedero,
sujeto á las miserias de la vida,
amor tambien se debilita y muere.

al mismo Amor; la gloria en esta lucha
siendo de quien mas víctimas contara,
entre la turba alegre y bullidora.
que aspiraba la pura
fragancia y la frescura
del Céfiro en la orilla encantadora.
Aceptó la contienda
con taimada sonrisa el buen Cupido,
y al rival atrevido
queriendo conocer, se alzó la venda;
pero al sentir el fuego
de la luz que radiante y caudalosa
inundaba la frente de la hermosa,
temió quedarse, sin la venda, ciego.
Y el arco preparando,
con furia y con vergüenza manifiesta:
¡guerra! dijo, y siguió por la floresta,
sus disparos certeros redoblando.
Suelto atrás el cabello,
que en las mejillas y el lascivo cuello
sobre la nieve y rosa relucía,
y armada de unos ojos,
que á la madre de amor dieran enojos,
la niña al niño por do quier seguía;
y sus pupilas fúlgidos destellos
amorosos lanzaban;
y solo en verla los galanes bellos,
sin temer de Cupido los agravios,
por sus negras pupilas suspiraban.
y por un beso de sus rojos labios.
Al contemplarlos Júpiter Tonante
ordenó que un instante
del Olimpo á la tierra descendiese

Témis, y que severa
el caso resolviese,
su fallo pronunciando justiciera.
Obedeció la Diosa, y terminada
quedó la cruda lid á su llegada.
Entre lirios, jazmines y azucenas
las víctimas yacían
del arco fiero y de los lindos ojos,
que con sentidas frases repetían
sus amorosas penas;
«Contemos, dijo Témis, los despojos:»
y fiel y minuciosa, recorriendo
el palenque florido,
con su equidad notoria,
y entre tiernos sollozos de Cupido,
declaró por la niña la victoria.
Su nombre preguntó y «empresa grande,
»jóven audaz, le dijo, acometiste;
»en buena lid venciste,
»y el padre de los Dioses, porque veas
»que á la justicia su poder se inclina,
»quiere que de hoy en más, gentil Celina,
»del más ardiente amor la diosa seas.»
Dijo, y de rosas y laurel tegiendo
bella corona, la ciñó á su frente
con maternal cuidado:
mientras el niño alado,
su dolor publicando tristemente,
se ocultó vergonzoso
en las ondas del Bétis caudaloso.

A JESUS EN GETHSEMANÍ.

SONETO

Si tú, Dios poderoso, acongojado,
á la humana flaqueza sucumbías,
y al Padre airado en tu oracion pedías,
que de tí fuese el cáliz traspasado.

Si tú, que por salvarnos del pecado,
en sublime holocausto te ofrecías,
vacilar el espíritu sentías,
en el humano ser aprisionado.

Si un ángel, á prestarte en tu amargura
dulce consuelo, apetecible calma,
del cielo vino á tan suprema hora;

¿Qué será de la débil crïatura
si, en los rudos combates de su alma,
no le tiendes tu mano bienhechora?

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA C. M.

LA DERROTA DE CUPIDO.

Al espirar del sol los resplandores,
de arcos, flechas y aljaba prevenido,
donoso y jugeton iba Cupido
del Bétis por la orilla entre las flores.
Encendido el carmin de sus colores,
y naciendo un clavel donde pisaba,
iba siguiendo del rapaz la huella,
una niña muy bella,
que víctimas de amor tambien buscaba:
y como buen acopio
suelen tener las niñas de amor propio,
esta, en el Arte ducha,
guerra de amor propuso y ¡cosa rara!

Verás el *Regimiento*
vestir *de gala*,
y á *los régios acordes*
presentar armas;
cuando descubran
en tu rostro á la reina
de la hermosura.

Entrarás en el *cuarto*
de las Banderas,
de las de *honor y Patria*
ricos emblemas;
las que orgullosas
un tiempo en sus dominios
no vieron sombra.

Un *soldado* ha venido
tarde á *la lista:*
preso estaba en los brazos
de alguna niña;
Sufra *el arresto*,
que así en pos de la dicha,
va el sufrimiento.

Las aves y las flores
trinos y aroma
exhalan, cuando nace
la fresca aurora.
Con *la Diana*,
los *soldados* bendicen
la luz del alba.

De la *Oracion el toque*
suena tranquilo;
el *soldado* en su pecho
noble y sencillo
acoge tierno
de su Dios y su madre
santo recuerdo.

Un recuerdo en *revista*
siempre consagro
á las que me pasabas
en el teatro,
cuando dudosa
el proyecto abrigabas
de ser mi novia.

El *punto de silencio*
marca el *corneta*,
si en el mundo este toque
se obedeciera,
miles de necios
á menudo escucharan
tocar silencio.

Si vas á *la parada*
por un marido,
y lo quieres buen mozo,
discreto y rico;
recuerda, niña,
que no se encuentra el oro
donde más brilla.

EL OFICIAL DE GUARDIA.

¿Cómo quieres, niña,
que te venga á ver,
si salgo de guardia
y entro de reten?
(Cancion popular).

A L....

De sol á sol me tienes,
Patria, guardado,
porque tus guardadores
guarden recato.
¡Si vieras, Patria,
las cosas que me pierdo
con estas *guardias!*

Hoy de tus claros ojos
estoy á dieta;
¡qué oscuro ven los mios
sin luz tan bella!
Venga el *relevo*,
ó en *el parte* mañana,
me ponen: «ciego.»

Mis ardorosos labios
besando apenas
de tus blondos cabellos
rubias guedejas;
¡Cuántas y cuántas
dulces noches pasamos
los dos de *guardia!*

—Mi *teniente.*— —Adelante
—Con su permiso,
van á *la compra, un cabo*
y *ocho individuos.*—
¿Quién dijo boda,
con *paga* de hacer *guardias*,
y oyendo «*compra*»?

Desde el *cuartel*, mi niña,
se vé la Iglesia,
donde á la tarde suelen
hacer novena;
dile á tu madre,
que á la Iglesia contigo
venga esta tarde.

A *paso redoblado*
  viene *el relevo:*
que tenga feliz *guardia*
  mi compañero;
  ya soy dichoso,
ya de mis versos FINIS
  CORONAT OPUS.



LA BATALLA DE VAD-RAS.

Escrita el 23 de Marzo de 1860 por la noche

en el campamento de Vad-ras.

. . . .
que entre los más altaneros
coraceros con coraza
se lleva la mejor plaza
el cuarto de coraceros.
. . . .

(Serra).

Segunda contestacion
á Gregoria de Colchon:
(personajes del pasillo
que hizo un teniente sencillo).

Lleno de entusiasmo y gloria
armo *la choza* y te escribo,
pa decirte que estoy vivo,
y *muy entero*, Gregoria.

Hoy hemos tenido *arcion.*
la gorda de la campaña:
hoy puede contar España,
que ha *echado el resto* el leon.
Al levantarse la gente
ya estaba yo *preparao*
con dos cuartos de *pescao*
y una racion de aguardiente;
salí luego, *haciendo piernas,*
junto al cabo Agustin Zayas
(aquel de tantas *agayas*
que era el *bu* de las tabernas).
Rompió nuestra Infantería
pim, pam, un fuego certero,
y á este quiero, á este no quiero,
al que *le daban* caía.
Toman la derecha al fin,
dejando limpia una altura,
y entonces *pa* la llanura
arrancamos los de Prim.
Bramábamos como toros,
cuando con los *catalejos*
vió el capitan á lo lejos
una gran *mancha de moros:*
mas de treinta mil ginetes,
que andaban como *asustaos,*
y nosotros, *naa... achantaos,*
á la vera é los cohetes:
dicen estos *«¡allá voy!»*
¡vaya una cosa tremenda!
toos salieron *de juyenda,*
y *juigo* yo, si allí estoy.
¡qué *jumarea!* ¡que *ruío!*

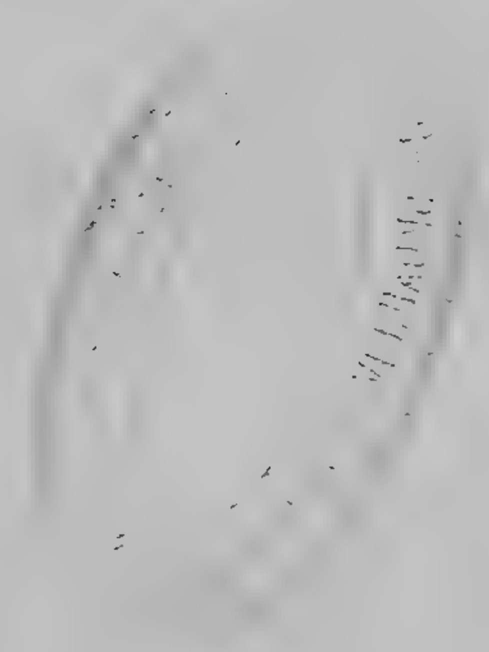
¡y qué chispas! ¡y qué guerra!
echan diez hombres á tierra
cuando pegan el *tronío*.
Luego *un jefe de cordones*
nos dijo, dise; «á la ria;»
y á nado pasé en mi pía,
con agua por los riñones:
seguimos á la pelea,
y hubo un momento, Gregoria,
(no lo *orvida* mi memoria)
en que ví *la cosa* fea;
valiente es nuestro *sordao*,
pero *ar llegá* el escuadron,
andaba allí un batallon
medio, medio *mosqueao*;
les cargó mucha *morisma*,
gritando: «¡Jalá! ¡Jalá!»
y mil por uno, quizá
les *hubián* roto la *crisma*.
El cabo me dijo: «Juan:
»nuestra ocasion esta es,
»nos portarémos despues
»como antes de Tetuan;
»no hay moros imaginables,
»para hombres como tú y yo;
»á esto el general gritó:
»*para cargar saquen..... sables* »
De allí á muy poco resueltos,
como fieras *les cargamos*;
y, entre unas chozas, *queamos*
por todas partes envueltos:
¿vistes el *gran chafarote*
que *truge* de ahí *afilao?*

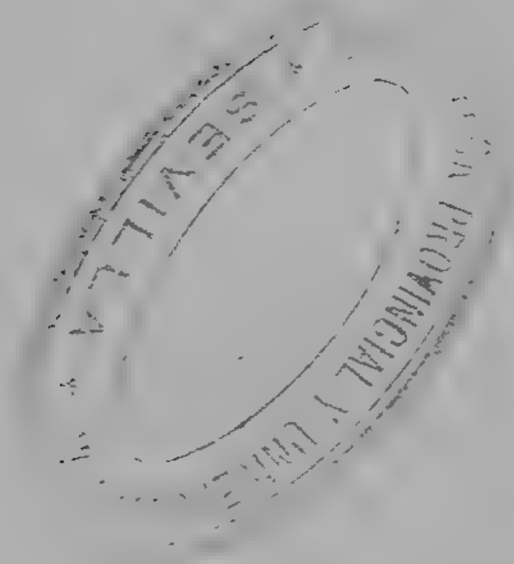
pues lo menos ha *cortao*
á venticinco el gañote:
era *lo grande*, ver cómo
dábamos córtes y *pinchos*,
entre el polvo, los relinchos,
los gritos, *el jumo*, el plomo:
los gefes, *sortaban quina*,
que era lo que había que ver,
el que tiene un *rigolver*,
Gregoria, tiene una mina.
Pa remate, en dispersion
vergonzosa los pusimos,
y aunque cien bravos perdimos,
quedó el campo por Borbon;
»que entre los mas altaneros
»coraceros con coraza
»se lleva la mejor plaza
»el cuarto de coraceros.»
Esto y otro poco más,
es cuanto bueno ha *pasao*,
por *la banda* donde he *estao*,
en la *arcion* del *Agua-Ras*.
Conque, adios; mucho *sentío*,
y huye de cualquier *belen*;
si cumples conmigo bien,
cumpliendo soy tu *marío*.
Dale á Serra, si lo ves,
de expresiones un millon;
siempre tuyo, tu Colchon.
La noche del veintitres.

POESIAS

DE

DON JUAN DE QUIROGA.





LA AUSENCIA.

Blando Céfiro que juegas
Con la espalda de las olas
Su cabellera de espumas
Ensortijando graciosa,
Puedan tus alas süaves,
Que contra mis sienes frotas,
Disipar de mis ideas
La neblina melancólica.
Ya el Sol se hundió en las montañas
Y oscurecida la costa
Arroja sobre la mar
Como una losa su sombra:

¡Ay! que mi alma oscurece
La ausencia como otra losa,
Y el Sol me deja más solo
Y tengo miedo á esta hora.
¡Hora de meditaciones,
El corazòn me acongojas!
¡Pasa veloz como el rayo!
Mátala ¡oh noche! en tu boca.

¡Gracias á Dios que respiro
Sin opresion el ambiente!
¡Cuán oscura está la noche!
¡Y el mar qué triste y solemne!
Parece que está dormido,
Y la brisa tambien duerme.
Toda la naturaleza
De cansancio languidece.
Yo no: que en mi pecho late
Mi corazon como siempre.

ESTRELLA de mis amores,
Dulce luz del alma mía,
Que Dios puso por su mano
En el cielo de mi vida:
¿Dónde estás que no te veo?
¿Dónde ocultas á mi hija,
Esa linda filigrana,
Esa blanca palomita?
Acuérdate que en Jerez,
Para unir nuestras caricias,
En el altar de la Vírgen
Nuestras cabezas uncía
Con una eterna cadena

El Sacerdote en la Misa.

Salpicando vá las olas
Con el golpe de los remos
En cadencioso compás
Un botecillo lijero.
No las salpica con agua,
Sino con brillante fuego
Que en fosfórica inquietud
Ilumina el cristal trémulo.
En la sombra de la noche
Oigo el bote y no le véo.

¡Ay Esposa idolatrada,
Alma de mi corazon,
Como el bote es nuestra pena,
Como el mar es nuestro amor!
En lo profundo del pecho
Guardamos nuestra afliccion,
Cual el bote vá guardado
De la sombra en derredor:
Pero esta ausencia, que hiere
El cristal del corazon,
Saca las chispas del fuego
Que por la bondad de Dios
Aunque parezca dormido
Es de inextinguible ardor.

Dulce Madre de mi hija,
De mi perla concha pura,
¡Quién pudiera de tus lágrimas,
Que tu dulce rostro inundan,
Atajar con mil caricias

La corriente de amargura!
Corre al altar de la Vírgen,
Que la religion enjuga
Con celestial esperanza
Llanto que mejillas surca,
Donde la fé resplandece.
Pídele que nos rëuna:
Y la Reina de los Angeles
Nos dará tanta ventura
Por el Angelillo hermoso
Que nuestra existencia endulza.

A LAS BANDERAS

DEL REGIMIENTO REAL

DE ZAPADORES Y MINADORES

QUE EN MAYO DE 1808

fué el primer Cuerpo que se levantó contra Francia, hallándose en el Establecimiento de IngenieroS de Alcalá de Henares, á cinco leguas del Ejército Francés.

ODA.

Eis-aqui se descobre á nobre Hespanha
Como cabeza allí de Europa toda,
Em cujo senhorio é gloria estranha
Muitas voltas tem dado á fatal roda;
Mas nunca poderá con forza ou manha
A fortuna inquieta por-lhe noda
Que lha nao tire o esforzo e ousadia
Dos bellicosos peitos que em si cria.

CAMOES.—OS LUSIADAS.

Dios poderoso que en eternos lazos
Sujetas la fortuna,
Llenas la inmensidad, y entre tus brazos
Meces del tiempo la perenne cuna:
Dios santo irresistible,
Señor de los ejércitos terrible,

Deja que un lampo de tu ardiente espada
Ilumine mis ojos,
Y de mis padres con la fé robusta
Mueva en tu honor mi lengua transportada.

Tierra de España cuyos frutos nutre
Lluvia de sangre heróica, que vertieron
En semana de siglos los que al Moro
Estocada á estocada repelieron:
Madre Tierra Española
Que no cupiste en tí, y al cielo alzaste
Los ojos, y prestaste
Fé al segundo Moises única y sola,
Y de Dios bajo el ojo vigilante
Del mar heriste la ceñuda cara,
Y de su entraña el mar produjo un mundo
Como la peña el agua con la vara.

Patria, cual si no fueras
La misma ya en valor, cual si en tu pecho
A la fé religiosa
El mismo antiguo pábulo no dieras,
Con risa desdeñosa
Tienden á tí la usurpadora mano;
Y del susto juzgándote vencida,
Leyes te dá Napoleon tirano.

Ah, que bogando por radiantes mares
Al dirigir á España su fortuna,
De su grandeza por indignas vías
Ciego se atropelló: traidor doloso
Burlarse quiso del Leon, que herido
Dando un fiero rugido

Se abalanzó del Águila á las alas:
Y avergonzados reyes y naciones
Cayeron como buitres sobre el hombre
Ya cadáver del dios, á quien rendían
En aras del terror adoraciones.

Y el noble Portugal, la noble España
Cual en el tiempo antiguo contra el Moro,
Contra el Francés indómitos volvieron
El fuego de su saña.
Cada monte memoria de una hazaña,
Testigo cada arroyo de un combate,
Contra el francés las piedras se volvían
De la sierra de Cintra al Monserrate.

Soplo de libertad, aura sublime
Que respiran los pechos valerosos,
Tú al humilde labriego engrandeciste,
Tú al fraile, tú al pastor grandes hiciste,
Rindiendo en holocaustos generosos
Sus vidas á la patria.
Lago de sangre y fuego las ciudades
Ara santa eran ellas,
Y antorchas del contínuo sacrificio
El sol del medio dia,
La palpitante luz de las estrellas.

Patria, no los menores
De gloria en vivo afan entre tus hijos
Fueron tus Ingenieros: su bandera
Al resonar el ¡ay! de tus dolores
Se enarboló en tus campos la primera.
Luego siempre ondeaba

Ya en urbana trinchera,
Ya en batallas campales,
Desde el Bétis palmífero hasta donde
El viento de Bailen palmas fecunda
Ó cubre de boscajes lauredales.

La ciencia es fuerza. Preparad, guerreros,
La espada y el compás, que yá en los aires
Susurran los fatídicos rumores
Del tiempo por venir. Ya se levantan
Los nuevos héroes que la Madre Tierra
Pródiga abriendo sus robustos poros
Arroja al tiempo. Ya su voz de guerra
Siguen los pueblos, y abren el camino
Al imperioso espíritu de vida
Que hierve sin cesar en el destino.

Así Roma á flechazos
Unos con otros enclavó terrible
Del viejo mundo sueltos los pedazos,
Y rodar pudo por su espalda luego
El carro que del Gólgota bajára
Tirado por los mártires del fuego.
España y Portugal á puro golpe
Así redondearon
La tierra por Oriente y Occidente,
Y sus puntas las zonas enlazaron
De nacion con nacion, gente con gente.

Mirad la jóven frente
Del tiempo por venir con la aureola
De pensamientos vírgenes que esperan
El nuevo esposo cual la vírgen sola.

¿Quién ¡ay! de las espadas fecundantes
El puño regirá? Llevad, guerreros,
Con orgullo la cruz de vuestra espada
Sellada de la mano omnipotente
A quien los hombres tímidos imploran,
Que humillando su rostro las naciones
Al Dios de los ejércitos adoran.

POESIAS

DE

DON TOMAS DE REINA

Y REINA.

LA TEMPLANZA.

ODA.

Sin la templanza ¿viste tú perfeta
alguna cosa?
RIOJA.

Refrena la vehemencia
de las pasiones, que huyen, cara Elisa,
á su ardiente violencia
del alma la inocencia,
de los labios la cándida sonrisa.

Si de humana ventura
alientas en tu pecho la esperanza
entiende que no dura

el bien, si no procura
á la sombra vivir de la templanza.

Mira qué transparente
se desliza el arroyo, y cómo brilla
el cielo en su corriente!
Frescura da al ambiente,
en flores orna su apacible orilla.

Pero escucha cuál brama,
y con fragor sus márgenes derrumba,
y en su prision se inflama,
y sus aguas derrama
violento el rio hasta encontrar su tumba!

El aura ¡cuán serena,
refrescando la sien, presta consuelo!
Mas cuán infausto suena
el aquilon, y llena
de miedo el corazon, de sombra el cielo!

Al sol de primavera
¿no vés brotar las fuentes y las flores?
Mas ¡ay! voraz hoguera
luego el sol reverbera
y agota y seca fuentes y verdores.

Jamás sin la templanza
ni dicha ni virtud, sensible amiga,
el corazon alcanza;
de la humana mudanza
solo el prudente el ímpetu mitiga.

Ni el poder le envanece,
ni al rudo golpe de fortuna impía
su rostro palidece;
nunca, nunca perece
el bien que Dios con la templanza envía.

Tú que la casta frente,
cual en su tallo lánguida azucena,
inclinas tristemente,
mostrando cuánto siente
tu corazon, y tu amorosa pena;

Tú que, en la dulce aurora
de tu existencia, la envidiable calma
miras volar traidora,
perdida la que llora
paz infantil en su congoja el alma;

¡Por qué tan dolorida
desesperas del bien? Cese tu pena,
que no corre tu vida
sin márgenes perdida;
raudal es puro y apacible suena.

Es aura embalsamada
de la blanda estacion de los amores:
del cielo luz templada,
que puebla la enramada
y hace brotar las fuentes y las flores.

Si anhelas el contento,
si dicha cierta anhelas, presta oido,
con no mudable intento,

al amoroso acento
de la amistad más síncera nacido.

Óyeme con dulzura:
á la templanza el ánimo endereza,
y verás cómo dura
tu risa, tu hermosura,
y el perfume del alma y la pureza.



A ITALIA.

Traduccion del soneto de Vincenzo Filicaja.

Italia, Italia, oh tú, que de la suerte
Don infeliz tuviste de belleza;
Funesta dote, gérmen de tristeza,
Lúz que brilla en tu faz para perderte.

¡Oh! si ménos hermosa, ó si más fuerte
Fueras, Italia! Entónces nó terneza,
Espanto sí, causára tu grandeza
A quien te finge amor, y ansia tu muerte.

No dende el Alpe á tí viera lanzada
Una y otra legion; ni á Galia altiva
Del Pó beber el agua ensangrentada;

Ni con ageno acero, en lid activa
Te viera por extraños empeñada,
Siempre, venzas ó no, siempre cautiva.

A mi muy querido amigo y compañero

DON FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

EPÍSTOLA.

Tu seno, caro amigo, á las delicías
abre del casto amor que tierno ciñe
de dócil mirto y encendidas rosas
guirnaldas á tu sien: siempre serena
como apacible aurora, la paz santa
ilumine tu hogar: Dios bondadoso
tu noble corazon y las virtudes
de tu cándida Elisa, con largueza

premie, y benigno adivinar os deje
en este oscuro valle de amargura
el bien supremo reservado al justo.

¡Dichoso tú que bajo el claro cielo
que en su raudal Guadalquivir refleja,
allí donde la sombra venerable
se alza de Licio á la virtud guiando,
la inspiracion recibes!... ¡Patria amada!
¡Oh! cuántas melancólicas memorias,
cual invernales brumas, al nombrarte
mi espíritu oscurecen!.... ¡Madre mía!
¡Madre del alma!...

¡Amigo! dí, ¿te acuerdas?
cariñoso en tus brazos me estrechabas
con efusion á Dios por mi ventura
votos haciendo.... ¡Oh triste despedida!
En un año no más; cuánto han herido
amarguras sin término mi pecho!
Yo he visto sucumbir á la violenta
fiebre voraz, enjendro de este clima, (1)
la mitad de los jóvenes robustos
que la patria me fió, y en los que viven
aún no cansada mírola cebarse.
Sobre mis tiernos hijos y mi esposa
tambien cernió fatídico sus alas
el ángel de la muerte, y á mí propio
su amarillenta mano tender quiso.
Mas ¡ay! estremecido á tanto amago
dejándome, partió, y el duro golpe

---

(1) Escribióse esta poesía en Puerto-Rico.

que destrozar mi corazon debía
en las risueñas márgenes del Bétis
sobre mi buena madre descargaba.
¡Madre de bendicion! ¡quién me dijera,
cuando aflijido mis turbados ojos
en los tuyos clavé, lágrimas tristes
comprimido ocultando, y á tu anhelo,
que la noche de ausencia ya venía!
Cuando angustiado abandoné tus brazos,
¡quién en aquel instante me dijera
¡ay! que en los de la muerte te quedabas!
¡Dónde hallaré consuelo? .....

¡Claro rio,
que tranquilo en tus ondas ofreciste
espejo á su beldad, y bañas hora
tan tranquilo como ántes sus cenizas!
¿á qué por tí suspiro? ¿qué me espera
en tus frondosas márgenes do un tiempo
auras consoladoras respiraba?
¿qué me espera ya más sino sepulcros,
recuerdos, sombras, tristes desengaños?

Ya en la gloria moráis: padre querido,
que incorrupto en la tumba permaneces,
madre del alma, y tú, que dones altos
de ingenio y de virtud debiste al cielo,
dechado de inocencia y de ternura,
en el albor cortada de tus dias
rosa de Abril, inolvidable hermana.
¡Ay! nube de dolor cubre de sombras
y enluta mi laud, ya, no apacibles,
roncos produce lúgubres sonidos.

¡Imágenes de amor! ¡cuántas escenas
de mi breve niñez reflejan vagas
en el fondo de mi alma, á la memoria
del cuidado que os debo y los afanes!
Velad, velad por mí, si noche triste
mi horizonte oscurece.....

Pero, amigo,
perdona ¡ah! perdona; yo cediendo
á mi justo dolor turbo tú dicha,
imprudente renuevo la honda llaga
no há luengos dias, con infausto golpe
hecha en tu corazon: volaste al seno
de tu aflijida madre, y con las suyas
tus lágrimas corrieron abundosas,
calientes aún los restos del anciano,
del noble anciano á quien el ser debiste.
Conservemos, Fernando, en nuestras almas
la que al morir nos dieron nuestros padres,
con el ejemplo de su vida toda,
herencia santa de honra inmarcesible.
Este clima, este suelo, este profundo
piélago inmenso que por vez primera
se vió surcar del Español, y un dia
playas no halló desde el Hercúleo Estrecho
al Golfo Mejicano, do sus olas
nuestro pendon humildes no besaran,
la memoria despiertan en mi mente
de tu glorioso abuelo. (1) Aquel imperio

(1) El Excmo. Sr. Capitan general de la Real Armada Don Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito, Virey que fué de la Nueva España.

dilatado y espléndido que el héroe
ganó de Medellin, él respetado,
él íntegro guardó: ya valeroso
en Venadito el rebelion sofoca,
ya clemente las lágrimas enjuga
del Indio amedrentado: fiel ondéa
en su prudente mano, inmaculada
la enseña de Castilla, y el amparo
de su gigante sombra á dilatarse
vuelve de Yucatán á Califórnia.
¡Tan solo la traicion vencerle pudo,
y de la Madre Patria la anarquía!

Ya no existe, Fernando, mas su nombre
lustre de tu familia y de la Patria,
sus hechos á que rinde el mejicano
de admiracion y amor noble tributo,
eternos viven, y á la gloria guian.

Tú que la adoras, que en sublime aliento
inflamado tu sér, la senda huellas
que á su templo conduce, nunca olvides
que es solo nombre vano, vaga sombra,
nube de oscuridad, sino la esmalta
el celestial destello esplendoroso
de la luz inmortal que goza el justo.
¿Tú buscas la verdad?... Alza tranquilo
del yugo de flaquezas desatado
sobre todo lo vano el pensamiento.
Quién, aspirando lo infinito en Ella,
gozará en lo mortal?... Puede Fortuna
por tu camino mundanales pompas
pródiga derramar, siempre adularte;

ni tu razon perturbará serena,
ni en tí jamás de fatuidad hinchado
se asentará el orgullo, ni mentida
felicidad con enervante aroma
podrá desvanecerte, ni el egoismo,
engendro torpe de su ingrato seno,
el manantial purísimo que en tu alma
brota de caridad cegará nunca;
mudo á la envidia, á la lisonja sordo,
de abnegacion aliento respirando
buen esposo, buen padre, buen amigo,
buen patricio serás; ¡oh! si pudiera
estrecharte en mis brazos, y tu acento
dulce escuchar fecundo en enseñanza!
Si Dios me otorga que á la fresca sombra
de los bosques de azahares con que ciñe
Híspalis bella su florido seno
halle solaz y cariñoso abrigo,
al eco de tu cítara sonora
mi mente se alzará; quizá descienda
á mí tambien inspiracion sublime
y á ejemplo tuyo arrebatado cante.
¡Ah! nuestras liras nunca al poderoso
adularán ni cual en áurea copa
mortífero licor, en blandos versos
harán gustar el vicio; ántes heridas
del rayo, y de las alas azotadas
del huracan, sin voz, de nuestras manos,
Bétis creciendo al mar las arrebate.
Hora léjos de tí, sin tu consejo,
sin tu síncero estímulo, marchitas
las flores en mi sien, y sin la docta

leccion de nuestro amigo bondadoso (1)
que el escollo señala, y del buen gusto
la senda muestra con su voz y ejemplo,
en vano pido á las celestes Musas
acento, inspiracion; apénas puede,
oh Fernando, mi lira en rudos versos
suspirar tu amistad, y saludarte.

(1) Don Manuel Cañete, tan distinguido poeta como juicioso crítico.

POESIAS

DE

DON DEMETRIO DE LOS RIOS.

EL AMOR PATERNAL.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA DOÑA L. B. DE M.

Es el amor entre Jehová y el mundo
vínculo celestial, santa armonía,
gérmen divino en todo bien fecundo,
raudal inagotable de alegría
y sempiterna fuente de poesía.

Aman las aves á la bella aurora
cuando despunta en el rosado Oriente,
ama el pez á la linfa bullidora
que mana pura de la clara fuente,
y ama la brisa al perfumado ambiente.

Céfiro goza en el vergel risueño
del aura en torno púdicos amores,
ama á la noche el sosegado sueño,
y ama el dia á la luz que da colores
al verde campo y las pintadas flores.

Del fuego en rededor revolotea
abrasada de amor la mariposa,
la hiedra al roble con amor rodea,
blanda la abeja en el jazmin se posa,
abre al rocío su boton la rosa.

Recibe el ancho mar en su hondo seno
el caudal que le lleva amante el rio,
habla á la tempestad de amor el trueno,
y mira ante sus piés al valle umbrío
la sierra que se alza en el vacío.

Y hasta esos orbes que sumisos giran
obedeciendo al Sabio Omnipotente,
se acercan con amor y se retiran
sin chocarse jamás violentamente,
que la ley del amor todo lo siente.

Por eso el hombre adora ya en la cuna,
adora de su vida en la alborada
con ardiente pasion como ninguna,
y sube amando á la region alzada
do el alma tiene perenal morada.

Ama al Sol, al espacio, al infinito;
ama la patria, la muger, la gloria;
lo que es, lo que pasó, lo que está escrito;

y de su inmenso amor tiene memoria
el orbe entero en su inmortal historia.

Mas de los goces del amor terreno
no hay otro goce que al sublime iguale
del amor paternal de goces lleno;
amor que puro de nuestra alma sale
y más que todos los amores vale.

Si Rodrigo infeliz la real corona
pierde adorando á la sin par Florinda,
no la ama por amar; porque ambiciona
que á su lascivo afan torpe se rinda
y de su nombre y de su honor prescinda.

Si por la patria desde el firme adarve
Guzman arroja el matador acero
y entrega un hijo al vengativo alarbe,
no amó á la patria por amor sincero;
porque amándola amó á lo venidero.

Y si al héroe en cien lides carniceras
amor de gloria el corazon inflama,
ese bárbaro amor propio de fieras
si amor en mengua del amor se llama,
el nombre hermoso del amor infama.

El verdadero amor sin mancha alguna
que un hijo inspira, tú, que eres modelo
de madres tiernas como madre alguna,
tú, Luisa, sabes que es amor del Cielo
que nos muestra el Creador con dulce anhelo.

Dios, solo Dios, amando á sus criaturas
con amor Santo, inextinguible, eterno,
nos dió las muestras del amor más puras,
y de este amor tan inefable y tierno
reflejo claro es el amor paterno.

Tú, oh Luisa, que dos preciadas perlas
del amor maternal rica atesoras,
tú puedes proclamar cuánto al tenerlas
de la vida y del mundo te enamoras
y á Dios en ellas con fervor adoras.

Amalas siempre, sí, con ese fuego
que arde en tu alma enérgica, vehemente,
ámalas con pasion, con amor ciego
más que ningun amor firme y ardiente,
y el cielo en ellas que tu amor aumente.

Amalas sí; pero ¡ay! que la vid crece
fresca y lozana y sin rival pomposa
con la abundante savia que le ofrece
la madre tierra siempre cariñosa
y al fin la cria por su amor viciosa.

Tal es, amiga, del amor profano
siquiera sea el mejor, la triste suerte,
que es flaco y débil todo amor humano.
Solo el divino amor es grande y fuerte
y nos sigue aun despues de nuestra muerte.

CONTRA LOS FILIBUSTEROS QUE PRETENDEN COMPRAR

LA ISLA DE CUBA.

Composicion hecha durante la guerra de Africa.

Desde el Pirene al encumbrado Atlante
ronco se escucha del clarin guerrero
el eco resonante,
que ardiendo en ira el valeroso ibero,
revuelve el bruto en la feroz batalla,
y el trueno horrible del cañon estalla.

La sombra augusta de Isabel primera
súbito se alza al pavoroso estruendo
y desde el trono en rededor tendiendo
su mirada severa,
así prorumpe con sonoro acento,
que lleva al ponto mauritano el viento.

«Gozosa al frente de Tetuan os miro,
»oh hijos ilustres de la patria mia,
»y de nuevo respiro
»como en el fausto, memorable dia,
»en que alzé altiva mi potente espada
»ante los muros de la infiel Granada.

»Ante mis piés rendida
»ponga tambien Tetuan sus llaves de oro;
»mas si resiste en el adarve el moro,
»caiga deshecha su ciudad querida
»en montes rojos de ceniza ardiente,
»que el ráudo soplo del Simoun ahuyente.

»Así del mahometano el rudo ultraje
»revindicado sea;
»empero, oh bravos, recobrad coraje
»para otra cruda y sin igual pelea,
»que ya hace muestra de su fiera saña
»el leon rugiente de la madre España.

»Hubo un dia feliz, en que alentado
»por mi entusiasta ardor un extrangero,
»surcó el piélago airado
»con fé anhelante y corazon entero,
»y el inmortal Colom descubrió un mundo,
»que viera en sueños su saber profundo.

»Mas ¡ay! que el hemisferio
»del gran Pizarro y de Cortés perdido,
»no resta á España de tan vasto imperio
»más que un punto en el mar. Cuba ha sufrido
»tan sola el golpe de la suerte aciaga

CONDICIONES DE LA

Esta publicacion se hace
de 32 páginas, con esmerados
é impresion, constando toda la o
ó doce, que formarán un elegant
El precio de cada entrega es
de dos rs. vn., que serán satisfe
partidor en el acto de recibirla,
dio fuera.—Saldrán tres ó cuatro

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Sevilla en los despachos de La
dalucia; calle de Tetuan núm. 4 y de
Monsalves núm. 29.

En el de El Porvenir, calle de las Si
pes núm. 4 3.º

Y en la librería de la viuda de Fé
lle de Tetuan.

Fuera de Sevilla se hará la suscri
en casa de todos los corresponsales de
chos periódicos, ó enviando el importe
cuatro entregas en carta dirigida á D. M
nuel Salgado y Trigo, imprenta de El P
venir.